La Santa

de los seráficos amores eucarísticos

POR

Cuando me empiezo a aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar;
Todo es para más penar,
por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

(TERESA DE JESÚS)

Emilio Sánchez

Avila

CB. 1118794

JHS

Vida Eucarística

DE

Santa Teresa de Jesus

: : : : : QUE, : : : : : : :
TOMADA PRINCIPALMENTE DE LA ESCRITA POR LA MISMA VIRGEN AVILESA Y SUS BIÓGRAFOS, OFRECE A LAS ALMAS QUE GUSTAN REGALARSE CON LAS DULZURAS ESPIRITUALES DE LA SAGRADA EUCARISTÍA Y SABOREAR LA CLÁSICA LITERATURA TERESIANA
: : : EL LICENCIADO : : :

Don Emilio Sánchez Martín,

Beneficiado de la Catedral de Avila.

Es propiedad. Quedan reservados los derechos literarios y artísticos y hecho el depósito que marca la ley.

A V I L A
Tipografía y Encuadernación de Sucesores de A. Jiménez
1919

Santa Teresa de Jesus sacramentado.

Hm.

Al Francisco Peiró del Seminario Abulense, hoy distinguido y M. I. Sr. Dean de Cadiz, en testimonio de antiguo y singular afecto

El Autor

Aprobación Eclesiástica

Nihil obstat.

El Censor,

Lic. Froilán Perrino,

Lectoral.

Imprimi potest.

El Gobernador Eclesiástico S. V.,

Dr. Pedro Ruiz Sanz.

DEDICATORIA

A GUISA DE PROLOGO

El amor que desde pequeño me inculcó a Santa Teresa mi cristiana y ya casi nonagenaria madre, y el gusto que siempre he sentido en comunicarme con la hermosa alma *de la candorosa y angelical escritora, que así llamó ella a la preciosa* Vida *que magistralmente escribió su castiza y galana pluma, hicieron que, durante una larga convalecencia que siguió a una molesta enfermedad por mí sufrida, me dedicase a leer con más asiduidad que la de costumbre las incomparables obras de la Mística Doctora, con el cuidado especial de ir anotando cuanto en ellas encontraba relacionado con la Sagrada Eucaristía.*

Así que hube terminado tan sencillo y grato trabajo fijé algún tanto la atención sobre lo que diligentemente había señalado, y me propuse un plan, a desarrollar en tres partes distintas y bien marcadas que ofrece la interesante y misteriosa vida eucarística de la Seráfica Santa; empezando,

desde luego, a emborronar, por vía de ensayo y entretenimiento, cuartillas con la copia de los datos recogidos, e intercalando, dentro del plan preconcebido y según me lo permitían la falta de aptitudes y la poca experiencia en andanzas literarias, piadosas consideraciones que me sugería mi espíritu, impresionado por la palabra encendida y penetrante de la Santa Madre.

Ya me disponía a recoger las cuartillas escritas para darlas sepultura en el polvo del olvido, envueltas y sujetas en sus correspondientes legajos, por no creerlas dignas de otros honores, cuando se me presentan las muy atrevidas y presuntuosas con las pretensiones de salir a la luz pública y presentarse en sociedad vestidas de largo, como quien dice, esto es: en forma de respetable libro.

Y para que yo no achacase su resolución a ligereza y coquetería muy en consonancia con su condición femenina, con argucia y sutileza trataron de convencerme diciendo: que de la misma manera que Santa Teresa se sirvió de las destartaladas calesas para ir por España predicando a Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento, así ellas, aunque desgarbadas y defectuosas cual el padre que las trajo al mundo, podían muy bien servir de vehículo para esparcir por todas partes el espíritu eucarístico que contienen las palabras de la Santa, en las mismas estampadas.

Sabido es que los papás *gozan del raro privilegio de embobarse con sus hijos; y aunque los pimpollos sean enclenques, desmedrados y contrahechos, la venda que les pone a los ojos el amor pa-*

terno les impide ver defectos de tanto bulto y relieve; por lo cual, aunque no me convenció, que digamos, el discurso de las muy sabidillas, influyó no poco para no librarme de seguir la regla general de la mencionada bobería, al decidirme a publicar esta VIDA EUCARÍSTICA DE SANTA TERESA, *siquiera sea sin pretensiones y con la modestia que corresponde a la obscura posición que el autor ocupa en la famosa República de las letras.*

Aunque, después de todo, como podrá ver el que la leyere, bien poco contiene que mio sea; sólo lo preciso para ir engarzando con el enmohecido y debil alambre de mi premioso estilo las preciosas perlas literarias de la simpar Teresa; lo necesario para recoger en sus páginas, como en pobre y nada artístico incensario los conceptos eucarísticos, encendidos al rojo, del amor divino de nuestra Santa, para en ellos ofrendar a Dios el incienso de adoración que a El le debemos en tan Augusto Misterio.

Es, pues, la presente, una obra eucarística-teresiana: por lo que de eucarística tiene, me permito dedicársela con respeto profundo al apostol de la Eucaristía en nuestros tiempos, al Excelentísimo Sr. Obispo de Olimpo y Administrador Apostólico de Málaga, más conocido por El Arcipreste de Huelva, *y en él a todos los amantes y adoradores del Santísimo Sacramento; por ser teresiana, mi gratitud y reconocimiento me obligan a dedicársela al ilustre y aristocrático prócer que ostenta con legítimo orgullo en el escudo de armas de sus mayores la imagen de la Virgen Avilesa,*

al Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas, que me alentó en esta empresa y franqueó las puertas de su biblioteca teresiana poniendo a mi disposición las riquezas literarias que allí religiosamente atesora y guarda; y toda la obra, como eucarística y como teresiana, se la dedico a las religiosas de la Encarnación y a las de San José de Avila, hermanas e hijas primogénitas, respectivamente, de la Santa Madre, y en ellas a los hijos, paisanos y devotos de la egregia castellana.

Con las bendiciones del celoso Prelado, las oraciones de las fervorosas Carmelitas y la protección del eminente y entusiasta teresiano, espero que el presente libro podrá servir para dar a conocer de alguna manera el espíritu de la Santa de los seráficos amores eucarísticos, y para llevar almas a las gradas del Tabernáculo, donde está aguardándonos día y noche Jesucristo Sacramentado; que es lo que se propuso principalmente al editar este libro y lo que de corazón pide a Dios por medio de la Virgen María y Teresa de Jesus

El Autor.

PRIMERA PARTE

Comprende la historia de la vida eucarística de Santa Teresa, desde sus comienzos y desarrollo a través de las enfermedades, pruebas y tentaciones hasta que, recibiendo un día el Santísimo Sacramento, mereció su alma ser místicamente desposada con Jesucristo nuestro Redentor.

CAPÍTULO I

Real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.—Tan admirable Sacramento es obra de la omnipotencia y sabiduría infinita.—Fué su institución una exigencia del corazón paternal de Jesus.—Constituye el legado de su testamento.—Sus delicias amorosas y comentarios de Santa Teresa.

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; el Hijo consubstancial al Padre Eterno e hijo verdadero de la Virgen Santísima; el que por nosotros y todos los hombres murió en la cruz para redimirnos, y después de su gloriosa resurrección subió triunfante a los Cielos, está verdadera, real y substancialmente en el

Santísimo Sacramento de la Eucaristía, con su cuerpo, alma y divinidad.

Antes de pasar más adelante, piadoso y caro lector, saludémosle y adorémosle en ese trono de amor, donde siempre nos espera y aguarda, diciendo reverentes: ¡alabado y glorificado sea ahora y continuamente y por todos los hombres, Jesus en el Santísimo Sacramento del Altar! Amén.

Las almas, a quienes va dedicado el presente modesto trabajo eucarístico-teresiano, no precisan para creerlo que la posibilidad y realidad del Misterio Augusto sean vindicadas filosófica y teológicamente. A los que por divina misericordia tenemos fe y creemos en la divinidad de Jesucristo y de la sociedad Iglesia que Él fundó, nos basta saber que Jesucristo, en memorable ocasión, prometió darnos su carne en comida y su sangre en bebida; que después cumplió su palabra en la noche de la Cena; que así lo entendieron los Apóstoles, los Padres apostólicos y la Iglesia Universal, la cual lo definió solemnemente en uno de sus más célebres Concilios Generales, para que así lo creamos y confesemos, y para adorar a la Hostia Consagrada, ya esté ostensible en rica custodia o guardada en pobre y humilde Tabernáculo.

Dios, únicamente con su omnipotencia iluminada por su misma sabiduria infinita y aguijoneada por un amor sin límites hacia los hombres, pudo excogitar el medio y forma de que Jesucristo viviera entre nosotros, sin dejar los Cielos, hasta la consumación de los siglos.

¡Misterio admirable y prodigioso, tan estupendo para la limitada pequeñez comprensiva del hombre como

sencilla y fácil de realizar por Aquel que con un *fiat* sacó de la nada todas las grandezas, bellezas y maravillas del Universo, que, en expresión del Salmista, cantan día y noche las glorias del Supremo Hacedor!

No os dejaré huérfanos: dijo en cierta ocasión Jesucristo a sus Apóstoles; y tan consoladora promesa la tuvo muy presente en la última Ceña que celebró con ellos; aunque en tan solemnes momentos le obligaban también a realizar semejante prodigio las exigencias del Corazón de padre hacia sus hijos, de quienes se despedía para entregarse a la muerte, que sus enemigos, con el traidor Judas, ya le estaban preparando.

Ved lo que siente un padre, estando próximo a morir y rodeado de sus tiernos hijos. El dejarlos en la orfandad, que resulta siempre triste, fría y desamparada para los que son pedazos de su alma, es lo que más le llega al corazón, por lo que en aquellos angustiosos instantes lo que anhela y ansía es poder perpetuarse, eternizarse con ellos. Y cuando se persuade de que va a morir y no puede realizar sus deseos, después de darles saludables y acertados consejos para que en paz se mantengan y sepan conservar el buen nombre, el honor y la nobleza del que les diera el ser, les deja en testamento cuanto tiene y posee y todo lo que con el sudor de su frente y el pensamiento fijo en sus hijos, lleva profundamente grabado el sello de su personalidad.

Pues esto mismo sintió Jesucristo en aquellas horas supremas de inefables ternuras; con la diferencia de que Él halló el medio de llevar a cabo esas exigencias de su paternal corazón y de cumplir la palabra empeñada de permanecer con nosotros hasta el fin del mundo.

Porque apenas terminó el lavatorio de los pies, símbolo y figura del Sacramento de la Penitencia que limpia las inmundicias del alma, vuelve a sentarse a la mesa, toma en sus divinas manos un pedazo de pan, lo bendice y dá a los Apóstoles diciendo: tomad y comed, este es mi cuerpo; y cogiendo el cáliz con vino, lo bendijo igualmente y les dijo: tomad y bebed; este es el cáliz de mi sangre que será derramada en remisión de los pecados. Y siempre que esto hiciéreis hacedlo en memoria mía. Por lo tanto; en virtud de las palabras de la consagración, que son las mismas que pronunciara Jesucristo, la sustancia del pan y del vino se convierte en la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo, permaneciendo los accidentes.

¿Pudo darnos algo más rico, más precioso, más estimable y de más valor?

¿Qué otra cosa más divina y que mejor ostente el sello de su personalidad, pudo otorgarnos que Él mismo presente en la Santa Misa y después en todas las Hostias consagradas y encerradas en los tabernáculos, en las que siempre le encontraremos esperándonos como Redentor con sus méritos infinitos; como padre con todos sus amores; como amigo con todas sus ternuras y como pastor con todos sus cuidados y desvelos?

¿Y qué otro alimento espiritual más apropiado podía haber dispuesto para sus hijos que dándoles, como el pelícano a los suyos, sus mismas entrañas; pues en ese Sacramento su carne es verdadera comida y su sangre es verdadera bebida?

¡Oh señor y padre nuestro!; ¡y a qué extremos os ha llevado vuestro amor paternal y divino!

Realmente, quien conociéndole no le adora, y ado-

rándole no ama a Jesus sacramentado, sea anatema.

El amor todo lo puede, allana todas las dificultades, y cuando el amor es infinito no halla otro límite que lo imposible por absurdo: y el amor infinito de Jesucristo fué el que le hizo quedarse en el Sacramento, porque sus delicias son y serán siempre el estár con los hijos de los hombres.

«¡Oh hombres! exclama Santa Teresa, considerando estas palabras de Jesus ¿cómo podeis ofender a un Dios el cual asegura que con vosotros tiene sus delicias? Procuremos no perder de vista a nuestro amado Pastor Jesus; porque así como las ovejas que están más cerca de su pastor son siempre las más atendidas y libradas, así nosotros recibiremos esos especiales favores, estando junto a Jesus en el Sacramento.

«Cuando considero en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres mucho se alegra mi alma. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra! ¡Y qué palabras éstas para no desconfiar ningún pecador! ¿Fáltaos, Señor, por ventura, con quien os deleiteis, que buscais un gusanillo tan de mal olor como yo? Aquella voz se oyó cuando el Bautismo, que dice, que os deleitais con vuestro Hijo. ¿Pues, hemos de ser todos iguales, Señor? ¡Oh qué grandísima misericordia, y qué favor tan sin poderlo nosotras merecer! ¡Y que todo esto olvidemos los mortales! Acordaos, Vos, Dios mío, de tanta miseria, y mirad nuestra flaqueza, pues de todo sois sabidor.

¡Oh ánima mea! considera el gran deleite, y gran amor que tiene el Padre en conocer a su Hijo y el Hijo en conocer a su Padre, y la inflamación con que el Espíritu Santo se junta con ellos, y cómo ninguna se

puede apartar de este amor y conocimiento, porque son una mesma cosa. Estas soberanas Personas se conocen, éstas se aman, y unas con otras se deleitan. Pues ¿qué menester es mi amor? ¿Para qué le quereis, Dios mío, o qué ganais? ¡Oh, bendito seais Vos! ¡Oh, bendito seais, Vos, Dios mío para siempre. Alaben os todas las cosas, Señor, sin fin, pues no lo puede haber en Vos.» (1)

(1) Obras T. II. Pg. 232. Nota: Las citas que haremos de las obras de Santa Teresa son tomadas de las editadas en Burgos con el título de «Obras escogidas de Santa Teresa de Jesus», en el año 1916 por el ilustrado y eminente teresiano P. Silverio de Santa Teresa, C. D.

CAPÍTULO II

La Eucaristía es «Ministerio de fe.»—La Santa Madre se sentía con más seguridad creyendo que viendo.—Estimaba más que hubiese en sus monasterios virtudes que revelaciones.—Lo que sentía y dejó escrito acerca de la fe.

En las palabras de la consagración del cáliz, se llama al Sacramento del Altar «Misterio de fe;» y, ciertamente, con los ojos de la fe debemos siempre acercarnos a Él, cuando le recibimos o le visitamos; y con los mismos ojos debemos considerarle y contemplarle cuando en Él meditamos o de Él escribimos o hablamos.

Aunque más adelante tendremos ocasión de admirar y de recrearnos, viendo la fe, la confianza y el amor que en el Santísimo Sacramento tenía contínuamente la Santa hasta el fin de su dichosa muerte, queremos en estos preliminares dejar bien sentada la fe firme, robusta y sólidamente fundada de la que al despedirse de esta vida repetía con frecuencia y profundamente agradecida «en fin, Señor, soy hija de la Iglesia.»

La veremos arrobada ante el sagrario o mientras oía la Santa Misa; extasiada recibiendo al Amado de su alma en la Sagrada Comunión; viendo a su Jesus en la Hostia consagrada, recreándose y regalándose con el que comunicaba tan familiar y amigablemente que ella misma quedaba espantada de los extraordinarios favores recibidos de su Esposo mediante la Sagrada Eucaristía. Esto no obstante, no pueden aplicársela las palabras que Jesucristo dirigió a Santo Tomás Apostol, «por que me has visto has creido; bienaventurados los que no vieron y creyeron.»

Bien segura estaba Santa Teresa de la verdad de las visiones con que Dios la favorecía; sin embargo, sólo cuando sus superiores o confesores, en quienes veía a la Iglesia y a la autoridad de Dios, aprobaban su espíritu y los caminos extraordinarios de visiones y revelaciones por donde andaba cual si fuese un angel descendido del Cielo, era cuando se consideraba segura y tranquila. Veía con más seguridad y sin temor alguno de engañarse, como tendremos ocasión de apreciar al estudiar y admirar su portentosa vida eucarística, a Jesucristo en la Eucaristía con los ojos de la fe, que cuando allí le contemplaba en las distintas visiones con que el Señor la manifestaba sus divinas bellezas y hermosuras inefables.

Fe es el asentimiento que con el auxilio de la gracia presta nuestro entendimiento a las verdades manifestadas por Dios a los hombres bien directamente o mediante los hombres divinamente inspiradas, y cuyas verdades, como verdades reveladas, son propuestas a los fieles por la Iglesia Católica.

Toda la razón de por qué prestamos nuestro asenti-

miento y firmemente creemos las verdades de nuestra santa fe, está en la suprema autoridad del que las ha manifestado, siendo infalible e indefectible su palabra; por lo tanto, racional es el obsequio de la fe, que decía San Pablo.

Y esa misma es la causa de por qué Dios, en su palabra escrita contenida en la Sagrada Escritura, no suele razonar ni probar sus asertos y afirmaciones. Tiene derecho a que el hombre no dude de su sabiduria y santidad infinitas, y el hombre el deber de creerle. Los actos de Dios no pueden discutirse, se acatan; y de las palabras de Dios no se duda, se creen; y al creerlas tenemos menos peligro de ser engañados que cuando prestamos asentimiento a lo que ven nuestros ojos o nos dicen nuestros propios oidos.

Así pensaba Santa Teresa de Jesus, y firmemente adherida a las enseñanzas de la Iglesia, nunca temió equivocarse.

«En cosas de la fe me hallo a mi parecer con muy mayor fortaleza. Paréceme a mí, que contra todos los luteranos me pornía yo sola a hacerles entender su yerro. Siento mucho la perdición de tantas almas.» (Carta 12. T. 2.)

Y en la exclamación IV (1) «Quered Vos, Señor mío, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podeis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinación creo que lo hareis Vos. ¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabeis

(1) Obras T. 11. Pg. 228.

Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia.»

El P. Yepes dice a este propósito (1): «Jamás tuvo tentación contra la fe, porque la escuridad de ella, y la incomprensibilidad y grandeza de las cosas que nos enseña (que a los soberbios e ignorantes por su mala disposición es lazo y ocasión de caida) a la Santa era para crecer más en esta virtud y para sentir más altamente de Dios, a quien no llega a comprender la bajeza de nuestro entendimiento.»

Que la obscuridad de los misterios la afianzaban más en la fe, lo declara la misma Santa, cuando no entendiendo unas palabras del Cantar de los Cantares, aunque después hace una magnífica y afinada exposición de ellas dice (2): «Esto no entiendo como es, y no entenderlo me hace gran regalo; porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener respeto a su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y ansí os encomiendo mucho, que, cuando leyerdes algún libro y oyerdes sermón o pensáredes en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canseis, ni gasteis el pensamiento en adelgazarlo; no es para mujeres, ni aun para hombres muchas cosas. Cuando el Señor quiere darlo a entender, Su Majestad lo hace sin trabajo nuestro.

A mujeres digo esto, y a los hombres, que no han

(1) T. II. Pg. 196.
(2) Obras, T. III. Pg. 251.

de sustentar con sus letras la verdad; que a los que el Señor tiene para declarárnoslas a nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar, y lo que en ello ganan. Mas vosotras con llaneza tomar lo que el Señor nos diere, y lo que no, no nos cansar, sino alegrarnos de considerar que tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya terná en sí mil misterios, y ansí su principio no entendemos nosotras.

Ansí, si estuviera en latín, u en hebraico u en griego, no era maravilla; mas en nuestro romance, qué de cosas hay en los salmos del glorioso rey David, que cuando nos declaran el romance solo, tan escuro nos queda como el latín.

Ansí que siempre os guardar de gastar el tiempo con estas cosas, ni cansaros, que mujeres no han menester más que para su entendimiento bastare. Con esto las hará Dios merced. Cuando Su Magestad quisiera dárnoslo sin cuidado ni trabajo nuestro lo hallaremos sabido; en lo demás humillarnos, y, como he dicho, alegrarnos de que tengamos tal Señor, que aun palabras suyas, dichas en romance nuestro, no se pueden entender.»

Ya era muerta la Santa y quiso ratificar expresamente esa misma doctrina, apareciéndose a la M. Catalina de Jesus, priora del monasterio de Veas, a la que, dudando de la verdad de la visión que estaba experimentando, la dijo: (1) «Bien me parece que no creas facilmente, porque yo más quiero que se haga caso en estos Monasterios de verdaderas virtudes que de visiones y revelaciones; pero para que veas que es-

(1) P. Rivera Pág. 504.

ta visión no es falsa llégate acá.» Y diciendo esto la curó de una postema que hacía tiempo sufria, causando la admiración de cuantos la trataban.

Y respecto a la fe que tenía en la presencia de Jesus en el Sacramento, aunque más adelante se tratará extensamente, copiaremos lo que a ese propósito escribió el P. Yepes. (1)

«Y así solia decir la Santa Madre, que no tenía envidia a los que en esta vida habían visto y tratado con Cristo nuestro Redentor; porque le parecia a ella, que con los ojos de la fe le veía tan presente en el Santísimo Sacramento del Altar, que no le hacía falta, cuanto a esto su presencia corporal; y muchos años cuando comulgaba tenía tan viva esta vista de la Fe como si viera entrar al mismo Señor coporalmente por su celda.»

Pero oigamos sobre esto a la misma Santa, y queden bien grabadas en nuestra alma sus admirables palabras rebosantes de fe divina: «Y si no pusiera espanto en mi ánimo el pensamiento de poderle aquí perder, preferiría estar de contínuo y por toda la eternidad ante la Hostia consagrada, que en la gloria, viéndole y gozando de su presencia; porque viéndole en la gloria nosotros nada le damos, lo recibimos todo, mientras que adorándole en el Sacramento dámosle pruebas de nuestro amor.» Esta misma razón la explica más largamente en el libro de su vida: (2)

«Aunque después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan

(1) T. II. Pg. 202.
(2) Obras. T. III. Pg. 398.

unos a lo que gozan otros, cuan grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido... Y digo ansí, que si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en gloria... que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantito de gozar más de entender las grandezas de Dios; pues veo que quien más le entiende, más le ama y le alaba...»

No pondremos término al presente capítulo, sin antes dejar aquí consignado lo que a cierta persona manifestó la Seráfica Madre a poco de morir, seguros de que en ello gozarán y tendrán gran contento espiritual las almas amadoras de la Eucaristía: (1) «Los de acá del cielo y los de allá de la tierra habemos de ser unos en el amor y pureza. Los de acá viendo la Esencia divina, y los de allá adorando al Santísimo Sacramento, con el cual habeis de hacer allá vosotros lo que nosotros acá con la Esencia, nosotros gozando y vosotros padeciendo, que en esto nos diferenciamos, y cuanto más padeciéredes, más gozareis. Dilo a mis hijas.»

¡Oh, que dicha y felicidad es poder estar adorando a Jesus, y mereciendo por ello gloria eterna, ante el Tabernáculo, acá, en esta vida sembrada de amarguras y penalidades!

Sean nuestras delicias el estar con Jesucristo Sacramentado, ya que las suyas son el permanecer en nuestra compañía. Gocemos de los suaves contentos y de los dulces amores eucarísticos, mientras es hora de

(1) P. Rivera. Pg. 503.

gozar de los celestiales y eternos, de los que, hasta después de muerta, nos habla desde la otra vida nuestra gloriosa Santa.

Cierto es que el alma, mientras permanece encerrada en la carcel de este cuerpo, siente la fatiga y el cansancio que éste experimenta al sujetarle a que se postre a adorar al Santísimo Sacramento, y las distracciones que los sentidos y la imaginación la comunican, perturbándola en sus deseos de prescindir de todo para más íntimamente unirse a su Dios; pero gran consuelo serán para nosotros las anteriores palabras de la *Santa*, por asegurarnos que en ese padecer y en ese luchar con nosotros mismos está el mérito, cuando adoramos al Señor en la Eucaristía, del que carecen las adoraciones de los Bienaventurados del cielo.

CAPÍTULO III

La ciudad de Avila.—En ella nació Santa Teresa a la vida temporal.—Recibió la vida de la gracia por el Bautismo.—La comunicaron la vida eucarística.

En la noble Avila; en la hidalga ciudad castellana del Rey, de los Leales, de los Caballeros; de los héroes y de los santos, nació a este mundo, el día 28 de marzo de 1515, Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada.

Es Avila vetusta ciudad, que, en las márgenes del Adaja fijó, hace no pocas centurias, su estancia y permanencia y donde la encontrais tranquila, y silenciosa siempre, con la tranquilidad y el silencio del místico y del asceta, y como reconcentrada por el recuerdo de sus pasadas proezas que púdicamente y con gran modestia y recato musita a cuantos se acercan a saludarla.

Parece que el Señor se complace en distinguirla, añadiendo glorias y grandezas a las que conquistaron y dieron fama en la antigüedad sus leales e hidalgos

caballeros del temple y fragor *del rayo de la guerra*, Sancho Dávila, y sus heroinas a lo Jimena Blázquez, que en ausencia de los guerreros en valor por defenderla los aventajaron.

Pudiéramos simbolizar a la amurallada ciudad de los héroes y de los santos, en una grandiosa y secular estátua, que, forjada y cincelada con las lanzas de sus famosos guerreros, representase a venerable y antiquísima matrona, firme y fantásticamente asentada sobre los almenados torreones y graníticas fortalezas que la circundan, mostrando a las generaciones que pasan ante ella y en majestuosa y arrogante actitud, su legendaria historia, sobre viejos y rancios pergaminos detallada, y encabezando cada una de sus brillantes páginas con las siguientes palabras, grabadas por el acero y enrojecidas con la sangre de sus más ilustres hijos: *Por la Religión y por la Patria*.

Pues, en esa forma simbolizada tan ilustre y gloriosa ciudad, bien pudiéramos decir, que sobre la espaciosa y tersa frente de tan gallarda y venerable dama, realzando de singular manera su natural belleza, la Iglesia ha ido con el transcurso del tiempo tegiendo primorosamente una corona de rosas y azucenas celestiales, que al calor de la gracia y cuidado de la Iglesia brotaron y crecieron en el privilegiado suelo abulense.

La última de esas delicadas flores, cultivada y regalada por el Divino Esposo en el místico jardín de sus puros y castos amores, la engarzó para siempre en esa corona de Santos avileses Benedicto XV, al beatificar a la compañera inseparable de la Santa, a Ana de San Bartolomé, colocándola, por ser flores del mismo ver-

gel y del mismo tallo, junto a la azucena de Avila y del Carmelo, cuya fragancia y perfume embalsama la tierra entera; al lado de la Gran Teresa de Jesús, gloria la más honorífica y legítima de cuantas atesora, con ser muchas y brillantes, la ciudad de Avila; porque al ver la luz primera en ella, y constituyendo el municipio como una sola familia con su historia y tradiciones, con su fisonomía propia y sus costumbres características, los individuos que le componen se hallan unidos por los estrechos lazos del paisanaje y todos ellos gozan de cierta solidaridad, y por lo tanto, las glorias y grandezas de Santa Teresa son y constituyen grandezas y glorias para sus compatriotas y paisanos.

Día grande para toda persona humana es el día de su nacimiento a esta vida; porque, aunque antes haya principiado a existir, es cuando se presenta en este mundo con vida propia, energías y facultades propias, que, conforme se vayan desarrollando, irá adquiriendo la perfección a que tienden necesariamente todos los seres de la creación.

El beneficio de la creación que se completa en el nacimento y váse perfeccionando durante la vida, es el mayor de los que en el orden natural Dios nos otorga, y fundamento preciso para recibir los del sobrenatural y divino; pues primero es ser que obrar y recibir, y este beneficio que es común a todos los nacidos, fué extraordinario en Teresa de Cepeda y Ahumada y muy conforme a los designios de Dios en orden a la vida de la gracia, y a la que nace y se sigue de la recepción de la Sagrada Eucaristía.

El P. Rivera asienta que «en los angeles el que es

tá más aventajado en el natural lo es también en la gracia, y en los hombres se ve hartas veces esto mismo: que a los que escoge el Señor para más alta gracia y mayores dones sobrenaturales les dá más perfecto y excelente natural, cómo se vió en el que dió a la Madre Teresa de Jesus.» «Comencé a entender dice la Santa, las gracias de naturaleza que el Señor me habia dado, que según decian eran muchas.» (1)

En la mente de Dios estaba Teresa, como todos los seres, desde la eternidad. Por su presciencia divina no se le ocultaba la fiel y generosa correspondencia a las gracias y favores que recibiera la hija de los Cepedas y Ahumadas hasta llegar a endiosarse por el amor; y ajustándose a sus admirables planes, ya encantado de su obra prodigiosa, dió el decreto, creando un alma privilegiada y de dotes excepcionales para que informara el cuerpecito formado en el seno de su madre con sangre «filtrada por entre armaduras, adargas, broqueles y celadas de cien nobles e hidalgos caballeros, con la cual la trasmitían como herencia la vocación al heroismo humano, como disposición para el sobrenatural en que rayaría en su apostolado eucarístico y de Oración. Y así se presentó en el día de su nacimiento a la vida temporal.

Vagidos de tierna niña, mezclados con las alegrías de sus padres y parientes resonarán en las paredes de la señorial casa que la vió nacer; no es extraño: es hija de Adán pecador. Pero esa hija de Adán oculta bajo su frente de nacar una inteligencia tan preclara que más tarde se arrobará ante una flor o una tempes-

(1) Obras T. I. Pg. 19.

tad, por descubrir en ellas la belleza y omnipotencia del Creador; una inteligencia que la hará ver a su Dios en todas partes, «hasta entre los pucheros hallo yo a Dios», que ingénuamente decía; una inteligencia que para los demás mortales será siempre un prodigio, un misterio, un milagro, al contemplarla en las visiones intelectuales, que ella explica y llama, como fija en la esencia divina, en la que se recrea y regala de manera transeunte, o viendo en la Eucaristía a su casto y divino Esposo, que allí presente se le revela y aparece de distintas maneras, y que ella tan magistral y sencillamente describe en sus clásicas obras literarias.

Se la oirá, sí, llorar a tan tierna niña; mas bajo ese pechecito se oculta un corazón de senos dilatadísimos para ser repletos de amores y regalos divinos, y que al vaciarse en él las dulzuras y encantos del Corazón de un Dios, la hará exclamar: ¡basta!, Señor, ¡basta!; mientras que un Serafín con dorado dardo se le abrirá de parte a parte, para que no estalle hecho pedazos aquél horno, aquél volcán de amor divino.

Todos los dones que recibió en su ser natural la ilustre hija de Avila, fuéronlo de oro de ley y tan puro, que al recibirla después el Dios Redentor y Santificador en el día de su bautismo, pudo, por medio de la gracia, labrar en todo él las filigranas espirituales que fueron el encanto de los Cielos y constituirán en todo tiempo el pasmo y la admiración de las gentes.

¿Y amaría Dios a Teresa al venir a esta vida manchada con el pecado de origen?

Entre Dios y el pecado hay incompatibilidad absoluta, por lo que mientras no se lavara la mancha, no podía ser objeto del amor comunicante con que Dios

ama a los justos; pero con el amor removente-comunicante, con que ama al pecador y le hace desear, anhelar y procurar en lo que está de su parte el que desaparezca la falta para comunicarse a Él; con el amor que el Buen Pastor ansía venga al aprisco de la Iglesia la oveja aunque sea cargándola sobre sus hombros, la amó como a ninguna otra criatura que en esas condiciones viene a este mundo.

Dios ha dicho que ha creado al hombre para su gloria; a Santa Teresa dijo en cierta ocasión, que si no hubiera creado el Cielo por ella sólo lo creara; que parece comprender esto otro: si por los hombres no hubiera muerto, por ella sólo hubiera sido crucificado. ¿Pues qué deseos, según esto, tan vehementes y casi irresistibles sentiría Dios hacia Teresa, puesto que suya la consideraba una vez que en la Iglesia tenía depositado el precio de su rescate, y que era nada menos que su misma y preciosa sangre, para colmarla de sus gracias y de sus dones?

Si valiera expresarnos así, diríamos que cuan largos se harían a Dios en su eternidad los ocho días que trascurrieron desde el nacimiento de Teresa hasta su bautismo, en el que ya pudo poseerla y fijar en su alma su santa y benéfica mansión.

Tuvo lugar el bautismo de la niña Teresa en la Iglesia parroquial de San Juan Bautista de la ciudad de Avila.

En la pila bautismal que a la entrada y al lado izquierdo de dicha monumental Iglesia se conserva con religiosa veneración, fué regenerada y nació a la vida sobrenatural Santa Teresa de Jesus.

En aquella fuente de aguas vivas, donde se limpian

y santifican las almas que vienen a este mundo con el pecado original, y que en tan memorable día se vería rodeada de los ángeles del Cielo que absortos y radiantes de júbilo contemplaban a la tierna niña, que con el tiempo les emularía en pureza y amor divino, se la confirió espléndidamente la gracia justificante que la hizo Santa para siempre; pues en toda la vida supo no sólo conservarla sino que además la aumentó hasta un grado tan elevado, que se aproxima por ella a los espíritus celestiales.

Por el Sacramento del bautismo la Iglesia la recibió en su regazo maternal, para ilustrarla con su sublime doctrina y nutrirla con la sangre del Cordero inmaculado, que corre hasta las almas por los Sacramentos; y en tal estima tuvo este beneficio que al término de su carrera la confortaba sobremanera el pensar que era hija de la Iglesia, sin que jamás, se hubiera separado de sus enseñanzas, dispuesta, como siempre estuvo, a dar la vida por la más insignificante ceremonia de su Santa Madre, la Iglesia Católica.

Y no solamente por el agua bautismal quedó Teresa de Cepeda santa, hija de la Iglesia y con derecho a la bienaventuranza eterna, sino que, desde aquel momento quedó su alma constituida en templo de la Trinidad Beatísima, recibiendo de cada una de las tres divinas personas gracias y dones especiales, y uniéndose a ellas con vínculos tan amorosos y fuertes que nunca los pudo romper el pecado mortal, del que se vió libre durante su santa y extraordinaria vida. Ni un instante dejó de estar unida su alma a Dios por la gracia santificante, que se la infundió por el bautismo.

Acerca de la gracia que se comunicó a Santa Te-

resa al ser bautizada dice un elocuente orador sagrado (1). «La naturaleza divina no se comunica intrínseca y sustancialmente más que a las Personas divinas, que son *procedentes* en la Trinidad beatísima, y a la naturaleza humana de Jesucristo; a aquéllas por la identidad, a ésta por la unión hipostática. Por eso el Verbo Eterno de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad es Dios como el Padre y lo mismo el Espíritu Santo, tercera Persona Divina, porque tienen la misma esencia, la misma naturaleza Divina que el Padre, comunicada intrínseca y sustancialmente al uno por generación, y al otro por la espiración. Por esto, la naturaleza humana de Cristo, por la unión hipostática considerada en sí misma precisamente, no puede decirse que participe de alguna semejanza con la naturaleza Divina, sino que hay que decir que está unida a la misma naturaleza Divina en la Persona del Verbo, y que aquel hombre que fué crucificado es... el mismo Dios.

Fuera de la Trinidad, y fuera del Misterio de la Encarnación, Dios no se comunica, no puede comunicarse más que de un modo extrínseco y accidental por medio de un accidente creado, que tenga *cierta semejanza* con la Divinidad, y por el cual sus criaturas, sin dejar de ser criaturas, sean semejantes a Dios, sean en cierto modo dioses, dioses por participación, dioses por accidente.

Pues bien, la gracia santificante, que se nos comunica por el Bautismo, es esta imagen creada, esta se-

(1) Sermón pronunciado por el M. I. Sr. Perrino, Lectoral de Avila, con motivo del Centenario del bautismo de Santa Teresa.

mejanza con la Divinidad... ¡Qué grandeza, hermanos míos, la de la gracia santificante!... La gracia santificante, según nos enseña la revelación, constituye, en aquella criatura a quien se dá, un ser nuevo, una naturaleza nueva, una vida nueva; sí, porque se nos dice que por ella renacemos, somos vivificados, nos hacemos nuevas criaturas... Pues, en este día y en ese lugar (el baptisterio) se comunicó a Santa Teresa de Jesús la gracia bautismal. De esa pila salió Teresa hecha santa, hija de Dios, imagen de Dios, diosa por participación...»

Cierto es que la gracia bautismal y los efectos que en el alma produce son comunes, de la misma naturaleza para cuantos somos regenerados por el bautismo; pero cuando descienden y obran en criaturas de extraordinarias prendas y dotes de alma y cuerpo, según vimos que Dios había concedido a Santa Teresa de Jesus, «como en tierra fértil y sazonada prendió luego con firmes y hondas raíces la gracia que recibió en el bautismo» (1); y los copiosos frutos producidos en tan elevado espíritu, estuvieron en relación con los designios de Dios Nuestro Señor, de disponerla con la gracia santificante, para colmarla con prodigalidad asombrosa de estupendos favores e inefables regalos, a cambio del amor singular, característico y pudiéramos decir único, de la gran Teresa; excepción hecha del amor de la Virgen Santísima, Madre de Dios, Madre protectora de Teresa y Madre también nuestra.

Favores, regalos y amores mutuos, que habían de manifestarse en su mayor intensidad y ternura en la

(1) P. Yepes, t. I, pg. 11.

vida eucarística de la Virgen Avilesa, hasta llegar a fundirse en un solo corazón, el Corazón de la Amante y el Corazón del Amado; porque, salvando siempre la diferencia existente entre Dios y la criatura, y teniendo en cuenta, que, cada cual en su orden, ni el Corazón de Jesus podía pedir, ni exigir más al de Teresa, ni el de Teresa al de Jesus; ambos sentían, deseaban y se querían mutuamente, como se podían querer y amar; y, al parecer andaban a porfía viendo quien vencía a quién en el amor; y si Teresa pudo decir «yo me llamo Teresa de Jesus» el Señor la contesta «pues yo, Jesus de Teresa.»

Es la vida eucarística vida sobrenatural, como lo es la que la gracia comunica al alma. La eucaristía presupone la de la gracia, que a ésta completa y perfecciona; y bien pudiéramos decir que en la vida eucarística la unión y la comunicación entre Dios y el alma es más estrecha, más íntima, más tierna, más divina.

Una es la vida de familia, que existe entre los individuos o personas que componen ésta, sin embargo, con diferentes derechos, de distinta manera y en diversa graduación, participan de esa vida doméstica, los que forman y constituyen dicha sociedad.

La que existe entre el siervo y el Señor, con quien le une un amor servil, se diferencia de la que naturalmente gozan los padres e hijos, unidos por un amor fuerte, intenso, sí, pero siempre respetuoso y reverencial; y la que corresponde en esa vida doméstica a los esposos, que mutuamente se han entregado y han aceptado cuanto son, tienen y pueden ofrecer y aceptar, siendo en ellos todo común, es vida más pura,

más íntima, más familiar, más tierna, más dulce y de mayores encantos que las anteriores.

De modo parecido ocurre con la vida sobrenatural, que de distinta manera se comunica al hombre.

La gracia que se infunde en el alma por el Bautismo, la contrición perfecta o la imperfecta con el Sacramento de la Penitencia, hace que la Trinidad Beatísima descienda a ella cual a una mansión, y que el Padre creador, el Hijo redentor y el Espíritu santo santificador la comuniquen sus gracias y sus dones; por la Sagrada Comunión se une Dios al alma, además, como el esposo a la esposa, íntima y familiarmente.

La vida sobrenatural que se comunica por la gracia es mediante esta imagen viva de la divinidad que en el alma se imprime y permanece mientras el pecado mortal no la borre; la eucarística no por una imagen, sino por la real presencia del cuerpo de Jesucristo en el Sacramento del Altar, que cuando le recibimos en la Comunión, y con él su alma y Divinidad, nos comunica su propia vida, estableciéndose entre el alma y Jesus, presente con todos sus méritos, sus gracias y sus virtudes, esa inefable comunión de bienes y de vida, como la existente entre los esposos, y comparada por el mismo Salvador a aquella por la cual son uno solo Él y su Padre. *Ego et Pater unum sumus.—Vivo propter Patrem; et qui manducat me et ipse vivet propterme.* Yo recibo la vida de mi Padre, yo vivo por Él y para Él: del mismo modo, si vosotros os alimentáreis de mi carne, tendreis mi vida, la cual pasará de mi corazón al vuestro. Entonces podréis decirme de alguna manera lo que yo digo a mi Padre: Todo lo vuestro es mio también: *Omnia tua mea sunt.* ¡Que dichosa y ri-

ca es el alma, cuando comulga y vive la vida de Cristo Sacramentado!

En los demás sacramentos y beneficios espirituales que nos otorga Dios en este mundo, no poseemos más que ríos de gracia y vida sobrenaturales: pero en este Sacramento, poseyendo al Sagrado Corazón de Jesus dentro de nosotros mismos, poseemos a la misma fuente, al manantial de vida eterna del que brotan y salen los ríos. ¿Qué alma habrá, que al sentir la sed y ardores por la vida eterna y felicidad sobrenatural no acuda a apagarlos y saciarse con la Eucaristía, bebiendo en ella las vivificadoras aguas que brotan del costado del Salvador?

La vida eucarística se vive por la comunión, y se conserva y mantiene en toda su robustez, con todos los regalos, dulzuras y encantos de que está matizada, mediante la comunión frecuente; y a esa vida sobrenatural e íntima con Jesus Sacramentado nació Santa Teresa de Jesus en su ciudad de Avila: creemos que en el convento de Religiosas Agustinas de Nuestra Señora de Gracia, según se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

Los primeros años de Santa Teresa en casa de sus cristianos padres. – Buenas costumbres y altísimas virtudes que aprendió de ellos. – Durante esa primera época de su vida, ni la «Santa» ni sus biógrafos dicen si comulgaba. – Entra en «Gracia» en cuyo convento creemos la inculcaron la comunión frecuente, y con ella recibió el germen de la Vida Eucarística.

Don Alonso Sánchez de Cepeda, que por ser oriundo de la Imperial Ciudad llamábanle el Toledano, y Doña Beatriz Dávila y Ahumada, de noble e hidalga estirpe, fueron los afortunados y dichosos padres de la niña Teresa. A ella la impusieron ese nombre en el bautismo, en memoria, sin duda, de su abuela materna, Doña Teresa de las Cuevas; pues no se sabía de Santa alguna que así se llamase. Teníala Dios reservado el ser la primera Santa Teresa, y juzgamos que... habrá muchos y extraordinarios santos, pero ella será la única Santa Teresa de Jesus.

Tenía como patrona suya a Santa Dorotea, por creer que este nombre era contracción de Teresa y con

singular devoción celebraba su fiesta. «Tratando yo, dice el P. Gracián (1), algunas veces con la Madre Teresa de Jesus de este su nombre, y mortificándola con decir que aun no tenía nombre de «Santa», me solía responder que su nombre de Teresa era de Santa Dorotea; y así celebrábamos el día de la Santa con particular devoción de su nombre.»

En la casa solariega de los Cepedas, que entonces ocupaba el sitio donde hoy se levanta la Iglesia llamada de *La Santa* y convento de Carmelitas Descalzos, bajo el amparo y esmerada educación de sus cristianos y ejemplares padres y en compañía de sus muchos hermanos, se deslizaron los primeros años de su vida, respirando de continuo un ambiente de piedad y devoción, y ejercitándose en las costumbres genuina y netamente cristianas y patriarcales que en el hogar paterno la enseñaron; por cuyos railes de virtud y perfección en que al principiar la vida se vió colocada por los que la dieron el ser, corrió ligera y rectamente hasta el fin, a impulsos del fuego de amor divino que ardía en su corazón.

Nadie como ella misma puede decirnos lo que la valió el nacer, y recibir tan piadosas enseñanzas en sus primeros años, de buenos y honrados padres; así como los edificantes ejemplos de virtud que continuamente veía en sus hermanos, los que, por otra parte, en extremo la distinguían y amaban (2).

«El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me

(1) Adiciones mss. a la vida del P. Rivera al f. 50.
(2) Obras T. I. Pg. 15 y siguientes.

favorecía para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y ansí los tenía de romance para que leyeran sus hijos (1). Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme de edad, a mi parecer, de seis a siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados... jamás nadie le vió jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.

Éramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fuí yo, aunque era la más querida de mi padre... Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios.»

De mano maestra está ejecutado el cuadro que ofrecía la familia de los Cepedas y Ahumadas, por aquellos días en que vivió Santa Teresa en ella. Es admirable, cómo de dos pinceladas, en tres limpios, hermosos y bien redondeados párrafos, pinta a todos

(1) Entre ellos se enumeran *Retablo de la Vida de Cristo* y un *Tratado de la Misa.*

los suyos, caracterizándolos con los rasgos más salientes y peculiares que les distinguían.

Encantador y de belleza suma resulta todo el conjunto, al que coloca la ilustre castellana sobre un fondo bañado todo él con la celeste y azulada luz de la religiosidad; en un ambiente de nobleza e hidalguía a la usanza de los caballerescos tiempos que corrían, y respirándose ventura y dicha, en medio de las enfermedades sufridas en aquel amoroso nido, fabricado con los suaves y delicados lazos conyugales, que desvelos y solicitudes imponían; en aquel tranquilo hogar modelo acabado, en el que debieran mirarse las familias cristianas de nuestros días.

Parece que se está viendo al venerable y laborioso patriarca de aquella grey que cual brotes de oliva se coloca y sienta alrededor de la mesa; a la hacendosa y recatada madre cristiana, comparada a las vides que cargadas de los frutos de bendición, a las puertas de las casas están plantadas; y a aquellos hermanos de alegres años juveniles, mostrándose siempre entre sí cariñosos, y reverentes y sumisos para con los padres.

No puede hablarse con más naturalidad y delicadeza; ni con amor más tierno sin llegar, ni por asomo, a ser empalagoso, de los padres y hermanos que en ella se miraban.

Durante esa época, y cuando muy pocos años contaba, se dió ya a conocer, revelando toda la grandeza de su ánimo, toda la fe de su elevado espíritu y todo el amor que por Dios sentía, desde niña, en su tierno corazón, con dos hechos, o, más bien, dos arranques muy suyos, propios de la gran Teresa, y que ella na-

rra de esta singular manera: «Tenía uno (hermano) casi de mi edad. Juntábamonos entramos a leer vidas de Santos, que era el que yo más quería (Rodrigo), aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Cómo vía los martirios que por Dios las Santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el Cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Corcertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo.»

Cuando esto ocurría, contaba Teresa tan sólo siete años de edad, y para realizar sus impetuosos deseos salieron los dos pequeñuelos de la ciudad, por el puente sobre el Adaja existente y se encontraron en el sitio denominado *los cuatro postes* a su tío paterno D. Francisco de Cepeda, que los detuvo e hizo regresar a la casa paterna, donde impacientemente los esperaban por temor a que hubieran sido víctima de alguna desgracia. Es de notar lo que al narrar este episodio de la Santa dice el P. Rivera; porque demuestra las intenciones que abrigaban los dos heróicos hermanos de alejarse hasta lograr su fin, puesto que se apercibieron de comida para el camino; y, por otra parte, el que la niña era la que arrastraba al niño hacia el martirio». (1) En fin, lo tomó tan de veras, que to-

(1) V. Pg. 44.

mando alguna cosilla para comer se salió con su hermano de casa de sus padres, determinados los dos de ir a tierra de moros donde los cortasen la cabeza por Jesucristo... El niño se escusaba (ante sus padres) con decir que su hermana le había incitado y hecho tomar aquel camino.»

¡Acto verdaderamente sublime, admirable, estupendo en niños de tan corta edad!

El desprenderse de la vida, el marchar voluntariamente a entregarse al verdugo exige un valor de ánimo extraordinario, sobrenatural; y aunque Teresa fué, como ella escribe, «de corazón recio» es incomprensible el que a aquella edad, cuando las niñas temen separarse del lado de la madre y las horroriza y espanta el alejarse de la casa y del pueblo, se moviera tan resueltamente por impulsos naturales a ir donde la matasen por Cristo.

Ni se diga que obraban puerilmente, ignorando lo que deseaban y yendo por caminos desconocidos; bien sabían lo que era el ser descabezados, y si el oir hablar de muertes trágicas infunde miedo a los niños ¿cómo se explica el que ellos fueran a buscar esa clase de muerte ante la cual los hombres más valientes se acobardan?

Era Teresa un angel que, acá, en la tierra, sintió envidia por la corona que adorna las sienes de los mártires, y decidió ir a buscarla, asida de la mano de su hermanito y de la del angel del valor, lográndola por el deseo ardiente y decidido, con admiración de los cielos y júbilo de los bienaventurados.

El segundo arranque del corazón de la valerosa

castellana fué como sigue y ella cuenta. (1) «Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme, que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y en fin, me ha tornado a sí.» (2)

¡Hermoso y tierno cuadro! Ved a Teresita, huérfana, dándose cuenta del tesoro que había perdido, sintiendo en lugar de la benéfica y protectora sombra de una santa madre el frío del desamparo y las amarguras de la soledad; vedla postrada de rodillas ante una imagen de la Virgen Santísima, suplicándola que fuera en adelante su madre, puesto que acababa de perder la de este mundo; mientras que dos gruesas lágrimas corrían temblorosas por sus bermejas mejillas, desprendidas de aquellos hermosazos ojos que Dios la dió a manera de esbeltos y airosos ventanales, por donde dejaba ver a su alma candorosa en toda su grandeza, belleza y sencillez, al contemplar a las criaturas, y por ellas elevarse hasta el Creador.

Que un Duque de Gandía, un San Francisco de Borja, que andando el tiempo confesó a nuestra Santa cuando pertenecía a la ínclita y entonces naciente Compañía de Jesus, a la vista del cadaver de la Emperatriz Isabel, se volviera y consagrara a servir a

(1) V. T. I. Pg. 18. Obras.

(2) En la Catedral, se conserva y se la dá culto a la Virgen de la Caridad que es a la que se refiere la «Santa.»

Dios, diciendo *que no volvería a servir a señores que pudieran morirse*, hecho grandioso es que le cubre y llena de gloria; porque prueba la firmeza de caracter del que, desengañado de la efímera vida, se dirige al cielo, trocado en un santo por virtud de la gracia divina.

¿Pues qué diremos de Teresita, doncella de doce a catorce años, que pensando en la que podría sustituir a la madre idolatrada que acababa de perder, no halla en nadie de este mundo quien llene el hondo vacío que sentía en su alma, y corre a postrarse de hinojos ante la Virgen, pidiéndola con sencillez y candor angelicales que en lo sucesivo sea ella únicamente su madre?

Niña es todavía; pero en tan piadoso, espontáneo y filial arranque, lleno de fe, esperanza y amor, revela poseer un corazón de *santaza*, que con nada podía henchirse que no fuera Dios o la madre de Dios.

Para terminar el bello cuadro que venimos contemplando dentro de los muros de la señorial morada de los Cepedas, ya nos dirá la Santa las devociones y obras de caridad, a que en casa de sus padres se entregaba.

«(1) De que ví que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, cómo podíamos, hacer ermitas, puniendo unas pedrecillas, que luego se nos caían, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

(1) Obras. T. I. Pg. 17.

Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.»

Hemos querido dar a conocer, quizás con algo más de extensión que nos propusimos, la piedad, devociones y prácticas cristianas a que habitualmente se entregaba Teresa durante la primera época en que vivió con su familia en casa de los padres, con el deliberado propósito de que al propio tiempo que ofrecíamos al devoto lector, para que la saborease a su placer, una de las páginas más íntimas y deliciosas de la vida familiar de la *Santa*, y que tan magistralmente describe ella con su brillante y castiza pluma, pudiera también fijarse en algo, que desde luego se nota y nos importa llamar la atención por relacionarse con nuestros propósitos de ocuparnos del principio, desarrollo y apogeo de la vida eucarística de Santa Teresa de Jesus.

Porque al narrar, como hemos visto, con sin igual candor todas sus devociones, no olvidando detalles por minuciosos e insignificantes que pudieran parecer; y mientras desciende hasta hacer mención de sus aficiones pueriles con una gracia y donaire que encanta, edifica y mueve; salta a la vista, el que ni una vez nombra al Santísimo Sacramento, ni habla de la Sagrada Comunión. Ni sus biógrafos, que fueron tan diligentes por enriquecer con detalles y datos, importantes unas veces y curiosos otras, las narraciones de la *Santa*, y esmerados para suplir lo que, a veces, por

humildad ella omitía, dicen una palabra de la primera comunión, que seguramente la haría viviendo con sus padres, ni si después comulgaba más o menos frecuentemente.

¿No parece esto algo extraño e inexplicable?

Y sorprende todavía más, si se tiene en cuenta el que cuando escribió la Santa su portentosa vida, ya su corazón estaba colmado y saturado de vida eucarística, para que no pudiera olvidarse de consignar cuanto de su vida guardase relación con su Jesus Sacramentado, al que tanto estimaba y quería, y de cuyos favores recibidos en la comunión y ante el Altar se mostró siempre heraldo y pregonero, con el fin de que a El viniesen las almas a adorarle y a recibirle sacramentalmente.

Mientras habla de su devoción a rezar el Santo Rosario, que aprendió de su cristiana madre; cuando se detiene a manifestar sus inclinaciones a hacer limosnas, a sufrir el martirio, a hacer con piedrecitas casas a manera de conventos, deseando, en aquellos juegos con su hermano, ser ermitaños ¿cuál será la causa de omitir lo relativo a la Sagrada Eucaristía?

Es menester, al encontrarnos frente a esa interrogación, no perder de vista que, por los días en que estamos contemplando a Santa Teresa, la Comunión, fuera del tiempo de cumplir con la Iglesia, era rara, generalmente, entre los fieles de vida ordinaria; y entre las personas dadas u obligadas a la piedad, lo frecuente era comulgar cada mes o a lo sumo cada quince días.

Como prueba de esto alegaremos, que el Concilio de Trento se limitó a exigir a las religiosas y a los se-

minaristas el que comulgasen sólo mensualmente «Moniales unoquoque mense confiteantur et communicent (1) y lo mismo cuando a los seminaristas (2). Cuando, estando ya de monja en la Encarnación Teresa de Cepeda, sintió en su alma los efectos de haber dejado por algún pequeño tiempo la oración mental; para salir del estado de debilidad espiritual en que se encontraba la mandó un P. Dominico, con quien se confesó, que comulgase cada quince días; que era lo que entonces tenían las personas piadosas por comulgar a *menudo*. (3)

Y si así lo entendían y practicaban las almas que se creían obligadas a tener perfección o a procurarla seriamente ¿con qué frecuencia comulgarían los simples fieles?

¿No indica ello que la frialdad e indiferencia para con la Eucaristía debía sentirse, en aquel entonces, entre las familias y los individuos?

¿Ocurriría el que, por ser tan general esa indiferencia hacia el Santísimo Sacramento, no hubiera respetado a la religiosa mansión de los Cepedas, filtrándose hasta en el alma de sus cristianos y piadosos moradores?

Pudiera suceder; pero creemos que no, porque en semejante supuesto, se explica menos el silencio de la Santa. ¿Si se lamenta de que en casa de sus padres, donde vió hartas virtudes, halló libros de caballería y entraron personas de la familia que por sus conversaciones frívolas la pusieron en peligro de extraviarse;

(1) Cap. X. Ses. 25. De reformatione regularium.
(2) Cap. XVIII. Ses. 23.
(3) V. M. Juan de Avila. Pg. 39.

su espíritu saturado de vida eucarística cuando escribió su vida, no hubiera hablado por su pluma, lamentando el olvido que tuvo al Amado de su alma?

Tan delicada como ella era para amar a su Dios, aun desde los principios; y tanto como se dolía de lo que fuese, o creyese que era la más ligera ofensa al Señor, principalmente si aparecía como una ingratitud a favores recibidos ¡qué exclamaciones, qué lastimeras lamentaciones se hubiesen escapado de su amante corazón, al tener que recordar el tiempo de su vida, en que hubiera tenido olvidado al Esposo de su alma, presente en la Eucaristía!

Sin acertar con la causa del silencio que venimos comentando, aunque bien pudiera ser el que al escribir su vida, más se propuso manifestar sus faltas que ella en su profunda humildad llamaba grandes pecados, que las devociones y fervores experimentados, juzgamos y tenemos por seguro, que la Santa, por aquella época, fué devota del Santísimo; que recibiría la Sagrada Comunión con la frecuencia que sus confesores se lo concedieran, y seguramente sería con la que en aquellas circunstancias se permitía a las almas entregadas a la piedad, que en alto grado aprendió ella de sus cristianos padres.

Así como también creemos que la verdadera y propia vida eucarística, que se adquiere, se sostiene y aumenta, no con comuniones aisladas, sino comulgando diaria o casi diariamente, y manteniendo, por este fuego sagrado, la constante comunicación espiritual del alma con Jesus Sacramentado, la recibió Santa Teresa en germen en el convento de Religiosas Agustinas, llamado de «Gracia»; y que al desarrollarse, con el

tiempo, esa semilla sembrada en el corazón, al calor de la Eucaristía, alcanzó una vida tan exuberante que llegó a sentirse la Santa pletórica de amor divino.

Cuando llevaron a Santa Teresa al convento de Nuestra Señora de Gracia, con ocasión y oportunidad que más adelante veremos, estaba de confesor de las religiosas y jóvenes que en él habitaban, nada menos que Santo Tomás de Villanueva, aunque otros dicen que los cargos que en dicho convento desempeñó el Santo fué el de Visitador y Provincial; y a cargo de las jóvenes educandas estaba Doña María de Briceño «mujer de mucha virtud, dice un historiador de la *Santa*, de gran piedad y singularmente devota del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, el cual, cosa rara en aquellos tiempos, solía recibir con frecuencia y aun todos los días.»

Pues bien; hablando Santo Tomás de Villanueva de los milagros obrados en su tiempo por medio de la Eucaristía, dice lo que ocurrió a Doña María Briceño por los años 1530 con estas palabras. (1)

«Lo que voy a decir lo digo por ser así verdad, porque no miento ni Dios tiene necesidad de la mentira.

Yo conocí una religiosa (por nombre María de Briceño, moradora del convento de Agustinas de Santa María de Gracia, en Avila) muy señalada por su devoción al Santísimo Sacramento; la cual, como el ciervo sediento anhela por el agua, así ella anhelaba por la Divina Eucaristía. Le era muy penoso dejarla de recibir ni un solo día, hasta el punto de que si no lo podía

(1) V. Divi Tomæ a Villanova Opera omnia (Manilæ 1883), volumen IV Pg. 223.

recibir en su convento por entredicho o por cesación del culto, iba a otra parte para no pasar ni un día siquiera sin aquel espiritual alimento.

Pues como un día de Jueves Santo, en que el Santísimo Sacramento está reservado en el tabernáculo, se hubiese olvidado el sacerdote de guardar una forma para comulgarla, estuvo por largo tiempo toda angustiada y llorosa, rompiendo el aire con gemidos como si se le hubiese muerto alguna persona de su familia. Querían algunos consolarla, pero no era posible, por la razón ya dicha.

En esto, perseverando ella en su llanto y gemido, ¡cosa milagrosa! vió venir hacia ella dos manos que llevaban el Santísimo Sacramento, de las cuales lo recibió con grandísimo consuelo de su alma. Recibido el Sacramento, la tristeza pasada se le convirtió en alegría.

Todo esto y otras mercedes y revelaciones divinas, me lo dijo ella misma, no espontáneamente y de su voluntad, sino por obediencia, pues era súbdita mia en nuestra orden.»

Después de leer el precedente atestado de Santo Tomás de Villanueva, refiriendo la devoción tan grande que Doña María de Briceño, Maestra de la *Santa*, profesaba al Santísimo Sacramento, la frecuencia con que comulgaba y el milagro obrado por Dios para apagar las ansias que sentía su amada sierva por comulgar, ¿quién dudará que ella fué la que, durante el tiempo que Santa Teresa permaneció a su cuidado y educación, sembró en su alma la semilla de la vida eucarística; al igual que la enseñó otras prácticas y devociones que ella siempre conservó hasta la muerte?

A su lado principió indudablemente a sentir Santa Teresa aversión al mundo, despego a las cosas de la tierra y a gustar de la vida espiritual y recogida: estas transformaciones del alma las debió experimentar al influjo de las luces eucarísticas que recibiría de tan fervorosa monja devota del Santísimo Sacramento.

Otra cosa, no se avenía con los justos prestigios de tan esclarecida maestra, ni con los de la aventajada discípula.

CAPITULO V

Ocasión y oportunidad con que llevaron a Teresa de Cepeda al convento de Gracia.—Lo que vale tener padres vigilantes y previsores.—Transformación que sufrió su alma bajo la dirección de su ilustre maestra y fervorosa devota del Santísimo Sacramento.

Es indudable, que el paso o tránsito de la edad de la inocencia y del candor a la edad madura y perfecta es el que ofrece para el hombre más peligro de naufragar.

Si repentinamente el niño se convirtiese en hombre, con el pleno uso de sus facultades mentales para conocer el bien y ver donde está el mal, hubiera muchos que lograrían conservar la inocencia y gracia bautismal; pero durante el periodo ese crítico de la vida en que las pasiones principian a bullir, que diría nuestra Santa, a hervir, a fermentar, a agitarse, al mismo tiempo que el alma váse despertando lentamente del letargo en que permanece al venir a este mundo, no pudiendo, por esa causa, ver con claridad, sino con sombras y nebulosidades, cuando por las puertas de los sentidos se pone en comunicación con el mundo

exterior en el que principia a vivir; en ese tiempo que ignora las espinas que se ocultan entre las flores todas del placer y glorias mundanas; que sintiendo la persona la inseguridad y debilidad que la acompañan, se entrega a discreción del amigo que la suerte le depare, es cuando se corre el principal peligro de declinar, y donde suele decidirse el porvenir temporal y eterno de los individuos.

No fué pequeño el que corrió Santa Teresa, en esa época en que ahora la consideramos, a pesar de su preclaro ingenio y esmerada educación; porque comprendiendo, sin duda, el demonio los malos ratos que le haría pasar aquella niña avilesa, cuando del todo se entregara a dar gloria a Dios y salvar almas, y los regalos que, en pago, recibiría de su Esposo, presente en la Eucaristía, enfiló hacia tan tierna e inexperta criaturita las baterías de que dispone para lograr la rendición y entrega de esa alma que desea conquistar; a saber: las lecturas frívolas y las malas compañías.

Ella misma nos lo dirá, con esa naturalidad y sencillez que en todas sus confesiones y manifestaciones campean candorosamente (1). Pues pasando de esta edad que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que, según decían, eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias de todas me comencé a ayudar para ofenderle. (2)

(1) Obras. T. I. Pg. 19 y siguientes.

(2) El P. Yepes (Vida L. III. C. VII) dice que Santa Teresa manifestó en una ocasión al P. Gracián lo siguiente «Tres cosas han dicho de mí, en todo el discurso de mi vida: que era, cuando moza, de buen parecer, que era discreta, y ahora dicen algunos

Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuan mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras, porque, con serlo tanto mi madre como he dicho, de lo bueno no tomé tanto, en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho.

Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo lo tomé para mí porque no perdía su labor; sino desenvolvíamonos para leer en ellos; y por ventura lo hacia por no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre que se había de tener aviso a que no lo viese.

Yo comencé a quedarme en costumbre de leerlos; y aquella pequeña falta, que en ella ví, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo con gastar muchas horas de el día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque ascondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.»

Libros ruines, llama a esos libros D. Sancho Dávila, Obispo de Jaén, que conoció a la Santa y predicó su panegírico en las fiestas de la Beatificación de la misma, por los estragos que produjeron en su alma.

---

que soy santa. Las dos primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado por haber dado crédito a esta vanidad; pero en la tercera, nunca me he engañado tanto, que haya jamás venido a creerlas.» El P. Gracián lo dice igualmente, pero variando la forma algo.

A lo que hubiera llegado Teresa de seguir por el camino emprendido, dános alguna idea el que contando, por entonces, de doce a catorce años, tomó la pluma para componer en unión de su hermano Rodrigo un libro de Caballería. Dice a este propósito el P. Rivera: «Como su ingenio era tan excelente, así bebió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses ella y su hermano Rodrigo compusieron un libro de caballerías, con sus aventuras y aficiones, y salió tal que había harto que decir de él.» A esto añade el P. Gracián en una de sus notas «La mesma lo contó a mí.» Parece desprenderse, de lo dicho por el P. Rivera, que él conoció el libro del que mucho podía decirse. Como el manuscrito quedó sin publicarse, se extravió sin que los biógrafos e historiadores digan otra cosa de él más que lamentarse por la pérdida de las primicias de la gran literata, la que nos priva de poder conocer y admirar el estado psicológico de aquella privilegiada niña, en el momento de despertar a la vida intelectual y a la social avilesa. (1)

(1) En la escogida y rica biblioteca teresiana que en su palacio de Avila posee el culto y laborioso prócer, Excmo. Sr. Marqués de San Juan de Piedras Albas, hemos podido ver un ejemplar, rarísimo y quizás único, de un libro que se escribió con motivo de la canonización de Santa Teresa, calcado en el que de caballería compuso, siendo casi niña, la ilustre escritora avilesa y que alguna luz puede dar a los críticos y literatos sobre el mismo, hasta ahora completamente ignorado. Titúlase el libro: El | Cavallero | de Avila | Por la Santa Madre | Teresa de Jesus: en fiestas y torneos de | la Imperial Ciudad de Zaragoza | Pohema Horoico | por Juan Bautista Felices | de Cáceres natural de la ciudad de | Calatayud | con un Certame Poetico por la cofradía | de la Sangre de Cristo, acción del | mismo Cavallero | Año [escudo] 1623 | con licencia | En Zaragoza, por Diego Latorre | .

Como consecuencia de la lectura a que se entregó, sigue narrando Santa Teresa los devaneos y preocupaciones que en aquellos días traía en la cabeza. «Comencé a traer galas y a desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos y olores y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas por ser muy curiosa. No tenia mala intención, porque no quisiera yó que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecia a mi no eran ningún pecado, muchos años. Ahora veo cuan malo debia ser... porque ahora veo el peligro que es tratar, en la edad que se han de comenzar a criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo.»

El P. Julián de Avila dice, que aunque era *mu polida y que en componerse y parlar cayó, en cosas graves no caia. (1).*

En el componerse ordenadamente, siempre fué diligente como lo asegura el P. Rivera «Y como era amiga de la limpieza del alma y del cuerpo, ansí también lo era de la limpieza de los vestidos y de traerlos bien compuestos y andar aseada, porque toda descomposición, ansí interior como exterior, la descontentaba». Y es que las almas grandes, que alcanzaron extraordina-

Por lo que dice en el Canto noveno, «el caballero de Avila seguido de su fama pretende señalarse por la gloriosa Teresa de Jesus, ya canonizada, con invención, empresa, gala y convate; y a quien sucede el caballero de las Claras Fuentes (inmediato a la ciudad de Avila hay un renombrado sitio llamado de Fuentes Claras, del que, sin duda, tomó el nombre Santa Teresa para imponérsele a uno de los caballeros de su original novela) con bien admitidas muestras de lo mismo.»

(1) V. Sta. Teresa Pg. 15—L. IV. c. I—

ria perfección sobrenatural, buscando la gloria de Dios y el bien de las almas, cuando la procuraron en la parte exterior y física sobresalieron igualmente, guiadas por los impulsos y ansias naturales que sentían de perfección y cuyas disposiciones favorecían luego a la gracia, para que sin grande resistencia obraran en otro orden prodigios estupendos.

No resistimos al pensamiento de que, para confirmación de lo dicho, figure también aquí el ejemplo de San Ignacio de Loyola, ya que con nuestra «Santa» fueron los santos que suscitó Dios en el siglo XVI para que, con su Compañía el uno y la otra con su Reforma, hicieran frente al protestantismo de entonces y a los errores de siempre; y porque pudiéramos muy bien considerarlos como tipos perfectos y genuinos de nuestra noble, emprendedora, hidalga y heróica raza española. Dice el primero de sus biógrafos y que en su compañía vivió largo tiempo. (1) «Era entonces Ignacio mozo lozano y polido y muy amigo de galas y de traerse bien; y tenía propósito de llevar adelante los ejercicios de la guerra que había comenzado. Y como para lo uno y para lo otro le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero a los cirujanos si se podía cortar sin peligro de la vida aquél hueso que salía con tanta deformidad. Y como le dijesen que sí, pero que sería muy a su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaría el mayor y más agudo dolor que había pasado en toda la cura, no ha-

(1) P. Rivadeneira. V. de San Ignacio. Pg. 26 Apostolado de la Prensa.

ciendo caso de todo lo que para divertirle se le decía, quiso que le cortasen el hueso, por cumplir con su gusto y apetito; y (como yo le oí decir) por poder traer una bota muy ajustada y muy polida, como en aquél tiempo se usaba... Quisiéronle atar para hacer este sacrificio, y no lo consintió, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso.» ¿Qué extraño es que almas como las de Santa Teresa y San Ignacio, que tan primorosamente buscaban la perfección natural de su ser, al ser elevados esos deseos y afanes al orden sobrenatural por medio de la gracia, el mundo resultase pequeño para conquistarle, con sus hijos, para Cristo Jesus?

Volviendo a los graves peligros que corrió el alma de Teresa después de quedarse huérfana, viviendo en casa de su padre, la que dirigía su hermana mayor, María de Cepeda, veremos que, más que los libros de Caballería, pusieron en gran aprieto a su inocencia las malas compañías. Dice la Santa (1) «Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se vá nuestro natural antes a lo peor que a lo mijor. Ansí me acaeció a mí, que tenía una hermana de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasión que

(1) Obras. T. I. Pg. 21.

había para entrar, que no había podido. A ésta que digo, me aficioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas; porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades...» Tampoco faltó, en estos enredos del demonio, para perder a Teresa, la oculta cooperación de infieles y ambiciosas criadas que a semejantes depravados fines se prestan con perjuicio y daño de la familia a que sirven; «Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo. Que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interese las cegaba, como a mí la afeción.» «Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es ansí, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguna, y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la mesma manera de pasatiempos.

Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto, que si tratara en aquella edad con personas virtuosas que estuviera entera en la virtud... y espántome algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad».

A pesar de todos estos lazos que tendieron a la inocencia de la candorosa niña, Teresa de Cepeda; y no obstante lo que en su profunda humildad, respecto a la gravedad de sus faltas ella misma expresa, no llegó a

caer en pecado mortal, del que el Señor quiso librar a su amada Esposa luchando contra todas las furias del averno desencadenadas para perderla, mientras, como azucena entre espinas, vivió en el mundo.

Ya vimos antes, que en todo lo dicho «no tenia mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mi». Y en otra parte asegura: (1) «Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino a pasatiempos de buena conversación, más puesta en la ocasión, estaba en la mano el peligro y ponia en él a mi padre y hermanos». Todos los biógrafos y confesores de la Santa están contestes en afirmar que en medio de esos peligros conservó Santa Teresa su inocencia y gracia bautismal; a lo que contribuyó no poco, a más de los cuidados y auxilios del Cielo, el temor que siempre tuvo de perder su honra y el celo del padre que Dios la dió. Ambas cosas fuéronla un freno poderoso para detenerla en el camino que ante sus ojos el mundo y el demonio la ofrecian, sembrado de vanidades y amores halagadores capaces de fascinar a otra alma que no fuese la de Teresa de Jesus.

Más adelante veremos que el Señor la disponía para, entre otras grandes empresas, que ejerciera entre los hombres un apostolado eucarístico, y el apostol necesita de su buen nombre o reputación para entregarse con fruto al sagrado ministerio que le encomendaron. Esa es la causa de por qué San Pablo tanto recomendaba a su discípulo Tito el que mirase por su buen nombre, esto es, por su honra; y la razón, pode-

(1) Obras T. I. Pg. 24.

mos nosotros deducir, de que el Señor concediera esos naturales y bien arraigados sentimientos del propio honor a la que, andando el tiempo, encomendaría, como a verdadera Esposa suya, celase por su honor.

Pero quien más eficazmente hizo por apartarla de los peligros, fué su cristiano padre. El comprendió los devaneos y zozobras en que se halla metida su amada y predilecta hija, merced a las malas compañías de parientes y deudos que entre las perjudiciales son las más difíciles de ahuyentar; él con su vigilancia, celo y perspicacia adivinó cuanto pudiera suceder de seguir Teresa en el plano inclinado en que la consideraba colocada, y determinó llevarla como educanda al convento de Nuestra Señora de Gracia, aprovechando el momento de casarse la hija mayor, Doña María de Cepeda, e irse a vivir con su esposo D. Martín Guzmán Barrientos, a Castellanos de la Cañada: «porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre no era bien.» (1)

Contaba Teresa 16 años cuando la llevaron al monasterio de Gracia; año y medio permaneció dentro de aquel sagrado recinto; pero en tan corto tiempo se efectuó en el espíritu de la joven educanda una honda transformación que, efecto de las devociones allí adquiridas, la hará ir en adelante, camino de la perfección y del claustro carmelitano, por donde el Señor quería llevarla para sus extraordinarios y misteriosos fines.

Las primeras impresiones que sintió al entrar en el

(1) Obras. T. I. Pg. 24.

convento, así como el cambio sufrido en su alma, bajo la dirección de Doña María de Briceño y Contreras y la manera de disponerse el espíritu para oir el llamamiento divino nos lo manifiesta la «Santa» del siguiente modo: (1) «Los primeros ocho días sentí mucho y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí; porque yo ya andaba cansada y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía y procuraba confesarme con brevedad.»

Es la primera vez que habla de confesarse la Santa Madre, en su vida, y ya dice que lo hacía con brevedad, que quiere decir con frecuencia.

Cuando en el lenguaje cristiano y ordinario se afirma de una persona que confiesa frecuentemente, dáse a entender que comulga con la misma frecuencia; por que lo regular es comulgar, por lo menos, cuantas veces se confiesa; de ahí podemos asegurar que en el tiempo a que anteriormente se refiere la Santa, ya comulgaba con frecuencia, y por tanto se había iniciado en su alma la vida eucarística.

Además; el año 1531 fué cuando entró Santa Teresa en Gracia; esto es, al año siguiente de realizarse el milagro eucarístico que en el pasado artículo referimos, por el que hizo el Señor que no se quedara sin comulgar un día de Jueves Santo su gran sierva y devotísima del Santísimo Sacramento, la maestra y madre espiritual de la Santa, Doña María de Briceño; y por tanto, que el alma y el corazón de esta esclarecida hija de San Agustín, abrasada en amor a la Eucaris-

(1) Obras. T. I. Pg. 25.

tía y en agradecimiento por los especiales favores por ella recibidos, había de inculcar necesariamente a su distinguida hija y discípula, que con tanto interés se la había confiado su piadoso padre, la comunión diaria, según ella hacía tiempo la practicaba.

Pero sigamos la narración que principiamos de la Santa Madre, y que se refiere a su estancia en Gracia. «Traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre.

Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento a donde quiera que estuviese, y así era muy querida. Y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa y de gran honestidad y religión y recatamiento.

Dormía una monja (Doña María de Briceño) con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahóra diré.

Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oirla cuan bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oirlo.

Comenzóme a contar como ella había venido a ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio: «Muchos son los llamados y pocos los escogidos. Deciame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejaban por El. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que había hecho la mala y atornar a poner en

mi pensamiento deseos de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenia con ser monja, que se me habia puesto grandísima. Y si via alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habiala mucha envidia, porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima: esto me causaba pena.

Estuve año y medio en este monasterio harto mijorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le habia de servir. A cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenia más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenian, que me parecian extremos demasiados.»

De lo transcrito de la vida de la propia Santa Madre se desprende y ve claramente, que cuando ingresó en Gracia, se encontraba harto disipada y al poco se sintió devota y más agusto que en casa de su padre; que ya, nos dice confesaba con frecuencia; que si antes era enemiga de ser monja, aunque a menudo bajaba a la Encarnación a visitar a su amiga allí religiosa, Doña Juana Suarez, vestida con «saya naranjada con unos ribetes de terciopelo negro» (1) ya la venian pensamientos de serlo; que rezaba oraciones vocales y tenia otras devociones, y hasta se puede asegurar que su maestra la enseñó a practicar la oración mental; porque a esa época se refiere, según algunas declaraciones que obran en el proceso para la beatificación,

(1) Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional. Carta de Doña María Pinel a un superior Carmelita.

las siguientes noticias (1) «Muchos años, las más noches antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto, aún desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones; y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración, sin saber que era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacia no dejar esto, como no dejar de santiguarme para dormir.»

¡Toda una transformación producida en su alma por los comienzos de la vida espiritual con la meditación, de la vida religiosa con deseos ya de ser monja, y de la eucarística con la comunión frecuente, a ejemplo de su maestra!

(1) Obras T. I. Pg. 84.

CAPÍTULO VI

Enferma la joven Teresa en el convento y sale a curarse en casa de su padre.—Repuesta de la dolencia sufrida, va a Castellanos de la Cañada, pasando por Hortigosa.—Las devociones y deseos adquiridos en el monasterio de Religiosas Agustinas se arraigan cada día más; y, por fin, entra monja en la Encarnación.

Para muy santa la quería el Señor, y harto había de regalarla con mercedes celestiales y divinas, cual a esposa muy querida y amada; pero antes se proponía Dios probar los quilates de puro amor, que atesoraba aquel corazón que dió a Teresa, para que a El exclusivamente se le consagrara.

Las enfermedades del cuerpo, las sequedades y aflicciones del espíritu y las contradicciones en las empresas que acometió la pusieron a prueba, durante toda su vida, el amor con que seguía valerosa y heróicamente a su Jesus, por caminos sembrados, las más de las veces, de agudas y penetrantes espinas.

Cuando en Gracia íbase sintiendo muy otra, la sobrevino una enfermedad, que obligó a su padre a sa-

corla de allí y llevársela de nuevo a su casa para que se curase. «(1) En este tiempo, dice, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mijor. Dióme una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre.» ¡Con profunda pena debió de verificarse la separación, que a maestra y a discípula, a madre e hija les imponía la cruel e inoportuna dolencia!

Había transcurrido año y medio sin separarse un momento; ni en la oración ni en el recreo, ni a la comida ni durante el descanso; y todo ese tiempo estuvo constantemente el alma de Teresa recibiendo la buena educación, los tiernos afectos, las fervorosas devociones de aquella hija de San Agustín, de corazón abrasado en el amor eucarístico y que en trasmitirle en el de su distinguida y predilecta discípula grandemente se recreaba. Y esta vida de contínuos roces, de íntimos afectos y constantes comunicaciones crea lazos tan fuertes entre los corazones, que los unen y aprisionan amorosamente, para no separarse, aunque las personas hayan de ausentarse.

Salió del monasterio de Gracia, Teresa, para volver al mundo; pero su corazón de sencilla y candorosa paloma llevaba ya clavado el arpón del amor divino, que desde el Tabernáculo la había soltado el infatigable Cazador de almas sin que en adelante pueda dejar al Amado, oculto y presente en la Eucaristía.

Una vez que se repuso de la enfermedad sufrida, emprendió el viaje a Castellanos, con el fin de visitar

(1) Obras. T. I. Pg. 28.

a su hermana María; así ella nos los dice: «En estando buena llevaronme en casa de mi hermana, que residia en una aldea, para verla, que era en extremo el amor que me tenia, y a su querer, no saliera yo de con ella... Estaba en el camino un hermano de mi padre, muy avisado y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor disponiendo para sí; que en su mayor edad dejó todo lo que tenia y fué fraile, y acabó de suerte, que creo goza de Dios. Quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo, Haciame le leyese...» «¡Oh, válame Dios! por qué terminos me andaba Su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza. Sea bendito por siempre. Amen.

Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacian en mi corazón las palabras de Dios, ansí leidas como oidas, y la buena compañia, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo... y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, ví era el mijor y más siguro estado, y ansí poco a poco me determiné a forzarme para tomarle...

Habianme dado, con unas calenturas, unos grandes desmayos, que siempre tenia bien poca salud. Dióme la vida haber quedado ya amiga de los buenos libros, Leia en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte, que me determiné a decirlo a mi padre que casi era como a tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez.

Era tanto lo que me quería que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas, que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él, fué que, después de sus días haría lo que quisiese... Yo ya me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás, y ansí no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía.»

Vamos viendo cómo poco a poco y venciendo dificultades se va distanciando del mundo y sus vanidades, y se va acercando, cada día más, al Altar santo, para inmolarse, crucificada con los tres votos y fija a la cruz del divino Redentor y Esposo de su alma, en aras del amor de Dios.

Los buenos deseos y santas devociones que en Gracia recibiera van arraigándose y tomando incremento para no dejarlos en toda la vida. Y si ella nos dice que la cristiana costumbre de pensar en la pasión del Señor y santiguarse al entregarse al sueño jamás la perdió, por la fuerza del hábito de hacerlo, que contrajo viviendo en Gracia ¿no podemos afirmar lo propio respecto a los actos eucarísticos que allí la enseñaron?

Durante su permanencia en compañía de su tío don Pedro de Cepeda, en Hortigosa, aprovecharon muy mucho a su alma las hablas y lecturas que mantenía con tan fervoroso cristiano, que terminó por entrar fraile en los Jerónimos de Avila, donde murió en excelente opinión; sobre todo para resolverse a ser monja, pues ya hemos visto que se decidió a decírselo a su padre, que era como ingresar desde luego en el convento, o quemar las naves...

Con la resuelta determinación de dar cuenta de sus

propósitos a su padre, dió Teresa el paso más trascendental de su vida; porque ya no cejará ni descansará hasta ver realizado su pensamiento de apartarse para siempre del mundo y sus pompas, y consagrarse al Señor en el Claustro de una Religión.

Se opondrá su amado padre; pero acudirá a otras vias, aunque al despedirse de él y de su casa se le destroce el corazón de dolor y todo su ser sufra horriblemente. No habrá ya quien la detenga, hasta verse unida con su Jesus a quien amaba sobre todas las cosas de la vida.

(1) «En estos días dice que andaba con estas determinaciones, habia persuadido a un hermano mio a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo y concertamos entrambos de irnos un día, muy de mañana, al monasterio adonde estaba aquella mi amiga, que era al que yo tenia mucha afición; puesto que yo en esta postrera determinación, ya yo estaba de suerte, que a cualquiera que pensara servir más a Dios u mi padre quisiera fuera; que mas miraba ya el remedio de mi alma; que del descanso ningún caso hacia de él. Acuérdaseme, a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no habia amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciendome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.»

(1) Obras T. I. Pg. 32.

Y el día 2 de noviembre de 1536, bajaba muy de mañana, acompañada de su hermano Antonio, al convento de Carmelitas Calzadas de la Encarnación, cuyas puertas debieron ser los ángeles los que las abrieron para que penetrase aquel Serafín en el sagrado recinto, que sería para ella crisol donde al fuego divino se purificase su corazón, y Cielo anticipado, por las visiones y revelaciones con que dentro de aquellos muros la regalaría su amado Jesus.

Su hermano se dirigió desde la Encarnación al convento de Santo Tomás, a pedir el hábito del glorioso Patriarca Santo Domingo de Guzmán.

CAPÍTULO VII

Pasa Santa Teresa el año del noviciado muy alegre y consolada, y profesa con gran júbilo de su alma.—Vuelve a enfermar y determinan llevarla a Becedas para ser curada, y en el camino se detiene, otra vez, en Hortigosa y Castellanos.—La regala su tío, D. Pedro, un libro de Oración que la sirve de director y maestro, e influye poderosamente en su espíritu.—En la soledad de Castellanos se la vé hacer grandes progresos en la vida espiritual y eucarística.

Cuando Santa Teresa estaba con toda la robustez y fortaleza de la vida espiritual, el Señor la probaba, bien seguro de que, como la secular encina resiste y desafía todos los vientos y tempestades, su esposa se crecía en las pruebas sin desmayar ni volver la vista hacia atrás; y así pudo escribir cuando la fundación de San José de Avila con cierta complacencia espiritual y agradecimiento, aunque parezca una queja. «No recuerdo que jamás hiciera al Señor algún servicio que no me lo pagara con algún trabajo.»

Ahora la vemos en los comienzos de la vida religiosa, y cual flor delicada, tiernísima y recien trasplantada a uno de los vergeles de la Iglesia Católica, al

jardín carmelitano, la riega y cultiva con especial cuidado y esmero el celestial Jardinero, según ella nos lo dice en su Vida.

«(1) En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la ceguedad que tenía mi alma en grandísima ternura.»

Y que, efectivamente, nunca se arrepintió de haber elegido y tomado el estado religioso, lo manifiesta cuando, lamentándose de los trabajos que la costó la fundación de su primer convento, dice: «(2) Quedé bien cansada de tal contienda y riéndome del demonio, que ví claro ser él. Creo lo primitió el Señor; porque yo nunca supe qué cosa era descontento de ser monja, ni un momento en veinte y ocho años y más que ha que lo soy.»

Cuando un alma acierta a elegir el estado, para el cual la llama el Señor por medio de la gracia; después de haberla enriquecido con las cualidades y dotes que en él se requieren y que Dios prevenientemente otorga de ordinario a cada uno de los hombres para un fin determinado, porque el que quiere el fin quiere los medios y de esa suerte la gracia obrará luego suavemente y sin grandes violencias; y, al sentir el llamamiento de las inspiraciones y de una constante inclinación, abraza ese estado, esa alma será feliz, se hallará, como el pez en el agua, en su elemento, se considera-

(1) Obras. T. I. Pg. 33 y siguientes.
(2) Obras. T. I. Pg. 383.

rá dichosa en medio de las tribulaciones, y fácilmente alcanzará la Bienaventuranza eterna, una vez realizada su misión acá, en la tierra.

Y por ser de trascendencia suma, para una y para la otra vida, el acierto en negocio tan importante, dice nuestra Santa, después de lo anterior, lo que sigue: «Dábame deleite todas las cosas de la Religión. Cuando de esto me acuerdo, no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla. Porque ya tengo expiriencia en muchas, que si me ayudo al principio a determinarme a hacer lo que, siendo sólo por Dios, hasta en comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después. Aun en esta vida lo paga Su Magestad por unas vías, que sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por expiriencia, como he dicho, en muchas cosas harto graves; y ansí jamás aconsejaría, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que, cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si vá desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo. Sea bendito por siempre. Amén.

Bastará ¡oh sumo Bien y descanso mío! las mercedes que me habíades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza a estado tan siguro y a casa adonde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio.

No sé como he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión y la gran determinación

y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos. Esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrárseme el corazón.»

Ya tenemos a Teresa de Cepeda ligada con los lazos de pobreza, castidad y obediencia que tan estrechamente unen al alma con Dios.

Ya celebró sus solemnes desposorios con el Señor, mediante esa especie de contrato que entre Dios, a quien representa la Iglesia, y el alma se realiza en el dichoso día de la profesión religiosa. Algún día llegará en el que se celebren, dejando absortos y admirados a los Cielos, los desposorios místicos entre Jesus y Teresa, entregándola en arras un clavo de su pasión, como señal de tan sagrada, total y mística unión.

Mas hasta hacerse merecedora de tan señalada merced, ha de seguir tras el esposo de su alma por el camino del sufrimiento, que todo él está sembrado de pruebas de verdadero y aquilatado amor.

Habían transcurrido muy pocos días, después de la profesión, cuando volvió a recaer enferma Teresa de Jesus, y providencial fué la dolencia, porque sirvió para que por unos meses gustase de la soledad y silencio del campo, «lejos del mundanal ruido», y mejor oyera el lenguaje divino, más difícil de escucharse en medio del ajetreo que necesariamente había de sentirse en el monasterio, donde, por el excesivo número de religiosas y por no existir entonces clausura, penetrarían, sin remedio, los aires del exterior.

«(1) La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó.

(1) Obras T. I. Pg. 35.

Comenzáronme a crecer los desmayos y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponia espanto a quien lo via, y otros muchos males juntos, y ansí pasé el primer año con harto mala salud, aunque no me parece ofendí a Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traia mi padre para buscar remedio, y como no le dieron los médicos de aquí procuró llevarme a un lugar adonde habia mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y ansí dijeron harian la mia, fué conmigo esta amiga, que he dicho tenia en casa, que era antigua. En la casa que era monja, no se prometia clausura»

A instancias de su diligente y solícito padre, que aún siendo ya religiosa cuidaba de su salud, emprendieron el viaje para Becedas, pueblo donde residía la famosa *curandera*, y la acompañaba a más de su padre, la monja, antigua amiga suya, doña Juana Suarez.

Por el camino hubieron de tener que pasar por Hortigosa donde, como ya hemos visto, residía su tio don Pedro de Cepeda, «(1) hombre viudo, muy cristiano y virtuoso, y por esta causa vivia retirado, que parece le tenia el Señor puesto en el paso, para por su medio encenderla más en sus buenos deseos y traer a perfección lo que él labraba en ella».

En la presente ocasión, la regaló su tio un libro de piedad, que trata mucho de Oración, y de llevar las almas por el camino de la perfección; y si al parecer no significa mucho la generosidad del tio para con su

(1) V. del P. Yepes .T I. Pg. 22.

amada sobrina, es muy digno de notarse, por lo que influyó en el espíritu de Teresa, y la ayudó para entrar de lleno, durante el tiempo que permaneció en Castellanos, en la vida espiritual y eucarística.

Llámase el libro *Tercer Abecedario*, de Fr. Francisco de Osuna, y las Religiosas de San José de Avila le guardan y veneran cual preciosa reliquia.

Digno, en verdad, es de grande estima y aprecio; no solo por lo material de haber sido usado por la «Santa» toda su vida, pues fué su compañero, su amigo y su maestro; sino que también y principalmente, porque en él principió su espíritu a elevarse a las regiones de la vida mística y a aficionarse a gustar de las delicias de la Eucaristía.

«Cuando iba me dió aquel tío mío, que tengo dicho que estaba en el camino, un libro, llamado «Tercer Abecedario», que trata de enseñar oración de recogimiento, y puesto que este primer año había leido buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendía el daño que me habían hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni como recogerme, y ansí holgueme mucho con él, y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas.»

Con la firmeza que solía tomar la noble y varonil castellana sus más enérgicas resoluciones, después de comprender la importancia que tenían y cuanto redundarían a la mayor gloria de Dios Nuestro Señor, partió desde Hortigosa a Castellanos, determinada a emprender el camino de perfección que le señalara el *Tercer Abecedario*, aprovechando la soledad y el silencio con que la brindaba aquel pueblecito de diez vecinos; o, más bien, una de tantas alquerías, que espar-

cidas se hallan por los campos de Avila y Salamanca.

Ningún otro sitio podía haber elegido, si hubiera sido de intento, más a propósito para entregarse el alma con el auxilio de la gracia, al menos ordinaria si ha de ser saludable para la vida eterna, a la contemplación no mística, llamada por la insigne Doctora de recogimiento, y que si se adquiere con el trabajo y propia industria, sirve también para mejor disponerse a recibir del Señor las otras clases sobrenaturales y extraordinarias de oración, hasta llegar a la mística unión con Dios.

Leyendo en ese gran libro de la naturaleza, escrito con los variados caracteres de casi infinitos seres creados, que muda y elocuentemente dicen y parlan conceptos sublimes y grandiosos al alma que se detiene a leerlos; sumido y engolfado en las tranquilas y apacibles soledades de su alquería, sentía el cantor de las dilatadas y severas tierras castellanas la presencia de Dios, tan hondamente como lo expresan los siguientes versos, que a copiarlos no nos resistimos. (1)

¡Qué bien se vive solo, a Dios amando,
en Dios viviendo y para Dios obrando!
La atmósfera serena
de esta amorosa soledad amena
de los ruidos del mundo está vacía,
pero Dios está en ella y Dios la llena
con hálitos de amor y poesía.
¡Qué bien se vive así! La vida entera
se desvanece en Dios, su Sumo Dueño,
y nos abrasa de su amor la hoguera,

(1) Gabriel y Galán. Obras completas. T. II. Pg. 100.

y el bien es facil, el vivir risueño,
sabroso el pan, reparador el sueño
y dulce el esperar para el que espera.
Y en este grato estado
el espíritu está de Dios más lleno,
y el dolor suele ser más resignado,
y el placer es más puro y más sereno...
Calientan las entrañas
generosos deseos de ser bueno
ansiedades extrañas
a que antes era el corazón ajeno
¡Qué bien así se vive, a Dios amando,
en Dios viviendo, y para Dios obrando!...

¿Pues qué sentiría el alma generosa y delicada de Teresa, durante los meses que permaneció en la recogida casa de su hermana, esparciendo su penetrante y dulce vista por aquellas verdes y espaciosas cañadas, sembradas de robustas encinas y otros variados árboles do anidan los alegres pajarillos? «(1) Aprovechábame, decía, a mí también ver campo, agua, flores; en estas cosas hallaba yo memoria del Criador, digo que me despertaban y servían de libro.»

«(2) En todas las cosas que Dios crió, debe haber hartos secretos, de que nos podemos aprovechar, y ansí lo hacen los que lo entienden.» «(3) Solo mirar al Cielo recoge el alma». Y María de San José escribe. «(4) Llegamos a la siesta en una floresta, de donde

(1) Vida. C. IV.
(2) Vida. C. XXXVIII.
(3) Morada VI. 2.
(4) Libro de las Recreaciones y Recreación IX.

apenas podíamos sacar a nuestra santa madre, porque con la diversidad de flores y canto de mil pajarillos, toda se deshacía en alabanzas de Dios.»

A tan sublime contemplación la estimulaba el maestro, que había elegido en el *Tercer Abecedario;* pues en el prólogo se lee: «Todos subimos e abajamos por la escalera de las criaturas: por esta escalera, que es el orden de todas las cosas criadas suben al conocimiento del Criador y abajan al conocimiento de sí mesmos.»

Y en otra parte del mismo libro se dice: «(1) Otros salen a meditar y pensar las cosas de Dios en el campo de la universal criatura, viendo el cielo sembrado de estrellas y la tierra de flores, y el agua de peces, y el aire de aves, contemplan el Criador destas cosas por muchas vías.»

Estas buenas lecciones debió de aprendérselas perfectamente nuestra observadora y perspicaz *Santa*, cuando pudo después consignar que «(2) En mirar por las criaturas la grandeza de Dios y el amor que nos tiene solía ocupar su pensamiento desde los días de su juventud.»

La renovación verificada en su alma, en la tranquila y pacífica casa de Castellanos, con el auxilio del devocionario que la donó su espiritual tío, nos lo dirá ella con estas hermosas palabras «(3). Y cómo ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad y *a confesarme a menudo*, y comenzar aquel camino, teniendo a aquél

(1) Tratado IX. C. VI.
(2) Relación VIII.
(3) Obras. T. I. Pg. 37.

libro por maestro. Porque yo no hallé maestro, digo confesor que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años después de esto que digo, que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás.

Comenzóme Su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin de este tiempo que estuve aquí, que era casi nueve meses en esta soledad, aunque no tan libre de ofender a Dios como el libro me decía, mas por esto pasaba yo, parecíame casi imposible tanta guarda. Comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar que creo me fuera gran bien entenderlo.

Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Avemaría; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parecía traía el mundo debajo de los pies, y ansí me acuerdo que había lástima a los que le siguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mi presente, y esta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más de leer buenos libros, que era toda mi recreación. Porque no me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, (¡Bendita Santa!; mucho valía, pero su humildad y modestia la realza y eleva sobremanera) que aun para pensar y representar en mí, como lo procuraba, traer la humanidad del Señor, nunca acababa... Ahora me parece que proveyó

el Señor que yo no hallase quien me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar dieciocho años que pasé este trabajo, y en estas grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todo esto, *si no era en acabando de comulgar*, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto temía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear...

Parecíame a mí en este principio que digo, que teniendo yo libros y cómo tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien... Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno. Por ruines y imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mijorando y perfeccionando y dando valor...»

Paso de gigante la vemos dar en el camino de la perfección; y la vida eucarística váse manifestando en toda su exuberancia, en los nueve meses que, dice, permaneció en la soledad de los campos castellanos.

Mejor dicho; el Señor fué el que aprovechó aquel apartamiento de Teresa del ruido de la ciudad, que hasta el convento llegaba, para hablarla al corazón y otorgarla generosa y liberalmente tan elevados grados de oración y contemplación, con un completo desasimiento de las cosas que estorban para la virtud, que, como asegura, traía el mundo debajo de los pies.

Muy otra se la vé desde esta memorable temporada, dedicada casi exclusivamente a ejercicios espirituales, y en la que recorre rápidamente su alma la vida purgativa, con el don de lágrimas que Dios la había concedido; alcanza la oración de quietud y llega hasta la de unión, sin ella comprenderlo ni explicárselo.

Y como la vida eucarística está en relación con la espiritual de la gracia, ya nos dice, igualmente, que confesaba con frecuencia, y que si para hacer oración no podía prescindir de libro, con que mejor sujetar la imaginación y las potencias del alma, en cambio, mientras recibía al Señor por la comunión no le necesitaba.

Cuando el niño puede recibir y gustar el néctar alimenticio del seno mismo de la madre, le estorba y daña el instrumento, con el que se procura la alimentación artificial; y se vé que cuando Santa Teresa por ahora comulgaba, recibía el néctar del divino amor, con que alimentaba su espíritu, de las mismas entrañas de Cristo, del Sacratísimo Corazón de Jesus y... la estorbaba el libro.

En una ocasión en que la retiraron varios libros de devoción, por virtud de un decreto inquisitorial inspirado en un celo exagerado, (1) el Señor la ofreció darla un libro vivo que no era otro sino el mismo Jesus, según claramente lo manifiestan sus palabras «(2) Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho porque algunos me daban recreación leerlos, y yo no podía ya por dejarlos en latín, me dijo el Señor: *No tengas pena, que Yo te daré libro vivo.* Yo no podía entender por qué se me había dicho esto por que aun no tenía visiones; después, desde a bien pocos días, lo entendí muy bien... Su Majestad ha sido el libro verdadero, adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja im-

(1) D. Fernando de Valdés, gran inquisidor de España fué el que publicó el nuevo Indice de referencia en 1559.

(2) Obras. T. I. Pg. 254.

primido lo que se ha de leer y hace de manera que no se puede olvidar!...»

¿Extrañará ahora ver a la Santa dejar los libros, después de comulgar, para empaparse bien en la lectura que la ofrece Jesus Sacramentado, dentro de su corazón?

Pues en adelante contemplaremos a la excelsa Místlica Abulense viviendo en las altas regiones do se mueven las almas de elevada contemplación; y en tan dichosa e íntima unión con Dios por la oración y la Eucaristía permanecerá hasta el fin de su preciosa vida.

CAPÍTULO VIII

Prosigue Santa Teresa su viaje hasta Becedas, donde sufre horribles curas, sin mejorar de la enfermedad.—Durante los días de su permanencia en Becedas inaugura su apostolado por la conversión de las almas consagrando sus primicias al sacerdocio.—Profundo respeto que sintió siempre hacia los sacerdotes por ser ministros de la Eucaristía.-Ingeniosidades espirituales que emplea para atraer a buen camino al sacerdote que la confesaba en Becedas.

«(1) Estuve en aquél lugar (Becedas), dice la *Santa*, tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que podía mi complexión. A los dos meses, a poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fuí a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecían con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia.»

Poco afortunado estuvo el buen padre, D. Alonso de Cepeda, al llevar, tras largo y penoso viaje, a su

(1) Obras. T. I. Pg. 46.

hija Teresa, de poco más de veinte años, a que la curasen del mal de corazón al lugar de Becedas.

Si, realmente, padecía del corazón sería por ir sintiendo cada día con más fuerza e intensidad, porque cada día se acercaba más a él, los dulces y fuertes atractivos que sobre él ejercía el Corazón de su Amado; cual se vé atraido el hierro por un poderoso y próximo imán; y en este caso, la enfermedad no podrá curarse, hasta que el corazón de Teresa quede completamente imantado y saturado del puro y casto amor divino de Jesus.

Lo que admira y espanta es ver a la jovencita monja, haciéndose superior a las torturas y sufrimientos, que solo el leerlos, según los describe su esclarecida pluma, pone pavor al hombre de más recio corazón; sin que tan crueles dolores logren que pierda la tranquilidad y sosiego del espíritu, ni la aparten del ambiente plácido y sosegado de la contemplación mística, a la que rápidamente llegó durante los meses de retiro y soledad, a que se entregó en el pueblo de Castellanos.

Mas no debe extrañarnos; porque ya nos dijo ella, que las determinaciones tomadas mientras permaneció en casa de su hermana, la sirvieron muy mucho (1) «para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como Su Majestad me dió.»

Y cual si fuera eso poco, todavía la sobraron energías, valor y gusto para trabajar y dedicarse a salvar almas, principiando tan sublime apostolado en favor de los sacerdotes, a quienes mucho aprecio tenía y

(1) Obras. T. I. Pg. 40.

extraordinariamente respetaba, al considerarlos, sobre todo, como ministros de la Sagrada Eucaristía. «Desta devoción que tenía al Santísimo Sacramento venía la grande y entrañable reverencia que tenía a los sacerdotes por ser ellos los que la consagran. Hincábase muchas veces de rodillas delante dellos y pedíales la mano y la bendición.»

Cuando los veía ejerciendo el ministerio sacerdotal, en ellos contemplaba al mismo Jesucristo, y oyéndolos predicar apreciaba cuanto oía como palabra de Dios más que de hombre.

Era muy aficionada a ellos (los sermones) de manera que si vía a alguno predicar con espíritu y bien, un amor particular le cobraba sin procurarlo yo, que no sé quién me le ponía «(1) casi nunca me parecía tan mal el sermón que no le oyese de buena gana, aunque, al dicho de los que le oían, no predicase bien. Si era bueno, érame muy particular recreación. De hablar de Dios u oir de El, casi nunca me cansaba; esto después que comencé oración.»

Debido, pues, a esta idea de que estaba profundamente poseída; a saber: de cuan grande es la dignidad del sacerdote y la santidad de que debe estar revestido para llenar debidamente sus sagradas funciones ministeriales, adquirió, rodeada de tantas tribulaciones, ánimo (2) «que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado mal») para emprender la conquista

(1) Obras. T. I. Pg. 82.
(2) Obras. T. I. Pg. 80.

para Dios del alma extraviada del pobre sacerdote que en Becedas la confesaba.

Cómo se valió y qué medios hubo de emplear nos lo contará ella misma. «Estaba una persona de la Iglesia que residía en aquel lugar adonde me fuí a curar, de harto buena calidad y entendimiento; tenía letras, aunque no muchas. Yo comencéme a confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados, porque no los tenia de tan buenas letras como quisiera. He visto por expiriencia que es mijor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas; porque ni ellos se fian de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó. Estótros tampoco me debian querer engañar, sino sabian más.

Pues comenzandome a confesar con este que digo, él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenia poco que confesar para lo que despues tuve, ni lo habia tenido despues de monja. No fué la afeción de éste mala, mas demasiada afeción venia a no ser buena. tenia entendido de mí que no me determinaria a hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él tambien me asiguraba lo mesmo, y ansí era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traia, lo que más gusto me daba, era tratar cosa de Él; y como era tan niña, haciale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenia, comenzó a declararme su perdición. Y no era poca, porque habia casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afeción y trato con una mujer del mesmo lugar, y *con esto decia Misa*. Era cosa

tan pública que tenia perdida la honra, y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto.

A mi hízoseme gran lástima, porque le queria mucho, que esto tenia yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecia virtud ser agradecida y tener ley a quien me queria. ¡Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios! Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina: que debemos todo el bien que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra El, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad del mundo! Fuérades Vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra Vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados.

Procuré saber y informarme más de personas de su casa; supe más la perdición, y ví que el pobre no tenia tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenia puesto hechizos en un idolillo de cobre, que le habia rogado le trajese por amor de ella a el cuello, y éste nadie había sido poderoso de podersel quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente; mas diré esto que yo ví, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener y crean, que pues pierden la vergüenza a Dios (que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad) que ninguna cosa de ellas pueden confiar. Que a trueco de llevar adelante su voluntad y aquella afeción que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruín, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran; porque me guardó el Señor de esto; mas si me dejara hi-

ciera el mal que hacia en lo demás que de mi ninguna cosa hay que fiar.» En verdad que encanta, edifica y enternece ver humildad tan verdadera y tan naturalmente, sin artificio ni ficción alguna expresada.

«Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor. Tratábale muy ordinario de Dios. Esto debía de aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho; porque por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un rio. Quitado éste, comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años; y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debia ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle dado luz. A cabo de un año en punto desde el primer día que yo le ví, murió. Y habia estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenia, nunca entendí ser mala... Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba a tenerme amor ver esto en mí, que creo todos los hombres deben ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud; y aún para lo que acá pretenden, deben de ganar con ellos más por aquí según despues diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.»

Hemos querido copiar íntegra la historia de la primera obra de celo apostólico, que en pró de las almas realizó la ínclita Virgen Avilesa en Becedas, y lo he-

mos hecho sin omitir las raras y denigrantes maneras de tener enredado el demonio el alma del desventurado sacerdote, ni los atrevidos ardides y estratagemas espirituales que, revelando preclaro ingenio, empleó para sus santos y elevados fines; porque en toda esa sublime y candorosa narración, podemos aprender mucho cuantos vivimos en este mundo de peligros constantes y miserias lamentables, de la gran Santa Teresa de Jesus y esclarecida Maestra de los espíritus.

Celo ardiente y pureza de intención aprender puede el que obstenta la honrosa y divina misión de salvar las almas; modestia, cautela y precauciones en el trato y relaciones, cuantos han de vivir con diversidad de personas, aun siendo cristianas y piadosas, por el peligro que corren de ser víctimas sorprendidas en los lazos que el demonio en semejantes circunstancias astutamente pone; el pecador desgraciado, que se vea preso entre las mallas del vicio, adquirir puede la esperanza de salir también él del lastimoso estado de esclavitud en que se halla su espíritu, mediante la gracia del Cielo, la protección de la Virgen Santísima y los auxilios de las almas buenas y apostólicas, que en la Iglesia de Jesucristo providencialmente siempre se encuentran; y, por último, a todos nos servirá de ejemplo que nos estimule a trabajar con todas las fuerzas y por todos los medios, por evitar en nosotros y en los demás el sacrilegio grandísimo que se comete, comulgando en pecado mortal.

Porque, bien claramente se vé, lo que impulsó a Santa Teresa a emprender la arriesgada tarea de apartar al sacerdote del pecado y acercarle a Jesucristo, fué, por una parte, la idea altísima que tenía de la su-

blime dignidad del sacerdote y, por otra, el comprender cuan grave y horrible es el sacrilegio; vedla sino, con qué dolor y extremada pena exclama, hablando del sacerdote pecador: ¡y *decía Misa!* Esto era realmente lo que, sobro todo, atormentaba al alma de Teresa, enamorada de Jesus presente en la Eucaristía; y no menos sentimiento tendrá todo aquel, que, teniendo fe en el Sacramento del amor, vea repetirse la infamia de Judas por el desgraciado sacrílego, que aparenta en la comunión dar a Jesus el ósculo de amistad verdadera, cuando ya en su conciencia le tiene vendido por los dineros que recibe de estipendio o por los placeres y gustos ilícitos, que abiertamente le apartan de su Dios.

Tamaña injuria hecha a Dios por quienes están más obligados a honrarle, servirle y amarle de todas veras y con toda el alma, siquiera por gratitud y en reconocimiento de la dignidad y favores de El generosamente recibidos, es lo que no podia tolerar corazón tan delicado y agradecido como el de Teresa de Jesus; y por eso, en casos como el referido, ponia en juego la oración ferviente y constante, la palabra persuasiva y penetrante, sus graciosos chistes y donaires, y hasta llegaba a hacer de su bello y hermoso corazón a la manera de cebo para pescar las almas extraviadas, no para sí sinó para entregárselas rendidas a la voluntad y al amor de Cristo.

Y porque se distinguió de manera especial Santa Teresa en tan apostólica obra, es conocida y se la llama con frecuencia; *La Santa, robadora de corazones.*

CAPÍTULO IX

Prosigue la misma materia, sobre el interés que demostró Santa Teresa por los Sacerdotes como ministros que son de la Eucaristía.—Siempre hizo mucho bien espiritual a sus confesores y a cuantos trataba.—El estado que nos describe de un alma en pecado mortal repugna y está en marcada oposición con la misión del Sacerdote.—Hace la historia de la conversión de otro Sacerdote, por su poderosa intervención, a la gracia y amistad con el Divino Maestro.

Nos habíamos propuesto seguir relatando cronológicamente la vida eucarística de la «*Santa*», desde sus comienzos hasta el día memorable sobre todos los de su vida, en que celebró sus místicos desposorios con su amado Jesus; porque después su comunicación e íntima familiaridad con el divino Esposo fueron ya diarias y continuas.

Pero ya que en Becedas nos ha ofrecido las primicias de su apostolado, enseñando, con el caso en el anterior capítulo referido, a que la Sagrada Eucaristía sea respetada y venerada por los que Jesucristo instituyó ministros de tan admirable Sacramento, que en gracia santificante debe administrarse, queremos continuar este camino empezado, para ocuparnos seguida-

mente de cuanto en la vida eucarística de nuestra seráfica *Santa Madre* se refiere a los Sacerdotes; que si es importante por lo que atañe a los que estamos revestidos de la incomparable potestad ministerial de consagrar el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, no lo es menos por el sumo bien que puede redundar en favor de todas las almas y por la honra y gloria que a Jesus Sacramentado sobrevendrá, si con las instructivas y abrasadoras palabras de la gran misionera de la Eucaristía se lograra evitar un solo pecado de sacrilegio.

Siempre hizo mucho bien espiritual a los Sacerdotes, a sus confesores y cuantos trataba con ocasión de la dirección de su alma o con motivo de la reforma carmelitana, yendo por los caminos o estando en las poblaciones.

«(1) No hablaba persona con ella que no se trocase de mala en buena o de menos buena en mejor; y esto experimentaban los religiosos de cualquier religión que fuesen, porque les pegaba nuevo espíritu y nuevo deseo de perfección; de manera que de una legua se conocían los que trataban y comunicaban con la *Santa*.»

El Maestro Gil G. Dávila dice «(2) Tambien sé que redujo al bien a muchos religiosos perdidos y estragados; particularmente me dijo un día que a todas las personas que veía de letras, que andaban distraidas y aviesas, procuraba mucho confesarse con ellas, porque desta manera redujo a muchas.» Y para que se vea lo que su alma sentía considerando los daños que

(1) P. Fr. Jerónimo Tiedra. Sermón predicado en la Beatificación de Santa Teresa.

(2) Escritos de Santa Teresa, T. II. Pg. 405.

a la Iglesia acarrean los tibios, los distraidos y los extraviados, copiaremos lo que decía a uno de sus confesores, el P. Pedro Ibañez «(1) Deseo grandísimo, más que suelo, siento en mi de que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan y que en nada de lo de acá se detengan, como veo en todo burla, en especial letrados; que como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que estas me aflijen tanto que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena, y ansí no hago sino encomendarlos a Dios; porque veo yo, que haria más provecho una persona del todo perfecta con hervor verdadero de amor de Dios que muchos con tibieza.»

Este docto Maestro, de la esclarecida Orden de Santo Domingo, que siendo de mucha doctrina debía de ser entonces no muy experimentado en las cosas del recogimiento y oración, logró por su agradecida penitenta el entrar por las vías de la oración y contemplación en que ella andaba, y así dice de él «(2) le ha traido el Señor en cuatro meses harto más adelante que yo estaba en diecisiete años; hase dispuesto mijor y ansí sin trabajo suyo riega este vergel con todas estas cuatro aguas, aunque la postrera aun no se dá sino a gotas; mas va de suerte que presto se engolfará en ella con ayuda del Señor.» Sabido es que esas cuatro clases de agua con que se riega el alma son los cuatro grados de oración, de que habla en otra parte la Santa.

Y para que se vea el interés que mostraba por el

(1) Relación II.
(2) V. C. XI.

adelanto espiritual de los que llamaba sus amigos, transcribiremos lo que en una ocasión les propuso para lograr aquel fin:

«(1) Este concierto querria hiciesemos los cinco que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra Su Majestad (alude a las juntas secretas luteranas) y ordenar maldades y herejias, probásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros y decir en lo que podamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca así como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos. Digo en secreto porque no se usa ya este lenguaje.»

Así entendía la Santa las verdaderas amistades y detestaba de las pegajosas del mundo que por vanas y desastrosas las quería muy lejos de sus espirituales hijas, así como también pensaba «(2) que todo el remedio del alma está en tratar con amigos de Dios.»

Pero si no se tiene cierta cautela con el corazón, examinándose diariamente para observar todos sus impulsos y movimientos, aunque sea entre personas buenas y piadosas, facilmente se pega demasiadamente a los maestros y confesores, o el de éstos a los feligreses y penitentes.

El que entre unos y otros existan corrientes de afecto, de gratitud y respetuoso reconocimiento, es muy natural y laudable; mas hay que estar muy sobre aviso para evitar el que en semejantes circunstancias los

(1) V. Cp. XI.
(2) V. Cp. XXIII.

afectos espirituales lícitos y santos degeneren en peligrosos y sensuales; para lo que conviene tener, con los auxilios de la gracia, un constante dominio de la voluntad sobre todos ellos.

También Santa Teresa nos dará alguna lección acerca de tan delicada materia, que podrá aprovechar a las almas de recta y pura intención que apercibidas donde puede hallarse el mal, evitarán el que la confesión y la dirección del alma, que sirven para disponerse a recibir dignamente la Sagrada Eucaristía, no se conviertan en peligro de tragarse, con el Sacramento, la propia condenación. «(1) De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día, porque para esto bastaba sólo una vez, cuanti más tantas como el Señor me hace esta merced. Quedé con un provecho grandísimo y fué éste.

Tenia una grandísima falta, de donde me vinieron grandes daños, y era esta: que como comenzaba a entender que una persona me tenia voluntad, y si me caia en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle y de pensar en él, y en las cosas buenas que le via. Era cosa tan dañosa, que me traía el alma harto perdida. Despues que vi la gran hermosura del Señor, no via a nadie que en su comparación me pareciese bien, ni me ocupase; que, con poner un poco los ojos de la consideración en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con toda libertad en esto, que despues acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación

(1) Obras T. I. Pg. 398

de las excelencias y gracias que en este Señor vía. Ni hay saber, ni manera de regalo que yo estime en nada en comparación del que es oir sola una palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y tengo yo por imposible, si el Señor por mis pecados no primite se me quite esta memoria, podermela nadie ocupar de suerte que, con un poquito de tornarme a cordarme de este Señor, no quede libre.

Acaecióme con algún confesor, que siempre quiero mucho a los que gobiernan mi alma como los tomo en lugar de Dios tan de verdad, paréceme que es siempre adonde mi voluntad más se emplea, y como yo andaba con siguridad, mostrabales gracia. Ellos, como temerosos y siervos de Dios, temian no me asiese en alguna manera y me atase a quererlos, aunque santamente, y monstrabanme desgracia. Esto era despues que yo estaba tan sujeta a obedecerlos, que antes no los cobraba ese amor. Yo me reia entre mí de ver cuan engañados estaban... Comenzóme mucho mayor amor y confianza de este Señor en viéndoles, como con quien tenia conversación tan contína. Vía que, aunque era Dios, que era Hombre, que no se espanta de las flaquezas de los hombres... Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor; porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorio ponen en autoridades postizas.»

Por las anteriores manifestaciones vemos que Santa Teresa, de corazón delicado y agradecido, sintió afecciones hacia las personas que trataba o de las que recibia algún favor, especialmente espiritual; pero «(1)

(1) Relación VII.

jamás en cosa de espíritu tuve cosa que no fuese limpia y casta; ni se parece, si es buen espíritu y tiene cosas sobrenaturales, se podría tener; porque queda todo descuido del cuerpo, ni hay memoria de él; todo se emplea en Dios.»

No es extraño, por consiguiente, que diga, que andaba muy segura y que se riyera entre si, cuando veia que otra cosa sospechaban.

Esto no obstante, reconocía la prudencia, perspicacia e ingenio que se requiere para dirigir almas y principalmente a mujeres. «(1) A cosa tan flaca como somos las mujeres todo le puede dañar.» «(2) El natural de las mujeres es flaco y el amor propio muy sotil... adonde he conocido que muchas veces se engañan a sí mismas sin querer.» «(3) El demonio hace muchos saltos y engaños en la imaginación de las mujeres y gente sin letras, porque no saben entender mil cosas que hay interiores.»

Y para que se armasen sus hijas de valor y fortaleza para vencer los obstáculos que se les pusieran en el camino del bien y de la perfección, las dice: «(4) No querría yo, hijas mías, fuésedes mujeres en nada ni lo pareciésedes, sino varones fuertes; que, si hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres; ¡y qué facil es a Su Majestad que nos hizo de nada!»

Ya se comprende, que, siendo tan conocedora del corazón humano y de las cualidades y condiciones de

(1) Camino de perfección, prólogo.
(2) Fundaciones. Cp. IV.
(3) Moradas. V. C. 3.
(4) Camino de perfección. C. XI.

los que dirigen y de los dirigidos, tuviera especial gracia para mover a unos y a otros hacia Dios, si de El estaban extraviados y le ofendían sacrílegamente, o para que se mantuvieran firmes y perseverantes en gracia, contra todas las tentaciones del enemigo.

«(1) Decía tan altas cosas y tan conformes al dictamen de la razón que admiraba a cualquiera grande entendimiento, y dejaba en él una satisfacción muy grande de que aquello era del Cielo y que el Espíritu Santo alumbraba aquella alma, y ansí fueron infinidad de ellas las que redujo... Porque la fuerza que tenía en decir en esta parte, parecía más que humana, y era con tanta suavidad y caridad, que atraía a cuantos le hablaban.»

Triste y desgraciado en extremo es el deplorable estado de un alma sin la gracia santificante, después de cometer un pecado mortal: queda separada y enemiga de Dios, sin derecho y sin posibilidad, mientras en ese estado permanezca, de conseguir su fin con la posesión de la Bienaventuranza eterna, y muerta a la vida sobrenatural que recibió por el bautismo. Acerca de ese miserable estado escribe la Mística Doctora, despues de decir cómo vió una vez representado al Señor en su alma, la que parecía un espejo, «(2) Dióseme a entender que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de gran niebla y quedar muy negro, y ansi no se puede representar ni ver este Señor aunque esté siempre presente dandonos el ser.»

(1) Declaración de D. Juan Carrillo secretario de D. Alvaro Mendoza. Informaciones de Madrid.

(2) Obras T. I. Pg. 443

Y en la Relación IX dice sobre esto mismo «(1) Mostróme tambien cómo está el alma que está en pecado, sin ningún poder; sino como una persona que estuviese del todo atada y liada, y atapado los ojos, que aunque quiere ver, no puede, ni andar, ni oir, en gran escuridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están ansí, que cualquier trabajo me parece ligero por librar una.»

En las Moradas describe, más viva y extensamente, y con estilo de un apostol abrasado por la salvación de las almas, el estado en que yace el alma en pecado (2) «Antes que pase adelante, os quiero decir que considereis, qué será ver este Castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este arbol de vida, que está plantado en las mesmas aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cay en un pecado mortal. No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No queráis más saber de que con estarse el mesmo Sol, que le daba tanto resplandor y hermosuras, todavia en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de Su Majestad, como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere, estando ansí en pecado mortal, son de ningún fruto (o merecimiento) para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de El, no puede ser agradable a sus ojos; pues,

(1) Obras T. V. Pg 85.
(2) Obras. T. III. Pg. 26.

en fin, el intento de quien hace un pecado mortal, no es contentarle, sino hacer placer al demonio, que como es las mesmas tinieblas, ansí la pobre alma queda hecha una mesma tiniebla... y ansí os la de a vosotras (gana) hijas de rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos hechos una escuridad, y ansí son sus obras. Porque ansí como de una fuente muy clara lo son todos los arroicos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres; porque proceden de esta fuente de vida a donde el alma está como un árbol plantado en ella, que la frescura y fruto no tuviera, sino le procediere de allí; que esto le sustenta y hace no secarse, y que dé buen fruto. Ansí el alma que por su culpa se aparta de esta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la mesma desventura y suciedad... ¡Oh almas redimidas por la sangre de Jesucristo! ¡entendeos y habed lástima de vosotras!

¿Cómo es posible que entendiendo esto no procurais quitar esta pez de este cristal? Mirad que si se os acaba la vida, jamás tornaréis a gozar de esta luz. ¡Oh Jesus! ¡qué es ver a un alma apartada de ella! ¡cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaides y mayordomos y mastresalas, ¡con qué ceguedad, con qué mal gobierno! En fin, cómo adonde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿Qué fruto puede dar?

Oí una vez a un hombre espiritual, que no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado

mortal, sino de lo que no hacía. Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal...»

De estos valiosos y elocuentes testimonios claramente se colige la abierta oposición que existe entre el estado del Sacerdote en pecado mortal y la misión sagrada que le confirió Jesucristo en la ordenación: por esta quedó bendecido, santificado y consagrado para ser toda la vida templo vivo del Señor y por el pecado profana el tabernáculo de su corazón y de él arroja a su Maestro; la misión de los Ministros del Altísimo es la de salvar almas, mediante la aplicación de los méritos de la sangre del Redentor, y él abandona a la suya, con injuria de esa misma divina sangre que sacrílegamente ha de ofrecer todos los días al Eterno Padre; comunicar la gracia santificante, y él desprecia y pierde la que hermoseaba su alma; hacer en la tierra, como ministro suyo, los oficios de Jesucristo, Salvador y Redentor de los hombres, ser otro Cristo, Padre, Maestro y Pastor de las almas, mientras que su conciencia le grita interiormente enérgica protesta y le representa su infamia y traición. Y, como lo violento no puede ser estable, si no se vuelve presto a su Dios, terminará por abandonar habitualmente sus deberes sacerdotales, con daño y escándalo de los fieles, y caerá en una postración espiritual, lamentable y vergonzosa, sin conseguir los fines sobrenaturales y sociales que le encomendaron, con afrenta para su propia dignidad personal.

También se comprende, después de leer el retrato acabado del alma en pecado, que Santa Teresa se doliera, y no pudiera sufrir la inmensa desgracia que aqueja al Sacerdote en dicho estado, llegando hasta

un heroismo espiritual inconcebible, cuando en esa forma veía a alguno, por sacarle de entre las garras del enemigo.

Veámoslo en este otro caso que, también, ella dejó consignado en sus inapreciables escritos. «(1) Vino una persona a mí que había dos años y medio que estaba en pecado mortal, de los más abominables que yo he oído, y en todo este tiempo, ni le confesaba, ni se enmendaba, y *decía misa*. Y aunque confesaba otros, éste decía que cómo le había de confesar cosa tan fea. Y tenía gran deseo de salir de él, y no se podía valer así.

A mí hízome gran lástima, y ver que se ofendía a Dios de tal manera, me dió mucha pena. Prometíle de suplicar mucho a Dios le remediase, y hacer que otras personas lo hiciesen, que eran mijores que yo, y escribía a cierta persona que él me dijo podía dar las cartas. Y es ansí que a la primera se confesó; que quiso Dios, por las muchas personas muy santas que lo habían suplicado a Dios, que se lo había yo encomendado, hacer con esta alma esta misericordia, y yo, aunque miserable, hacía lo que podía con harto cuidado.

Escribióme que estaba ya con tanta mijoría, que había días que no caía en él; mas que era tan grande el tormento que le daba la tentación, que parecía estaba en el infierno sigún lo que padecía, que le encomendase a Dios. Yo lo torné a encomendar a mis hermanas, por cuyas oraciones debía el Señor hacerme esta merced, que lo tomaron muy a pechos. Era per-

(1) Obras. T. I. Pg. 311.

sona que no podía nadie atinar en quien era. Yo supliqué a Su Majestad se aplacasen aquellos tormentos y tentaciones, y se viniesen aquellos demonios a atormentarme a mí, con que yo no ofendiese en nada a el Señor. Es ansí, que pasé un mes de grandísimos tormentos.

Fué el Señor servido que le dejaron a él; ansí me lo escribieron, porque yo le dije lo que pasaba en este mes. Tomó fuerza su alma y quedó de él todo libre, que no se hartaba de dar gracias a el Señor y a mí, como si yo hubiera hecho algo, sino que yá el crédito que tenía de que el Señor me hacía mercedes le aprovechaba. Decía que cuando se vía muy apretado, leía mis cartas y se le quitaba la tentación, y estaba muy espantado de lo que yo había padecido y cómo se había librado él. Y aun yo me espanté, y lo sufriera otros muchos años por ver aquel alma libre.

Sea alabado por todo, que mucho puede la oración de los que sirven a el Señor, como yo creo lo hacen en esta casa estas hermanas; sino que, como yo creo lo procuraba, debían los demonios indinarse más conmigo, y el Señor por mis pecados lo permitía.»

¡Heroismo espiritual se precisa para llegar hasta donde llegó Santa Teresa en el caso reseñado, por apartar del pecado al Sacerdote que en tan miserable estado decía la Santa Misa!

Unicamente el corazón de la seráfica «Santa» movido de su amor a Jesus Sacramentado y por el interés, respeto y veneración que sentía hacia los Sacerdotes, los ministros de la Eucaristía, pudo hacer a Dios la singular y peregrina petición de que las tentaciones y torturas que padecía aquella alma y hasta los mismos

demonios que la atormentaban vinieran sobre ella; con tal de que en ello no ofendiera a Dios.

Y el Señor la distinguió concediéndoselo, según sus deseos, y se recreaba viendo a su amada esposa cargada, llevando sobre sí las miserias ajenas, cual El cargó con los pecados del género humano para expiarlos en la redentora Cruz del Calvario.

Los que, por divina misericordia, hemos sido elevados sin merecerlo a la sublime dignidad sacerdotal, temblar debemos, y desconfiar de nosotros mismos, viendo las lamentables miserias de nuestros hermanos en el sacerdocio, y que remedió, a fuerza de ingenio, oraciones y penalidades la Virgen Avilesa; y a los fieles cristianos no les deben impedir esas faltas el mirar y considerar siempre a imitación de la Santa a los sacerdotes «como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios»; porque «si ellos bautizan Cristo es el que bautiza» y si ellos predican, confiesan o consagran, Jesucristo es en todos esos actos el principal agente, causa y dador de las gracias, que, mediante los actos ministeriales del Sacerdote, descienden desde el Corazón Divino de Jesus, que es la fuente de la gracia, hasta las almas que con fe y disposiciones exigidas se acercan a recibirlas; a la manera que el agua de pura y clarísima fuente corre sobre el cieno y légamo que sirve de lecho al arroyuelo, sin enturbiarse, y en las condiciones de pureza y claridad que se precisan para apagar la sed del fatigado caminante.

Es edificante en extremo, para Sacerdotes y fieles, lo que, respecto a la manera de considerar a los confesores, decía a sus hijas, y copiaremos en la seguri-

dad de que a unos y a otros servirá de ejemplo. «(1) Lo que es menester mucho, hermanas, es que andeis con gran llaneza y claridad con el confesor, no digo en decir los pecados, que eso claro está, sino en contar la oración, porque si no hay esto, no aseguro que vayais bien, ni que es Dios el que os enseña, que es muy amigo que al que está en su lugar se trate con la verdad y claridad que consigo mismo, deseando entienda todos sus pensamientos, por pequeños que sean, cuanto más las obras.

(1) Rivera V. L. IV. C. XXIV.

CAPÍTULO X

El Sacerdote, a imitación de Santa Teresa, debe santificarse y realizar su misión divina y social en unión y compañía del Prisionero del Sagrario.—Sociedad eucarística en comandita.—El Sacerdote es depositario y custodio, no carcelero, de Jesucristo Sacramentado.

«Los que de veras aman a Dios, no aman sino verdades y cosas que sean dignas de amar (1)» y como en este mundo, y en el otro, no hay verdad ni cosa tan dignas de ser amadas como la Verdad misma y el Amor por excelencia (que «Dios es Caridad)», presentes en la Eucaristía, el corazón de Teresa inflamado de amor divino, enfocaba sus amores y cariños en el Tabernáculo del Altar.

Según podremos observar en el transcurso de su vida eucarística, pensaba y meditaba sus proyectos y determinaciones en presencia y compañía del Esposo de su alma, y con sus inspiraciones y auxilios felizmente los realizaba; para las dudas y tribulaciones que

(1) Camino de perfección C. XL.

surgían en los negocios emprendidos, buscaba remedio y consuelo a los pies del Sagrario, y jamás salió desconsolada ni desamparada de la presencia de tan buen Amigo y Compañero.

También los sacerdotes han de santificarse y cumplir su misión divina de salvar las almas, y su misión social de moralizar a los pueblos, en unión y compañía de Jesucristo, Sacerdote Eterno según el orden de Melquisedech, que diariamente, por su ministerio, se ofrece a su Eterno Padre por la salvación de los hombres.

El Sacerdote católico, que por su ministerio sublime ha de realizar el portento y admirable prodigio de hacerle presente en la Eucaristía y sentir en su corazón, al recibirle dignamente, las amorosas palpitaciones del Divino Corazón que a impulsos del amor a los hombres late, no puede menos de ser el primero y más ferviente devoto del Santísimo Sacramento; pues la fe, que en él debe mantenerse siempre firme, robusta y bien cimentada, le dice que en la Hostia que sus manos sostienen después de la consagración, o que, después, contempla expuesta en rica custodia o encerrada dentro del Copón del Sagrario, está, oculto a la vista pero real y verdaderamente, el Corazón del que es su padre celestial, su Maestro, su Redentor; su mejor Compañero y Amigo.

Muy propia es, sí, del Sacerdote consagrado a Dios por el Sacramento del Orden y representante suyo acá en la tierra, *alter Christus*, la devoción que tiene por objeto venerar y dar culto en la Eucaristía al Corazón del Hombre-Dios, en cuya sagrada y divina víscera el amor fraguó los misterios más grandiosos

relacionados con la redención, santificación y glorificación del hombre; y bien pudiéramos añadir, que para el párroco que tiene a su cargo pastoral la penosa, cuanto meritoria y honrosa cura de almas, es una necesidad espiritual, si quiere que su apostólico y sacerdotal espíritu se conserve sin decaimientos y debilidades, y si aspira igualmente a llenar su elevada misión de santificar y salvar las almas de los feligreses que Dios por medio de su Iglesia Santa le confiara.

Gratísimas y muy frecuentes satisfacciones ofrece, en verdad, al Sacerdote el cargo parroquial, cuando los lazos de la caridad evangélica le unen fuerte y dulcemente con sus amados feligreses; pero no es menos cierto que puede hacérsele triste y angustiosa su situación en la parroquia si, al tener que sortear todos los temporales, luchar con múltiples y diversas dificultades y sentir en el alma las amarguras de los desengaños, de la ingratitud, de la desatención, indiferencia y olvido de los más obligados, muchas veces, a dar testimonio de piedad y acatamiento, *se considera solo*, en medio de ese mar de tempestades que alrededor de él pueden levantar las propias pasiones, la malicia de los hombres, el espíritu del siglo en que vivimos y las instigaciones del enemigo de todo lo bueno, que es el demonio con sus secuaces.

No; jamás debe considerarse *solo* el sacerdote en su parroquia; porque en el tabernáculo de su iglesia tiene él y bajo su custodia a Jesucristo, al que puede y debe acudir con fe y amor en todas las circunstancias y ocasiones, seguro de que en su divino pecho encontrará el Corazón del mejor Amigo y Compañero, que

le infundirá alientos, consuelos y esperanzas para no desfallecer ni caer en la tribulación.

Por otra parte; el párroco no ignora que en la obra de salvar las almas y moralizar a los pueblos, que constituye su misión divina y social, él no es más que el instrumento o medio del que se vale Dios, según los admirables designios de Jesucristo al fundar su Iglesia. Y erizado de espinas, cubierto de malezas y duro cual una peña se le presentará en ocasiones al párroco el campo o heredad que el Padre de familias le ha encomendado para cultivarla con sus labores apostólicas; porque la revolución, fiera primero, mansa después y siempre descreida y atea, ha logrado que la indiferencia religiosa se adueñe de muchos desgraciados espíritus y que la impiedad haya arraigado en no pocos corazones.

Pues para regenerar a los pueblos, infundiéndoles la fe viva, que cure la anemia y atonía espiritual que padecen; para que vuelvan a las fuentes de la gracia, que son los sacramentos que abandonaron, y sin cuya frecuencia en recibirlos es tan difícil la vida propiamente cristiana como lo es la vida genuinamente parroquial, que existir debe entre el párroco y los feligreses; para atraer a las ovejas al templo, redil del Buen Pastor, del que les apartó la impiedad, no hay resortes más poderosos y eficaces que la fe y el amor a Jesucristo presente en la Eucaristía, cuando se vive de su vida espiritual, de la vida eucarística, que moraliza, santifica y diviniza a las almas que con frecuencia se acercan a la Sagrada Mesa.

Por esa causa, el Sacerdote que reflexiona en la parte que le corresponde con su Jesus en la obra de

salvar a las almas, se siente apostol intrépido y celoso de la Eucaristía. Puede decirse que Jesucristo y el Sacerdote constituyen una sociedad en comandita para explotar el magno negocio de la salvación de las almas; Jesucristo es el que, con sus méritos infinitos contraidos en la Cruz, puede llamarse el socio *capitalista*, y en poder y en las manos del sacerdote colocó el *capital* de los méritos de su sangre preciosa, con los que negocie y compre para la vida eterna las almas, y las libre del cautiverio del demonio. Empti enim estis pretio magno (1) Debe, por tanto, poner el Sacerdote todo su empeño y toda su industria en no tener ociosos tan *ricos caudales*; y si de todos los sacramentos que él puede administrar debe valerse para hacer llegar la vida sobrenatural, o su aumento, hasta las almas de los fieles, de manera especial ha de consagrarse a la administración del de la Penitencia y de la Sagrada Eucaristía.

A imitación del Buen Pastor, el párroco debe conocer a sus ovejas, saber sus enfermedades espirituales y propinarlas el remedio que precisen para curar sus dolencias, y ¿es posible llenar estos oficios del Buen Pastor si contínuamente no está a disposición cómoda y voluntaria de los feligreses, para oirles en confesión? El Sacerdote al igual que su Divino Maestro está en el mundo, o en su parroquia, para que las almas tengan vida y vida sobreabundante; y esto ¿no le obligará a estar diariamente junto al Tabernáculo, dispuesto a alimentar a las almas con el maná celes-

(1) P. 1.ª ad Cor. 6 20.

tial, con el Pan que bajó del Cielo, y es Pan de vida eterna?

Muy curioso y característico de la egregia Castellana, y que prueba ingeniosa y terminantemente lo que venimos diciendo, es lo que le ocurrió con la Santa Madre a Fr. Pedro de la Purificación, acompañándola en el viaje desde Avila a Burgos, y que el mismo Padre refiere. «(1) Era muy particular la devoción que tenía al Santísimo Sacramento del altar y al de la confesión; y así procuraba de comulgar muy a menudo, y, cuando no podía comulgar, había de confesar por no perder aquella ganancia que Dios le daba por medio de los sacramentos; y así me movía a particular devoción darle el Santísimo Sacramento o confesarla, por ver el espíritu y devoción con que lo hacía. Y un día que no había comodidad para comulgar, por estar en casa de un seglar, me pidió que la confesase, y yo la respondí: Jesus, Madre, no me mate, que no sé qué quiere confesar, pues hemos de andar revolviendo los pucheritos que hacía cuando niña para hallar materia de absolver. No la quiero confesar. Ella con semblante grave y humilde, me respondió: «No sea, Padre, avariento de las riquezas ajenas; y, pues Dios nos comunica particular gracia en sus sacramentos, por medio de vuestras señorías reverendísimas, que son sus ministros, y no dan de su casa nada, no me niegue tanto bien, pues no pierde, señor, nada, sino que antes gana perdonando pecados y administrando dignamente tan santo Sacramento.»

¡Oportunísima y sabia respuesta, digna de ser re-

(1) Relaciones históricas de los siglos XVI y XVII y publicadas por el señor Marqués de Laurencín, Pg. 303.

cordada a cuantos se mostrasen «negligentes en usar de la gracia o poder que se les confirió el dia de la ordenación, por la imposición de las manos del Pontífice consagrante!»

Santa Teresa, por que no la faltase el medio facil de confesarse y comulgar cada día, cuando andaba por los caminos recorriendo casi toda España, llevaba siempre en el acompañamiento alguno o varios sacerdotes. Sabía muy bien y claramente nos lo enseña a sacerdotes y fieles, que sin la frecuencia de Sacramentos no es posible la verdadera vida espiritual y eucarística; y si se quiere que haya en las parroquias almas que vivan de esa vida, que por ser la incoación y principio de la de «allá arriba es la vida verdadera,» se requiere el que el sacerdote permanezca todos los días en la Iglesia un tiempo fijo y prudencial, a fin de que los fieles puedan facilmente confesarse y comulgar. Y el dia en que sean muchos los cristianos (¡ojalá fuesen todos!) que, alimentándose habitualmente por la mañana con el *Pan de los fuertes*, después, se dedicaran a los negocios y asuntos de su estado y profesión, espiritualizando y haciendo sobrenaturales todos sus actos por la recta intención y fines suprasensibles y suprasociales con que los ejecutan, mirando al Cielo, será cuando vengan los mejores tiempos que anhelamos para la Iglesia y la sociedad, con el verdadero Reinado de Jesucristo, que cotidianamente pedimos en el Padre Nuestro.

¿Serán nuestras faltas de omisión y negligencias las que se opongan a la realización de ese bello y hermoso ideal, tan grato a los ojos de Dios como de provecho para las almas y la sociedad?

Hemos de persuadirnos unos y otros, de que, *únicamente*, cuando contemos con fieles del temple y fortaleza que comunican la vida espiritual y eucarística; cuando haya muchos cristianos de un espíritu intrépido y valeroso como el de la hidalga Virgen Avilesa, templado al fuego divino que contínuamente arde en el Tabernáculo, es cuando podrán resolverse satisfactoria y armoniosamente las cuestiones políticas y sociales que traen trastornado al mundo entero; y que mientras tanto, no harán otra cosa los que procuran atajar el mal, que aplicar los ineficaces y ridículos remedios de que disponen cuantos se adornan con una autoridad *postiza*, que decía nuestra querida Santa.

También ayuda grandemente a implantar y fomentar la devoción al Santísimo y, por consiguiente, la vida eucarística en las poblaciones, el que las puertas de los templos estén franqueadas de manera que lo permitan las circunstancias de cada localidad, y puedan los fieles ir a visitar al Señor, pasando en su dulce compañía el tiempo que se lo consientan sus ocupaciones; y según lo dispone el Nuevo Código, en el Canon 1.266.

Cuando la *Monja andariega* iba de pueblo en pueblo para los fines de su ansiada Reforma, y pasaba junto a alguna iglesia, hacía que cuantos la acompañaban hicieran alto, para saludar con ella al Divino y solitario Prisionero. Una de las religiosas, que la acompañó por algunos caminos, declara lo siguiente «(1) y en llegando a alguna iglesia hacia que nos postrásemos con profunda reverencia. Aunque estuviese cerra-

(1) Ana de Jesus en las informaciones de Madrid.

da la puerta se apeaba, y hacia esto diciendo: ¡qué gran merced hallamos aquí, la persona del Hijo de Dios! ¡Desdichados los que la echan de sí!»

Verdaderamente, que son desdichados los que arrojan de su alma por el pecado mortal a Dios nuestro Señor, y sólo también, cuantos echan de la presencia de Jesus Sacramentado a las almas, o las impiden el que se acerquen a El, cerrando las puertas de la casa del Señor.

Bien puede honrarse el sacerdote con el cargo de custodio y depositario del precioso tesoro que guarda en el Sagrario, y ni de día ni de noche debe olvidar que el que está alli encerrado bajo su llave, es su mejor Amigo en la parroquia, es su Compañero, su Padre, su Maestro y su verdadero Dios; a cuyas divinas plantas debe llevar con sus exhortaciones y ejemplos a todos sus feligreses, si pudiese. Y el tener siempre cerrada la iglesia, es actuar de carcelero para con el Señor, a quien, de tal suerte aprisionado, privará del habla y comunicación con sus hijos y amigos muy amados.

CAPÍTULO XI

La principal causa de la falta de fe, del olvido y desamor a la Eucaristía, en muchos fieles, es la ignorancia que, a imitación de Santa Teresa, el Sacerdote debe combatir enseñando.—Esmero de la Santa porque sus monasterios se distinguiesen en el culto, principalmente en cuanto se refería o se relacionaba con el Santísimo Sacramento.—Respetuosa y edificante contestación que tuvo para unos reparos, que su confesor, el P. Yepes, la hizo sobre los perfumes que procuraba despidieran los ornamentos sagrados.

Hay que reconocer, aunque sea con vergüenza y sentimiento, que en muchas almas y para su castigo vá desapareciendo la fe; y que la que les queda a otras es una fe rutinaria, monótona, irreflexiva, externa, superficial y a veces mezclada con prácticas supersticiosas.

Es indudable igualmente, que una de las principales causas de la falta de la verdadera fe está en la ignorancia de los misterios y de las verdades reveladas por Dios y enseñadas por la Iglesia.

La triste y desagradable confirmación de uno y

otro extremo la podemos ver en los templos desiertos, y en la actitud observada por los fieles que a ellos acuden, con respecto al Santísimo Sacramento; pues en todos los tiempos fué norma o señal indicadora de la fe, la devoción a la Sagrada Eucaristía.

No se concibe el que se crea, conforme nos lo prescribe la Iglesia, en la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Hostia, y olvidarse contínua y habitualmente de tan gran Misterio, hasta el punto de despreciarle y no tener clase alguna de relaciones espirituales con el Señor, que mora en los templos de nuestros pueblos y de nuestras ciudades.

El que cree, podrá tener la desgracia de caer en pecado mortal; de verse aprisionado con las duras cadenas con que al alma esclavizan las pasiones desenfrenadas; pero mientras conserva la fe, aun de esa suerte atado por el demonio, no verá una iglesia ni estará bajo las bóvedas de un templo sin dejar de acordarse con respeto y filial ternura de aquella verdad que le enseñaron y que cree con toda su alma y con todo su corazón: su primera mirada, al penetrar en el sagrado recinto, será para el Sagrario, en cuyo espejo de amor divino verá claramente reflejarse la suma ingratitud, de que le arguye la propia conciencia, hacia aquel Buen Padre que, con entrañas de misericordia infinita y en un trono de amor y reconciliación, permanece día y noche, observando, solícito, las inclinaciones e impulsos del corazón del hijo pródigo y llamándole con delicadas inspiraciones, sin cansarse de esperarle para darle apretado abrazo, otorgarle el más ámplio de los perdones y regalarle con el celestial convite de la Sagrada Eucaristía.

Mas cuando se vé a ciertas personas, que entran y permanecen en los templos sin manifestación alguna de religiosidad, cual pudieran estar y permanecer en un salón de tertulia o pasatiempo; cuando se observa a muchos cristianos, que si se santiguan o arrodillan les resulta tan mal y ridículo que nos hacen recordar a los sayones que de Cristo se burlaban durante la pasión, y hasta no faltan quienes, teniéndose por piadosos y devotos, se fatigan rezando a todas las imágenes de santos que vén en los altares y no tienen ni un pensamiento, ni un espiritual saludo, ni un acto de fe y amor para el Señor que en el Tabernáculo se encuentra esperando nuestras adoraciones; cuando esto y mucho más se vé y contempla en nuestras iglesias, bien se puede temer que los que así obran no tienen fe verdadera, bien fundamentada, fe práctica y sobrenatural, y que lo que al exterior aparece adquirido sin reflexionar porque desde niños lo han visto, pertenece a la fe rutinaria que antes clasificábamos.

Y es, que hay mucha ignorancia entre no pocos de los cristianos, quienes, si se les preguntase qué es la Eucaristía, no acertarían a responder, por muy versados que estén en otras ciencias y aunque parezcan de vasta cultura, que es el sacramento donde está realmente Jesucristo, y en el que se nos ofrece, para recibirle como alimento espiritual de nuestras almas.

Y siendo la ignorancia la causa de que se vean los sagrarios tan solos y abandonados, a la ignorancia se la combate enseñando apostólicamente; y misión de enseñar la tienen recibida de Jesucristo los Obispos, sobre todo, y los Sacerdotes.

Santa Teresa, que no recibió del Señor la misión

de enseñar en la Iglesia, a la manera de los apóstoles, pero sí, según veremos, la de emprender la reforma y en ésta la de enseñar y formar a sus hijas, no descuidó parte tan importante y necesaria para comunicar y conservar el espíritu religioso en la Orden.

Por eso (1) «procuraba que sus monjas aprendiesen bien y entendiesen la doctrina cristiana y los misterios de la fe y todo lo que la Santa Madre Iglesia manda saber a un cristiano.

Trataba muy de ordinario de esto con ellas cuando se juntaban, trayéndolas algunas personas pías y doctas que se lo declarasen estando ella presente, mandando a las dichas religiosas preguntasen las dudas que se les ofrecían, aunque no consentía de ninguna suerte se metiesen en delicadezas ni averiguasen curiosamente lo que no pertenece a mujeres.»

Las quería, sí, versadas y entendidas en los misterios de la religión; mas no bachilleras y sabidillas, a la manera que aquella novicia que con cierta presunción se empeñaba en llevar una Biblia, a la que la despidió diciendo: «(2) ¿Biblia hija? No vengais acá; que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia que somos mujeres ignorantes, y no sabemos más que hilar y hacer lo que nos mandan.» Y que tenía buen ojo para elegir sus monjas, lo demuestra en este caso; porque la dicha novicia fué a parar, andando el tiempo, con sus huesos y su Biblia al tribunal de la Inquisición.

Sirve el culto externo que a Dios debemos, para manifestar públicamente nuestra sumisión y adoración

(1) Isabel de Santo Domingo; en las informaciones de Madrid.
(2) Crónica de los Descalzos. T. I. L. II. C. XXV.

al que por ser nuestro Criador y Redentor es digno de todo honor y alabanza; y además, para que por los sentidos se les entren y se les recuerden a los fieles muchas verdades y misterios que en aquél están figurados de modo simbólico; por lo que bien entendidos los actos y ceremonias del culto católico, constituyen un modo de sensibilizar las verdades y misterios más sublimes para fácilmente enseñarlos y recordarlos para el bien espiritual de las almas y gloria de Dios Nuestro Señor.

Santa Teresa, que atendía a todo con suma perfección «(1) En las cosas del culto divino fué tan devota que no reparaba a exponerse a censura de exceso, por que entendía que en esta materia en hecho de verdad no le puede haber. En la limpieza de altares, en la curiosidad de los ornamentos, cuanto la pobreza lo permitía. En la devoción de las celebridades, en las pláticas y sermones espirituales, y en todo lo demás deste género, fué singularísima.»

Y si tal pensaba y hacía en lo que toca al culto en general, ¿qué no haría respecto al culto al Santísimo Sacramento, en el que, por ser su tesoro aquí en la tierra, tenía puesto su corazón?

El P. M. Julián de Avila manifiesta en su declaración para la beatificación de la Santa, que «(2) también se dá a entender que vivía más adonde amaba que adonde animaba, como lo dicen todos los que tratan del que es fino amor, el cual tenía esta Santa en tanta manera, que espantaba a todos los que la trataban y

(1) Crónica de los Descalzos. T. I. C. LI.

(2) Vida del M. J. de Avila por el R. P. Gerardo de San Juan de la Cruz. Pg. 387.

conocían, e yo era el uno de ellos.» Y el P. Rivera dice: «(1) Tenía grandísima curiosidad en que todo lo que tocaba al servicio deste Sacramento estuviese muy cumplido y limpio y bien aderezado, como es la Iglesia, el altar y frontales y ornamentos y cálices y corporales, como se vé en todos sus Monasterios, por pobres que sean; y cuando estaba con grandes señoras y la ofrecían muchas cosas, a lo que se acodiciaba eran pastillas y pebetes para el Santísimo Sacramento y procuraba fuesen los mejores que había.»

Los tiempos que corren no son, por desgracia, para que la Iglesia dedicar pueda riquezas y objetos preciosos para el culto divino, pero en este y en todos los tiempos, se puede desplegar la limpieza, esmero, cuidados y obsequios posibles al que está, no en figura o imagen, sino realmente presente en la Eucaristía.

Y cuando los fieles observan que para el Tabernáculo son los mejores candeleros y las más hermosas flores; y al Sagrario se dirigen las miradas y oraciones de los Sacerdotes encargados del culto, y ante el mismo los ven pasarse ratos, más o menos largos y frecuentes, de hinojos, adorando al Santísimo Sacramento, en todos esos actos y distinciones no pueden menos de llegar a comprender, que allí encerrado está el Amo, el Señor y el Principal de la casa; y, siquiera por imitación y porque el ejemplo arrastra, terminarán por ser ellos, también, los que principalmente recen, visiten y adoren a Jesucristo sacramentado.

Mucho la gustaba a Santa Teresa honrar a Dios y a los santos en sus imágenes, de las que siempre fué

(1) V. Li. IV. C. XII.

muy devota, según dice el P. Rivera «(1) y así cuando tomaba en la mano una imagen de Nuestro Señor o de su Santísima Madre, era mucho de oir las palabras que les decía tan llenas de amor y de ternura que parecía su alma se deshacía.» ¿Pues qué haría y sentiría ante el Santísimo Sacramento?

Bien puede decirse, que todo lo del culto, directa o indirectamente, lo refería al Esposo prisionero por el amor.

En una breve relación de cosas notables de la Santa Madre, que escribió y envió Fr. Diego de Yepes, Obispo de Tarazona, a Fr. Luís de León, catedrático de escritura de la Universidad de Salamanca, entre otras muy dignas de consideración se halla la que en Medina del Campo le sucedió al P. Yepes, su confesor, con la intrépida Reformadora. «(2) No quiero se me pase por alto una cosa que me sucedió con ella en Medina del Campo: yendo yo a decir Misa a su Monasterio de Monjas, diéronme un paño muy oloroso para lavarme las manos; yo inconsiderado me ofendí de ello, y le dije después, que mandase quitar aquel abuso de sus Monasterios, porque como me parecía bien que los corporales y paños que están en el altar estén olorosos, así me pareció mal que los otros paños comunes, que son para limpiar las inmundicias, lo estuviesen; ella me respondió con un donaire y gracia extremado:

Y mire no se canse, y sepa que esa imperfección toman mis Monjas de mí; pero cuando me acuerdo que nuestro Señor se quejó al fariseo en el convite

(1) V. L. IV. C. XI.
(2) V. T. II. Pg. 21.

que le hizo, porque no le había recibido con mayor regalo; desde el umbral de la puerta de la Iglesia, querría que todo estuviese bañado en agua de Angeles: y mire mi Padre, que no le dan ese paño por sus ojos vellidos, sino porque cuando le vea se acuerde quan limpia y olorosa ha de llevar el alma; y si no fuere, siquiera váyanlo las manos.

De esta manera confundió mi inconsideración, y me abrió los ojos para mirar de allí adelante de otra manera las cosas próximas y remotas a este Sacramento; de aquí han venido sus Frailes y sus Monjas a ser tan esmerados en esto.»

Y para que sirva de ejemplo y estímulo a cuantos por su sagrado oficio y divina misión han de cuidar y atender al Santísimo Sacramento, hemos querido, para poner fin al presente capítulo, copiar esa ingeniosa y confundente lección de la *Santa*, dada a uno de sus confesores; en la certeza de que al igual que el P. Yepes confiesa que le abrió los ojos y sirvió de saludable enseñanza, también a nosotros nos recordará eficazmente la limpieza del alma con que debemos acercarnos a recibir al Señor Sacramentado, y a referir a El, no a nosotros, los honores y las distinciones que, por ser ministros del Altísimo, nos dispensan la Iglesia y las almas buenas.

«(1) Cuando entraban las novicias en la religión, luego hacía se dejasen todas las devociones que tenían en el siglo de oraciones vocales y otras cosas, y que las maestras las encaminasen por el camino de la oración mental y presencia de Dios.»

---

(1) María de San Francisco, en las informaciones de Alba.

Con esto lograba la gran Maestra y Doctora, que desde el principio adquirieran las monjas las devociones propias de la religiosa carmelita, y que continuando con tan buena práctica se perpetuase en sus conventos el espíritu que comunicó a sus primeras y amadísimas hijas.

Fundados en tan sabio proceder de la Santa, bien podemos asegurar que si en los seminarios, donde se forman los clérigos y se les enseñan las devociones propias del Sacerdote, se sigue inculcándoles la del Santísimo, que es la más sacerdotal y conforme a la misión divina que han de realizar toda la vida; y después los Sacerdotes, igualmente, continúan dándola la preferencia a las demás y hacen que la conozcan bien y practiquen los niños desde la primera comunión; indiferencia y olvido se vé en la sociedad presente hacia el Santísimo, pero no tardaría en propagarse el fuego del amor eucarístico por las almas frías y tibias, hasta generalizarse entre los fieles la frecuente comunión y extenderse la santa y loable costumbre de visitar al Señor durante el día en el sagrario de los templos.

Desde el Cielo, haga la Santa de los seráficos amores eucarísticos con sus inspiraciones, el que Sacerdotes y fieles comprendamos, para llevarlo a la práctica, cuanto es el amor y la reverencia que debemos a Jesus Sacramentado; y otro será el estado y el porvenir de las almas y de las sociedades.

CAPÍTULO XII

La profanación de la Sagrada Eucaristía es un execrable pecado de sacrilegio. Al recibir un día la "Santa,, la comunión de manos de un Sacerdote en pecado mortal, hizo Dios que viera el estado horrible en que se encontraba aquella alma sacrílega.—Curiosa amonestación que el P. Julián Dávila, confesor de Santa Teresa, hizo a un Sacerdote que precipitadamente celebraba la Santa Misa.

No hay pecado tan execrable y horrendo como el sacrilegio. La profanación de las Sagradas Formas, solo el que le falte la fe y posea un espíritu satánico podrá tener el valor de llevarla a cabo, ejecutando tan sacrílega acción; y para comulgar en pecado mortal y vivir a sabiendas y habitualmente en estado tan desgraciado se requiere el traidor e infame espíritu de Judas.

Es la mayor de las ingratitudes la que comete el pecador yendo a ofender al Señor en el misterio del amor, donde resplandece como en ningún otro misterio la generosidad infinita de Jesucristo para con los hombres; pues en él se dá y se entrega todo cuanto

es, por amor suyo, y se entrega en esa forma eucarística, en la que siendo poderoso e infinito aparece como una víctima humillada, sacrificada y muerta; y por tanto el sacrílego comete su crimen con abuso de fuerza, abuso de confianza y abusando del amor infinito de un Dios, que se oculta bajo las especies sacramentales para, en ese estado, poder ser recibido como manjar espiritual que sustenta y vivifica el alma.

¡Y en esa Fuente de aguas vivas encuentra el pecador sacrílego su desgracia y muerte eterna!

Respecto al sacrilegio que comete el Sacerdote, celebrando en pecado mortal el Santo Sacrificio de la Misa, los Santos Padres usan indignados un lenguaje enérgico y terrible para condenarlo y execrarlo; lenguaje que pueden también aplicarse los simples fieles, que comulguen sacrílegamente.

Al celebrar hacen suma violencia a Jesucristo, abusando indignamente de su paciencia y del poder que le dió sobre su divina persona. *Vis infertur corpori ejus et sanguini.* (S. Ciprian. Lib. De Lapsis.) Los que abusando comulgan indignamente, en cuanto de su parte está, hacen por dar la muerte al que adoran. *Qui indigne abutuntur communione mysterii; quantum in ipsis est, interimunt, quem adorant.* (S. Chrys, Homil. VII. in Marth.) El pecado del Sacerdote sacrílego excede al de los judíos que crucificaron a Cristo acá en la tierra; porque él le ataca en su inmortalidad y en el Cielo: *Gravius peccant offerentes indigne Christum reguantem in cœlis, quam qui eum crucifixerunt ambulantem in terris.* (S. Ang.)

Profana la sangre de Cristo cual si la arrojara en inmunda cloaca: *Quantum flagitium in purcissimam*

pectoris tui cloacam sacratum Christi sanguinem profundere. (S. Thom. a Villanov. de Sacr, C. III.) No hay quien peque más gravemente que el Sacerdote que consagra indignamente: *Nemo deterius peccat, quam Sacerdos, qui indigne sacrificat.* (S. Thom, in Epist. 1 ad Cor. C. XI.)

Santa Teresa, que, según digimos en otra ocasión fundándonos en lo que ella misma escribe y dijeron sus confesores y biógrafos, no llegó a cometer pecado mortal y se acercaba a comulgar con gran pureza de alma, cuando considera su pequeñez y la grandeza y majestad del Dios que recibía en la Eucaristía se deshacía en ternuras y agradecimientos, y atónita y asombrada se expresaba de esta suerte: «(1) Cuando yo me llegaba a comulgar, y me acordaba de aquella Majestad que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento, y muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia, los cabellos se me espeluzaban y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubriérades vuestra grandeza ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seais, Señor. Alábenos los ángeles y todas las criaturas, que ansí medís las cosas con nuestra flaqueza, para que, gozando de tan soberanas mercedes, no nos espante vuestro gran poder, de manera que aun no las osemos gozar como gente flaca y miserable... Cuando yo veo una majestad tan grande disimulada en cosa tan poca como es la Hostia, es ansí que después acá a mí me admira sabiduría tan grande, y no sé cómo me dá el

(1) Obras. T. I. Pg. 416.

Señor ánimo ni esfuerzo para llegarme a El, si El, que me ha hecho tan grandes mercedes y hace, no me le diese; ni sería posible poderlo disimular, ni dejar de decir a voces tan grandes maravillas. ¿Pues qué sentirá una miserable como yo, cargada de abominaciones, y que con tan poco temor de Dios ha gastado su vida, de verse llegar a este Señor de tan gran majestad cuando quiere que mi alma le vea? ¿Cómo ha de juntar boca, que tantas palabras ha hablado contra el mesmo Señor, a aquel cuerpo gloriosísimo, lleno de limpieza y de piedad?»

Y si de esta manera pensaba, sentía y exclamaba, viendo venir al Señor a su corazón de serafín y a su alma angelical, espanta el considerar lo que sentiría su delicado espíritu, contemplando a su amado Jesus en las entrañas de un sacrílego Judas.

¡Y cómo se quedaría la bendita Santa, cuando ante su alma presentó el Señor el siguiente cuadro que con horror dejó escrito! «(1) Llegando una vez a comulgar, ví dos demonios con los ojos del alma, más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre Sacerdote, y ví a mí Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos, en la forma que me iba a dar, que se vía claro ser ofendedoras suyas, y entendí estar aquel alma en pecado mortal. ¿Qué sería, Señor mío, ver esta vuestra hermosura entre figuras tan abominables? Estaban ellos como amedrantados y espantados delante de Vos; que de buena gana parece que huyeran, si Vos los dejárades ir.

(1) Obras. T. I. Pg. 418.

Dióme tan gran turbación, que no sé cómo pude comulgar, y quedé con gran temor, pareciéndome, que si fuera visión de Dios, que no permitiera Su Majestad viera yo el mal que estaba en aquel alma. Díjome el mesmo Señor que rogase por él, y que lo había primitido para que entendiese yo la fuerza que tienen las palabras de la consagración, y como no deja Dios de estar allí por malo que sea el Sacerdote que las dice, y para que viese su gran bondad, cómo se pone en aquellas manos de su enemigo, y todo para bien mío y de todos.

Entendí bien cuán más obligados están los Sacerdotes a ser buenos que otros, y cuan recia cosa es tomar este Santísimo Sacramento indínamente, y cuan señor es el demonio de el alma que está en pecado mortal.

Harto gran provecho me hizo y harto conocimiento me puso de lo que debía a Dios. Sea bendito por siempre jamás.»

Este imponente y asombroso hecho lo refiere Doña María Coronel, monja de la Encarnación, en los siguientes términos:

(1) «Antes que la Madre saliese de este Convento a comenzar sus fundaciones, como aun ya era tan sierva de Dios... sucedió que estando un día comulgando vió que el Sacerdote que la daba el Santísimo Sacramento del Altar le tenían agarrado dos demonios, de cada lado el suyo; y como la Santa Madre vió caso tan raro y de admiración, avisó al dicho Sacerdote y le dió documentos y dijo razones tan fuertes y espiri-

(1) Proceso de Avila para la Beatificación.

tuales que el sobredicho Sacerdote enmendó su vida y costumbres muy de veras, de tal manera, que de allí en adelante vivió con grandísima enmienda de su conciencia y acabó en bien; esto es lo que sabe (la declarante) de este suceso.»

¡Espeluznante y espantoso cuadro, que debiera estar grabado sobre todos los comulgatorios; y altares para que viéndole sirviera de saludable escarmiento a cuantos se acercan allí a recibir al Dios de las misericordias y del Amor!

¡Santa de los seráficos amores eucarísticos: haced que sean muchos los que comulgando reciban a Jesus; pero que cuantos comulguen estén exentos de pecado mortal y en gracia y verdadera amistad con su Dios!

El P. Julián de Avila, en ocasión de estar celebrando en la Ciudad de Avila la Santa Misa un Sacerdote de manera precipitada, tuvo la feliz ocurrencia de acercarse a él y decirle al oido estas palabras: «*Trátale bien que es hijo de buen Padre*. Sobrecogióse de espanto el Sacerdote, y obrando Dios en su corazón, afirman varias personas, se corrigió de aquel defecto, y enmendó su vida de tal manera, que vino a ser un Sacerdote ejemplar.» (1)

Ingeniosa reprensión de escuela teresiana, digna del que se formó en la vida espiritual y eucarística al lado de la hidalga castellana, y muy propia y oportuna para poner remate a los capítulos de la vida eucarística de Santa Teresa, en relación con los Sacerdotes como ministros del Augusto Sacramento del Altar.

(1) V. del P. Julián de Avila por el P. Gerardo de San Juan de la Cruz Pg. 274.

CAPÍTULO XIII

Regresa Santa Teresa de Becedas a Avila.—Se agrava en la enfermedad, estando en casa de su padre para curarse, y pide los Sacramentos.—Su cristiano padre se opone a que la confiesen; y al hacer de ello mención la Santa dice cosas harto buenas para los que siguen ese proceder con sus parientes enfermos.—A los mismos condena con los cuidados y celo que desplegó porque su hermana María se dispusiera a morir, recibiendo los Santos Sacramentos.—Idéntica solicitud para con su padre enfermo.—El Señor la promete después de pedírselo en el Santísimo Sacramento, que estaría a la muerte de sus hijas para acompañarlas y darlas después el premio.

Tornando al hilo de la narración cronológica de la vida eucarística de la Seráfica Amadora del Santísimo Sacramento, y que cortamos en gracia de los ministros de la Eucaristía, los Sacerdotes, a quienes ella dedicó en Becedas las primicias de su apostolado, y distinguía por el santo amor, el respeto sumo y gran veneración que los profesaba; seguiremos los pasos de la paciente enferma camino de Becedas a Avila.

La llevó su cariñoso y solícito padre a aquel pue-

blo en busca de la salud que la faltaba, y tiene que regresar a la Ciudad de los Caballeros volviéndola más dolorida y quebrantada para instalarla en su propia casa, por ver si los médicos podían poner fin a tan acerbos dolores, que al mismo tiempo que atormentaban al cuerpo de la sufrida hija herían el alma del resignado padre.

Dura es la prueba que el Señor la envía; pero muy propia y a propósito para que su espíritu se despegue de todo lo de esta vida, que es pequeño, mezquino, inconstante y quebradizo, y se adhiera con seguridad grande a lo eterno, a lo inmortal e imperecedero de la otra.

Terribles son las penas y dolores que sufre continuamente; mas la vida espiritual y eucarística que en la soledad de Castellanos adquirió en grado elevado, la hace resignarse a la prueba con paciencia tal que recuerda al atribulado Job.

Se alimenta con el Pan de los Fuertes y ni las tribulaciones, ni la enfermedad, ni la muerte son capaces de mover a su alma del estado apacible e inalterable en que, una vez para siempre, la ha colocado la caridad y el amor de Cristo. Oigamos a la heróica paciente:

«(1)... estaba tan abrasada que se me comenzaron a encoger los nervios con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener. Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, adonde tornaron a verme médicos. Todos me deshauciaron, que decían, sobre todo este mal, decían estaba ética. De esto

(1) Obras. T. I. Pg. 46.

se me daba a mí poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los pies hasta la cabeza; porque de nervios son intolerables, según decían los médicos... En esta reciedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dió, que se vía claro venir de El. Mucho me aprovechó para tenerla, haber leido la historia de Job en los «Morales de San Gregorio» que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado a tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con El. Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento, y decíalas: «Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo.»

Tan apretada se vió por la enfermedad, que pidió confesarse, para sacar del sacramento de la Penitencia y de la Comunión las fuerzas que precisaba para permanecer sufriendo y mejor disponerse a morir en el ara de un lento y duro martirio; pero ocurrió que su padre, por no darla, a su juicio, pena, no lo consintió.

«(1) Vino la fiesta de Nuestra Señora de agosto, que hasta entonces desde abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. *Dí prisa a confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo.* Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan ca-

(1) Obras. T. I. Pg. 47.

tólico padre y tan avisado, que lo era harto, que no fué inorancia, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parajismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días poco menos. En esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora u memento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el credo, como si alguna cosa entendiera. Tenían me a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.

La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones a Dios muchas. Bendito sea El que quiso oirlas, que tiniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio, esperando el cuerpo allá y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornase en mi. Luego me quise confesar. *Comulgué con hartas lágrimas.*»

Siendo el último instante de la vida decisivo en el porvenir eterno del alma; pues si en gracia y amistad con Dios muere, gozará de El para siempre, y si en pecado mortal le coge la muerte no tendrá tampoco fin su desgracia, viéndose separada eternamente de Dios y sufriendo sin alivio ni descanso horribles tormentos; la Iglesia, nuestra Madre, recibió de su divino fundador los sacramentos que administrados a los fieles al partir de este mundo, los dispone para presentarse con la blanca vestidura de la gracia ante el tribunal del Supremo Juez, que al verlos amigos suyos los conducirá a la Gloria después de pronunciar la inapelable sentencia de salvación.

Salta a la vista, por tanto, la necesidad de que los cristianos se dispongan, cuando les aqueja enfermedad

grave, para ponerse en gracia o adquirir aumento de ella, recibir, luego, el Santo Viático y terminar con la Santa Unción y la recomendación del alma. Todo lo cual debe hacerse, a ser posible, con pleno conocimiento, con objeto de que mejor aproveche espiritualmente y porque para el cristiano de fe y que en sana salud piensa en el trance por el que, sin remedio, ha de pasar, de gran consuelo y grata esperanza le sirven los dichos sacramentos en aquellos instantes en que, con los ojos de la realidad vé, que los parientes, los honores, las riquezas, la salud y la vida huyen de él, dejándole solo con sus buenas o malas obras grabadas en la conciencia, y próximo a dar con su cuerpo en la sepultura y con su alma en la eternidad.

Jesucristo quiso quedarse en la Eucaristía para ser nuestro alimento espiritual durante esta vida, y con entrañas de misericordia quiso que le recibiéramos también al fin de ella, sirviéndonos de Viático para hacer el viaje de la eternidad. Obliga, por tanto, a recibirle, pudiendo, bajo pecado grave; pues se trata de un precepto divino y de recibir además de las gracias sacramentales otras gracias y ciertos auxilios necesarios en aquellos momentos de lucha decisiva, de congojas y últimas tentaciones del enemigo.

Y dado el estado en que el paciente suele estar por la enfermedad, los suyos y cuantos le rodean son los obligados a cuidar de la salud espiritual, y sobre su conciencia pesa grandísima responsabilidad, si por negligencia u oposición dejara de recibir los sacramentos, y no se salvara el enfermo.

Cuando alguna persona se condene, porque sus parientes no cuidaron de su salvación en momentos

tan críticos, ni permitieron que el Sacerdote se acercara a la cabecera del lecho para santificarla con los sacramentos, consolarla con alentadoras y prudentes reflexiones y recoger su alma al salir del cuerpo y presentarla, en nombre de la Iglesia, a Jesucristo, Juez de vivos y muertos, ¡qué maldiciones e increpaciones lanzará sobre los causantes de su ruina y eterna perdición!

Santa Teresa, lo hemos visto, hallándose enferma pidió los últimos sacramentos, y su padre, con ser tan católico y avisado se opuso, no creyendo que entonces se moriría su hija por parecerle *que no era para ser enterrada*.

Cuatro días permaneció como muerta, y cuando vino en sí lo primero que procuró fué *confesarse y comulgar con hartas lágrimas*, (1) haciendo confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios. Que esta merced me hizo Su Majestad, entre otras, que nunca, después que comencé a comulgar, dejé cosa por confesar que yo pensase que era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar.»

El P. Rivera hablando de esta enfermedad de la Santa dice: «(2) Al cabo de estos cuatro días revivió, y según a mí me han contado personas de mucha autoridad y religión, a quien yo creo muy bien por que las conozco mucho y sé cuan amigas son de la verdad, y ellas lo saben de la misma madre, comenzó a decir que para qué la habían llamado, que estaba en el

(1) Obras. T. I. Pg. 49.
(2) V. Lib. I. C. VII.

cielo y había visto el infierno, y que su padre y otra monja de la Encarnación llamada Juana Suarez se habían de salvar por su medio; y que vió también los monasterios que había de fundar y lo que había de hacer en la Orden y cuantas almas se habían de salvar por ella y que había de morir santa y que su cuerpo antes que le enterrasen había de estar cubierto con un paño de brocado. Bien es verdad que, siempre que de esto se hablaba, la madre decía que estos eran disparates y frenesí, y después que ella entendió que su padre estaba allí y había oido aquellas cosas había gran vergüenza de él por ser hombre tan grave.»

Lo indudable es, que en toda su vida tuvo por gran beneficio el que en aquella ocasión no muriera; y se lamentaba de los pecados «que harto hermoseados van», decía, para que el confesor que la mandó escribir no se los tachara; terminando la narración con estas palabras: «Plega a Su Majestad que antes me consuma que le deje yo más de querer.»

El amor entrañable, que siempre tuvo a los suyos, no se desminuía por su contínua ascensión al monte de la perfección; pero sí cada día éralo más espiritual y obedecía a fines puramente sobrenaturales, por lo que no perdonaba medio para dirigirlos, dada la ocasión, al Cielo, sobre todo, procurando recibieran los sacramentos en la hora de la muerte, como ella los pidió cuando se vió en semejante peligro.

«(1) Habiéndose muerto un cuñado mío súpitamente y estando yo con mucha pena por no haber tenido lugar de confesarse, se me dijo en la oración que ha-

(1) Obras. T. I. Pg. 364.

bía ansí de morir mi hermana, que fuese allá y procurase se dispusiese para ello. Díjelo a mi confesor; y como no me dejaba ir, entendílo otras veces. Ya, como esto vió, díjome que me fuese, que no se perdía nada. Ella estaba en su aldea; y, como fuí sin decirle nada, le fuí dando la luz que pude en todas las cosas; hice se confesase muy a menudo, y en todo trajese cuenta con su alma. Ella era muy buena, y hízolo ansí. Desde a cuatro o cinco años que tenía esta costumbre y muy buena cuenta con su conciencia, se murió sin verla nadie, ni poderse confesar. Fué el bien que, como lo acostumbraba, no había sino poco más de ocho días que estaba confesada. A mí me dió gran alegría cuando supe su muerte. Estuvo muy poco en el Purgatorio. Sería aun no me parece ocho días, cuando, *acabando de comulgar*, me apareció el Señor y quiso la viese cómo la llevaba a la gloria. En todos estos años, desde que se me dijo hasta que murió, no se me olvidaba lo que se me había dado a entender, ni a mí compañera, que ansí como murió vino a mí muy espantada de ver cómo se había cumplido. Sea Dios alabado que tanto cuidado tiene de las almas para que no se pierdan.»

¡Hermoso ejemplo de solicitud y verdadero amor para con los parientes, próximos a salir de este mundo!

Desde la hora en que se la dió a entender que su hermana María moriría, como su cuñado D. Martín Guzmán Barrientos, repentinamente, no pudo olvidarlo. Realizó un viaje a la aldea donde residía su pobre hermana viuda, conversó extensamente con ella, y en esas pláticas la dispuso con gran prudencia y cautela el plan de que se *confesase y comulgara* cada ocho

días por lo menos y llevara cuenta con su conciencia. Con esta excelente preparación, la dispuso hasta morir, sin que su hermana advirtiera la proximidad de su muerte, para irse al Cielo sin, apenas, pasar por el Purgatorio.

Cuantos por su sagrado ministerio han de conducir las almas a la Gloria, tengan, y tengamos todos, presente el celo desplegado por Santa Teresa con su hermana, no olvidando que la visita y cuidado de los enfermos que reclaman hasta que expiran, la presencia del Sacerdote, es de las más graves obligaciones que tiene, de más trascendentales consecuencias y también de legítimos y muy hondos consuelos espirituales.

La conducta de verdadero amor y loable proceder de Santa Teresa contrasta con la de los que llevados por el amor de la carne y de la sangre, aislan al pariente enfermo de toda persona religiosa, con que por no impresionarle, y lo que le preparan es la sorprendente y desesperante impresión de presentarse ante Dios sin la preparación necesaria, y de la que no podrá salir, el muy desgraciado, en toda la eternidad.

No fué menos diligente en acudir a la cabecera de su cristiano padre, cuando supo que estaba enfermo de gravedad, y llegan al alma las ternuras y sentidas palabras con que nos anuncia su edificante muerte y preciosa a los ojos del Señor.

«(1) En este tiempo dió a mi padre la enfermedad de que murió, que duró algunos días. Fuíle yo a curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que,

(1) Obras T. I. Pg. 67

a cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad; creo le serví algo de los que él había pasado en las mías. Con estar yo harto mala me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un ser me le hacía, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que se murió, como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando vía acabar su vida, por que le quería mucho.

Fué cosa para alabar a el Señor la muerte que murió, y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba después de haber recibido la Extrema-Unción, el encargarnos le encomendásemos a Dios, y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos; que mirásemos se acababa todo. Y con lágrimas nos decía la pena grande que tenía de no haberle él servido, que quisiera ser un fraile, digo, haber sido de los más estrechos que hubiera...

Fué su principal mal de un dolor grandísimo de espaldas, que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le acongojaba mucho. Díjele yo, que, pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz a cuestas, que pensase Su Majestad le quería dar a sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar.

Estuvo tres días muy falto el sentido. El día que murió se le tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos, y le tuvo hasta que a la mitad del credo, diciéndole él mesmo, expiró. Quedó como un angel,

ansí me parecía a mí lo era él, a manera de decir, en alma y disposición, que la tenía muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino es para culpar más mi ruin vida, después de haber visto tal muerte, y entender tal vida, que por parecerme en algo a tal padre, la había yo de mijorar. Decía su confesor, que era Dominico, muy gran letrado, que no dudaba de que se iba derecho al Cielo, porque había algunos años que le confesaba y loaba su limpieza de conciencia.»

Así ha de entenderse el verdadero amor entre los parientes y amigos durante las enfermedades y en la hora de la muerte.

Santa Teresa confiesa que quería mucho a su padre; que se la desgarraba el alma, viéndole morir, pero se hacía superior, disimulando las penas delante del pobre moribundo, y con verdadera caridad atendía a que no le faltase el alimento espiritual, que está en la Eucaristía y demás sacramentos establecidos por Jesucristo para tales momentos, ni tampoco el cuidado y la solicitud que precisan los enfermos para que les sean más llevaderas las miserias anejas a toda grave dolencia y a la muerte.

Padre e hija mutuamente se consolaban con palabras dulces y tiernas, con la mira puesta siempre en la eternidad, y Dios los bendecía.

Y si cumplió con los deberes de hija para con su padre, saliendo del convento de la Encarnación, con el fin de cuidarle en sus últimos días, como Madre de sus hijas las carmelitas, veamos si las tuvo presentes en semejante y peligroso trance.

Lo siguiente ocurrió en la fundación de Toledo, según lo cuenta la misma *Santa*. «Acaeció, estando yo

aquí, darle el mal de la muerte a una hermana. Recibidos los Sacramentos y después de dada la Extremaunción, era tanta su alegría y contento, que ansí se le podía hablar en cómo nos encomendase en el cielo a Dios y a los santos que tenemos devoción como si fuera a otra tierra.

Poco antes que expirase, entré yo a estar allí, que me había ido delante del *Santísimo Sacramento* a suplicar al Señor le diese buena muerte; y ansí como entré ví a Su Majestad a su cabecera, en mitad de la cabecera de la cama. Tenía algo abiertos los brazos como que la estaba amparando; y díjome que tuviese por cierto que a todas las monjas, que muriesen en estos monasterios, que El las ampararía ansí; y que no tuviesen miedo de tentaciones a la hora de la muerte. Yo quedé harto consolada y recogida.

Desde a un poquito llegué la a hablar y díjome: «¡Oh Madre, y qué grandes cosas tengo que ver!» Ansí murió como un angel; y algunas que mueren después acá he advertido que es con una quietud y sosiego como si las diese un arrobamiento.»

¡Dichosos los padres, los hermanos y los hijos que, como los que hemos visto en el presente capítulo, tienen a su cabecera en la hora de la muerte una Teresa de Jesus que los cuide y atienda!

¡Que en tan tremenda y decisiva hora no nos falte, Santa bendita, una persona fiel y caritativa que se preocupe de que nos administren la Sagrada Eucaristía y demás sacramentos y auxilios espirituales. Todos tus amantes y devotos lo esperamos de Vos, y te pedimos que también estés tu en dicha hora a nuestro lado presente! Amén.

CAPÍTULO XIV

Sin recobrar la salud, hizo que la llevasen desde la casa de su padre a su convento de la Encarnación, donde siguió sufriendo la enfermedad con la santa resignación que adquiría en los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.— Mandando decir Misas y encomendándose a su especial protector San José, sana de la enfermedad.

Pasado el peligro de próxima muerte, al recobrar el sentido que durante cuatro días tuvo totalmente perdido, confortó Santa Teresa su angustiada alma con la confesión, y comulgó derramando hartas lágrimas al reconocerse muy obligada a Dios por los favores recibidos, sobre todo porque la había líbrado entonces de la muerte; pero continuó la enfermedad atormentándola cruelmente y ella, inalterable, siguió gozando de paz interior y dulce consuelo, en medio de tantos tormentos.

Para alabar y bendecir a Dios es el ver cómo prepara y dispone a las almas que se alimentan de su vida espiritual en el Santísimo Sacramento, hasta convertirlas en purísimas e inocentes víctimas eucarísti-

cas, en las que Jesus tiene todas sus delicias; porque unidas esas almas, en el ara de los sufrimientos, con Jesucristo padeciendo en la cruz un sacrificio infinito perpetuado en la Santa Misa, por gracia y participación divina quedan hechas con El víctimas reparadoras por los pecados de los hombres por quienes aplican sus padecimientos, elevados al orden sobrenatural desde el momento que la gracia y fines sobrenaturales los informan.

En estado tan delicado y vidrioso que movía a lástima, hizo Santa Teresa que la condujeran desde la casa de su padre a su convento de la Encarnación, y aquí, donde antes la esperaban con la sepultura abierta, la reciben ahora viva, sí, pero en situación muy deplorable, por haber quedado tullida, sin poder mover de todo su cuerpo más que un dedo de la mano derecha.

Ella en todo glorificaba al Señor y hacía que sus hermanas en religión se edificaran y quedasen espantadas al ver cuan pacientemente soportaba los tormentos.

«(1) Quedé de estos cuatro días de parajismo de manera, que solo el Señor puede saber los incomparables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada y de la gran flaqueza que me ahogaba, que aun el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza. Toda encogida hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni

(1) Obras. T. I. Pg. 50.

brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha. Pues llegar a mí no había cómo, porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir. En una sábana, una de un cabo y otra de otro me meneaban; esto fué hasta Pascua florida.

Dí luego tan gran priesa de irme a el monasterio, que me hice llevar ansí. A la que esperaban muerta, recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto; para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solo los huesos tenía ya; digo que estar ansí me duró más de ocho meses. El estar tullida, aunque iba mijorando, casi tres años.»

Admirable y acabado auto-retrato del lastimoso estado en que quedó su torturado cuerpo, que a su castiza pluma acredita y donde se revela la grandeza y superioridad de su elevada alma, junto con el preclaro ingenio con el que Dios quiso naturalmente dotarla.

Después del anterior trozo literario en el que se está viendo a su virginal cuerpo casi cadavérico, luego continúa escribiendo con igual brillantez para dejar ver la hermosura de su angelical alma, sufriendo todo un espantoso martirio con la paciencia y el heroismo que adquiría con la frecuente y devota recepción de los Santos Sacramentos de la Penitencia y Sagrada Eucaristía.

«(1) Cuando comencé a andar a gatas, alababa a Dios. Todos los (años) pasé con gran conformidad, y si no fué estos principios, con gran alegría; porque

(1) Obras. T. I. Pg. 51.

todo se me hacía nonada, comparado con los dolores y tormentos del principio; estaba muy conforme con la voluntad de Dios; aunque me dejase ansí siempre. Paréceme era toda mi ansia de sanar por estar a solas en oración, como venía mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. *Confesábame* muy a menudo; trataba mucho de Dios, de manera que edificaba a todas y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba; porque, a no venir de mano de Su Majestad, parecía imposible poder sufrir tanto mal con tanto contento.

Gran cosa fué haberme hecho la merced en la oración, que me había hecho, que ésta me hacía entender qué cosa era amarle; porque de aquel poco tiempo ví nuevas en mí estas virtudes, aunque no fuertes. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario era excusar toda murmuración; porque traía muy delante cómo no había de querer, ni decir de otra persona lo que no quería dijesen de mí. Tomaba esto en harto extremo para las ocasiones que había, aunque no tan perfectamente, que algunas veces, cuando me las daban grandes, en algo no quebrase; mas lo contino era esto. Vínose a entender que donde yo estaba tenían siguras las espaldas...

Quedóme deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios; que si yo hallara con quien, más contento y recreación me daba, que toda la pulicía u grosería, por mijor decir, de la conversación del mundo; *comulgar y confesar* muy más a menudo y *desearlo;* amiguísima de leer buenos libros; un grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido a Dios, que muchas veces me acuerdo, que no osaba tener oración, porque

temía la grandísima pena que había de sentir de haberle ofendido, como un gran castigo. Esto me fué creciendo después en tanto extremo, que no sé yo a qué compare este tormento. Y no era poco ni mucho por temor, jamás, sino como se me acordaba los regalos que el Señor me hacía en la oración y lo mucho que le debía, y vía cuan mal se lo pagaba, no lo podía sufrir, y enojábame en extremo de las muchas lágrimas que por la culpa lloraba. Parecianme lágrimas engañosas, y pareciame ser después mayor la culpa, porque vía la gran merced que me hacía el Señor en dármelas, y tan gran arrepentimiento. Procuraba *confesarme con brevedad*, y a mi parecer, hacía de mi parte lo que podía para tornar en gracia.

Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración, y la mayor era ir envuelto en amor, porque no se me ponía delante el castigo. Todo lo que estuve tan mala, me duró mucha guarda de mi conciencia cuanto a pecados mortales.»

Cuántos, por falta de alas en la oración y espíritu reparador eucarístico en los sufrimientos, no acertamos ni sabemos elevarnos sobre las miserias de esta vida, haciéndonos superiores a todo lo material, caduco y deleznable, un pequeño dolor o algunas décimas más de fiebre nos impide darnos a la meditación, a rezar nuestras habituales devociones y ejercitar las virtudes cristianas, al menos, las que no se relacionan con la enfermedad que padecemos; y ¡quiera Dios que la paciencia y conformidad con la voluntad divina que dispone unas cosas y permite otras y sin su providencial intervención nada sucede, no nos falte en semejantes ocasiones!

Santa Teresa miraba de frente a la enfermedad y a la muerte, sin que los fuertes dolores la impidieran el amor a Dios por gratitud y benevolencia, que eso de amarle por temor al castigo o servilmente jamás lo conoció, ni creía era el amor que le debía el ser racional.

En la enfermedad ejercía la caridad para con todos, era amiga de la soledad para más de lleno entregarse a la oración, y confesaba y comulgaba ya muy a menudo, y en los ratos que con Jesus a solas pasaba despues de comulgar, sacaba fuerzas para sufrir hasta el martirio que anhelaba; amor para heróicamente emprender grandes cosas por la gloria de su Dios; y ánimos para no desfallecer ni alterarse en las oposiciones y contrariedades que sobrevinieran, teniendo siempre muy presente aquellas palabras que repetía, hablándose a sí misma, o en sus soliloquios: *nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, solo Dios basta.*

Dios la destinaba para que llevara a cabo la reforma carmelitana y emprendiera, al mismo tiempo, un apostolado eucarístico que trajera ante el sagrario adoradores del Santísimo Sacramento, y para bien prepararse a realizar esa divina misión vémosla subir con paso firme el calvario que Cristo la señala, por la calle de los dolores y de la amargura; y ya la hemos contemplado como muerta y víctima sacrificada en su celda de la Encarnación, consumiéndose cual hostia propiciatoria y eucarística en puro e intensísimo amor divino.

Si el oficio de reparadora es amar a Dios, y sufrir por El, excelente reparadora se muestra Santa Teresa

en el ara del sufrimiento y del amor, que es el punto de la tierra más cercano y próximo al Cielo.

¿Quién, sino Dios, puede calcular lo que sufriría paciente y alegremente en esta enfermedad y lo que podría merecer durante ella, a los divinos ojos, en desagravio y reparación de las ofensas de los hombres, que la atormentaban más que sus dolores, con ser tan atroces?

Y así estaría gustosa toda la vida, dice con toda sinceridad. Pero creyó que podría dar más gloria al Señor, dando rienda a los impulsos de su corazón que deseaba la salud para trabajar porque todas las almas le amasen y sirviesen, y se determinó a pedir la salud a los médicos del Cielo ya que los de la tierra no acertaban a curarla.

«(1) Pues como me ví tan tullida, y en tan poca edad, y cual me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del Cielo para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba. Y pensaba algunas veces, que si estando buena me había de condenar, que mijor estaba ansí; mas todavía pensaba que serviría mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo a lo que el Señor hace, que sabe mijor lo que nos conviene.

Comencé a hacer *devociones de Misas* y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fuí amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con cerimonias que yo no podía sufrir, y a ellas les hacía devoción, después se ha dado a en-

(1) Obras. T. I. Pg. 53.

tender no convenían que eran supresticiosas; y tomé por abogado y señor a el Glorioso San Josef, y encomendéme mucho a él.»

Escarmentada la Santa Madre de curanderas como la famosa de Becedas, desconfiada de los médicos y no pudiendo nunca sufrir los medios superticiosos en demanda de la salud hace devociones de misas, esto es, la pidió al cielo por medio de Jesucristo, que sacramentado debajo de los accidentes de pan y de vino, se ofrece en sacrificio al Eterno Padre en la santa misa; y eligió por abogado y protector en este negocio y para toda su vida al Patriarca San José.

Recobró la salud necesaria para dedicarse a los oficios que a las religiosas incumben; pero siempre tuvo harto quebrantada la salud para poder contínuamente tener que ofrecer a Dios molestias y penalidades, las que el Señor recibía de su amada Esposa, como una de sus más queridas y santas Virgenes reparadoras, que pasan la vida amando y sufriendo a los pies de Jesus Sacramentado.

CAPÍTULO XV

Otra época de la vida rodeada de peligros, de la que también salió victoriosa Santa Teresa, mediante la Sagrada Eucaristía.—El demonio refuerza sus maniobras para perderla con disipaciones y afición al trato y conversación con seglares.—Deja la oración, y al manifestar el estado en que quedó su alma dice cosas harto buenas para personas religiosas y de virtud.—Sale de tán peligroso estado de espíritu, para entregarse por entero a Dios, como lo pide la Religión, mediante la comunión frecuente.

Cuando nos detenemos a pensar en los santos que la Iglesia nos ofrece como dechados de virtud y para que los honremos, es muy frecuente el que los consideremos rodeados de gloria en la otra vida y con el nimbo de santidad en ésta; sin parar mientes en los trabajos, tentaciones, persecuciones y enfermedades que hubieron de sufrir, hasta adquirir, mediante la gracia, la santidad y la gloria de que gozan. Instintivamente nos los representamos en las cumbres de la perfección, sin advertir en que para llegar a esas alturas han tenido que recorrer un camino escarpado y dificultoso, áspero y sembrado de espinas y de abrojos.

Y mucho más frecuente suele ser este fenómeno, cuando se presentan a nuestra vista y consideración almas privilegiadas y extraordinarias, como la de Santa Teresa de Jesus, tan regalada de favores y mercedes singulares por Dios, que a los ángeles mismos debieron causar admiración y espanto; sin pararnos a pensar, que ordinariamente a mayores gracias y regalos, mayores pruebas, porque en las pruebas se aquilata el verdadero amor; y extraordinarias fueron en extremo, por las que pasó la monjita avilesa en su convento de la Encarnación, hasta el día dichoso y feliz en que celebró los desposorios místicos con su amado Jesus, esposo de las almas puras y santas.

Dos épocas hay en la vida del hombre, que influyen poderosamente en la suerte que le espera en este y en el otro mundo; la primera es aquella en que se despiertan las facultades del alma, principian a hervir las pasiones y el mundo le atrae para sí con sus deleites y goces fascinadores; la segunda comprende los primeros años de mudar de estado en que hay que emprender nueva vida con distintos deberes y obligaciones. En una y otra corrió gran peligro Santa Teresa, porque el demonio, aprovechando las ocasiones y circunstancias que le favorecían, puso especial empeño por entrar en su alma y apoderarse de su deseado corazón; pero la Santa le venció y quedó burlado, yéndose a refugiar, cuando niña, a la sombra del Tabernáculo, bajo la dirección de aquella gran sierva y amantísima devota del Santísimo Sacramento, según digimos en el capítulo V, y ahora gracias a la comunión frecuente, que la recomendó el Padre Confesor.

Importante es tratar de conocer el estado para el

cual Dios nos ha destinado, dándonos idóneas condiciones y cualidades naturales, y al que nos llama con las gracias y dones sobrenaturales que siguen a la divina vocación; pero no es lo menos el que después de oido y seguido el llamamiento del Señor, al abrazar el nuevo estado, emprendamos una vida nueva y muy conforme a él, determinados a buscar allí y únicamente en él, nuestra salvación eterna y nuestra felicidad temporal posible acá en la tierra.

Y aquí es donde está el peligro: en que siendo vida nueva y distinta con nuevas obligaciones y cargas, y sin hábitos que faciliten los actos a que ha de entregarse, no llegue la persona a adquirir el modo de ser estable y fijo que le corresponde, que eso significa etimológicamente el tomar o mudar de estado. Y desgraciados pueden llamarse, y a la ruina y perdición de los más cercanos y próximos a ellos contribuyen, los que no llegan a encajar o vaciarse, digámoslo así, en el molde propio que les ofrece el nuevo estado que eligieron, a cuya clase y categoría bien se puede asegurar que pertenecen cuantos casados, por ejemplo, viven con la libertad del soltero y los solteros que pretender vivir cual si estuviesen casados; los eclesiásticos aseglarados y los religiosos con modales y costumbres del siglo; mas todos los que se encierran en un convento, pero continúan viviendo con el espíritu y desordenadas aficiones en el mundo que abandonaron.

De todos los estados puede afirmarse cuanto venimos diciendo; mas de manera singular del religioso.

Mansiones de paz y bienestar son los monasterios, en los que se congregan las almas buenas para santificarse, viviendo en comunidad, y dar gloria a Dios

Nuestro Señor con la práctica de los consejos evangélicos y el contínuo culto de amor y adoración al Señor.

Recintos son los conventos aislados del mundo, do se respira un ambiente de caridad mútua, y se percibe o siente el fuego del amor eucarístico a Jesus Sacramentado que constituye el centro donde coinciden las miradas, afectos y aspiraciones de las palomitas que se congregan alrededor del Tabernáculo, pues palomarcitos llamaba Santa Teresa a los conventos de sus religiosas carmelitas; pero cuando por las distintas rendijas o hendiduras que el demonio pretende abrir en esos alcázares del orden y de la santidad, entran ráfagas del mundo, las flores delicadas que sólo en el claustro pueden conservarse frescas y mostrarse frondosas, se marchitan y corrompen, y sabido es que la corrupción de lo óptimo o muy bueno resulta pésimo y detestable.

Así pues, para las almas que Dios llama y conduce a las casas religiosas, y no llegan a habituarse a aquella vida recogida y apartada del mundo de los siete pecados capitales, sino que mantienen afecciones que las perturban con cosas y personas de fuera, el convento ofrece más peligros de condenarse que el hogar que dejaron; porque en vez de haber encontrado allí la paz y tranquilidad que dispone al alma para la vida espiritual, vida eucarística, vida divina, con todas las santas delicias e inefables encantos que atesora y ofrece, sienten las desesperantes convulsiones del espíritu, sin hallar en nada de dentro sosiego y quietud.

Veamos lo que la aconteció a la gran Maestra de religiosas y Reformadora de la Orden Carmelitana,

una vez que se vió libre de las graves enfermedades sufridas y dentro de su convento de la Encarnación; y qué saludables enseñanzas sobre el particular dejó en su Vida, admirablemente escritas.

«(1) Pues ansí comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, a meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme a llegar a Dios; y ayudóme a esto, que, como crecieron los pecados, comenzóme a faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud.» Antes de proseguir la narración de la *Santa*, queremos copiar unas palabras del docto dominico, el P. Bañez, que demostrarán al lector cuan exageradas resultan las faltas de que humildemente hace mención Santa Teresa como cometidas en esta época de su vida religiosa. «(2) En la vida que hizo en la Encarnación en su mocedad no entiende que hiciese otras faltas en ella más de las que comunmente se hallan en semejantes religiosas que se llaman mujeres de bien, y que en aquel tiempo que tiene por cierto se señaló siempre en ser grande enfermera y tener más oración de la que comunmente se usa, aunque por su buena gracia y donaire ha oido decir que era visitada de muchas personas de diferentes estados; lo cual ella lloró toda su vida, después que Dios la hizo merced de dalle más luz y ánimo para tratar de perfección en su estado. Y esto lo sabe, no solo por haberlo oido decir a

(1) Obras. T. I. P. 58.

(2) Declaración del P. Bañez en el proceso de Beatificación de la Santa hecho en Salamanca.

otros que antes la habían tratado, sino también por relación de la misma Teresa de Jesus.»

Sin perder de vista la anterior declaración de su confesor, para no juzgar de las faltas de Santa Teresa conforme en su profunda humildad ella las refiere, seguiremos la historia de sus disipaciones, de las que al fin venció y se vió libre mediante la frecuente comunión.

«Via yo muy claro, Señor mio, que me faltaba esto a mí (el gusto en las cosas de virtud) por faltaros yo a Vos. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podia hacer de bajo de parecer humildad, que comencé a temer de tener oración, de verme tan perdida; y pareciame era mijor andar como los muchos, pues en ser ruin era de los peores, y rezar lo que estaba obligada, y vocalmente, que no tener oración mental, y tanto trato con Dios, la que merecia estar con los demonios, y que engañaba a la gente; porque en lo exterior tenia buenas apariencias. Y asi no es de culpar a la casa donde estaba, porque con mi maña procuraba me tuviesen en buena opinión, aunque no de advertencia, fingiendo cristiandad; porque en estado de hiproquesia y vanagloria, gloria a Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido, que yo entienda, que viniendome primer movimiento, me daba tanta pena, que el demonio y iba con pérdida y yo quedaba con ganancia, y ansí en esto muy poco me ha tentado jamás.

Este no me tener por tan ruín, venía que como me vían tan moza, y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces a soledad a rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imagen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que

hiciesen devoción, no decir mal, otras cosas de esta suerte, que tenían apariencia de virtud. Con esto me daban tanta y más libertad que a las más antiguas, y tenían gran siguridad de mí; porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia... nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar de esta suerte, ni lo hice, porque me tuvo el Señor de su mano.

Por esto me parece a mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí que soy ruín hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios, el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro; y ansí me parece lo es grandísimo monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor, que no puede Su Majestad dejar, según es bueno, de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé y he visto.

Digo que me hacen gran lástima, que ha menester el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez sino muchas, para que se salven, según están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido a lo que están obligadas... Pues comenzando yo a tratar estas conversaciones, no me pareciendo, como vía que se usaban, que había de venir a mi alma el daño y destraimiento que después entendí era semejantes tratos, pareciéndome que cosa tan ge-

neral como es este visitar en muchos monasterios, que no me haría a mí más mal que a las otras, que yo vía eran buenas; y no miraba que eran muy mijores, y que lo que en mí fué peligro, en otras no lo sería tanto; que alguno dudo yo le deja de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado.

Estando con una persona, bien al principio de conocerla, quiso el Señor darme a entender que no me convenían aquellas amistades, y avisarme y darme luz en tan gran ceguedad. Representóseme Cristo delante con mucho rigor, dándome a entender lo que de aquello no le pesaba o no le agradaba. Víle con los ojos del alma más claramente que le pudiera ver con los del cuerpo, y quedóme tan imprimido, que ha esto más de ventiseis años, y me parece lo tengo presente. Yo quedé muy espantada, y turbada, y no quería ver más a con quien estaba.

Hízome mucho daño no saber yo que era posible ver nada, si no era con los ojos del cuerpo; y el demonio, que me ayudó a que lo creyese ansí, y hacerme entender era imposible, y que se me había antojado, y que podía ser el demonio, y otras cosas de esta suerte; puesto que siempre me quedaba un parecerme era Dios, y que no era antojo. Mas como no era a mi gusto, yo me hacía en mi mesma desmentir...

Estando otra vez con la mesma persona, vimos venir hacia nosotros, y otras personas que estaban allí también lo vieron, una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar. De la parte que él vino, no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día, ni nunca la habido, y la operación que hizo en mí, me parece no era

sin misterio; y tampoco esto se me olvidó jamás. (1) ¡Oh grandeza de Dios, y con cuánto cuidado y piedad me estábades avisando de todas maneras y qué poco me aprovechó a mí!

Tenía allí una monja, que era mi parienta, antigua y gran sierva de Dios y de mucha religión. Esta también me avisaba algunas veces; y no solo no la creía, mas desgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. He dicho esto para que se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios... y también porque si el Señor ordenare y fuere servido en algún tiempo lea esto alguna monja, escarmiente en mí; y les pido yo, por amor de nuestro Señor, huyan de semejantes recreaciones. Plega a Su Majestad se desengañe alguna por mí de cuantas he engañado, diciéndoles que no era mal, y asigurando tan gran peligro con la ceguedad que yo tenía, que de propósito no las quería yo engañar.»

Claramente se vé en las palabras antes copiadas, y en otras que hemos omitido para no extendernos demasiado, el gran peligro que corrió Santa Teresa en estos primeros años de religión al no olvidar ni prescindir de las afecciones, siquiera fueran lícitas en sí, del mundo, cultivando y sosteniendo visitas y relaciones en los locutorios del convento con personas de la ciudad, que aunque fuesen ellas personas piadosas y devotas perturbaron su espíritu hasta el punto de privarla del sosiego y tranquilidad que se requieren para darse al trato y conversación con Dios en la oración.

(1) Es tradición que estos dos hechos ocurrieron en uno de los locutorios bajos de la Encarnación, donde hay dos cuadros que los representan.

Más adelante la veremos andar por el mundo fundando conventos sin perder el recogimiento ni dejar la oración; pero ahora a los principios de mudar de estado y de haberse despedido del mundo, éste llama a las puertas de su corazón con los fuertes aldabazos de las afecciones contraidas y no desarraigadas hacia personas extrañas al monasterio, y si no se las abre ni las entrega el corazón que había ya consagrado a Dios en el día de su profesión, presta oidos a aquellos requerimientos, y, por lo menos, la distraen y no la dejan ser completa y totalmente de Dios, según lo pide el nuevo estado de perfección que había abrazado.

Como no se puede servir al mismo tiempo a dos señores de intereses y fines opuestos, así no se puede ser de la Religión y del mundo; estar con el cuerpo en el monasterio y con el espíritu y las afecciones en el siglo; como, igualmente indicábamos antes, puede asegurarse respecto a otros estados y profesiones.

Dos cosas notables se observan en Santa Teresa durante esta época de relativa disipación, a saber: que fué tan noble que la parecía una traición si consentía el que se creyera de ella que seguía entregada a la oración, y que a pesar de haberla abandonado no dejó de inculcarla y de enseñarla a hacer a su cristiano padre y a cuantos trataba.

«(1) Estando yo mala en aquellos primeros días, antes que supiese valerme a mí, me daba grandísimo deseo de aprovechar a los otros; tentación muy ordinaria de los que comienzan. Como quería tanto a mi padre, deseábale con el bien, que yo me parecía tenía

(1) Obras T. I. Pg. 65

con tener oración, que me parecía que en esta vida no podía ser mayor què tener oración; y ansí por rodeos, como pude, comencé a procurar con él la tuviese. Díle libros para este propósito. Como era tan virtuoso, como he dicho, asentóse también en él este ejercicio, que en cinco o seis años me parece sería, estaba tan adelante, que yo alababa mucho a el Señor y dábame grandísimo consuelo. Iba muchas veces a verme, que se consolaba en tratar cosas de Dios.

Ya después que yo andaba tan destruída y sin tener oración, como vía pensaba que era la que solía, no lo pude sufrir sin desengañarle; porque estuve un año, y más, sin tener oración, pareciéndome más humildad.

Y ésta, como después diré, fué la mayor tentación que tuve, que por ella me iba a acabar de perder; que con la oración un día ofendía a Dios, y tornaba otros a recogerme y apartarme más de la ocasión. Como el bendito hombre venía con esto, hacíaseme recio verle tan engañado, en que pensase trataba con Dios como solía, y díjele que ya yo no tenía oración, aunque no la causa. Púsele mis enfermedades por enconviniente, que aunque sané de aquella tan grave, siempre hasta ahora las he tenido... Y mi padre me creyó que era esta la causa, como él no decía mentira, y ya, conforme a lo que yo trataba con él, no la había yo de decir... Mas él, con la opinión que tenía de mí, y el amor que me tenía, todo me lo creyó, antes me hubo lástima. Mas como él estaba ya en tan subido estado, no estaba después tanto conmigo, sino, como me había visto, íbase, que decía era tiempo perdido. Como yo le gastaba en otras vanidades, dábaseme poco. No fué solo a él, sino a otras algunas personas las que procuré

tuviesen oración. Aun andando yo en estas vanidades, como las vía amigas de rezar, las decía, cómo ternían meditación, y les aprovechaba, y dábales libros; porque este deseo de que otros sirviesen a Dios, desde que comencé oración, como he dicho, le tenía. Parecíame a mí que, ya que yo no servía al Señor como lo entendía, que no se perdiese lo que me había dado Su Majestad a entender, y que le sirviesen otros por mí. Digo esto, para que se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder a mí y procuraba ganar a otros.»

Dignas son las anteriores últimas palabras de la mística Doctora, de que las leváramos escritas de modo indeleble en la memoria cuantos hemos recibido la misión de enseñar y evangelizar a otros y los que tienen a su cuidado la formación y salvación del prójimo; y recuerdan las que escribió San Pablo a los de Corinto; (1) «mas castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre; porque no acontezca que habiendo predicado a otros, me haga yo mismo reprobado.» *Sed castigo corpus meum, et in servitutem rédigo, ne forte, cum aliis prædicaverim, ipse reprobus efficiar.*

Del peligro en que estuvo el alma de Teresa, mientras no concluyó de desarraigar las afecciones del mundo, Dios procuró librarla, manifestándose a ella en visión intelectual, y que por ser la primera vez que sentía semejante regalo divino, dice tan candorosamente, que ella creía no poderse ver a Dios más que con los ojos del cuerpo, y avisándola por medio de la aparición de la extraña sabandija de que nos habla;

(1) S. P. Primera a los Corintos. V. 27.

pero el verdadero remedio, que eficaz y lentamente del todo la curó el mal espiritual que sufría, se le propuso uno de sus primeros confesores a quien manifestó el estado de su conciencia en ocasión de estar asistiendo en la última enfermedad a su amado padre e irle a confesar el P. Vicente Barrón, dominico, quien la ordenó que comulgase cada quince días. «(1) Este Padre Dominico que era muy bueno y temeroso de Dios, me hizo harto provecho; porque me confesé con él y tomó a hacer bien a mi alma con cuidado, y hacerme entender la perdición que traía. *Hacíame comulgar de quince en quince días*, y poco a poco, comenzándole a tratar, tratéle de mi oración.»

De este mismo favor recibido del P. V. Barrón hace mención la Santa más adelante, en el capítulo XIX de su Vida, en estos términos: «(2) Pues tiniendo oración y lición, que era ver verdades y el ruin camino que llevaba, y importunando a el Señor con lágrimas muchas veces, era tan ruin que no me podía valer. Apartada de esto, puesta en pasatiempos con muchas ocasiones y pocas ayudas, y osaré decir ninguna sino para ayudarme a caer, ¿qué esperaba sino lo dicho? Creo tiene mucho delante de Dios un fraile de Santo Domingo, gran letrado, que él me despertó de este sueño; él me hizo, como creo he dicho, *comulgar de quince a quince días*, y de el mal no tanto; comencé a tornar en mí, aunque no dejaba de hacer ofensas al Señor; mas como no había perdido el camino, aunque poco a poco, cayendo y levantando, iba por él; y el

(1) Obras. T. I. Pg. 69.
(2) Obras. T. I. Pg. 177.

que no deja de andar y ir adelante, aunque tarde, llega. No parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración. Dios nos libre por quien El es.»

Por estas comuniones quincenales, que en aquel entonces considerábanse frecuentes, salió la *Santa* de aquellos pasatiempos peligrosos que las amistades del mundo la habían traido, con no pequeño detrimento para su alma, y en lo sucesivo la veremos adelantar extraordinariamente en el camino emprendido de la vida espiritual y eucarística, y sin dejar la oración, como cumple a toda alma consagrada a Dios por los votos o la ordenación.

No tardaremos en verla comulgar más a menudo, hasta diariamente, y ser, durante su apostolado eucarístico, celosa propagandista de la diaria comunión; aunque tan santa devoción, ya vimos que la practicaba la religiosa agustina, Doña María de Briceño, y también llegó a ella la esclava y constante adoradora del Santísimo Sacramento y venerable *María Díez;* y sin duda por los altos ejemplos de estas almas extraordinarias en amar a Jesus Sacramentado, fué Avila ciudad privilegiada en la frecuencia de los santos sacramentos, y a ello contribuyó también el haberse instalado por aquellos días en la ciudad los PP. de la Compañía de Jesus, según lo que en una carta decía la *Santa Madre* a su hermano D. Lorenzo, que pensaba venirse de Indias y miraba donde habría buen aparejo para la buena crianza de sus hijos. «(1) Tienen los de la Compañía (en Avila) un colegio, adonde les enseñan gramática, y los confiesan de ocho en ocho

(1) Epistolario. C. XVIII.

días, y hacen tan virtuosos, que es para alabar a Nuestro Señor. También leen filosofía, y después teología en Santo Tomás, que no hay que salir de allí para virtud y estudios; y en fin, en todo el pueblo hay tanta cristiandad, que es para edificarse los que vienen de otras partes; mucha oración, y confesiones, y personas seglares que hacen vida muy de perfección.»

La lucha empeñada en el corazón de Santa Teresa durante los días que permaneció en la Encarnación, sin olvidar por completo ciertos pasatiempos y vanidades del mundo, la describe maravillosamente Fr. Luís de León con estas palabras. «(1) Espanto es en este artículo ver y considerar la solicitud que ambos traían: Dios y el demonio: Dios por hacerla suya y el demonio por apartarla de Dios. Metíala el demonio en las ocasiones por horas y sacábala Dios por momentos; traíale el demonio las personas que conforme su natural eran más de su gusto; y venía Dios y en medio de la conversación descubríasele como agraviado y sentido; saboreábale las pláticas y el entretenimiento el demonio, y vuelta de allí a la oración, doblábale Dios en ella el regalo y sabores del mundo, como diciéndole que aquello de que se cebaba en la red era falso, y que su dulzor era verdadero dulzor... De que le sucedía casi de ordinario, como ella dice, no gozar bien de ninguno; porque en el entretenimiento del locutorio poníale acibar la memoria del secreto y dulce trato que tenía con Dios, y ni más ni menos, cuando con Dios se retiraba y comenzaba a hablarla, asian della las aficiones y pensamientos que cobraba en la red.»

(1) De la vida de la santa Madre Teresa de Jesus.

Por fin, después de reñida batalla por apoderarse del corazón seráfico de la virgen avilesa, venció Dios al demonio y triunfó Teresa del mundo. Y si antes «(1) era curiosa en las cosas que hacia y pulida en su traje; deciame a mí que la acaecia estar toda una tarde parlando a la red, y salirse de allí y irse al oratorio y no hacer sino derramar lágrimas...»; después «Cosas (2) de regocijo de que solia ser amiga, y de cosas del mundo, todo me dá en rostro, y no lo puedo ver» y cuando alguna vez sentia tristeza o perturbación en el entendimiento «en *llegandome a comulgar* queda el alma y el cuerpo tan quieto, tan sano y tan claro el entendimiento, con toda fortaleza y deseos que suelo... tengo experiencia de esto, *al menos cuando comulgo*» y fué que, con la comunión frecuente que la recomendaron, tomó gusto a la soledad y al recogimiento, donde mejor se saborean las delicias y regalos con que Jesus obsequia a las almas que le reciben sacramentalmente; y cuanto más se elevan las almas por las regiones de la contemplación, y más se alimentan de la vida espiritual y eucarística, resultan las cosas de la tierra y del mundo, también, más pequeños y despreciables, y entonces ya no cabe la elección entre las cosas de Dios y las suyas; porque la caridad verdadera no busca las cosas propias, sino las de Cristo; y el amor que es la plenitud de la ley (3) *Plenitudo legis est dilectio*, hace que el alma tienda a cumplir y llevar a la práctica hasta los consejos evangélicos.

(1) V. Rivera. P. I. C. VIII.
(2) Relación 1.ª núm. 16 y 28.
(3) San P. A. O. Rom. XIII. 10.

CAPÍTULO XVI

Transformación que en el alma de Santa Teresa obró la comunión frecuente. – Resolución enérgica tomada para vivir solo para Dios. – Como propuso vivir en comunidad para edificación y provecho espiritual de sus hermanas en religión.

Honda transformación se obró en el alma de Teresa, cuando, a la luz esplendorosa que la Eucaristía irradia, vió y comprendió que Dios la quería apartar de toda afición y trato con los del mundo; conversión completa y decidida se realizó en ella hacia el Señor, que la atraia y regalaba con los amores eucarísticos que progresivamente adquiría en la frecuente comunión, y con tal firmeza efectuada la mudanza de vida que exclamar podía con gran valor (1) «trabájese lo que se trabajare; murmure quien murmurare; siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo», todo menos dejar de ser toda de Dios.»

---

(1) Camino de la perfección, C. XII.

Pero no se crea que por haber tomado resolución tan firme se acabaron las luchas para su espíritu; que durante los largos años que permaneció en la Encarnación los pasó batallando con las sequedades del espíritu, los fantasmas de la imaginación, la loca de la casa que ingeniosamente llamó, y perturbaciones del enemigo, hasta que lograr pudo, mediante la gracia divina y el hábito de un continuo pelear, un perfecto dominio de sus potencias y sentidos, que se recogía a hacer oración en los caminos y entre las multitudes, y hasta tenía que guardarse de recogerse interiormente para hacer oración estando ante otras personas, por evitar el que éstas fuesen testigos de sus éxtasis y arrobamientos; lo que su modestia y humildad no podia sufrir.

«(1) Antes solia ser muy amiga de que me quisiesen bien: ya no se me da nada, antes me parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma o yo pienso aprovechar; los unos porque me sufren, y los otros porque con mas afición crean lo que les digo de la vanidad, que en todo querria que las tuviese». Ahora lo que la preocupa es la manera de poder comulgar con frecuencia y el estar en compañía de Jesus, conversando largamente con El por medio de la oración.

Doña María Coronel, superiora que fué del convento de la Encarnación, dice (2) «que diversas veces oyó decir a su tia doña Elvira Nuñez, religiosa de la Encarnación, que, siendo sacristana mayor de este Convento, cuando la Santa Madre iba entrando más en la

(1) Relación II.
(2) Declaración que obra en el *Proceso de Avila.*

perfección de la ley de Dios, la pedia que a la primera misa, cuando obiese menos gente, la pusiese recado *para recibir el Santísimo Sacramento, porque lo hacia muy amenudo* y no queria que todas las religiosas lo viesen, por su modestia y virtud excelente. Y la dicha su tia de esta declarante decía cómo la sierva de Dios oraba y contemplaba con tanto afecto y devoción, que la via y vió algunas veces arrebatada y en éxtasis, de que se admiraba ver la devoción y santidad de la dicha sierva de Dios».

Parece ser por la anterior declaración que si Santa Teresa a los principios de resolverse a adquirir la perfección religiosa que el Señor la pedia para que enteramente fuese suya, gustaba de comulgar a menudo y retirarse con frecuencia a la oración, hacíalo procurando que muchas de las religiosas no se apercibieran de ello ¿serían, ahora, estas con quienes había de luchar porque de alguna manera se opusieran a sus generosas determinaciones de recibir al Señor con frecuencia y apartamiento del trato peligroso con los de la ciudad?

La Sagrada Escritura dice que los enemigos del hombre son sus domésticos; y la Santa Madre lo confirma con su pluma escribiendo (1) «No sé si digo desatinos; si lo son, vuestra merced los rompa, si no lo son, le suplico ayude a mi simpleza con añadir aqui mucho; porque andan ya la cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros: los que le sirven, para ir adelante, sigun se tiene por bueno andar en las vanidades y contentos del mundo, y para estos hay pocos ojos, y si uno comien-

(1) Obras. T. I. Pg. 73.

za a darse a Dios, hay tantos que mormuren, que es menester buscar compañia para defenderse, hasta que ya estén fuertes en no les pesar de padecer, y sino, veránse en mucho aprieto.»

Y en otro sitio, hablando de que suele haber dos caminos de virtud y de religión en conventos no muy estrechos, dice (1) «Usase tampoco el de la verdadera religión, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras a seguir del todo su llamamiento a los mesmos de su casa que a todos los demonios. Y más cautela y disimulación ha de tener para hablar en la amistad que desea tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monasterios.»

Mas no es de creer que por los indicados motivos se ocultase a la vista de las religiosas, cuando comulgaba, porque, hablando de la poca disciplina existente en los conventos sin clausura, dice: «Esto (2) no se tome por el mío, porque hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfección al Señor, que no puede Su Majestad dejar, sigún es bueno, de favorecerlas, y no es de los muy abiertos, y en él se guarda toda religión, sino de otros que yo sé y he visto.» Además, la misma declarante afirma que se ocultaba por su modestia y virtud excelente; pero, con todo, bueno es que cuantos se dan a la frecuencia de sacramentos y a la verdadera y sólida piedad, tengan en cuenta las palabras de Santa Teresa, relativas a los enemigos domésticos, siempre temibles, y en todo momento dis-

(1) Obras. T. I. Pg. 62.
(2) Obras. T. I. Pg. 60.

puestos a dar la batalla, con armas tan destructoras como son la burla, la sátira y la murmuración.

A la plácida y tranquila luz de la lámpara del Tabernáculo se vén las trascendentales verdades que afectan a la vida religiosa, y ciertos misterios del corazón humano, con más claridad que a la que despide el potente y presuntuoso foco de electricidad, símbolo del progreso y civilización moderna; y Santa Teresa, que ya gustaba de la soledad ante el Sagrario para engolfarse a su placer en el mar de ternuras y dulcísimos afectos que se sienten al sentirse allí la presencia de Jesus amante y enamorado de los hombres, vió y comprendió al reflejo de aquella misteriosa luz que ilumina a toda persona que con humildad profunda y fe verdadera se postra delante del Santísimo Sacramento, que (1) «el aprovechamiento del alma está no en pensar mucho, sino en amar mucho» y lo más que ha de procurar el alma al principio es sólo tener cuidado de sí sola y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella; y esto le conviene mucho.»

Altísimo pensamiento, de suma utilidad en la vida del espíritu, que nace y se deriva lógicamente de lo que constituye el principio y fundamento del edificio espiritual, o sea del fin del hombre. Porque, siendo Dios nuestro único y sobrenatural fin, al cual hemos de tender en todas las operaciones de la vida y en el que únicamente está nuestra suprema felicidad, las cosas de la vida debemos considerarlas o como si no fuesen o como medios que a Dios nos conducen; y a la manera que cuando emprendemos un viaje por ferrocarril no

(1) Fundación, C. V.

nos detenemos en las estaciones intermedias, anhelando sólo llegar al punto que, por ser el término del viaje racionalmente nos propusimos, así no podemos parar ni entretenernos en las cosas criadas si deseamos llegar al último fin; y aún aquellas criaturas de que hemos de usar lícitamente como necesarias o útiles para la vida física y de relación, sin oponerse a ningún precepto o ley general, siempre ha de ser considerándolas como peldaños para ascender a las alturas de la Bienaventuranza Eterna; y por tanto cuando nos postramos ante el Señor presente en la Eucarístia, o si nos disponemos por un acto reflexivo, a pasar un rato en compañia de Jesus Sacramentado, debemos hacer por prescindir de cuanto nos rodea y olvidar, si fuera posible, cuanto pudiera preocuparnos; considerándose el alma allí sola, delante de su Dios, para... hablarle y escucharle; que el hablar y escuchar atentamente son los oficios y operaciones del alma, al considerarse ante el Señor y gran Sabidor, que decía Santa Teresa de Jesus.

El filósofo Leibnitz encareció idea tan elevada y valióse de ella en sus investigaciones filosóficas; y escribiendo a un amigo suyo le decía: «(1) Con razón aprecias los libros de Teresa. En ellos leí hace tiempo esta sentencia: *que el alma humana había de mirar las cosas de este mundo como si en él no hubiese más que Dios y ella misma*. El tener presente esta idea es de grande importancia en filosofía, y yo confieso haberme servido de ella con no poco provecho para mis hipótesis.»

(1) V. Acta Santæ Teresiæ a Jesu, N. 1581.

Bien es verdad, que hay diferencia grandísima entre el sentido en que la tomaba el filósofo y la aplicación que la daba la que poseía «la más alta y generosa filosofía que los hombres imaginaron, como de ella escribió Fr. Luís de León en la carta que precede a las obras de la *Santa*, y que practicó esta filosofía soberana con tal perfección, que la vida entablada por ella pasó de vuelo cuantas teorías e hipótesis pudieron inventar los ingenios filosóficos más encumbrados.»

¡Santa y hermosa ciencia la que aprendió Santa Teresa a los reflejos de la lámpara del Santuario, que en vez de ensoberbecer al que la posee, según acontecer suele con la profana, le humilla y santifica a los pies del Sagrario, para después ser glorificado en la otra vida y hacer que su nombre figure en los anales de la historia!

Otra cosa no menos importante aprendió por este tiempo Santa Teresa en la escuela eucarística que principió a frecuentar, y fué el saber vivir sin choques ni rozamientos con los más próximos; cosa tan difícil como necesarias si se quiere gozar de paz, viviendo en familia o en comunidad.

Ella vivía con todas sus hermanas en religión, procurando edificarlas con sus actos de piedad y atrayéndolas hacia Dios por medio del recogimiento y de la oración, persuadida de que el religioso como el Sacerdote, ordinariamente, si se salvan no han de salvarse solos, porque muchos les seguirán por sus obras, oraciones y méritos; así como a los que tengan la desgracia de condenarse, también les seguirán la legión de condenados por su culpa y negligencia, cuyas maldi-

ciones e increpaciones tendrán que estar oyendo por toda una eternidad.

«(1) Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, creo jamás va solo al cielo; siempre lleva mucha gente tras sí. Como a buen capitán le da Dios quien vaya en su compañía... despues que el Señor me habia dado más fuerzas en la virtud se aprovecharon en dos o tres años muchas (religiosas) «(2) Es tan grande el aprovechamiento de su alma con estas cosas y la buena edificación que dá con su ejemplo, que más de cuarenta monjas tratan en su casa de grande recogimiento» Por lo visto, formaban como una numerosa Comunidad de fervorosas religiosas, de las que ella era la directora espiritual, la maestra en la oración y a todas transmitia la devoción y vida eucarística que recibía con la comunión frecuente y las constantes visitas que hacía al Señor Sacramentado.

Con las otras monjas, que no la seguían por esos caminos de la contemplación, empleaba otra ingeniosa táctica a fin de que no se alterase la fraternal caridad que entre todas debía existir. Los lazos de la sangre facilitan naturalmente la convivencia entre las personas que constituyen una sola familia, y, con todo, en ocasiones ha de influir la virtud sobrenatural y la intervención de Dios por medio de la gracia, si ha de conservarse en el hogar doméstico la armonía, que para bien de todos allí debe reinar.

Para convivir personas extrañas y pasarse la vida en contínuo trato, se requiere más virtud.

(1) Vida. C. XI.
(2) Escritos de Santa Teresa, T. I. Pag. 148.

Pasaban de ciento cincuenta las monjas que componían la comunidad de carmelitas calzadas de la Encarnación cuando a ella pertenecía Santa Teresa de Jesus.

Más de cien mujeres que todas allí tenian el mismo fin y disponian de idénticos medios para llegar a él; pero diferenciándose en edades, caracteres, talento, ilustración, achaques y genialidades; solamente el amor de Dios extensivo al prójimo es capaz de realizar lo que alcanzó Santa Teresa de ahogar las rivalidades y de moderar y reprimir las simpatías que brotan casi espontáneamente en el corazón humano, y con más fuerza en el femenino. El amor y la humildad son dos virtudes, de las que no pueden prescindir los que han de vivir juntos por necesidad.

«(1) Procuremos, decia la Santa, siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros y atapar sus defectos con nuestros pecados. Es una manera de obrar que aunque luego no se haga con perfección, se viene a ganar una gran virtud, que es tener a todos por mijores que nosotros; y comiénzase a ganar por aquí con el favor de Dios.» «(2) Considero algunas veces cómo todos aprovechan sino yo, que para ninguna cosa valgo. Esto no es, cierto, humildad, sino verdad; y conocerme tan sin provecho me tray con temores...»

Y recordando, años despues, la manera de proceder con sus hermanas de la Encarnación, escribía a

(1) Vida C. XIII.
(2) Relación II.

una monja «(1) Antes que fuesen comenzados estos monasterios estuve veinte y cinco años en uno donde había ciento y ochenta monjas; y, porque estoy de prisa, sólo diré que a quien ama a Dios como vuestra merced, todas esas cosas le serán cruz y para provecho de su alma y no tocarán en dañarla, si vuestra merced anda con aviso de considerar que sólo Dios y ella están en esa casa; y mientras no tuviere oficio que la obligue a mirar las cosas, no se le dé nada de ellas sino procurar la virtud que viere en cada una para amarle por ella y aprovecharse y descuidarse de las faltas que en ella viere. Esto me aprovechó tanto que, siendo las monjas con quien estaba muchas en número, no me hacían más al caso que sino hubiera ninguna, sino provecho. Porque, en fin, señora mía, en toda parte podemos amar a este gran Dios. Bendito sea El, que no hay quien pueda estorbarnos esto.»

En las casas y comunidades donde impera humildad tan profunda y reina amor tan subido, no hay que temer entre la polilla de las rencillas y enemistades; mutuamente se ayudarán unos y otros a salvarse, y considerándose cada cual el último y más imperfecto, gozarán todos de la tranquilidad y paz que se respira donde, por ocupar cada uno el sitio que le corresponde, existe el debido orden.

El amor allana todas las diferencias, y esa sublime ciencia de saberse conducir el alma con relación a Dios y a sus semejantes, que admiramos en Santa Teresa, la aprendió en la Eucaristía. ¿Qué cosas en sí tan distantes como el Criador y la criatura? Sin em-

(1) Epistolario, c. C. C. C. V. III.

bargo, el amor hizo que por la comunión Dios y el hombre se uniesen amigablemente, que como a un amigo recibe y trata Jesus al alma que se acerca a la Sagrada Mesa.

Aprendamos de nuestra querida *Santa* a amar a Dios y a nuestros hermanos, y a vivir *ad ædificationem non ad destructionem*, en la familia o comunidad a que providencialmente pertenecemos.

CAPÍTULO XVII

De la unión del alma con Dios por medio de la oración. Distintos grados de oración por los que suele pasar el alma en su ascensión mística. Santa Teresa sube por esos grados entregada de lleno a la vida eucarística que recibe a los pies del sagrario y en la Comunión.

El alma de Teresa fué elevada por la Eucaristía y la oración a unas alturas espirituales, que pocas almas alcanzaron; y por los días que la vamos contemplando, vemos que su espíritu vive y se cierne en las regiones de la divinidad, aunque se vea encarcelado dentro de los hierros que le aprisionan sin dejarle salir del cuerpo que desfallece por la violencia que experimenta al raudo vuelo del alma en busca de la libertad. Ver a Dios en la otra vida por el *lumen gloriæ*, y poseerle eternamente es el fin del hombre, y constituye para él la Bienaventuranza eterna.

Ver a Dios en esta vida en la contemplación, bien sea en El mismo o mediante especies inteligibles, creadas o sobrenaturales en cuanto al modo o en cuanto a la sustancia, y poseerle y sentirle dentro de sí, hasta

unirse tan íntimamente como se unen dos entrañables amigos, cuando de ellos puede decirse que están identificados, es lo que hace la oración mental; según nos dice la mística, en la que es Doctora insigne Santa Teresa de Jesus, y la primera que señaló distintamente los grados inferiores, que de ordinario hay que recorrer hasta llegar al éxtasis o arrobamiento, en que colocan los teólogos la meta de la ascensión mística en alas de la oración. (1) «Unos de los grandes progresos realizados por Santa Teresa, fué escribir con grande empeño los estados místicos inferiores al éxtasis... Hasta su tiempo se había tenido conocimiento claro del éxtasis; mas en cuanto a los estados místicos inferiores, no se poseían más que ideas confusas... como lo reconoció Santa Teresa cuando dijo: *Aunque he leido muchos libros espirituales, aunque tocan en lo que hace al caso, decláranse muy poco.*»

La comunicación con sus semejantes por distintos medios y principalmente por el lenguaje, que le es más natural y propio, es uno de los dones más grandes, y excelente prerrogativa, que Dios concedió al hombre; y la facultad de poderse comunicar directamente con El, es, por otra parte, una gracia extraordinaria, benéfica y consoladora para su alma, mientras sufre el destierro de la presente vida.

Y de la misma manera que, a la acción y tiempo destinados a la comunicación de las personas entre sí, se llama conversación, cuando se emplean en comunicarse con Dios, se denomina oración mental o vocal,

(1) Principios fundamentales de la mística. P. J. Seisdedos. S. J. T. II. Pg. 27.

según se practique con palabras exteriores o ejercitando las potencias interiores del alma, aunque también para la vocal algún ejercicio de éstas se requiere y precisa. «(1) Porque, a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este Castillo, es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración, ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quien habla, y lo que pide, y quien es quien pide, y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios. Porque aunque muchas veces sí será aunque no lleve este cuidado, mas es habiéndole llevado otras; mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios, como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca y tiene deprendido, por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plega a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte. Que entre vosotras, hermanas, espero en Su Majestad no lo habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.»

Duramente condena Santa Teresa la oración vocal, cuando sin disposición alguna interior se realiza, pero la verdad es que esas rutinarias palabras no pueden serle gratas al Señor, viendo que mientras se pronuncian, toda la atención e intención internas y deliberadas del monótono recitante están muy lejos de El, con tenerle tan presente dentro de su misma alma.

Todavia entra más de lleno dentro de la categoría de *bestialidad*, que dice la Santa, la estóica conducta

(1) Obras. T. III. Pg. 23.

de los que se pasan la vida sin levantar, una vez siquiera, la vista al cielo para orar, o sin fijarla dentro de sí para conocerse y ver lo que realmente es en su interior, y lo que debe ser, según los principios de la moral y los dictados de su propia conciencia; que de bestias e irracionales es el no preocuparse de otra vida que de la material y grosera de los sentidos, tan opuesta a la del alma racional, que en la misma graduación que aquella predomine, embrutece al espíritu hasta el punto de ahogar en él los más nobles y decorosos sentimientos, dejándole con los salvajes instintos de las sanguinarias y selváticas fieras.

En cambio; cuando el alma del hombre se acostumbra a recoger en su interior para hablar consigo misma y conversar humilde y espontáneamente, según se lo dicta el espíritu iluminado por la fe y estimulado por la gracia, con Dios presente en el santuario de la propia conciencia, llega como a divinizarse, porque su vida y operaciones más que suyas son de Dios, que vive en ella; de lo cual nos ofrece singularísimo ejemplo Santa Teresa de Jesús, al escalar, por la oración mental y gracias y favores eucarísticos recibidos en el Sacramento, los grados todos de la perfección, a que pueden llegar un alma guiada por la mano del Señor.

Acerca de lo que es esta clase de recogimiento y de oración nos lo enseña la Mística Doctora con estas palabras. «(1) No es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama». Y este estar a solas, se entiende con Dios, que está presente en

(1) Obras. T. I. Pg. 78.

lo más íntimo del alma, en el santuario de la conciencia «(1) Tu, hermano, si quieres mejor acertar busca a Dios en tu corazón; no salgas fuera de tí, porque más cerca está de tí y más dentro que tu mesmo». Esto, que aprendió del que fué su maestro en la vida espiritual y practicó desde que se entregó completamente al Señor, lo expresa Santa Teresa de este modo «(2) Los que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo a él y a la tierra, y se acostumbren a no mirar ni estar a donde oigan cosas que los distraigan, crean que llevarán excelente camino (para llegar a tener muy aventajada oración)». Que la Majestad divina se manifiesta en el alma del hombre, hecha a imagen y semejanza de Dios, y más principalmente en la del justo, en la que la Trinidad Beatísima coloca su mansión, terminantemente lo dice también Santo Tomás «(3) Gran ceguedad y demasiada necedad hay en algunos, que siempre buscan a Dios, contínuamente suspiran por Dios, frecuentemente desean a Dios, claman y llaman cada día a Dios en la oración, siendo ellos mismos según el Apóstol, templo vivo de Dios y su verdadera habitación, siendo su alma la silla y trono de Dios, en la cual contínuamente descansa».

Luego si Dios está con nosotros, dentro de nosotros, como creador, y por la gracia y sacramentalmente cuando se le recibe en la comunión ¿cómo puede haber quien diga que no sabe orar, gozando de la facultad de pensar y de hablar; o que no puede, tan facil co-

(1) Tercer Abecedario. Trat. XXI. C. VI.
(2) Camino de perfección. C. XL.
(3) Opúsculo 63. C. III.

mo es dirigir interiormente las miradas del alma hacia El, junto con los afectos del corazón rebosante de amor?

«(1) Paréceme que es el amor una saeta que envia la voluntad, que si va con toda la fuerza que ella tiene, libre de todas las cosas de la tierra, empleado en sólo Dios, muy de veras debe herir a Su Majestad, de suerte que metida en el mismo Dios, que es amor, torna de allí con grandísima ganancia, como se vé por los efectos y por las virtudes y por la viva fe que le queda al alma».

Y cuando el alma emplea algún tiempo en dirigir al Señor los flechazos de su amor, sentirá ella, a su vez, los efectos del amor divino, a la manera que los sentía la Seráfica Santa «(2) Viénenme dias que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo, que no me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y dá fuerza, y ando como fuera de mí; y ansí me es grandísima pena la vida.»

¡Bendito sea Dios, que tan íntimamente se une con el alma, que orando piensa en El y le ama de corazón!

Es la meditación «(3) un discurso del entendimiento que vá buscando la verdad; la contemplación es una vista quieta de la verdad hallada; la primera es el camino y la segunda es el término.»

Ambas son sobrenaturales; porque con la gracia sobrenatural se realizan y por ellas se merece; pero a la contemplación la llama por excelencia sobrenatural

(1) Conceptos del amor de Dios, VI.

(2) Relación I.

(3) *Escuela de Oración* por Fr. Juan de Jesus María. Tratado VII. núm. 7.

Santa Teresa, porque nosotros no podemos alcanzarla, por más que de nuestra parte hagamos, pues toda es de Dios; lo único que podemos hacer es disponernos positivamente con la meditación y cooperación a las gracias actuales, y negativamente no cayendo en pecado mortal y no permitiendo el que las pasiones perturben el espíritu, haciéndole imposible el recogimiento interior.

Como don gratuito que es del Espíritu Santo, puede poseerse en distintos grados, según al Señor le place el comunicarle a las almas, y que Santa Teresa expresó gráfica y claramente en los distintos medios empleados para sacar el agua de regar un jardín, y en las diversas moradas del Castillo interior; y en otro lugar, enumerando hasta cuatro grados de oración mental o contemplación, por los que ella intrépidamente subió, alentada por los seráficos amores eucarísticos.

Llama oración de recogimiento a la meditación propiamente dicha, que se hace de industria, leyendo en algún libro piadoso o trayendo a la memoria algún misterio sobre el que se ejercitan, ayudadas de la gracia divina, las potencias del alma; y al primer grado de la oración contemplativa la denomina de quietud.

Confesamos que ni deletrear sabemos en el gran libro de la contemplación mística, y a ciegas andaríamos por ese altísimo camino, si llegara nuestra presunción y atrevimiento a penetrar en él, los que apenas acertamos a elevarnos dos palmos sobre las cosas materiales y miserias de esta prosáica vida de los sentidos.

En este punto, más que en los restantes de la vida

eucarística de nuestra espiritual *Santa*, nos basta para probar lo propuesto, copiar a la esclarecida Mística Doctora, que, después de todo, aventaja en la exposición de tan intrincadas materias a los más afamados maestros del espíritu.

Así dice del primer grado de oración: «(1) Pues este modo aplicado a la oración que llaman de quietud, es lo que yo ahora quiero tratar. Aquí se comienza a recoger el alma, toca ya aquí cosa sobrenatural, porque de ninguna manera ella puede ganar aquello por diligencias que haga. Verdad es que parece que algún tiempo se ha cansado en andar el torno, y trabajar con el entendimiento, y henchídose los arcaduces; mas aquí está el agua más alto, y ansí se trabaja muy menos que en sacarlo del pozo. Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto; mas no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa, de manera que sin saber cómo, se cautiva; solo dá consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama... Pues todo esto que pasa aquí es con grandísimo consuelo, y con tan poco trabajo, que no cansa la oración, aunque dure mucho rato... las lágrimas que Dios dá aquí, ya van con gozo... váse el alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria.

Comiénzase luego, en llegando aquí, a perder la codicia de lo de acá; porque ve claro que un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras, ni deleites que basten a dar un

(1) Obras. T. I. Pg. 127.

cierra ojo y abre de este contentamiento porque es verdadero contento que se vé que nos contenta... Quiere Dios por su grandeza que entienda esta alma que está Su Majestad tan cerca de ella, que ya no ha menester enviarle mensajeros, sino hablar ella mesma con El, y no a voces porque estaba ya tan cerca, que en meneando los labios la entiende. Parece impertinente decir esto, pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está con nosotros. En esto no hay que dudar que es ansí; más quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende, y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar a obrar en el alma... ¡Oh Señor mio y Bien mio! ¡Que no puedo decir esto sin lágrimas y gran regalo de mi alma, que queráis vos, Señor, estar ansí con nosotros, y *estais en el Sacramento*, que con toda verdad podemos hacer esta comparación; y si no es por nuestra culpa, nos podemos gozar con Vos, y que Vos os holgais con nosotros, pues decís ser vuestro deleite estar con los hijos de los hombres! ¡Oh Señor mio! ¿Que es esto? Siempre que oigo estas palabras me es gran consuelo, aun cuando era muy perdida. ¿Es posible, Señor, que hay alma que llegue a que Vos la hagais mercedes semejantes y regalos, y a entender que Vos os holgais con ella, que os torne a ofender despues de tantos favores y tan grandes muestras del amor que la teneis, que no se puede dudar, pues se vé clara la obra?...»

Ya vimos que el Señor principió a regalar al alma de Santa Teresa con esta oración de quietud, y que, por las anteriores exclamaciones, sentia más fervorosamente ante el Santísimo Sacramento, en el retiro de

Castellanos, y cuando principió a comulgar con alguna frecuencia.

«Vengamos ahora (1) a hablar de la tercera agua (o sea del segundo grado de oración) con que se riega esta huerta, que es agua corriente de río o de fuente. Quiere el Señor aquí ayudar a el hortolano, de manera que casi El es el hortolano y el que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado; es que dá el agua a la garganta a esta alma de la gracia, que no puede ir ya adelante, ni sabe cómo, ni tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria... no me parece que es otra cosa, sino un morir casi de el todo a todas las cosas de el mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos cómo lo decir, ni cómo lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer; porque ni sabe si hable, ni si calle, ni si ría ni si llore.

Es un glorioso desatino, una celestial locura, adonde se deprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma. Y es ansí que ha que me dió el Señor en abundancia esta oración, creo cinco y aun seis años, muchas veces... Creo por la humildad que vuestra merced ha tenido en quererse ayudar de una simpleza tan grande como la mía, me dió el Señor hoy, *acabando de comulgar* esta oración, sin poder ir adelante, y me puso estas comparaciones, y enseñó la manera de decirlo, y lo que ha de hacer aquí el alma; que cierto yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba ansí como desatinada y

(1) Obras. T. I. Pg. 146.

embriagada en este amor, y jamás había podido entender como era... gustado he en extremo de haberlo ahora entendido.

Bendito sea el Señor, que ansí me ha regalado.

¡Oh, válame Dios! ¡Cuál está un alma cuando está ansí! Toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí. Yo sé persona, que con no ser poeta, que le acaecía hacer presto coplas muy sentidas... No puede ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos le vienen, que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis Vos. Querría ya esta alma verse libre; el comer la mata; el dormir la acongoja; vé que se le pasa el tiempo de la vida pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos, que parece vive contra natura, pues ya no querría vivir en sí sino en Vos.»

La persona que dice que, sin ser poeta, hacía coplas muy sentidas al verse embriagada en el amor divino, después de comulgar sobre todo, era ella misma, que ante el Santísimo exclamaba:

Cuando me empiezo a aliviar (1)
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar;
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
«Que muero porque no muero».

—

(1) Obras. T. V. Pg. 103. Versos de la Santa.

Vivo ya fuera de mí,
Después que muero de amor;
Porque vivo en el Señor,
Que me quiso para sí;
Cuando el corazón le dí
Puso en mí este letrero,
«Que muero porque no muero».

—

Esta divina unión,
Y el amor con que yo vivo,
Hace a mi Dios cativo,
Y libre mi corazón;
Y causa en mí tal pasión
Ver a Dios sin prisionero,
«Que muero porque no muero...»

. . . . . .

Viniendo ahora al tercer grado de oración, en el que el alma se eleva más hacia Dios en sus aspiraciones y deseos de unirse íntimamente con El por medio del amor escribe la experta Maestra en la sublime ciencia de la Mística: «(1) Hay otra manera de unión, que aun no es entera unión, mas es más que la que acabo de decir... Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión, que quiero decir (en especial a mí, que me hace Dios esta merced de esta suerte muy muchas), que coge Dios la voluntad, y aun el entendimiento, a mi parecer, porque no discurre, sino está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando y vé tanto que no sabe hacia donde mirar; uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa. La

(1) Obras. T. I. Pg. 156.

memoria queda libre, y junto con la imaginación debe ser, y ella, como se vé sola, es para alabar a Dios la guerra que dá, y cómo procura desasosegarlo todo; a mí cansada me tiene y aborrecida la tengo, y muchas veces suplico al Señor, si tanto me ha de estorbar, me la quite en estos tiempos. Algunas veces le digo: ¿Cuándo, mi Dios, ha de estar ya toda junta mi alma en vuestra alabanza, y no hecha pedazos sin poder valerse así?

Digo que me acaece a veces, y hoy ha sido la una y ansí lo tengo bien en la memoria, que veo deshacerse mi alma, por verse junta donde está la mayor parte y ser imposible, sino que le da tal guerra la memoria y la imaginación, que no la dejan valer... no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas, ansí anda de un cabo a otro... Algunas (veces) es Dios servido de haber lástima de verla tan perdida y desasosegada, con deseo de estar con las otras, y consiéntela Su Majestad se queme en el fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya hechas polvo, perdido su ser natural, casi estando sobrenatural gozando tan grandes bienes.

En todas estas maneras que esta postrera agua de fuente he dicho, es tan grande la gloria y descanso del alma, que muy conocidamente aquel gozo y deleite participa de él el cuerpo, y esto muy conocidamente, y quedan tan crecidas las virtudes como he dicho... y (de la imaginación) que no se haga caso de ella más que de un loco, sino dejarla con su tema, que sólo Dios se la puede quitar; y, en fin, aquí por esclava queda. Hémoslo de sufrir con paciencia, como hizo

Jacob a Lía; porque harta merced nos hace el Señor que gocemos de Raquél.»

Por último, hablando del cuarto grado de oración, en el que se efectúa la unión del alma con Dios, dice cosas tan subidas y claras, como las siguientes: «(1) El Señor me enseñe palabras como se puede decir algo de la cuarta agua... Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza. Entiéndese que se goza un bien, adonde junto se encierran todos los bienes; mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo, de manera que no queda ninguno desocupado para poder en otra cosa exterior ni interiormente... El cómo es ésta que llaman unión, y lo que es, yo no lo sé dar a entender. En la mística Teología se declara, que yo los vocablos no sabré nombrarlos, ni sé entender qué es mente, ni qué diferencia tenga del alma, u espíritu tampoco; todo me parece una cosa; bien que el alma alguna vez sale de sí mesma, a manera de un fuego que está ardiendo, y hecho llama, y algunas veces crece este fuego con ímpetu. Esta llama sube muy arriba del fuego, mas no por eso es cosa diferente, sino la mesma llama que está en el fuego. Esto vuestras mercedes lo entenderán, que yo no lo sé más decir, con sus letras.

Lo que yo pretendo declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es de dos cosas diversas hacerse una. ¡Oh Señor mío, que bueno sois! Bendito seais para siempre; alábenos, Dios mío, todas las

(1) Obras. T. I. Pg. 160.

cosas, que ansí nos amastes de manera que con verdad podamos hablar de esta comunicación, que aun en este destierro teneis con las almas.

También pretendo decir las gracias y efetos, que quedan en el alma, y qué es lo que puede de suyo hacer, u si es parte para llegar a tan gran estado.

Acaece venir este levantamiento de espíritu y juntamiento con el amor celestial; que, a mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta mesma unión. A quien no lo hubiera probado lo postrero, parecerle ha que no... Yo he visto claro ser particular merced, aunque, como digo, sea todo uno, u lo parezca; mas un fuego pequeño también es fuego como uno grande y ya se vé la diferencia que hay de lo uno a lo otro. En un fuego pequeño; primero que en un hierro pequeño se hace ascua, pasa mucho espacio; mas si el fuego es grande, aunque sea mayor el hierro, en muy poquito pierde del todo su ser, al parecer. Ansí me parece es en estas dos maneras de mercedes del Señor; y sé que quien hubiere llegado a arrobamiento lo entenderá bien; sino lo ha probado, parecerle ha desatino, y ya puede ser; porque querer una como yo hablar en una cosa tal (¡qué podríamos decir, si lo intentásemos nosotros!), y dar a entender algo de lo que parece imposible aun haber palabras con que lo comenzar, no es mucho que desatine.

Mas creo esto del Señor (que sabe Su Majestad, que después de obedecer, *es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto)* que me ha en ello de ayudar. No diré cosa que no lo haya experimentado mucho. Y es ansí, que cuando comencé esta postrera agua a escribir, que me parecía imposible saber

tratar cosa, más que hablar en griego; que ansí es ello de dificultoso; con esto lo dejé y *fuí a comulgar*. Bendito sea el Señor, que ansí favorece a los inorantes. ¡Oh virtud de obedecer que todo lo puedes!

Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras y otras puniéndome delante como lo había de decir, que, como hizo en la oración pasada, Su Majestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé... Estando ansí el alma buscando a Dios, siente con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer con toda una manera de desmayo, que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales... El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido.

Ahora vengamos a lo interior de lo que el alma siente. Dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto *(acabando de comulgar* y de estar en esta mesma oración que escribo), qué hacía el alma en aquel tiempo. Díjome el Señor estas palabras: *Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí: ya no es ella la que vive, sino Yo: como no puede comprehender lo que entiende, es no entender entendiendo.* Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan escuro lo que allí pasa. Solo podré decir que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden... ¡Oh Jesus mío!.. Aquí es el deshacerse de veras y conocer vuestras grandezas; aquí no osar alzar los ojos; aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe; aquí se hace devota de la Reina de los Cielos para que os aplaque..,

el acudir a los *Sacramentos*... Con estas lagrimillas que aquí lloro, dadas de Vos (agua de tan mal pozo, en lo que es de mi parte), parece que os hago pago de tantas traiciones...»

Renunciamos a transcribir más de cuanto dejó consignado en sus espirituales obras Santa Teresa de Jesus sobre los distintos grados de oración. Con lo anteriormente copiado se vé claramente en lo que consiste cada uno de ellos; así como que al comulgar sentía con más intensidad los efectos de la unión del alma con Dios por medio del amor, y que en la Eucaristía recibía luces y gracias para entender y explicar cuanto iba el alma sintiendo en su progresiva ascensión mística hasta Dios.

Al leer cuanto de notable escribió acerca de la oración que aprendió junto al Sagrario la Mística Doctora, queda absorto el lector viendo a la Santa que despojándose, en lo posible, del peso de lo material y grosero de la vida de los sentidos, se eleva hasta unirse con Dios y quedar como fundidos en uno solo el Corazón de Cristo y el de Teresa; y no menos queda admirado al verla, con la seguridad del más eminente filósofo, analizar los fenómenos psicológicos que se verifican en el alma, al influjo de la gracia sobrenatural y con la presencia divina; y señalar los actos y objetos propios de las potencias y de la imaginación.

A más de por obediencia, dice que escribió tan sublimes y exquisitas cosas espirituales *para engolosinar a las almas* de un bien tan alto; y ciertamente que el alma y el corazón se van tras lo que nos revela que tiene el Señor preparado para los que le aman y buscan en la oración; pero para seguir sus pasos se pre-

cisa, pues la materia pesa demasiado, pasar por el grado de oración que ella llama de *trasformamiento*, por transformar al hombre que la practica de carnal en espiritual, y luego de espiritualizado y como divinizado viene el *ajuntamiento* o unión con Dios hasta poder decir con el Apostol *mi vivir es Cristo*.

Siervos del amor denomina Santa Teresa a los que siguen a Jesucristo por el camino de la contemplación: al menos seamos siervos del amor eucarístico y cojamos gusto a pasar algún rato en compañía de Jesus Sacramentado, que, siendo un don gratuito el de la contemplación, a la luz y al calor de la Eucaristía ¿quién sabe hasta dónde podrá llegar cada cual de los que principian en ese celestial camino, conducido y guiado por la mano amorosa de Dios Nuestro Señor?

CAPÍTULO XVIII

Colocada Santa Teresa en la cúspide de la contemplación promete a Dios hacer siempre lo que juzgare ser más perfecto.—En qué consisten los desposorios místicos entre Dios y el alma.—Al comulgar la hace el Señor la merced de celebrar sus desposorios entregándola en señal un clavo de su pasión.—Hecha esposa de Jesus es presentada a la Trinidad Beatísima.—En adelante su trato y comunicación con Jesus es de verdadera esposa.

Vimos en el anterior capítulo a nuestra amada *Santa* colocada en la cúspide de la ascensión mística, que un alma puede alcanzar en esta vida por medio de la contemplación; unida a Dios por el abrasado amor eucarístico que sentía al recibirle en el Sacramento, y empapándose de la divinidad hasta saciarse y quedar su espíritu saturado, a la manera que se le dió a entender en cierta ocasión. «(1) Parecióme, se representó, como cuando en una esponja se encorpora y bebe el

(1) De las adiciones a la vida de la Santa por Fr. Luís de León y que fueron hechas con escritos sueltos de la misma. Yepes. T. I. Pg. 140.

agua, así me parecía mi alma se hinchía de aquella divinidad, y por cierta manera gozaba en sí, y tenía las tres personas. También entendí: No trabajes tu de tenerme a mí encerrado en tí, sino de encerrarte tu en mí. Parecíame que dentro de mi alma estaban, y vía yo estas tres personas que se comunicaban a todo lo criado, no haciendo falta, ni dexando de estar conmigo.»

De esa suerte como divinizada por virtud de tan misteriosa como sublime comunicación, se dispone ahora a realizar un acto de generosidad y desprendimiento de si misma, que parece incomprensible en criatura humana, a no tratarse de Teresa, que la fe y el amor la hacen no entender de dificultades y obstáculos en empresa que crea ser de la gloria y honra del Señor.

Ya amaba a su Dios con toda su alma y con todo el corazón que El le dió, *no pequeño y recio*, y la pareció ser ruindad y vileza si no le servía con perfección suma; en sus hablas divinas o comunicaciones con Jesus, había claramente comprendido cuanto la amaba Dios, y gustado de singulares regalos que a su alma había generosamente dispensado durante los largos años que luchó en la oración, hasta llegar a estar a El por el amor unida; y para corresponder de alguna manera no se conformó con menos que, en cada ocasión y momento, hacer lo que creyese era más grato al Señor, y más perfecto. «(1) Soy de condición muy agradecida... Bien veo que no es perfección en mí esto que tengo de ser agradecida; debe de

(1) Epistolario, C. 224.

ser natural, que con una sardina que me dén me sobornarán.»

Pues si tan agradecida confiesa ella que era en las cosas puramente humanas ¿qué de extrañar es que viendo el amor que Dios la mostraba y las mercedes que la hacía se resolviera, por gratitud y sin mirar flaquezas humanas, a hacer siempre no tan solo lo lícito y perfecto sino lo más perfecto en cada caso?

San Ignacio de Loyola se determinó, por aquellos tiempos, a obrar en todo a la mayor gloria de Dios; en este lema cifró su espíritu y el de la insigne y esclarecida Compañía que fundó; y la intrépida Reformadora, cuyo espíritu coincidió en muchas cualidades con el del esforzado fundador de la Compañía de Jesus, propuso practicarlo todo a mayor perfección. «(1) Háme venido una determinación muy grande de no ofender a Dios ni venialmente, que antes moriría mil muertes que tal hiciese, entendiéndolo que lo hago. Determinación de que ninguna cosa que yo pensase ser más perfección y que haría más servicio a Nuestro Señor... que por ningún tesoro lo dejaría de hacer. Y si lo contrario hiciese, me parece no ternía cara para pedir nada a Dios Nuestro Señor, ni para tener oración.»

Toda el alma de Teresa con todos sus amores divinos y su espíritu tierno, delicado y agradecido se revelan, con toda su belleza y hermosura, en las anteriores determinaciones y propósitos tomados.

Dispuesta la vemos a morir mil muertes antes de desagradar a Dios con un pecado venial deliberado; a

(1) Relación.

perder cuantos tesoros encierra la tierra, primero que dejar de hacer aquello que pensase era lo más perfecto o sería de mayor servicio para el Señor; y si lo contrario hiciese, dice, *no tendría cara para pedir nada a Dios, ni para presentarme ante El en la oración.*

Lean estas palabras y medítenlas los pecadores que se pasan la vida ofendiendo a Dios; aprendan las almas justas a ejecutar sus actos con recto fin y suma perfección, a dar gusto y contento al Señor; y todos aprendamos a ser agradecidos por los favores divinos, teniendo muy en cuenta que, de lo contrario, ¿con qué cara nos presentaremos ante Dios para ser juzgados?

Si no sentimos la gratitud y el reconocimiento en toda la exquisita delicadeza y ternura de corazón, según lo sentía la *Santa*, al menos tengamos vergüenza de ofender a Dios en su misma presencia, que en todas partes presente le tenemos; y presintamos la confusión que causará presentarse, cargado de pecados e ingratitudes, para vérselas cara a cara con Aquél, ante el cual tiemblan las más altas potestades del cielo y cubren con las alas su limpia y pura faz los encumbrados serafines de la celestial Jerusalén.

En virtud del heróico acto y voto singular, hecho en aras del más puro y acendrado amor divino, quedó Teresa obligada a ser toda y con toda perfección de Dios; y sabido es, que, por su parte y con la gracia necesaria, la palabra que empeñaba, la cumplía. Así la quería Dios para otorgarla la honrosísima distinción y extraordinaria merced de celebrar con su alma, al tiempo de comulgar, sus místicos y espirituales des-

posorios, por los que quedase hecha y consagrada esposa suya muy amada.

No se conoce en esta vida y entre personas unión más estrecha e íntima que la existente entre esposos.

El Sacramento del matrimonio hace de los contrayentes un solo tronco y principio o raiz de familia; un solo espíritu y un solo corazón; en él los hijos y los bienes son comunes y de las alegrías y de las tristezas, de las honras y de las deshonras, ambos participan por igual.

Unión es esta comparable con la que existe entre Jesucristo y la Iglesia Católica.

Semejante unión, con total exclusión de cuanto tienda a lo material y grosero, se efectúa cuando Dios desciende, en su gran misericordia y extremado amor a los hombres, a desposarse con las almas; en cuyos desposorios místicos, todo es espiritual, celestial y divino.

Nadie como Santa Teresa puede decirnos, primero, en qué consisten esos desposorios, y luego, cómo se efectuaron los suyos con Jesus, en una de las muchas veces que le recibió con grandísima devoción en la Sagrada Eucaristía.

«(1) Ya ternéis oido muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente. ¡Bendita sea su misericordia que tanto se quiere humillar. Y aunque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar a entender lo que pretendo, que el sacramento del matrimonio. Porque aunque de diferente manera, porque en esto que tratamos jamás hay cosa que no sea espiritual (esto corpóreo va muy lejos, y

(1) Obras. T. III. Pg. 114. (Moradas quintas.)

los contentos espirituales que dá el Señor, y los gustos, al que deben tener los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro), porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay como sé decir; mas sabe el Señor darlas muy bien a sentir... cuando se han de desposar dos, se trata si son conformes, y que el uno y el otro quieran, y aunque se vean, para que más se satisfaga el uno del otro. Ansí acá presupuesto que el concierto está ya hecho, y que esta alma está muy bien informada cuán bien le está, y determinada a hacer la voluntad de su Esposo, de todas cuantas maneras ella viere que le ha de dar contento, y Su Majestad, como quien bien entenderá si es ansí, lo está de ella, y ansí hace esta misericordia, que quiere que le entienda más, y que, como dicen, vengan a vistas, y juntarla consigo. Podemos decir que es ansí esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí no hay más dar y tomar, sino un ver el alma, por una manera secreta, quién es este Esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podía entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo. Mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte este divino desposorio.»

Jesus y Teresa se habían requerido mutuamente; se amaban con intensidad siempre creciente, pues el amor se aumenta con la correspondencia; y como a porfía andaban por ver quién vencía a quién en ofrecerse mutuamente pruebas de un puro y casto amor.

Es lo que hace el amor verdadero, entre los que se le tienen muy entrañablemente; que cuanto más intenso más se igualan e identifican, al paso que se respetan, se defienden y en nada se faltan.

Infinita es la distancia que mediaba entre Jesus y Teresa, y el amor los va como igualando y disponiendo para los místicos desposorios; y hasta las quejas de Teresa porque el Señor se le ocultaba, en lugar de parecer irrespetuosas cautivaban más al corazón divino de Jesus.

«(1) Pues bien sabeis, Señor mío, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan para poder gozar de vos, os me escondais. ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me teneis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de vos, como vos de mí, que pienso, y creo del amor que me teneis, que no lo sufriérades, mas estais os conmigo, y véisme siempre, no se sufre, esto, Señor mío: suplícoos, *mireis que se hace agravio a quien tanto os ama.*»

Fuerte y violento es el amor que ardía en el corazón de esposa de Teresa de Jesus, y ese amor, dice San Bernardo (Serm. 9 in Cant), no repara en la Majestad con quien habla porque la tiene como embriagada a la Esposa y porque la perfecta caridad echa fuera y ahuyenta todo temor.

Veamos ya lo que ocurrió en el feliz y dichoso día, para Teresa, de ser declarada y solemnemente recibida como Esposa del Cordero sin mancilla, Cristo Jesus.

---

(1) Vida. Cap. 37.

«(1) Al *tiempo de comulgar* representóseme el Señor por visión imaginaria, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díxome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido, de aquí adelante no solo como de Criador, como de Rey, y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera Esposa mía: mi honra es ya tuya, y la tuya mía. Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dixe al Señor: que o ensanchase mi baxeza, o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural. Estuve ansí todo el día muy embebida.»

Merced extraordinaria, honra singularísima y gracia estupenda es la que acaba de hacerla Jesus en el comulgatorio del convento de la Encarnación, sobre el cual se vé un hermoso y devotísimo cuadro, allí colocado poco tiempo después de la gloriosa muerte de Santa Teresa, que representa muy propiamente tan grandioso y divino acontecimiento, y del que hemos querido ofrecer a los devotos de Jesus y de Teresa el adjunto fotograbado, que, sin duda, les servirá de grato recuerdo y espiritual contento.

Ya quedaron unidos Jesus y Teresa y desposados mística y solemnemente, recibiendo la Esposa en señal y arras un clavo de la sagrada pasión, que la recuerde el que crucificada quedó con Cristo en la cruz por los votos de obediencia, pobreza y castidad, mas el de hacer lo que en cada momento creyera ser más perfecto, que vimos había ofrecido a su Dios y Señor.

(1) Adiciones a la Vida. Núm. 7.

«Comulgando en este sitio Santa Teresa de Jesus en la Octaba de San Martín, año de 1573, la dijo el Señor: Mira este clabo en señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta agora no lo habias merecido, mi honra es la tuya y la tuya mia.»

(Inscripción que se lee en el cuadro.)

En adelante, el lenguaje ordinario entre ambos será el tierno y amoroso de los esposos, y Jesucristo se gozará repitiendo estas palabras: «*Hija, ya eres toda mia, y yo soy tuyo*», y la Santa, no cabiendo en sí por tan suaves delicias no se cansaba de contestar reiteradamente al Esposo amado: *¿Qué se me dá a mí Señor de mi, sino de Vos?* (1)

Tampoco en estos místicos desposorios dejan de mediar, entre los espiritualmente desposados, joyas preciosas y regalos de gran valor; y con los que obsequió Jesus a su fiel y castísima Esposa, además de la paz y sosiego y aprovechamiento (2), fueron tres cosas de muy subido grado: conocimiento de la grandeza de Dios, porque mientras más cosas viéremos de ella, más se nos dá a entender; propio conocimiento y humildad de ver como cosa tan baja, en comparación del Criador de tantas grandezas, la ha osado ofender ni osa mirarle; la tercera, tener en muy poco todas las cosas de la tierra, sino fueren las que puede aplicar para servicio de tan gran Dios.

Estas son las joyas que comienza el Esposo a dar a su esposa, y son de tanto valor, que no las porná a mal recaudo, que ansí quedan esculpidas en la memoria estas vistas, que creo es imposible olvidarlas hasta que las goce para siempre.»

«(3) Y como un desposado suele llevar a su esposa a que vea a sus padres y reconozca sus parientes, y ellos haciéndoles mercedes, y dándole algunas pre-

(1) Vida. Cap. 31.
(2) Obras. T. III. Pg. 160.
(3) Yepes. Pg. 147 del T. I.

seas y dones dan muestra del amor que le tienen, así Cristo que tanto amaba a su Esposa, quiso también hacerle esta merced de mostrarle a su Padre, y a la Santísima Trinidad.»

«Una vez (1) estando en oración tuve un grande arrobamiento; parecióme que nuestro Señor me había llevado el espíritu junto a su Padre, y díchole: Esta que me diste te doy, y parecíame que me llegaba a sí. Esto no es cosa imaginaria, sino con una certeza grande, y una delicadeza tan espiritual que no se sabe decir: díxome algunas palabras que no se me acuerdan, de hacerme merced eran algunas.»

Otra vez vió la Santísima Trinidad y cada persona le dió su don como la mesma Santa refiere, diciendo: «el martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración *después de comulgar*... comenzó a inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tenía presente a toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, adonde entendió mi alma cómo es Dios trino y uno; y ansí me parecía hablarme todas tres personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas personas me hacían merced: en la caridad, en padecer contento y en sentir esta caridad con encendimiento en el alma...»

De los goces y deleites celestiales que sintió Teresa de Jesus con las visiones y regalos que su divino Esposo la otorgó espléndidamente con motivo de sus desposorios, solo ella puede indicarnos alguna cosa.

(1) Adiciones a la Vida.

«(1) Mas cuando este Esposo riquísimo la quiere enriquecer y regalar más, conviértela tanto en Sí, que como una persona, que el gran placer y contento la desmaya, le parece se queda suspendida en aquellos divinos brazos, y arrimada a aquel sagrado costado, y aquellos pechos divinos... San Pablo dice que *no son dinos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos;* yo digo, que no son dinos, ni pueden merecer una hora de esta satisfación que aquí dá Dios al alma, y gozo y deleite. No tiene comparación, a mi parecer, ni se puede merecer un regalo tan regalado de Nuestro Señor, una unión tan unida, un amor tan dado a entender y a gustar con las bajezas de las cosas del mundo. ¡Donosos son los trabajos para compararlo a esto! Que si no son pasados por Dios, no valen nada... ¡Oh Señor mío y misericordía mía y Bien mío! y ¿qué mayor le quiero yo en esta vida que estar tan junto a Vos, que no haya división entre Vos y mí? Con esta compañía, ¿qué se puede hacer dificultoso? ¿Qué no se puede emprender por Vos, teniendoos tan junto?... Yá yo veo, Esposo mío, que Vos sois para mí, no lo puedo negar. Por mí venistes al mundo, por mí pasastes tan grandes trabajos, por mí sufristes tantos azotes, por mí os *quedastes en el Santísimo Sacramento* y ahora me haceis tan grandísimos regalos. Pues, Esposa santa, como dije yo, que Vos decís ¿qué puedo hacer por mi esposo?... Pues nos dá licencia, tornemos, hijas a decir: Mi Amado a mí, y yo a mí Amado. ¡Vos a mí Señor! Pues si Vos venís a mí, ¿en qué dudo que puedo mucho ser-

(1) Obras. T. III. Pg. 288.

viros? Pues de aquí adelante, Señor, quiérome olvidar de mí, y mirar solo en qué os puedo servir y no tener voluntad sino la vuestra...»

De ternura se deshacía el alma de Teresa, pensando en la alta dignidad a que la había elevado el dulcísimo Jesus, desposándose místicamente con su angelical alma, en los augustos y solemnes momentos de recibirle sacramentado en la Sagrada Eucaristía...

En esta primera parte de la vida eucarística de Santa Teresa, se ha visto que «(1) mientras más adelante va mi alma, más acompañada es de este buen Jesus» y que, al paso que ascendia en la oración y progresaba en la virtud, crecía en ella el amor a la Eucaristía y el deseo de recibirla frecuentemente. Después de los místicos desposorios, el corazón seráfico de Teresa se siente repleto y exuberante de vida eucarística, y no tardará, como veremos después en emprender un activo apostolado, a fin de que su divino Esposo, presente en el Santísimo Sacramento, sea cónocido, amado y venerado cual El lo desea y se merece, recorriendo, para ello, casi toda España, en alas de sus seráficos amores eucarísticos; que «de esto sirve este matrimonio espiritual: de que nazcan siempre obras, obras (2)»

(1) Obras. T. III. Pg. 181.
(2) Obras. T. III. Pg. 237.

SEGUNDA PARTE

Abarca la Vida eucarística de Santa Teresa, desde que la recibió en toda su plenitud y exuberancia, cuando al comulgar cierto día fué su alma espiritualmente desposada con Jesus; y se trata en ella de las extraordinarias manifestaciones de esa vida divina delante del Santísimo, al comulgar y cuando escribía.

CAPÍTULO I

Santa Teresa, místicamente desposada con Jesus, al igual que el Discípulo Amado, testimonia y publica el misterio de la real presencia de Jesucristo en el Sacramento.—El amor es esencialmente activo y comunicándose se aumenta y aquilata.—Jesucristo se vé olvidado e ignorado en la Eucaristía en los tiempos presentes, y espera de sus fervorosos devotos el que le dén a conocer, para ser de todos los fieles amado y recibido.—Nada para este fin como dar a leer los trozos literarios eucarísticos de las obras de la Santa.

San Juan Evangelista, el discípulo predilecto y amado, tuvo la dicha de ser colocado en el Cenáculo, donde por primera vez apareció Jesucristo sacramen-

tado y se dió en la comunión a los apóstoles, junto al Salvador; y gozó del regalo de reclinar su virginal frente sobre el costado divino, donde se ocultaba aquel Corazón que tanto amó a los hombres y que acababa de darnos la más delicada y la más infinita, digámoslo así, prueba de entrañable amor, quedándose en el Sacramento.

Sin duda, por esas ternuras y por esos amores con que Jesucristo le distinguió, fué luego el que, con su pluma de águila que se remonta hasta el cielo, más extensa y profundamente dió a conocer, en el Evangelio que lleva su nombre, la divinidad de Jesucristo y su real presencia en el Augusto Misterio; y el que vivió y murió predicando el amor a Dios y la caridad entre los hombres: los dos preceptos en que se encierran toda la ley y toda la perfección evangélica.

Santa Teresa de Jesus, a imitación de ese venturoso apostol a cuyo amparo y amor dejó el divino Maestro encomendada a su querida Madre, por ser también muy regalada de su Esposo y la que emprendió la reforma de la Orden más antigua que dió culto a la Virgen Santísima con el título del Carmen, dejó en sus admirables escritos inapreciables y clarísimos testimonios de la permanencia de Cristo en el Sacramento.

El amor es activo y tiende a comunicarse y a exteriorizarse en obras gratas para la persona amada; y tratándose del amor divino, éste se traduce y exterioriza en actos de verdadera y sólida virtud, que perfeccionan y dan la santidad que precisan las almas, para que sean de Dios queridas y regaladas. «(1) Torno a

(1) Obras. T. III. Pg. 238.

decir, que para esto es menester no poner vuestro fundamento solo en rezar y contemplar; porque, sino procurais virtudes y hay ejercicio de ellas, siempre os quedareis enanas; y aun plega a Dios que sea solo no crecer, porque ya sabeis que quien no crece decrece; porque el amor, tengo por imposible contentarse de estar en un ser, adonde le hay.»

No es posible que el que sienta abrasársele el corazón con el fuego del amor eucarístico, como la ocurría a la Santa, permanezca inactivo y se aquiete con rezar solamente, creyendo que en ello está la perfección, según, por desgracia, lo juzgan no pocos de nuestra época.

Por esa causa, si en la primera parte de esta modesta obra vimos cómo el espíritu eucarístico fué desarrollándose y echando profundas raices en el alma de Teresa, a través de las pruebas de enfermedades, peligros y tentaciones con que el Señor quiso probar a la que había elegido por Esposa suya muy amada, en esta segunda contemplaremos a la Santa de los seráficos amores eucarísticos en contínuos éxtasis y arrobamientos, y reflejando ostensiblemente su vida eucarística en todas sus obras, que lo serán de una virtud singular y característica de Teresa de Jesus; y esos amores y vida exuberantes rebosarán por los puntos de su castiza pluma, trazando a su vehemente impulso y con galanura sin igual, esos hermosos párrafos y periodos que deleitan por su rara e inimitable belleza y abrasan con el fuego del amor divino, que en ellos supo depositar la insigne y seráfica escritora avilesa; y, por último, la obligará el amor a emprender un apostolado eucarístico, con la reforma carmelitana,

logrando, con todo ello, el que su amado Esposo sea conocido, adorado y recibido por millares de almas y que los conventos de sus hijas e hijos, los carmelitas, sean perennemente focos poderosísimos de radiante luz eucarística y centros de frecuentes y diarias comuniones para las almas santas y buenas.

A la manera que el amor de Jesucristo, según se le iba manifestando a los hombres, en el transcurso de su vida mortal, parecía que se aumentaba y se aquilataba más y más, hasta que al morir nos dió las dos supremas manifestaciones de ese amor, al quedarse sacramentado en la Eucaristía y terminar la vida abrazando desde la Cruz a la humanidad, por quien moría para redimirla, así el amor eucarístico de Teresa parece que crecía en la medida que le trasmitía y pegaba a los demás; y llegó a su mayor intensidad cuando recibiendo el Santo Viático, exhaló el último aliento, que no pudo resistirle su *recio* corazón, debilitado y ya enfermizo por los años y las fuertes emociones sufridas a las puertas del comulgatorio y del sagrario.

¡Y qué falta está haciendo el que los cristianos de ahora aprendan a tener fe y amor a Jesus Sacramentado!

¡En cuántos sagrarios permanecerá el Señor solitario todo el año, sin que haya un alma que se acerque a consolarle con alguna visita o frecuentes comuniones, según lo pide el amor y la fe!

Hasta entre las personas que se tienen por piadosas y devotas ¡cuántas hay que se pasan largos ratos en las Iglesias, fatigándose en rezar a todas las imágenes de Santos que sus ojos ven en el altar, y después de cansadas salen del sagado recinto sin haber

dirigido un pensamiento siquiera, un saludo amoroso, un acto de presencia y de amor al Prisionero del Sagrario!

«(1) Si esto habeis de pedir mirando una imagen de Cristo que estamos mirando, bobería me parece dejar la mesma persona por mirar el dibujo. ¿No lo sería, si tuviésemos un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la mesma persona nos viniese a ver, dejar de hablar con ella y tener toda la conversación con el retrato? ¿Sabeis para cuándo es muy bueno, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la mesma persona, u quiere darnos a entender lo está con muchas sequedades. Es grande regalo ver una imagen de quien con tanta razón amamos. A cada cabo que volviésemos los ojos, la querría ver. ¿En qué mijor cosa, ni más gustosa a la vista, la podemos emplear que en quien tanto nos ama y en quien tiene en sí todos los bienes? Desventurados estos herejes (los protestantes que negaron el culto a las imágenes de los Santos), que han perdido por su culpa esta consolación con otras.»

Sí; bueno, laudable y consolador, como dice la Santa, es para nosotros el podernos dirigir a los santos del cielo, rezándoles en sus imágenes bendecidas; las que de contínuo nos recuerdan la vida y santidad de los que pueden por nosotros interceder cerca de Su Divina Majestad; pero es gran bobería y necedad, el abandonar a la persona real de Jesucristo presente en el Tabernáculo, para ponerse a conversar con los retratos o imágenes del templo.

(1) Obras. T. II. Pg. 180.

Desventurados llama la *Santa* a los herejes que por su culpa se vén privados de muchas consolaciones espirituales, entre las que comprende principalmente la fe en la real presencia de Jesucristo en el Sacramento; y desgraciados como aquellos son, también, los muchos cristianos, que, si no han perdido la fe en el Divino Misterio, conservan tan solo, una fe muerta y sin obras eucarísticas.

No hay, para combatir el olvido y la ignorancia que les hace estar separados a esos fieles de la Sagrada Eucaristía, como los libros que escribió Santa Teresa de Jesus.

Volcán de amor eucarístico fué su alma mientras vivió en este mundo, y en sus inmortales libros dejó depositada la lava siempre candente que despedía su inflamado corazón; y de la misma manera que es naturalmente imposible arrimarse al fuego sin quemarse, lo es, el que una persona lea con detención los escritos de la Mística Doctora, sin sentirse fortalecida en la fe y abrasada en el amor a Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Por esa causa hemos pretendido entresacar de los escritos teresianos, y darlo algún orden en la presente obra, cuanto se refiere o tiene alguna relación con la Eucaristía, para gloria de Jesus sacramentado y honor de la Seráfica Santa.

A la realización de ese pensamiento nos sirvió de iniciativa y nos alentó en gran manera con su palabra, el que en vida fué venerado en la ciudad de Avila por su amor a la Santa, el R. P. Felipe Martín. O. P., que ingénuamente confesaba el no haber dejado un día en más de treinta de profesión religiosa, sin leer algo en

las Obras de la Santa Madre. De ellas dejó escrito el siguiente concepto que le merecían respecto de la Eucaristía. «(1) Brilla como estrella de primera magnitud en el cielo de la Iglesia Católica por su fe y por su amor al Sacramento del Altar la Mística Doctora Santa Teresa de Jesus. Sus obras y escritos abundan en pensamientos, mejor diremos, en sentimientos y afectos los más tiernos y encendidos hacia este misterio de amor. Ni debemos extrañar que así suceda, si se tiene en cuenta que su corazón era un volcán de amor; que Teresa de Jesus fué durante su vida una víctima inmolada a Dios por los incendios de la caridad. Teniendo, pues, en cuenta que, *ex abundatia cordis, os loquitur* se explica muy bien el por qué de esas efusiones de su espíritu llenas de fuego, y que estampadas en sus obras encienden los corazones de cuantos han la dicha de leerlas y meditarlas.»

(1) Santa Teresa y el Santísimo. Memoria inédita que escribió el referido Padre para el Congreso Eucarístico, celebrado en Madrid y que conservan en su biblioteca los PP. Dominicos de Santo Tomás de Avila.

CAPÍTULO II

Jamás temió Santa Teresa al tribunal de la Inquisición; porque su fe, como la que tenía en la Eucaristía, era bien fundada y viva.—Penetración que Dios la daba de los misterios, y ansias que sentía por darlos a conocer.—Hermosas palabras de la «Santa», comentando los deseos que algunos manifiestan de ver a Jesucristo con los ojos corporales, teniéndole presente en el Santísimo Sacramento.

Los tiempos eran difíciles para escribir de materias teológicas relativas a las verdades católicas negadas por los protestantes, como era, entre otras, la de la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; porque abundaban los teólogos eminentes y existía el competentísimo y severo tribunal de la Inquisición, encargados de velar por la pureza del dogma y fiscalizar y medir los términos que se empleaban en la exposición de la doctrina. A Santa Teresa ni la intimidaban los sabios al manifestar las verdades que ella entendía en la oración, donde se las enseñaba y revelaba Dios, ni temió al Santo Tribunal, por saber que los tribunales de justicia tienen por fin no tanto condenar y castigar

al culpado, como el defender y amparar al bueno e inocente.

«(1) También comenzó aquí el demonio de una persona en otra, procurar se entendiese que había yo visto alguna revelación en este negocio, y iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reir, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí en cosa de la fe, contra la menor cerimonia de la Iglesia que alguien viese yo iba, por ella u por cualquier verdad de la Sagrada Escritura me pornia yo a morir mil muertes; y dije que de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma, si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición. Que si pensase había para qué, yo me la iria a buscar; y que si era levantado, que el Señor me libraría y quedaría con ganancia.»

Y según lo escribió lo puso por obra en cierta ocasión, sin haber otro motivo que su buen deseo de buscar la pureza y verdad de la fe, y caminar con rectitud y seguridad en materias doctrinales, que se presentó voluntariamente a uno de los señores Inquisidores «para que él la enderezara si iba errada».

¿Y cómo no, si el título que más estimaba era el de ser hija sumisa de la Iglesia?

«Juntamente con esta certidumbre, dice Yepes (2) de la Fe tenia tanta viveza, y tanta penetración de los Misterios de ella, que como otro Moysen miraba a Dios

(1) Obras, T. I. Pg. 342.
(2) V. de Sta. Teresa. T. II. Pg. 202.

invisible con tan viva Fe, como si le viera claramente; y así solia decir la Santa Madre, que no tenia envidia a los que en esta vida habían visto y tratado con Christo nuestro Redentor; porque le parecía a ella, que que con los ojos de la fe le veia tan presente en el Santísimo Sacramento del Altar, que no le hacia falta quanto a esto su presencia corporal; y muchos años cuando comulgaba tenía tan viva esta vista de la fe, como si viera entrar al mismo Señor corporalmente por su celda, y así se procuraba desocupar de todas las cosas exteriores, y extraherse recogida con él.

Habiala dado nuestro Señor grande inteligencia y penetración de las cosas sobrenaturales y ocultas que nuestra fe enseña, como ella dice en el libro de su vida por estas palabras (C. 28): *O Dios mio, quién tuviera entendimiento y letras, y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma.*

Pero de esto que vamos diciendo, dan claro testimonio sus libros que no hay para qué detenernos: en ellos se echarán claramente de ver dos cosas: la una es, una certidumbre tan grande de las cosas de la fe, como si tuviera juntamente evidencia y claridad de ellas, y las viera con vista de ojos: la otra es una penetración grande de misterios altísimos, y de la conveniencia que entre sí tienen. La primera, es *gratia gratis data*, que llama el bienaventurado Apostol San Pablo. La segunda, es efecto del don del entendimiento, el qual esclarece y perficiona grandemente la fe; y quanto participaba más de este don, tanto crecía más el claro conocimiento de estas verdades, despidiendo poco a poco de sí mucha parte de la escuridad que está anexa a la fe.»

Y así parece; por la claridad, precisión y seguridad con que habla de los más intrincados misterios; pues sin emplear el tecnicismo de escuela, que pudiera dar a entender que, si no había frecuentado las aulas, a sus manos habían llegado libros de teología y en ellos lo había estudiado y aprendido, expone las verdades con símiles tan al caso y ejemplos tan apropiados, que no parece sino que lo veía clarísimamente y conforme lo veía y según la manera galana de ella hablar, ingénua y llanamente lo escribía; con lo que proyectaba sobre las materias más luz, que los *ergos* de los filósofos y los *distingos* de los teólogos; teniendo unos y otros, con frecuencia que acudir a las obras de la sabia Doctora a aprender cosas, que en otros autores hallan oscuras y embrolladas.

No es la fe cosa meramente especulativa y abstracta, destinada a permanecer en el entendimiento humano sin manifestarse exteriormente, estando y descansando en él como se archivan los libros más o menos ordenadamente puestos en una biblioteca.

La fe debe ser práctica y viva, pues la fe sin obras está muerta; no es verdadera fe, o por lo menos, no justifica, al no estar informada por la caridad. Podrán estar en el entendimiento las verdades que constituyen el objeto material de la fe, y hasta el entendimiento se mostrará sometido a ellas, creyéndolas verdaderas; pero si las obras no la siguen o con ella no se conforman, de nada aprovecha, *nihil mihi prodest*, que decía el Apostol; y del mismo modo que de nada útil y práctico sirve el líquido inflamable encerrado en el depósito de una lámpara, si no arde para iluminar, con la luz que despide, la estancia en que nos hallamos o

el vehículo que nos conduce, así parecido ocurre con la fe que no se refleja en los actos humanos por no estar inflamada con la llama de la caridad y amor de Dios Nuestro Señor.

Encantan los términos con que Santa Teresa de Jesus manifiesta la fe viva y práctica que tenía en la Sagrada Eucaristía.

«(1) Mas ésta (habla de ella misma, en tercera persona) habíala el Señor dado tan viva fe, que cuando oía a algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo, nuestro Bien, en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se le daba?

Mas sé de esta persona, que muchos años, aunque no era muy perfeta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fe, para que, como creía verdaderamente entraba este Señor en su pobre posada, desocupábase de todas las cosas exteriores cuanto le era posible y entrábase con El.

Procuraba recojer los sentidos, para que todos entendieran tan gran bien; digo, no embarazasen al alma para conocerle.

Porque si no nos queremos hacer bobos y cegar el entendimiento, no hay que dudar que esto no es representación de la imaginación, como cuando consideramos a el Señor en la cruz u en otros pasos de la Pasión, que le representamos en nosotros mesmos como pasó. Esto pasa ahora y es entera verdad, y no hay para qué le ir a buscar en otra parte más lejos; si-

(1) Obras T. II. Pg. 178.

no que, pues sabemos que mientras no consume el calor natural los acidentes de el pan, que está con nosotros el buen Jesus, que nos lleguemos a El. Pues si cuando andaba en el mundo, de sólo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fe, y nos dará lo que pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje».

Aprendamos de la *Santa* de los seráficos amores eucarísticos a tener fe práctica y viva en la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía; veámosle en el Augusto Misterio del Altar con los ojos del alma e infúndanos su presencia igual respeto, reverencia y amor cual si le viéramos con los del cuerpo; y de tal suerte hemos de hacer porque esa verdad de fe informe nuestros actos religiosos, que, cuando recemos, el pensamiento se clave en el Sagrario y a él nos acojamos en las penas y tribulaciones; y estando en el templo, las miradas del alma y la dirección e inclinaciones de cabeza, como las genuflexiones de una o dos rodillas, según las rúbricas disponen, den a entender que, antes que a todos los Santos, nuestras adoraciones y plegarias son para Aquel por quien fueron Santos los que moran eternamente en el cielo; para Aquel de quien esperamos nuestra salvación; para Aquel que está en el Tabernáculo por nuestro amor, y a quien la Iglesia canta en el «Gloria» de la misa aquellas palabras, que tanto gustaba la *Santa* de repetir y hacía que con frecuencia las cantasen sus hijas en recreación: *Quoniam tu solus Sanctus, tu solus Dóminus, tu solus Altissimus, Jesu Christe.*

CAPÍTULO III

Según era de viva y práctica la fe de Teresa en el Sacramento, así sentía los ímpetus de recibirle.—Abrasado el corazón con el fuego del dardo del Serafín, corre, cual cierva herida a apagar la sed del amor.—«Ni lanzas que la pusieran a los pechos, eran bastantes para detenerla» cuando sentía las ansias de comulgar.

Vimos en el capítulo anterior, cuán viva y sencillamente práctica era la fe que sentía en su alma privilegiada Santa Teresa de Jesus; y puede deducirse, sin que hiciera falta traer los testimonios fehacientes de sus escritos que palpablemente lo demuestran, que considerándole a Jesus, como ella de contínuo le contemplaba en la Sagrada Hostia, lleno de amor a los hombres y deseoso de que hubiera almas generosas y agradecidas que correspondieran a ese fino amor con sus visitas al Sagrario y frecuentes comuniones, tenía que sentir su corazón angustiosas ansias, deseos vehementes de acercarse a recibir al Esposo de su alma, por quien de día y de noche suspiraba de amor.

Con el impetuoso empuje que se lanza el agua de

una ingente cascada sobre el lecho de piedras que la aguarda, y que al caer desplomada forma nívea espuma y esparce por el ambiente microscópicas burbujas del diáfano líquido, al través de las cuales se quiebran los rayos del sol, apareciendo el arco iris como nimbo de belleza que rodea aquel hermoso cuadro de la naturaleza; así sentía fuertemente atraida el alma de Teresa hacia Cristo, Piedra Angular de la Iglesia, para deshacerse, al contacto de su corazón con el de Jesus, en raudales de amores eucarísticos, que iluminados con los suaves y delicados tonos y coloridos que les prestan los rayos del Sol de Justicia y Caridad suma, forman la aureola más preciosa que puede brillar en la frente de la *Santa* de los seráficos amores y extáticos arrobamientos.

Tenía el alma de Teresa clavado el dardo del amor divino y cual cierva herida por la flecha del cazador, corría sedienta a la fuente cristalina de aguas puras y vivas que la ofrecía el costado del Salvador en la Eucaristía, y ni el mundo entero bastaba para detenerla en la realización de sus deseos.

Un Serafín fué el celestial cazador que por encargo del Señor la hirió en la forma siguiente, que ella tan divinamente describe.

«(1) Quiso el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: vía un angel cabe mí hacía el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla... no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parecen todos se abrasan. Deben

(1) Obras. T. I. Pg. 291.

ser los que llaman Querubines que los nombres no me los dicen... Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos; y tan ecesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.»

Con semejante herida ¿qué ardores sentiría su alma por recibir y estrechar junto a su transverberado corazón a Dios, autor de tan sobrenatural herida, puesto que confiesa que nada de esta vida puede ya satisfacerla y que ni se contentaba con menos que con la posesión de Dios?

Nadie como la misma *Santa* podrá darnos a entender algo de los ardores y ansias en que se abrasaba su alma, que se tenía por *verdadera esclava* del amor divino:

«(1) Comenzó Su Majestad, como me lo tenía prometido, a señalar más que era El, creciendo en mí un amor tan grande de Dios, que no sabía quién me le ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Víame morir con deseo de ver a Dios, y no sabía

(1) Obras. T. I. Pg. 288.

adónde había de buscar esta vida si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes de este amor... yo no sabía qué me hacer; porque nada me satisfacía ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecía se me arrancaba el alma. ¡Oh artificio soberano de el Señor, qué industria tan delicada hacíades con vuestra esclava miserable! Ascondíadesos de mí, y apretábadesme con vuestro amor con una muerte tan sabrosa, que nunca el alma querría salir de ella.

Quien no hubiese pasado estos ímpetus tan grandes, es imposible poderlo entender, que no es desasosiego del pecho, ni unas devociones que suelen dar muchas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben en sí. Esta es oración más baja... Que recojan este amor dentro, y no como olla que cuece demasiado, porque se pone la leña sin discreción, y se vierte toda; sino que moderen la causa que tomaron para este fuego y procuren amatar la llama con lágrimas suaves y no penosas... Yo las tuve algunas veces a los principios, y dejábanme perdida la cabeza... Estos ímpetus son diferentísimos. No ponemos nosotros la leña, sino que parece que, hecho ya el fuego, de presto nos echan dentro para que nos quememos. No procura el alma que duela esta llaga de la ausencia del Señor, sino hincan una saeta en lo más vivo de las entrañas y corazón a las veces, que no sabe el alma qué ha ni qué quiere. Bien entiende que quiere a Dios... No se puede encarecer ni decir el modo con que llaga Dios al alma y la grandísima pena que dá, que la hace no saber de sí; mas es esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma, como he dicho, estar muriendo de este mal.

Esta pena y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello. ¡Oh, qué es ver un alma herida! Que digo que se entiende de manera, que se puede decir herida por tan ecelente causa, y vé claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que, de el muy grande que el Señor la tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella que la hace toda arder. ¡Oh, cuántas veces me acuerdo, cuando ansí estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum,* que parece lo veo al pie de la letra en mí.»

Esos ardores se mitigaban algún tanto, y esos dulces y gratos dolores se aquietaban para quedar el alma como embriagada de una suavísima y celestial paz e inalterable sosiego, cuando se acercaba a la fuente de la Sagrada Eucaristía y tenía dentro de sí a Jesus Sacramentado; por lo que las ansias de comulgar eran grandísimas, como ella lo manifiesta con estas palabras.

«(1) Viénenme algunas veces unas ansias de comulgar tan grandes, que no sé si se podría encarecer. Acaecióme una mañana, que llovía tanto, que no parece hacía para salir de casa. Estando yo fuera de ella, yo estaba ya tan fuera de mí con aquel deseo, que aunque me pusieran lanzas a los pechos, me parece entrara por ellas, cuanti más agua. Como llegué a la Iglesia, dióme un arrobamiento grande. Parecióme vi abrir los cielos, no una entrada como otras veces he visto. Representóseme el trono que dije a vuestra merced he visto otras veces, y otro encima de él, adonde

(1) Obras. T. I. Pg. 436.

por una noticia que no sé decir, aunque no lo ví, entendí estar la Divinidad. Mas cómo estaba el trono, ni qué estaba en él, no lo ví, sino muy gran multitud de ángeles; pareciéronme sin comparación con muy mayor hermosura que los que en el cielo he visto. He pensado si son serafines u querubines, porque son muy diferentes en la gloria, que parecía tener inflamamiento.

Es grande la diferencia, como he dicho, y la gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendía estar allí todo junto lo que se puede desear, y no ví nada.

Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar la nonada que era todo en comparación de aquello; es ansí que se afrentaba después mi alma de ver que pueda parar en ninguna cosa criada, cuanti más aficionarse a ella, porque todo me parecía un hormiguero.

Comulgué y estuve en la misa, que no sé cómo pude estar. Parecióme había sido muy breve espacio; espantéme cuando dió el relox y ví que eran dos horas las que había estado en aquel arrobamiento y gloria. Espantábame después cómo en llegando a este fuego, que parece viene de arriba, de verdadero amor de Dios, porque aunque más lo quiera y procure y me deshaga por ello, sino es cuando Su Majestad quiere, como he dicho otras veces, no soy parte para tener una centella de él, parece que consume el hombre viejo de faltas, y tibieza y miserias; y a manera de como hace el ave fénis, sigún he leido, y de la mesma ceniza, después que se quema, sale otra, ansí queda hecha

otra el alma después con diferentes deseos y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor. Suplicando yo a Su Majestad fué ansí, y que de nuevo comenzase a servirle, me dijo *Buena comparación has hecho; mira no se te olvide para procurar mijorarte siempre.*»

Ahora, ya no podremos extrañar sus ímpetus por comulgar, y los sacrificios que se imponía y los trabajos porque pasaba, estando casi siempre enferma, sufriendo vómitos diarios, y viajando jornadas matinales por ásperos y largos caminos, hasta encontrar alguna Iglesia donde poder recibir al Señor; pues... ¡bien se lo remuneraba con creces el rico y bondadoso Huesped, cuando después de las fatigas le recibía sacramentalmente!

Aprendamos de nuestra amadísima *Santa* de los seráficos amores eucarísticos, a vencer las dificultades que sobrevengan para comulgar o decir misa diariamente; que estando en gracia de Dios, como habitualmente debemos estar, ¿quién puede calcular la gloria y el honor que Dios recibe en la santa misa y en la comunión, ni las gracias que mediante los expresados actos sagrados pueden contínuamente llegar hasta nuestras almas?

CAPÍTULO IV

No obstante las ansias que sentía de comulgar, cuando por obediencia o enfermedad dejaba de recibir al Señor, su espíritu no se inquietaba.—La recta intención debe alejar toda vanidad y vanagloria por comulgar.—Que importa mucho tener un solo confesor a quien someterse respecto a comuniones, sin dejarnos llevar de nuestro gusto y voluntad.

Todo acto, por muy santo y sagrado que por sí sea como sin duda lo es la Santa Misa y la comunión, que en la vida espiritual y eucarística no se basa y tiene firme asiento en la debida obediencia y en la humildad verdadera, ni puede ser a los ojos divinos grato, ni aprovechar al alma en la propia santificación; y esto no podía ignorarlo quien, como Santa Teresa de Jesus, podía decir con Jesucristo, que no había entrado religiosa y se había desposado con Jesus para hacer su voluntad, sino la de Aquél que la había allí colocado, y quien escribió «(1) que la humildad es andar en ver-

(1) Obras. T. III. Pg. 201.

dad; que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira.»

Grandes eran los deseos de comulgar que sentía la *Santa*, que para poderlo hacer diariamente, durante las peregrinaciones que emprendió para llevar a cabo su Reforma y el apostolado eucarístico. «(1) ponía grandísimo cuidado en que los sacerdotes que iban con ella de camino por ningún caso no dejasen de decir misa ningún día. Y por no hallar recado para decirla todos los que iban, que faltó para uno, decía a los que allí estábamos: *Rueguen a Dios que se halle lo que falta para decir esta misa, que me hace mucha fatiga pensar si se ha de privar hoy la Iglesia del valor de este sacrificio.*»

Mas tratándose de tener que dejar de comulgar por obediencia o enfermedad, o sea por imposibilidad física o moral, consideraba que así lo querría el Señor; y su alma sentía paz y sosiego, sabiendo que en ello cumplía la voluntad o permisión de Dios. «(2) Procuraba recibir este Sacramento con grande pureza de alma, y nunca se llegó a comulgar sabiendo de si algún pecado venial (aunque no fuese sino uno) sin confesarse primero; pero aunque era tan grande la hambre que tenía de este Sacramento (como la que tenía bien experimentados los efectos que causa en el alma pura y perfecta) era mayor el rendimiento que tenía a sus Confesores, porque como tenía tanta luz de Dios sabía muy bien que el aprovechamiento estaba más en

(1) Ana de Jesus en las informaciones de Madrid.
(2) Yepes. T. II. Pg. 181.

hacer la voluntad de Dios que en comulgar por su consuelo y devoción.

Quando sus Confesores le quitaban la comunión (que lo hacían algunas veces por mortificarla y probarla), no solo no mostraba desconsuelo, sino que se lo agradecía, diciendo, que miraban más ellos por la honra de Dios, no dando lugar a que una tan grande pecadora llegase a comulgar, que no ella en querer recibirle siendo la que era.

Estando la Santa Madre enferma en Avila, y por esta causa habiendo más de un mes que no comulgaba, preguntándole una hermana si tenía muchas ansias por comulgar, ella respondió que no; porque considerando que Dios lo quería así, estaba su alma como si cada día comulgara, y aunque tenía tan grande ansia de comulgar, que no hubiera trabajo ni peligro del mundo a que no se pusiese, a trueque de gozar de este bien, pero ponía más su estudio en la mortificación y sólidas virtudes, que en frecuentes comuniones, que cuando no andan acompañadas de humildad, sujeción, y de las demás virtudes, más se puede temer de ellas el juicio que el premio, especialmente que con el desaprovechamiento que de esto se sigue va creciendo la peor polilla del alma, y su destruición, conviene a saber, contentamiento propio, soberbia, seguridad, satisfación de sí misma, y viene a servir este manjar divino de autoridad y de sombra, para que crezca la autoridad y crédito con los demás.»

Por los días en que varios confesores no atinaban a descernir si el espíritu de Santa Teresa era bueno o malo; esto es, si era Dios el que la hacía las mercedes de hablarla y regalarla o el demonio que, revistiéndo-

se de angel de luz pretendía engañarla y perderla, la mayor prueba porque la hicieron pasar cinco de los confesores fué el que la prohibieron la comunión; pero en medio de esa angustia acudió el Señor a consolarla, saliendo de la prueba extraordinariamente fortalecida.

«(1) En especial me acaeció una vez que se habían juntado muchos a quien yo daba gran crédito, y era razón se le diese; que, aunque yo ya no trataba sino con uno, (confesor) y cuando él me lo mandaba hablaba a otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor y temían no fuese engañada. Yo también traía grandísimo temor cuando no estaba en la oración, que estando en ella y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba. Creo eran cinco u seis, todos muy siervos de Dios; y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan amenudo, y que procurase distraerme de suerte que no tuviese soledad. Yo, como ví que tantos lo afirmaban y yo no lo podía creer, dióme grandísimo escrúpulo, pareciéndome poca humildad; porque todos eran más de buena vida sin comparación que yo, y letrados...

Fuíme de la Iglesia con esta aflición, y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí... En esta aflición me ví algunas y muchas veces. Estuve ansí cuatro u cinco horas, que consuelo del cielo ni de la tierra no había para mí, sino que me

(1) Obras. T. I. Pg. 244.

dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros. ¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero, y como poderoso, cuando queréis, podéis, y nunca dejáis de querer si os quieren! Todas las cosas faltan; ¡Vos, Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama. ¡Oh Señor mío, qué delicada y pulida y sabrosamente lo sabeis tratar!

¡Oh, quien nunca se hubiera detenido en amar a nadie, sino a Vos! Fáltame todo, Señor mío; mas si Vos no me desamparáis, no os faltaré yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíganme todas las cosas criadas, atorméntenme todos los demonios, no me falteis, Vos, Señor, que ya tengo expiriencia de la ganancia conque sacais a quien solo en Vos confía. Pues estando en esta gran fatiga... solas estas palabras bastaban para quitármela y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que Yo soy y no te desampararé, no temas.* Heme aquí con estas solas palabras sosegada, con fortaleza, con ánimo, con siguridad, con una quietud y luz, que en un punto ví mi alma hecha otra, y me parece que con todo el mundo disputara que era Dios.»

Además de la humildad y sumisión a los confesores, se precisa para que la comunión sea provechosa al alma, el que se acerque a la Sagrada Mesa con rectísima intención; y ésta, que en todas las cosas aun las más pequeñas tuvo la *Santa*, la recomienda para recibir la Sagrada Eucaristía, a fin de que la vanagloria no quite o empañe el mérito de tan santa obra.

Respecto a este punto, he aquí lo que dijo el Padre

Maestro Julián de Avila. «(1) Y en lo que yo la ví aventajarse muy mucho, era en el fin tan puro por Dios, de suerte que cualquiera cosa por pequeña que fuese levantaba el fin de hacerla tan alto, que creo ganaba tanto acerca de Dios en las obras pequeñas como en las grandes, por causa de mirar Dios más la voluntad con que se hace la obra que no a la obra. Y ansí acontece de grandes obras por faltarlas el fin necesario para que tengan valor, aprovechan menos a algunos que las obras pequeñas de otros, porque el valor de las obras, según buena teología del fin le toman...»

Pues si en las cosas nimias tan alta ponía la mirada ¿qué no haría al acercarse a recibir al Señor?

«(2) Por cierto que pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, ¿cuánto más de tantas? Si no que no parece, sino cumplimiento, el llegarnos a El, y ansí nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que ansí tienes atapados los ojos de los que viven en tí, que no vean los tesoros con que podrían granjear riquezas perpétuas!»

Pena profundísima producirá en el alma, como en aquellos tiempos producía en el corazón de la Santa, de quien tenga un tantico de amor a Jesus Sacramentado, el ver a innumerables almas, que se acercan al Altar por *cumplir;* nada más que por *cumplir*, con la Iglesia; o por seguir la costumbre del pueblo, *cumplir* con un estatuto o reglamento y hasta por *cumplir* con

(1) Declaración que hizo para el proceso de beatificación de la Santa Madre en Avila, el dia 24 abril de 1596.

(2) Obras. T. III. Pg. 284.

el mundo. ¡Así nos luce tampoco! podríamos decir con la *Santa;* pues de las almas y de los pueblos que tan solo por *cumplir* comulgan alguna vez, de temer es, que, poco a poco, vaya desapareciendo la fe, y con la fe, huya también la paz de las familias y el bienestar social.

Y no es menos sensible que lo anteriormente expuesto, el que hasta entre ciertas personas piadosas a su manera, en ocasiones, se suelen guiar para comulgar por sus gustos y caprichos, sin sujeción a un confesor fijo, que conociéndolas pudiera dirigirlas acertadamente; y con esta rara conducta y ligereza suma consiguen desacreditar a la verdadera y sólida piedad, que mira únicamente a contentar a Dios y se olvida de sus propios intereses.

A este propósito dice Santa Teresa cosas harto provechosas, con motivo de narrar un imponente caso, de que fué ella testigo en la siguiente forma:

«(1) Por mí ha pasado, que me acaecía algunas veces, que en acabando de comulgar, casi que aun la forma no podía dejar de estar entera, si vía comulgar a otras, quisiera no haber comulgado por tornar a comulgar. Como me acaecía tantas veces, he venido despues a advertir, que entonces no me parecía había en qué reparar como era más por mi gusto que por amor de Dios; que como cuando llegamos a comulgar por la mayor parte, se siente ternura y gusto, aquello me llevaba a mí; que si fuera por tener a Dios en mi alma, ya le tenia; si por cumplir lo que nos manda de que

(1) Obras. T. IV. Pg. 64.

lleguemos a la sacra comunión, ya lo había hecho; si por recibir las mercedes que con el Santísimo Sacramento se dan, ya las había recibido. En fin, he venido claro a entender que no había en ello más de tornar a tener aquel gusto sensible.

Acuérdome que en un lugar que estuve, adonde había monesterio nuestro, conocí una mujer grandísima sierva de Dios, a dicho de todo el pueblo, y debialo de ser. Comulgaba cada día, y no tenia confesor particular, sino una vez iba a una iglesia a comulgar, otra a otra. Yo notaba esto, y quisiera más verla obedecer a una persona, que no tanta comunión. Estaba en casa por sí, y a mi parecer, haciendo lo que queria; sino que, como era buena, todo era bueno. Yo se lo decia algunas veces; mas no hacia caso de mí, y con razón, porque era muy mejor que yo, mas en esto no me parcia errara... Vínole a dar el mal de la muerte que a esto voy; ella tuvo diligencia para procurar le dijesen misa en su casa cada dia y le diesen el Santísimo Sacramento.

Como duró la enfermedad, un clérigo harto siervo de Dios, que se la decía muchas veces, parecióle no se sufría de que en su casa comulgase cada día; debía ser tentación del demonio, porque acertó a ser el postrero que murió. Ella como vió acabar la misa y quedarse sin el Señor, dióle tan gran enojo, y estuvo con tanta cólera con el clérigo, que él vino bien escandalizado a contármelo a mí. Yo sentí harto, porque aun no sé si se reconcilió; que me parece murió luego.

De aquí vine a entender el daño que hace hacer nuestra voluntad en nada, y en especial en una cosa tan grande; que quien tan amenudo se llega al Señor, es ra-

zón que entienda tanto su indinidad, que no sea por su parecer, sino que lo que nos falta para llegar a tan gran Señor, que forzado será mucho, supla la obediencia de ser mandadas. A esta bendita ofreciósela ocasión de humillarse mucho, y por ventura mereciera más que comulgando, entendiendo que no tenía culpa el clérigo, sino que el Señor, viendo su miseria y cuan indina estaba, lo había ordenado ansí, para entrar en tan ruin posada.

Como hacía una persona (habla la Santa de sí misma) que la quitaban muchas veces los discretos confesores la comunión, porque era amenudo. Ella, aunque lo sentía muy tiernamente, por otra parte deseaba más la honra de Dios que la suya, y no hacía sino alabarle, porque había despertado el confesor para que mirase por ella, y no entrase Su Majestad en tan ruin posada. Y con estas consideraciones obedecía con gran quietud de su alma, aunque con pena tierna y amorosa; mas por todo el mundo junto no fuera contra lo que la mandaban.

Créanme, que amor de Dios no digo que lo es, sino a nuestro parecer, que menea las pasiones de suerte que para en alguna ofensa suya, u en alterar la paz del alma enamorada de manera que no entiende la razón, es claro que nos buscamos a nosotros...

Helo dicho aquí, por que las prioras estén advertidas, y las hermanas teman y consideren y se examinen de la manera que llegan a recibir tan gran merced. Si es por contentar a Dios, ya saben que se contenta más *con la obediencia que con el sacrificio*. Pues si esto es y merezco más, ¿qué me altera? No digo que no queden sin pena humilde, porque no todas han lle-

gado a perfección de tenerla, por sólo hacer lo que entienden que agrada más a Dios.

Mas porque a los principios es mercedes que hace el Señor estos grandes deseos de llegarse a El, y aun a los fines más (digo a los principios, porque es de tener en más, y en lo demás de la perfección que he dicho no están tan enteras), bien se les concede que sientan ternura y pena cuando se lo quitare, con sosiego del alma y sacando actos de humildad de aquí. Mas cuando fuere con alguna alteración u pasión, y tentándose con la perlada u con el confesor, crean que es conocida tentación. U que si alguno se determina, aunque le diga el confesor que no comulgue, a comulgar, yo no querría el mérito que de allí sacará, porque en cosas semejantes no hemos de ser jueces de nosotros. El que tiene las llaves para atar y desatar, lo ha de ser. Plega el Señor, que para entendernos en cosas tan importantes, nos de luz, y no nos falte su favor, para que de las mercedes que nos hace, no saquemos darle disgusto».

¡Quiera Dios, que estas sabias y afinadas consideraciones de la Seráfica Doctora, heridoras, que ella diria, como todas las suyas, tocasen el corazón de cuantos por rutina, cumplimiento, compromiso, vanagloria y capricho se acercan a la Sagrada comunión, y sirvieran para que esos espíritus superficiales e irreflexivos conocieran donde se halla la verdadera virtud y perfección cristiana.

CAPÍTULO V

Sigue Santa Teresa citando otros dos casos de comuniones frecuentes en almas de virtud aparente.—La comunión espiritual puede suplir a la sacramental.—Recomienda Santa Teresa la comunión espiritual a sus hijas.

Hemos querido continuar copiando los hechos de comuniones frecuentes, practicadas por almas de virtud aparente; porque en ellos pueden aprender muchos cristianos a acercarse a la Sagrada Comunión sin pretensiones tontas y fines bastardos, que no suelen ser otra cosa que manifestaciones de una soberbia refinada, encubierta y rebozada por un barniz de humildad y virtud aparente.

No hay nombres con los cuales más debiera honrarse el cristiano que con el de beato, que significa hombre entregado a la práctica de la piedad, y el de místico, que quiere decir que vive en relación y continua comunicación con Dios por medio de la contemplación; pero la impiedad ha conseguido satánicamente el que esas dos palabras de honrosa significación

sirvan para ridiculizar al virtuoso y al amigo de la piedad, con eficaces y desastrosos resultados, por ser las primeras en falsificar con su conducta el significado de los dos vocablos, las almas que, ignorando aquello en que consiste la verdadera y sólida virtud, buscan una santidad aparente, que tiene por nombre propio hipocresía. Y no es que todos intenten el ser con semejante conducta hipócritas; sino que ignorantemente creen que la santidad consiste en el hecho solo de comulgar muchas veces, o de rezar, dar limosnas o estarse quietecitos y retirados en sus casas.

No es de extrañar por consiguiente, el que Santa Teresa recalcara tanto sobre las verdaderas disposiciones y rectos fines del que recibe al Señor sacramentalmente.

«(1) Si hubiera de escribir lo mucho de este daño que ha venido a mi noticia, vieran tengo razón de poner en esto tanto. Una sola cosa quiero decir y por esta sacarán las demás. Están en un monasterio de estos una monja y una lega, la una y la otra de grandísima oración, acompañada de mortificación y humildad y virtudes, muy regaladas del Señor, y a quien comunica de sus grandezas; particularmente tan desasidas y ocupadas en su amor, que no parece, aunque mucho las queramos andar a los alcances, que dejan de responder, conforme a nuestra bajeza, a las mercedes que Nuestro Señor les hace. He tratado tanto de su virtud, por que teman más las que no la tuvieren. Comenzáronles unos ímpetus grandes de deseo del Señor que no se podian valer, pareciales se les aplacaba

(1) Obras. T. IV. Pg. 60.

cuando comulgaban, y ansí procuraban con los confesores fuese a menudo, de manera que vino tanto a crecer esta su pena, que si no las comulgaban cada dia, parecia que se iban a morir. Los confesores como vian tales almas, y con tan grandes deseos, aunque el uno era bien espiritual, parecióle convenía este remedio para su mal.

No paraba sólo en esto, sino que a la una eran tantas sus ansias, que era menester comulgar de mañana para poder vivir, a su parecer. Yo no estaba allí, y la priora escribióme lo que pasaba, y que no se podía valer con ellas, y que personas tales decían, que pues no podian más, se remediasen ansí. Yo entendí luego el negocio, que lo quiso el Señor; con todo callé hasta estar presente, porque temí no me engañasen; y a quien lo aprobaba, era razón no contradecir, hasta darle mi razones.

El era tan humilde, que luego como fuí allá y le hablé, me dió crédito. El otro no era tan espiritual, ni casi nada en su comparación; no había remedio de poderle persuadir; mas deste se me dió poco por no le estar tan obligada.

Yo las comencé a hablar y a decir muchas razones, a mi parecer bastantes para que entendiesen era imaginación el pensar se morirían sin este remedio. Teníanla tan fijada en esto, que ninguna cosa bastó, ni bastará llevándose por razones. Ya yo ví era excusado, y díjeles que yo también tenía aquellos deseos y dejaría de comulgar; porque creyesen que ellas no lo habían de hacer sino cuando todas; que nos muriesemos todas tres, que yo tenía esto por mejor, que no que semejante costumbre se pusiese en estas casas,

adonde había quien amaba a Dios tanto como ellas y querrían hacer otro tanto.

Era en tanto extremo el daño, que ya había hecho la costumbre, y el demonio debía entremeterse, que verdaderamente, como no comulgaron, parecía que se morían. Yo mostré gran rigor, porque mientras más vía que no se sujetaban a la obediencia, porque, a su parecer, no podían más, mas claro ví que era tentación. Aquel día pasaron con harto trabajo; otro con un poco menos, y ansí fué disminuyendo de manera, que aunque yo comulgaba, porque me lo mandaron (que vialas tan flacas que no lo hiciera), pasaba muy bien por ello.

Desde a poco, entendieron ellas y todas la tentación y el bien que fué el remediarlo con tiempo.»

Como gran maestra del espíritu se revela en el anterior caso la Doctora Mística, Teresa de Jesus.

La priora del convento de Medina del Campo, la M. Inés de Jesus, prima de la Santa, que fué donde tuvo lugar el suceso, la denuncia la pertinacia y el empeño de las dos religiosas por comulgar diariamente, sin que los confesores se atrevieran a prohibírselo; y la Santa, con exquisita prudencia, nada resuelve hasta que personalmente pudiera ella enterarse y aplicar la debida medicina.

Una vez que pudo estar en Medina, comprendió que no era razón oponerse abiertamente al parecer de los confesores, y sí, que convenia darlas las que ella creyó eran al caso de tan irreducible empeño de las religiosas, muy impropio de personas de sólida virtud, y que tan mal se aviene con la obediencia y perfección evangélica.

No alcanzando provecho alguno con razones, se finge enferma de la misma dolencia espiritual, para que a ejemplo suyo siguieran el remedio, y de esta suerte consigue, con suavidad y sin violencias, sacar aquellas almas del estado deplorable en que se hallaban, y que conociesen en qué está la verdadera perfección y santidad.

¡Sublime e ingeniosa industria, muy propia del espíritu de la Santa de los seráficos amores eucarísticos!

«¡Oh cuántas cosas pudiera decir de éstas!, continua exponiendo el segundo caso la misma Santa. Sola otra diré: no era en el monasterio de nuestra Orden, sino de Bernardas. Estaba una monja, no menos virtuosa que las dichas: esta con muchas disciplinas y ayunos vino a tanta flaqueza, que cada vez que comulgaba u habia ocasión de encenderse en devoción, luego era caida en el suelo, y ansí se estaba ocho o nueve horas, pareciendo a ella y todas era arrobamientos; a mi me pesaba de oirlo, porque quiso el Señor entendiese lo que era y temia en lo que había de parar. Quien la confesaba a ella era muy padre mio, y fuémelo a contar.

Yo le dije lo que entendía, y como era perder tiempo y imposible ser arrobamiento, sino flaqueza; que la quitase los ayunos y disciplinas y la hiciese divertir. Ella era obediente; hízolo ansí. Desde a poco que fué tomando fuerza, no había memoria de arrobamiento... En lo que toca a las comuniones será muy grande, (inconveniente) por amor que tenga un alma, no esté sujeta también en esto al confesor y a la priora, aunque sienta soledad, no con extremos para no venir a ellos. Es menester también en esto, como en otras

cosas, las vayan mortificando, y las dén a entender conviene más no hacer su voluntad, que no su consuelo.»

En la obediencia, humildad y fin recto pone la Santa el sólido fundamento de la virtud y de la santidad; de tal suerte, que si un acto en sí tan santo y meritorio como es la comunión no se apoya en esos pilares de la perfección, cae al suelo el mérito y la santidad que al operante pudiera corresponder por la ejecución de tan excelente obra.

Esto fué lo que pretendió demostrar Santa Teresa de Jesus, narrando los casos anteriormente citados; y toda su vida abrillantada por una santidad original y extraordinaria, constituye el más elocuente testimonio en favor de esa tesis, porque para alcanzarla no recorrió otros caminos que el de la verdadera humildad y el de la obediencia ciega.

Si por obedecer, o por alguna otra causa, el alma se vé privada de recibir al Señor, fácilmente puede en lo posible suplirse, mediante la comunión espiritual.

Consiste ésta en un deseo ferviente de recibir y tener dentro del alma al Señor, y una vez que se le considera por medio de un acto de fé y presencia divina, dentro del corazón, como a un Rey sobre su trono, adorarle con reverencia suma, pedirle perdón y mercedes, procurando así acompañarle espiritualmente, cuanto tiempo a cada uno se lo permitan las ocupaciones.

«(1) Puede representarse, dice la Santa, delante de Cristo, y acostumbrarse a enamorarse mucho de su

(1) Obras. T. I. Pg. 110.

sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo y hablar con El, pedirle para sus necesidades y quejársele de sus trabajos, alegrarse con El en sus contentos, y no olvidarle por ellos, sin procurar oraciones compuestas, sino palabras conforme a sus deseos y necesidad. Es excelente manera de aprovechar y muy en breve; y quien trabajare a traer consigo esta preciosa compañia, y se aprovechare mucho de ella, y de veras cobrare amor a este Señor, a quien tanto debemos, yo le doy por aprovechado.»

De esta manera puede suplirse la privación de la comunión sacramental y queda el alma fortalecida y satisfecha: «(1) que si la voluntad está muy desasida de todo su propio interés, está claro que no sentirá ninguna cosa; antes se alegrará de que se le ofrece ocasión de contentar al Señor en cosa tan costosa, y se humillará y quedará tan satisfecha comulgando espiritualmente.»

Con todo encarecimiento, y valiéndose de símiles muy apropiados recomienda Santa Teresa la comunión espiritual con las siguientes palabras.

«(2) Héme alargado tanto en esto aunque había hablado en la oración del recogimiento, de lo mucho que importa este entrarnos a solas con Dios, por ser cosa importante; y cuando no comulgáredes, hijas, y oyéredes misa, podeis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho; y hacer lo mesmo de recogeros después en vos, que es mucho lo que se imprime ansí el amor de este Señor, porque aparejándonos a reci-

(1) Obras. T. IV. Pg. 67.
(2) C. Cap. 35.

bir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos. Es como llegarnos al fuego, que aunque le haya muy grande, si estais desviadas y escondeis las manos, mal os podeis calentar, aunque todavía dá más calor, que no estar adonde no haya fuego. Mas otra cosa es querernos llegar a El, que si el alma está dispuesta (digo que esté con deseo de perder el frío) y se está allí un rato, para muchas horas queda con calor, y una centellica que salte la abrasa toda. Y vanos tanto, hijas, en disponernos para esto que no os espantéis lo diga muchas veces.

Pues mirad, hermanas, que si a los principios no os halláredes bien, no se os dé nada, que podrá ser que os ponga el demonio apretamiento de corazón, y congoja, porque sabe el daño grande que le viene de aquí. Creedme, no dejéis este modo, aquí probará el Señor lo que queréis.»

Por acopio de fervor y amor divino que hagamos durante la comunión sacramental, Santa Misa, y prácticas piadosas de la mañana, por las puertas de los sentidos se disipará mucho de ello durante el día, que necesariamente las hemos de tener abiertas para poder vivir entregados a las ocupaciones del oficio o cargo que desempeñemos; y para reponer el espíritu perdido con el trato del mundo no hay mejor remedio que habituarse el alma a recogerse con frecuencia, aun en medio de las ocupaciones, en el interior de sí misma para hacer la comunión espiritual: que acercándose junto al Señor *por muchas horas queda con calor el alma*.

CAPÍTULO VI

Comentando el Padre Nuestro, dice la Santa que para mejor poder cumplir la voluntad de Dios, acá en la tierra, nos dió Dios el remedio de la Eucaristía. - La petición «*el pan nuestro de cada día dánosle hoy*» la pone en labios de Jesus que pide licencia al Eterno Padre para descender diariamente del cielo al Sacramento, donde permanece como alimento espiritual de las almas. –Sentidas exclamaciones que el amor sugiere a Santa Teresa, al considerar los ultrajes a que se expone Jesus por descender cada día a la Sagrada Eucaristía.

Desde que en la antigüedad principió Orígenes a exponer e interpretar la divina palabra, contenida en la Santa Escritura, según los diversos sentidos que se le atribuyen, la exégesis escrituraria ha estado reservada a los hombres eminentes, por sus conocimientos teológicos y lingüísticos, como lo fueron los Santos Padres de la Iglesia Universal; y admira el que Santa Teresa de Jesus, sin más luces que las naturales y las recibidas en la oración, hílase tan delgado, que diría ella, en esas materias tan subidas y sutiles; según puede verse en la exposición que hizo del Cantar de

los Cantares, de la que tenemos los «*Conceptos del Amor de Dios*» y los comentarios a las peticiones del *Padre Nuestro*.

Sobre la necesidad de hacer la voluntad de Dios en la tierra, como la hacen los bienaventurados en el cielo, escribe Santa Teresa hermosas y admirables cosas, que pudieran hacer que muchos cristianos si las leyesen, abrieran los ojos del alma para conocerse interiormente. Porque la voluntad de Dios, está revelada en sus mandamientos y doctrina, y sus deseos son que nos santifiquemos y salvemos; pero hay muchas almas que sí quieren santificarse y salvarse, mas sin dejar de hacer su voluntad y siguiendo sus gustos y propias inclinaciones; o, lo que es lo mismo, que la religión se acomode a sus deseos y la voluntad de Dios a la suya.

Proviene esto de no conocerse bien y ser difícil el desarraigar del todo el amor propio; y como remedio para esa enfermedad espiritual y social, indica Santa Teresa la Sagrada Eucaristía.

«(1) Pues entendiendo, como he dicho, el buen Jesus, cuan dificultosa cosa era esta que ofrece por nosotros, conociendo nuesta flaqueza, y que muchas veces hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos y El tan piadoso, y que era menester medio porque dejar de dar lo dado, vió que en ninguna manera nos conviene, porque está en ello toda nuestra ganancia; pues cumplirlo, vió ser dificultoso. Porque decir a un regalado y rico, que es la voluntad de Dios que tenga cuenta

(1) Obras. T. II. Pg. 172.

con moderar su plato, para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender esto, sino a su propósito. Pues decir a un murmurador que es la voluntad de Dios querer tanto para su prójimo como para sí, no lo puede poner a paciencia, ni basta razón para que lo entienda. Pues decir a un religioso, que está mostrado a libertad y a regalo, que ha de tener en cuenta con que ha de dar ejemplo, y que mire que ya no son solas palabras, con las que han de cumplir cuando dice esta palabra, sino que lo ha jurado y prometido, y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos, y mire que si da escándalo que va muy contra ellos, aunque no del todo los quebrante; que ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere; no hay remedio aun ahora de quererlo algunos; ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que puso? No hubiera si no muy poquitos que cumplieran esta palabra, que por nosotros dijo el Padre, de *fiat voluntas tua*.

Pues, visto el buen Jesus la necesidad, buscó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tiene, y en su nombre y en el de sus hermanos, pidió esta petición: *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, Señor*».

¡Excelente y poderoso medio de hacer que los hombres cumplan la voluntad divina, bajando El cada día a la Eucarístia, para ser el alimento de las almas que le reciben en gracia!

Y además de alimento, es médico divino que al entrar dentro del aposento o moradas del alma la sana de cuantas dolencias sufrir pueda, y es también, sol ce-

lestial que despide luz vivificadora con las que se descubren las manchas y se perciben las telarañas que el demonio fabrica en los senos de la conciencia humana, con el fin de que allí queden prendidos y ocultos los afectos que debieran exteriorizarse transformados en obras de caridad perfecta, ejecutadas a mayor gloria de Dios nuestro Señor.

«(1) Aquí no solo las telarañas ve de su alma y las faltas grandes, sino un polvito que haya por pequeño que sea, porque el sol está muy claro; y ansí, por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras la coge este Sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en un vaso, que si no le da el sol, está muy claro; si da en él, vese que está todo lleno de motas. Al pié de la letra es esta comparación; antes de estar el alma en este éxtasis, parécela que tray cuidado de no ofender a Dios, y que conforme a sus fuerzas hace lo que puede; mas llegada aquí, que le da este Sol de Justicia, que la hace abrir los ojos, ve tantas motas, que los querria tornar a cerrar. Porque aun no es tan hija de esta águila caudalosa, que pueda mirar este Sol de en hito en hito; mas por poco que los tenga abiertos, vese toda turbia. Acuérdase de el verso que dice *¿Quien será justo delante de Ti?*»

Es la mejor manera de que el hombre, teniendo dentro de sí a Jesus Sacramentado, vea a la luz de la Eucaristía sus miserias y anómalas aberraciones religiosas, y torne a seguir a Cristo generosa y desinteresadamente, cumpliendo en todo la voluntad divina.

Donde entra el sol, reina la salud; y donde no en-

(1) Obras T. I. Pg. 195.

tra el sol, entrará el médico, dice un axioma o apotegma higiénico, y nosotros también podemos asegurar, hablando de la salud espiritual, que en el alma donde entra el Sol divino, que es Jesus Sacramentado, impera la vida espiritual y en ella reina Jesucristo; porque con la presencia del divino Maestro, aprenderá el alma a hacer la voluntad de Aquel con cuyo cuerpo, sangre, alma y divinidad, se alimenta en la Eucaristía.

Caro remedio será para el Salvador; porque olvidos y ultrajes sufrirá en el Sacramento que eligió para ser en él el pan nuestro espiritual que cada día desciende del Cielo; pero el amor todo lo sufre y todo lo vence; y ya sabemos que el que nos muestra Jesus en la Eucaristía es el más tierno, el más intenso y el más infinito, que pudo fraguarse en el Corazón divino.

El amor recíproco hace que los ingratos olvidos y las ofensas a que se expone Jesus en la Eucaristía hieran profundamente a las almas enamoradas del Sacramento, como herían al corazón endiosado de la Santa de los seráficos amores eucarísticos, según se adivina por los lamentos y lastimeras exclamaciones que lanzaba en el papel cuando, escribiendo sobre las peticiones del Padre Nuestro, angustiosamente decía: «(1) Paréceme ahora a mí, debajo de otro mijor parecer, que visto el buen Jesus lo que había dado por nosotros, y cómo nos importa tanto darlo, y la gran dificultad que había, como está dicho, por ser nosotros tales y tan inclinados a cosas bajas, y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos, y no una vez, sino cada día, que aquí se

(1) Obras. T. II. Pg. 173.

debía determinar de quedarse con nosotros; y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del Eterno Padre. Porque aunque son una mesma cosa, y sabía que lo que El hiciese en la tierra lo haría Dios en el cielo, y lo tenía por bueno, pues su voluntad y la de su Padre era una; era tanta la humildad de el buen Jesus, que quiso como pedir licencia; porque ya sabía era amado de el Padre y que se deleitaba en El. Bien entendió que pedía más en esto, que ha pedido en lo demás; porque ya sabía la muerte que le habían de dar, y las deshonras y afrentas que había de padecer.

Pues ¿qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y tal hijo, y parándole, quisiera consentir se quedara con nosotros cada día a padecer? Por cierto, ninguno, Señor, sino el vuestro; bien sabeis a quién pedís. ¡Oh, válame Dios, qué gran amor de el Hijo, y qué gran amor de el Padre! Aun no me espanto tanto del buen Jesus; porque como había ya dicho *fiat voluntas tua* habíalo de cumplir como quien es. Sí, que no es como nosotros; pues como sabe la cumple con amarnos como a Sí, ansí andaba a buscar cómo cumplir con mayor cumplimiento, aunque fuese a su costa, este mandamiento.

Mas Vos, Padre eterno ¿Como lo consentistes? ¿Por qué queréis cada día ver en tan ruines manos a Vuestro Hijo? Ya que una vez quisistes lo estuviese y lo consentistes, ya veis cómo le pararon ¿Como puede vuestra piedad cada dia, verle hacer injurias? ¡Y cuántas se deben hoy hacer a este Santísimo Sacramento! ¡En qué de manos enemigas suyas le debe de ver el Padre! ¡Qué de desacatos de estos herejes!

¡Oh Señor Eterno, cómo aceptáis tal petición, como lo consentís! No miréis su amor que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos ¡vuestro era de mirar, Señor mío! Ya que a vuestro Hijo no se le pone cosa delante, ¿por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa? Porque calla a todo, y no sabe hablar por sí sino por nosotros; pues, ¿no ha de haber quien hable por este amantísimo Cordero? He mirado yo, como en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero y pide que le deis este pan de cada día, y torna a decir *dádnoslo hoy, Señor.* Pone también delante a su Padre; es como decirle, que ya una vez nos le dió para que muriese por nosotros, que ya nuestro es; que no nos le torne a quitar hasta que se acabe el mundo; que le deje servir cada día. Esto os enternezca el corazón, hijas mías, para amar a vuestro Esposo; que no hay esclavo que de buena gana diga que lo es, y el buen Jesus parece se honra de ello.

¡Oh Padre Eterno, que mucho merece esta humildad! ¡Con qué tesoro compramos a vuestro Hijo! Venderle, ya sabemos que por treinta dineros; mas para comprarle, no hay precio que baste. Como se hace aquí una cosa con nosotros por la parte que tiene de nuestra naturaleza, y como Señor de su voluntad, lo acuerda a su Padre; que pues es suya, que nos la puede dar; y ansí dice: *pan nuestro.* No hace diferencia de El a nosotros; mas hacémosla nosotros de El, para no nos dar cada día por Su Majestad.»

CAPÍTULO VII

En la petición «el pan nuestro de cada día, dánosle hoy» suplicamos a Dios, principalmente, que nos conceda el pan del Santísimo Cuerpo de Jesucristo para recibirle todos los días en nuestras almas.—La Eucaristía es el alimento del alma, como el maná lo fué de los israelitas, y el que come de ese pan vivirá eternamente.—Distinta manera de preocuparnos por que no nos falte el alimento cotidiano del alma y del cuerpo.

«Prosigue en la mesma materia, es muy bueno para despues de haber recibido al Santísimo Sacramento.»

Con estas palabras comienza Santa Teresa el capítulo XXXIV del *Camino de Perfección;* y todo él lo consagra a exponer la petición cuarta del Padre Nuestro y que se refiere, ante todo, a pedir el Pan celestial, que es el alimento del alma en la comunión.

Por virtud de ese divino alimento, que el alma debiera recibir cotidianamente, puesto que le pide para cada día, se efectua en ella una admirable transformación, al recibir la vida de Cristo, Es decir; que así co-

mo el Hijo de Dios, mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y la vida de Dios, y todas las perfecciones, virtudes y operaciones de Dios; de suerte que es Dios como su Padre, y vive en su Padre y por su Padre, y es santo, sabio y poderoso como El, con un mismo sentir, querer y obrar; así tambien, el que comulga recibe y participa, de la manera que es posible, el ser, la vida y el modo de sentir, obrar y amar como Cristo, según aquellas palabras que San Agustin puso en labios de Jesus y refiriéndose al que comulga:

«*No me mudarás tu a mí en tí, sino que yo te mudaré y transformaré en mí.*»

Con ese fin se quedó en la Eucaristía, y que no nos falte en los días de nuestra vida pedimos al Señor, cuando le decimos en la oración dominical, que nos dé el Pan nuestro de cada día, según la bellísima interpretación de la Mística Doctora.

«(1) Pues en esta petición de cada día, parece que es para siempre. Estando yo pensando, por qué después de haber dicho el Señor: *cada dia*, tornó a decir: *dánoslo, hoy, Señor.*

Ser nuestro cada día, me parece a mí, porque acá le poseemos en la tierra y le poseeremos también en el Cielo, si nos aprovechamos bien de su compañía, pues no se queda para otra cosa con nosotros, sino para ayudarnos y animarnos y sustentarnos a hacer esta voluntad, que hemos dicho se cumpla en nosotros.

El decir *hoy*, me parece es para un día, que es

(1) Obras. T. II. Pg. 176.

mientras durare el mundo, no más; y bien un día. Y para los desventurados que se condenan, que no le gozarán en la otra, no es a su culpa si se dejan vencer, que El no los deja de animar hasta el fin de la batalla; no ternán con qué se disculpar ni quejarse del Padre porque se le tomó al mijor tiempo. Y ansí le dice su Hijo, que, pues no es más de un día, se le deje ya pasar en servidumbre; que pues Su Majestad ya nos le dió y envió a el mundo por sola su voluntad, que El quiere ahora por la suya propia no desampararnos, sino estarse aquí con nosotros para más gloria de sus amigos y pena de sus enemigos. Que no pide más de hoy, ahora nuevamente, que el habernos dado este pan sacratísimo; para siempre Su Majestad nos le dió, como he dicho, este mantenimiento y maná de la humanidad; que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre; que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación. No hay necesidad, ni trabajo ni persecución que no sea facil de pasar si comenzamos a gustar de los suyos.»

Durante cuarenta años hizo Dios que bajase diariamente del cielo el maná, para que de él se alimentase su pueblo escogido, hasta llegar a la tierra de promisión.

Todos los días en la mañana, a no ser del sábado, debían los israelitas recogerlo, para sustentarse, hasta poderse saciar, de tan rico y celestial manjar durante el día, y era de gusto tan dulce y exquisito que cada cual podía saborearlo, sin hastiarse, a su placer.

Al maná del desierto comparó Jesucristo el Pan de

su sacratísimo Cuerpo, que pedimos en la oración del Padre Nuestro, cuando dijo a los judíos: *vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; los que se alimentan de este Pan vivirán eternamente.*

Y puesto que nos enseñó a pedir ese Pan divino para cada día de nuestra vida, parece inferirse que la voluntad de Jesucristo es que le recibamos todos los días en la Eucaristía; como diariamente comulgaba Santa Teresa, contra la universal costumbre de entonces, una vez que se la dió a gustar la suavidad espiritual que se siente cuando con verdadero amor se acerca el alma al Santísimo Sacramento.

Los fieles de los primeros siglos del cristianismo, que lo fueron de fe robusta y firme, se alimentaban diariamente con el Pan vivo que forma los mártires y engendra las vírgenes, y muchos de ellos contínuamente le llevaban oculto en el seno y junto al corazón; y en nuestros días ha manifestado la Iglesia por el Romano Pontífice de la Eucaristía, Pío X, sus más vehementes deseos de restablecer la comunión frecuente, entre los cristianos, hasta llegar a la diaria, y todos debemos cooperar activa y pasivamente a la realización de tan excelente deseo y santo pensamiento. Pues es indudable, que hasta que las almas no vuelvan a tener verdadera fé en Jesucristo presente en la Eucaristía, y tornen a alimentarse con frecuencia, cada dia, con el Cuerpo del Señor, la vida espiritual y religiosa de los fieles será lánguida, y carecerá de alientos, de energías, de fuerza para manifestarse y dejarse sentir en los organismos sociales y en la vida pública de las naciones, en las que reinar debe, desde

el Tabernáculo con el imperio del amor, el que es por muchos títulos Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Cuando los cristianos, en cumplimiento de los deseos de Jesucristo y de la Iglesia, tomen la santa costumbre de acercarse cada dia, antes de entregarse a sus habituales ocupaciones, a recibir el Pan de los fuertes, es cuando podrán gozar de la paz inalterable de conciencia que les facilitará el cumplimiento de las obligaciones, contribuyendo, al mismo tiempo, a la deseada paz social; pues en comulgando, como dice Santa Teresa, *no habrá necesidad, ni trabajo, ni persecución que no se haga facil y llevadero;* entonces es cuando el alma exclamar puede con el Apostol: *todo lo puedo en Aquel que me conforta;* y en sus oidos resonarán gratamente aquellas célebres letrillas que compuso la inspirada Santa.

Nada te turbe,
Nada te espante;
Todo se pasa;
Dios no se muda;
La paciencia
Todo lo alcanza
Quien a Dios tiene,
Nada le falta
Sólo Dios basta.

«(1) Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros... Ya me parece iba sin camino

(1) Obras T. I. Pg. 209.

si Vos no me tornárades a él, que en veros cabe mi, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo que mirándoos a Vos cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga bueno de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Es ayuda y da esfuerzo, nunca falta; es amigo verdadero.»

Otra cosa notable y digna de que la consideremos es, dice la Santa respecto al gusto espiritual que siente el alma al recibir la Eucaristía: *que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolación.* Con estas palabras parece querer decir, que el alma piadosa puede gustar y saborear las ternuras espirituales que se sienten ante la cuna de Belén, y los dolores de Cristo en su pasión, y las alegrías del día de Resurrección, en la Eucaristía, ya se esté delante del Santísimo visitándole devotamente o se le reciba en la Comunión, pues en ella se nos dan a gustar los variados afectos que despiertan en el alma los distintos misterios de la vida del Salvador, y, por tanto, que aunque cada día nos alimentemos de ese Pan, que pedimos no nos falte, es de un gusto tan especial y variado, que cada día nos sabrá el divino manjar, según le consideremos y contemplemos al recibirle en nuestras almas.

A pedir ese Pan de los Angeles al Padre celestial, exhorta Santa Teresa a sus amadas hijas, en esta forma: «(1) Pedid vosotras, hijas, con este Señor a el Padre que os deje hoy a vuestro Esposo, que no os

(1) Obras. T. II. Pg. 177.

veais en este mundo sin Él; que baste para templar tan gran contento que quede tan disfrazado en estos acidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo; mas suplicadle que no os falte, y que os de aparejo para recibirle dignamente.

De otro pan, no tengais cuidado las que muy de veras os habeis dejado en la voluntad de Dios; digo en estos tiempos de oración que tratáis cosas más importantes, que tiempos hay otros para que trabajeis y ganeis de comer. Mas con el cuidado, no cureis gastar en eso el pensamiento en ningún tiempo; sino trabaje el cuerpo, que es bien procureis sustentaros, y descanse el alma. Dejad ese cuidado, como largamente queda dicho, a vuestro Esposo, que El le terná siempre.

Es como si entra un criado a servir; tiene cuenta con contentar a su señor en todo; mas él está obligado a dar de comer a el siervo mientras está en su casa y le sirve; salvo si no es tan pobre, que no tiene para sí ni para él. Acá cesa esto; siempre es y será rico y poderoso. Pues no sería bien andar el criado pidiendo de comer, pues sabe tiene cuidado su amo de dárselo y le ha de tener. Con razón le dirá, que se ocupe él en servirle y en cómo le contentar; que por andar ocupado el cuidado en lo que no le ha de tener, no hace cosa a derechas.

Ansí que, hermanas, tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan; nosotras pidamos a el Padre Eterno merezcamos recibir el nuestro pan celestial. De manera que, ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle por estar tan encubierto, se descubra a

los del alma y se le dé a conocer; que es otro mantenimiento de contentos y regalos, y que sustenta la vida.»

¡Hermosos pensamientos! A Dios debemos pedir con Jesucristo el pan del alma y el pan para el cuerpo, confiados en que no nos faltará; pero mientras oramos y confortamos el espíritu en la comunión, no nos preocupemos de otro pan que del que se nos ofrece en el Santísimo Sacramento, y luego de haber orado y asistido a la misa y comunión, es cuando nos debe preocupar el que tampoco nos falte el otro alimento, *trabajando y ganando que comer.*

Todo un tratado de sociología cristiana, que si se divulgase, llevándolo a la práctica, resolvería pavorosos problemas, que tienen agitado y conmovido al mundo entero.

CAPÍTULO VIII

La Eucaristía es también medicina para los males del cuerpo, como en sí misma lo experimentó Santa Teresa de Jesus. - Razones que alega la Santa para demostrar la conveniencia de que Jesucristo se quedara oculto bajo de los accidentes eucarísticos. - Modo práctico, que nos enseña la Santa, de aprovechar los momentos de la Comunión, sin volver la espalda al divino Huesped.

Auxilio poderoso y eficaz medicina para el alma y para el cuerpo es la Sagrada Eucaristía, según se desprende de la oración, que, inmediatamente antes de comulgar y como disposición próxima para recibir al Señor, dice el sacerdote en la Santa Misa: *sed protua pietate prosit mihi ad tutamentum mentis et córporis et ad medélam percipiéndam.*

Y no es que pidamos milagros a Dios, cuando le pedimos sane las enfermedades corporales; que aunque en su omnipotente mano está el emplear esos medios extraordinarios para remediar nuestros males, no carece de otros que caen dentro de lo que de ordinario ocurrir puede en la oración, o en la vida íntima de relaciones con el Señor; pues Dios que se comunica con las almas por el lenguaje divino de las inspiraciones,

puede ilustrar y mover al médico, al mismo enfermo o a la familia de éste a que se aplique una medicina al paciente o tome una resolución profiláctica, por donde le venga la salud al enfermo.

¡Cuántas veces la salud apetecida viene a consolar a una familia, sin que ni los médicos acierten a explicarse la causa de aquella mejoría.

Y si nadie puede negar a Dios la facultad de intervenir con sus inspiraciones en las determinaciones de los individuos, sin menoscabo de la libertad que le es natural al hombre ¿no podrá realizarlo Jesus Sacramentado, que viene al alma del que le recibe como Padre, Maestro, Amigo y *Médico?*

«(1) ¿Pensáis que no es mantenimiento aun para estos cuerpos este Santísimo Manjar, y gran medicina aun para los males corporales?

Yo sé que lo es, y conozco una persona (habla de ella misma) de grandes enfermedades, que estando muchas veces con graves dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario y de males muy conocidos, que no se podían fingir, a mi parecer. Y porque de las maravillas que hace este Santísimo Pan en los que dignamente le reciben son muy notorias, no digo muchas que pudiera decir desta persona que he dicho, que lo podía yo saber y sé que no es mentira.»

Y en la primera de sus Relaciones dice al mismo propósito. «(2) Una cosa me espanta, que estando de esta suerte, (dolorido el cuerpo y turbada el alma) una

(1) Obras. T. II. Pg. 178.
(2) Obras. T. V. Pg. 57.

sola palabra de las que suelo entender, u una visión, u un poco de recogimiento, que dure un Avemaría, *u en llegando a comulgar*, queda el alma y el cuerpo tan quieto, tan sano y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suelo.

Y tengo expiriencia de esto, que son muchas veces; al menos *cuando comulgo*, ha más de medio año que notablemente siento clara salud corporal, y con los arrobamientos algunas veces. Y dúrame más de tres horas algunas veces, y otras todo el día estoy con gran mijoría, y, a mí parecer, no es antojo; porque lo he echado de ver y he tenido cuenta de ello. Ansí que, cuando tengo este recogimiento, no tengo miedo a ninguna enfermedad.»

El alma enamorada de Jesus Sacramentado, que gusta de visitarle y recibirle con frecuencia en la Eucaristía, siente, en ocasiones, verdaderas ansias de ver con los ojos del cuerpo o de alguna otra manera a su amado Esposo, de quien dijo el Espíritu Santo que era el más hermoso de los hijos de los hombres; y Santa Teresa, opinando rectamente que la perfección y santidad no están en las visiones sobrenaturales, sino en las virtudes sólidas y bien fundamentadas, quiso salir al encuentro de esos peligrosos deseos, que por nacer, las más de las veces, del amor propio y no del amor de Dios, y porque conducen a la vanagloria y bobería espiritual, pueden convertir a las almas buenas de vírgenes prudentes en vírgenes fátuas y necias.

Y así dice «(1) Y que no piense que por tener una

(1) Obras. T. III. Pg. 187.

hermana cosas semejantes, (viene hablando de las visiones y arrobamientos) es mejor que las otras: lleva el Señor a cada una como ve que es menester. Aparejo es para venir a ser muy sierva de Dios, si se ayuda; mas a las veces lleva a Dios por este camino a las más flacas; y ansí no hay en esto por qué aprobar ni condenar, sino mirar a las virtudes, y a quien con más mortificación y humildad, y limpieza de conciencia sirviere a Nuestro Señor, que esa será la más santa; aunque la certidumbre poco se puede saber acá, hasta que el verdadero Juez dé a cada uno lo que merece.»

Cuando el alma sienta pena por no ver a Jesucristo en el Sacramento, bueno la sería recordar las atinadas razones que da la Santa de porque quiso Jesus quedarse oculto en los accidentes eucarísticos. «(1) Si os da pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene; que es otra cosa verle glorificado, u cuando andaba por el mundo; no habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él; porque en ver esta verdad eterna, se veria ser mentira y burlas todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Majestad, ¿cómo osaría una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca de El? Debajo de aquel pan está tratable; porque si el rey se disfraza, no parece se nos daría nada de conversar sin tantos miramientos y respetos con El; parece está obligado a sufrirlo, pues se disfrazó. ¡Quien osara llegar con tanta tibieza, tan indinamente, con tantas imperfecciones!

¡Oh, cómo no sabemos lo que pedimos, y cómo lo

(1) Obras T. II. Pg. 180.

miró mijor su sabiduría! Porque a los que ve se han de aprovechar de su presencia, El se les descubre; que aunque no le vean con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse a el alma por grandes sentimientos interiores y por diferentes vias. Estaos vos con El de buena gana; no perdáis tan buena sazón de negociar como es la hora después de haber comulgado. Si la obediencia os mandare, hermanas, otra cosa, procurad dejar el alma con el Señor; que si luego llevais el pensamiento a otra, y no haceis caso ni teneis cuenta con que está dentro de vos, ¿cómo se os ha de dar a conocer? Este, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, y que le oyamos y besemos los pies porque nos quiso enseñar, y le supliqueis no se vaya de con vos.»

Ciertamente: si Jesucristo se hubiese quedado con nosotros glorificado, como quedó para siempre después de su resurrección y está en el cielo ¿quién de los mortales se atrevería a acercarse a El, y mucho menos a recibirle? Si los apóstoles, que por unos momentos le vieron en el Tabor radiante de luz y hermosura, querían permanecer allí contínuamente, sin acordarse que eran hombres y vivían en este mundo ¿sería posible la vida esta de miserias, después de haber contemplado las bellezas divinas del Salvador?

¡Bien dice la Santa, que *mijor fué su sabiduría*, al quedarse bajo los accidentes de pan y de vino, para que, recibiéndole a manera de comida y bebida, fuese el alimento de nuestras almas y prenda segura de futura y eterna vida!

Cuando comulgamos, permanece Jesucristo real y verdaderamente dentro de nosotros, *mientras no con-*

sume el calor natural los accidentes del pan, que decía la Santa; y, por eso, la gustaba comulgar con formas de regulares dimensiones, aunque en ocasiones hubiera quien la probaba la paciencia y el amor, partiéndoselas al comulgar, como una vez así lo hizo San Juan de la Cruz, según lo refiere ella.

En momentos tan felices y dichosos para el alma, debe recogerse y fijar toda la atención en el divino Huésped, y ofrecerle cuanto es y tiene, según a ello nos exhorta la Santa de los seráficos amores eucarísticos. «(1) Mas acabando de recibir a el Señor, pues teneis la mesma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los de el alma, y miraros al corazón; que yo os digo, y otra vez lo digo, y muchas lo querría decir, que si tomais esta costumbre todas las veces que comulgardes, y procurad tener tal conciencia que os sea lícito gozar a menudo de este Bien, que no viene tan disfrazado, que, como he dicho, de muchas maneras no se dé a conocer conforme a el deseo que tenemos de verle; y tanto lo podeis desear, que se os descubra del todo.

Mas si no hacemos caso de El, sino que en recibiéndole nos vamos de con El a buscar otras cosas más bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hános de traer por fuerza a que le veamos que se nos quiere dar a conocer? No, que no le trataron tan bien cuando se dejó ver a todos a el descubierto, y les decía claro quién era; que muy pocos fueron los que le creyeron. Y ansí harta misericordia nos hace a todos, que quiere Su Majestad entendamos que es El el que está en el San-

(1) Obras. T. II. Pg. 181.

tísimo Sacramento. Mas, que le vean descubiertamente y comunicar sus grandezas y dar de sus tesoros, no quiere sino a los que entienden que mucho le desean, porque estos son sus verdaderos amigos; que yo os digo, que quien no lo fuere, y no llegare a recibirle como tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune porque se le dé a conocer. No vé la hora de haber cumplido con lo que manda la Iglesia, cuando se va de su casa y procura echarle de sí; ansí que, este tal con otros negocios y ocupaciones y embarazos del mundo, parece que, lo más presto que puede, se dá priesa a que no le ocupe la casa el Señor de él.»

Excelente método práctico para que el alma aproveche los instantes de la Sagrada Comunión. ¡Aislarse del mundo exterior, cerrando los ojos del cuerpo, para que el alma se entregue de lleno a adorar al Señor y a hablar amorosamente con El.

En cambio, dura reprensión lanza la Santa, aunque no tanto como se merecen, a los que, apenas reciben la Sagrada Hostia, vuelven la espalda a Jesus y se olvidan de sus finezas.

¡Desgraciados!

¡Qué tormento tendrán en la otra vida, por haberse atrevido a ultrajar al Señor en ese Sacramento, donde El puso el trono de amor a los hombres!

¡Vergüenza eterna y baldón ignominioso habrán de sufrir en la otra vida, por tamaña ingratitud!

CAPÍTULO IX

Con la Comunión sentía Santa Teresa que se apaciguaban las borrascas del espíritu.—Al comulgar se arrojaba, cual la Magdalena, a los pies del Señor para suplicarle la perdonase sus faltas.—Después de conversar con Jesus en la Comunión, querría dar voces como la Samaritana para que todos los hombres conociesen y amasen a Dios.—Tan vehementes deseos e ímpetus amorosos eran señales de su vocación al apostolado eucarístico, que emprenderá más tarde.

En el anterior capítulo pudimos ver que, comulgando, sentía Santa Teresa alivio en sus dolencias y enfermedades; y en el presente veremos que la Sagrada Comunión la apaciguaba las borrascas y tribulaciones del alma.

«(1) Algunas veces, y casi ordinario, al menos lo más contínuo, en acabando de comulgar descansaba, y aun algunas, en llegando al Sacramento, luego a la hora quedaba tan buena, alma y cuerpo, que yo me espanto. No me parece sino que en un punto se deshacen todas las tinieblas de el alma y salido el sol, conocía las tonterías en que había estado. Otras, con

(1) Obras. T. I. Pg. 302.

sola una palabra que me decía el Señor, con sólo decir: *No estés fatigada: no hayas miedo,* como ya dejo otra vez dicho, quedaba de el todo sana, u con ver alguna visión, como si no hubiera tenido nada. Regalábame con Dios, quejábame a Él cómo consentía tantos tormentos que padeciese; mas ello era bien pagado, que casi siempre eran después en gran abundancia las mercedes; no me parece sino que sale el alma del crisol, como el oro, más afinada y clarificada para ver en sí al Señor. Y ansí se hacen después pequeños estos trabajos, con parecer incomportables, y se desean tornar a padecer, si el Señor se ha de servir más de ello. Y aunque haya más tribulaciones y persecuciones, como se pasen sin ofender a el Señor, sino holgándose de padecerlo por Él, todo es para mayor ganancia; aunque como se han de llevar, no los llevo yo, sino harto imperfectamente.»

Mientras peregrinamos por este mundo, sea cualquiera nuestra posición y en todos los estados que puede abrazar el hombre, estamos expuestos a sufrir esas aflicciones y congojas de espíritu, que torturan tan cruelmente al alma, sin que en nada de esta vida se experimente alivio y consuelo, y hasta molestan y como si exacerbaran más las penas, los recreos y diversiones del mundo.

La trágica muerte de una persona allegada y querida; una infamia recibida de alguien que por gratitud estaba obligado a otra cosa; el peso de una grave calumnia; la pérdida de los bienes de fortuna; la molesta tentación que con insistencia pretende perdernos, o que el crimen haya llegado hasta el umbral del hogar doméstico, deshonrado por alguno de la familia etcéte-

ra, etc., son desgracias que crean situaciones difíciles para el alma y la ponen en condiciones de que el demonio la dispare el último proyectil con el soplo de una desesperación cobarde y repugnante.

En tan crítico estado de ánimo, no cabe otro recurso que el de dirigir los ojos a Dios e ir a buscarle al Sagrario para visitarle y recibirle, seguros de, como dice la Santa, que se sosegará la tormenta y volverá la calma ante el Sol del Tabernáculo, viendo a la luz de la Eucaristía la cosas de otra suerte; y al retirarnos de la compañía de Jesus Sacramentado, saldremos muy consolados y con fuerzas para hacer frente a todas las tentaciones y adversidades de esta miserable vida. ¡Dichosos los cristianos, que en los momentos de prueba encuentran en el Sagrario al Amigo verdadero, con quien desahogar su corazón atribulado y se alimentan con el Pan de los Fuertes que allí, por nuestro amor, se oculta y se encierra! ¡Después de estar unos momentos a los pies del Sagrario, no hay quien no salga consolado!

Todo pecado, aunque leve, considerado en cuanto ofende a un Dios de infinita bondad, es grave y digno de detestarse y llorarse con lágrimas de penitencia.

Por eso Santa Teresa, que no llegó a pecar mortalmente, se dolía tanto de sus faltas e imperfecciones, y, cuando comulgaba, se arrojaba a los pies del Señor para llorarlas a imitación de la Magdalena.

«(1) Era yo muy devota de la gloriosa Madalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, *en especial cuando comulgaba*, que como sabía estaba

(1) Obras. T. I. Pg. 83.

allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciendome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabia lo que decia, que harto hacía quien por sí me las consentía derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento; y encomendábame aquesta gloriosa santa para que me alcanzase perdón.»

Pecadora fué la Magdalena; mas todo se lo perdonó Jesucristo y la distinguió después como a hija muy querida y regalada suya, porque le amó mucho desde el dia que le conoció, desde el momento en que venciendo los respetos humanos y las maledicencias de los fariseos, fuése a arrojar a los pies de Jesus para regárselos con sus lágrimas de amor y penitencia y y enjugárselos luego, a falta de otro medio, con su larga y sedosa cabellera.

Por tan especiales rasgos que caracterizan a la penitente santa, los pecadores reconocidos y los amantes generosos e intrépidos de Jesus sienten singular devoción hacia ella, como la sentía Santa Teresa, que si no la siguió en lo de pecadora, aprendió de su firme decisión y valentía la manera de demostrar a Dios el verdadero y santo amor.

Los que, por desgracia nuestra, hemos ofendido al Señor con nuestros pecados, doblemente estamos obligados, a imitación de María, la penitente, a echarnos a los pies del Salvador, cuando, por la comunión, realmente le tenemos dentro de nosotros mismos; y los primeros afectos que debemos ofrecerle, sean de dolor por haberle ofendido, con el propósito de no volver a ofenderle, mediante su poderoso auxilio y la protección de la Santa de los seráficos amores eucarísticos.

De otra célebre mujer bíblica fué devota Santa Teresa desde niña que principió a venerarla en estampas de papel, que colocaba en las paredes de su aposento o entre las hojas de los libros de rezo: de la famosa Samaritana, de la que también aprendió la Santa a conversar con el Salvador.

«(1) Esto tiene los grandes ímpetus de amor que he dicho, a quien Dios los dá. Es como una fuentecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia riba. Al natural me parece este ejemplo u comparación de las almas que aquí llegan. Siempre está bullendo el amor y pensando qué hará; no cabe en sí, como en la tierra parece no cabe aquel agua, sino que la echa de sí. Ansí está el alma muy ordinario, que no sosiega, ni cabe en sí con el amor que tiene; ya la tiene a ella empapada en sí; querría bebiesen los otros, pues a ella no la hace falta, para que la ayudasen a alabar a Dios.

¡Oh que de veces me acuerdo del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana!, y ansí soy muy aficionada a aquel Evangelio. Y es ansí, cierto, que sin entender como ahora este bien, desde muy niña lo era, y suplicaba muchas veces a el Señor me diese aquel agua, y la tenía debujada adonde estaba siempre, con este letrero, cuando el Señor llegó al pozo: *Domine, dá mihi aquam.*»

Y en otro lugar dice: «(2) Acuérdome ahora lo que muchas veces he pensado de aquella santa Samaritana, y cuán bien había comprendido en su corazón las

(1) Obras T. I. Pg. 306.
(2) Obras. T. III. Pg. 309.

palabras del Señor, pues deja al mesmo Señor porque ganen y se aprovechen los de su pueblo, que da bien a entender esto que voy diciendo; y en pago de esta tan gran caridad, mereció ser creida, y ver el gran bien que hizo Nuestro Señor en aquel pueblo. Paréceme que debe ser uno de los grandísimos consuelos que hay en la tierra, ver uno almas aprovechadas por medio suyo. Entonces me parece se come el fruto gustosísimo de estas flores. Dichosos a los que el Señor hace estas mercedes; bien obligados están a servirle.

Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta a mí, es ver cómo la creyeron una mujer, y no debía ser de mucha suerte (distinción o calidad), pues iba por agua. De mucha humildad, sí; pues cuando el Señor le dice sus faltas no se agravió (como lo hace ahora el mundo, que son malas de sufrir las verdades); sino díjole que debía ser profeta. En fin, le dieron crédito, y, por solo su dicho, salió gran gente de la ciudad al Señor.

Ansí digo que aprovechan mucho los que después de estar hablando con Su Majestad algunos años, ya que reciben regalos y deleites suyos, no quieren dejar de servir en las cosas penosas, aunque se estorben estos deleites y contentos... y aprovecha más un alma de éstas con sus palabras y obras, que muchos que las hagan con el polvo de nuestra sensualidad, y con algún interés propio.»

Claramente dá a entender Santa Teresa con las anteriores palabras, que el alma, cuando está en compañía de Jesus Sacramentado, conversando con su Divina Majestad en la Eucaristía, como estuvo con Jesucristo la Samaritana junto al brocal del pozo, se

empapa bien del agua viva de la gracia y siente los ímpetus de tan cristalina agua que se agita por salir al exterior removiendo las arenillas de las dificultades, según el hermoso símil de las fuentecitas que ella había visto y observado; y por virtud de los amorosos y vehementes ímpetus se retira a veces del Señor por la obediencia, obligaciones y obras de celo, aunque dejando siempre con El el alma repleta de la gracia representada por el cántaro lleno de agua que dejó en el pozo la Samaritana, para manifestar y publicar lo que siente y cree del Señor, a fin de que otros le conozcan y le amen. Esto es; que no es posible estar con el Señor junto a la fuente de la Eucaristía, haciendo los oficios de María contemplativa, sin que, después, se sienta el alma Marta apostólica y activa. No otra cosa hizo Santa Teresa, a ejemplo de la Samaritana su predilecta santa; en la Eucaristía se saturó y empapó de amor divino, sintiendo también los ímpetus de aprovechar a las almas con un apostolado eucarístico, que no tardará en emprender por divina vocación, al que ya se sentía con inclinación, como lo revelan estas palabras que escribió después de hablar de la Samaritana. «(1) Alabe muy mucho a el Señor el alma que ha llegado aquí, y le da fuerzas corporales para hacer penitencia, u le dió letras y talentos y libertad para predicar y confesar y llegar almas a Dios; que no sabe ni entiende el bien que tiene, si no ha pasado por gustar qué es no poder hacer nada en servicio de el Señor y recibir siempre mucho. Sea bendito por todo y dénle gloria los ángeles. Amén.

(1) Obras. T. I. Pg. 307.

CAPÍTULO X

A la Eucaristía nos debemos acercar con humildad, pero sin escrúpulos, para ofrecernos y consagrarnos cual somos al Señor.—Original y donoso ofrecimiento, que de sí hizo la Santa a Dios.—Lenguaje que debemos usar para hablar con Dios, cuando le recibimos en la comunión.—Que también debemos emplear el lenguaje mudo de los bienaventurados del cielo.

A las almas que de veras se han consagrado a servir a Dios, o desean vivir piadosamente, mediante el cumplimiento de sus obligaciones y la práctica de la virtud, sea cualquiera el estado que profesen, con dificultad les propone directamente el demonio, para perderlas, la comisión de un pecado grave; indirecta y solapadamente, procurará el que los afectos del corazón, fomentados por disimuladas pasiones y esparcidos y divertidos entre las criaturas, se vayan apartando poco a poco de su centro, que es Dios; y después de disipado el espíritu o cansado y fatigado de la vida religiosa, planea el astuto Satán el asalto de la plaza que anhela conquistar.

La falsa humildad y las inquietantes dudas del es-

crupuloso suelen ser causa de que algunas almas no saquen el fruto debido en las comuniones, y arrastren una vida espiritual raquítica, lánguida y sin fuerzas para llevar a cabo algo grande e importante, con peligro inminente de extraviarse y dejar el camino emprendido.

Santa Teresa, que siempre tuvo espíritu claro, diáfano y recto, y que como ella decía, podría engañarse, pero jamás mentir ni dudar de querer agradar a Dios en todo, nunca fué escrupulosa ni tímida; y la humildad que poseía y practicaba era la verdadera, que tan magistralmente describió en sus escritos, la que acerca a Dios y es muy distinta de la del escrupuloso, que cruelmente le atormenta y ahoga todas sus energías y resoluciones.

«(1) Pues guardaos también, hijas, de unas humildades que pone el demonio, con gran inquietud de la gravedad de nuestros pecados, que suele apretar aquí de muchas maneras, hasta apartarse de las comuniones, y de tener oración particular, por no lo merecer, les pone el demonio; y cuando llegan a el Santísimo Sacramento, en si se aparejaron bien u no, se les va el tiempo que habían de recibir mercedes. Llega la cosa, a término de hacer parecer a un alma, que por ser tal la tiene Dios tan dejada, que casi pone duda en su misericordia. Todo le parece peligro lo que trata, y sin fruto lo que sirve, por bueno que sea. Dale una desconfianza, que se le cain los brazos para hacer ningún bien, porque le parece que lo que lo es en los otros, en ella es mal.

(2) Obras. T. II. Pg. 201.

Mirad mucho, hijas, en este punto que os diré, porque algunas veces podrá ser humildad y virtud teneros por tan ruin, y otras grandísima tentación; porque yo he pasado por ella, la conozco. La humildad no inquieta, ni desasosiega, ni alborota el alma, por grande que sea; sino viene con paz y regalo y sosiego, aunque uno de verse ruin entienda claramente merece estar en el infierno, y se aflige, y le parece con justicia todos le debían de aborrecer, y que no osa casi pedir misericordia. Si es buena humildad, esta pena viene con una suavidad en sí y contento, que no querríamos vernos sin ella; no alborota ni aprieta el alma, antes la dilata y hace hábil para servir más a Dios. Estotra pena todo lo turba, todo lo alborota, toda el alma revuelve, es muy penosa, Creo pretende el demonio que pensemos tenemos humildad, y si pudiese, a vueltas, que desconfiásemos de Dios.

Cuando ansí os hallardes, atajar el pensamiento de vuestra miseria lo más que pudierdes y ponedle en la misericordia de Dios, y en lo que nos ama y padeció por nosotros; y si es tentación, aun esto no podreis hacer, que no os dejará sosegar el pensamiento, ni ponerle en cosa, sino para fatigaros más: harto será si conoceis es tentación. Si os andais escondiendo del confesor u perlada, u si diciéndoos que lo dejeis no lo haceis, es clara tentación. Procurad, aunque más pena os dé, obedecer, pues en esto está la mayor perfección.»

Y en otro lugar dice: «(1) y ansí no querría que nadie os trajese desasosegadas, que es cosa dañosa ir

(1) Obras. T. II. Pg. 116.

con miedo este camino. Importa mucho entender que vais bien, porque en diciendo algún caminante que va errado y que ha perdido el camino, le hacen andar de un cabo a otro, y todo lo que anda buscando por donde ha de ir, se cansa y gasta el tiempo y llega más tarde.»

Aprendan en los anteriores párrafos a conocer los escrupulosos la triste y penosa enfermedad espiritual que padecen, y vean de aplicar el remedio que les señala la Santa Maestra, y se verán libres de sufrir tonta y ridículamente, dejando de ser, al mismo tiempo, el tormento de pacientísimos confesores y superiores.

De mano maestra está hecho el diagnóstico e indicado el tratamiento de la que pudiéramos llamar tísis con anemia general del alma, por la Doctora especialista, de fama mundial, en enfermedades del espíritu.

Característicos síntomas son del padecimiento, que consume lentamente la vida del alma, como la tisis la del cuerpo, el sentir la pena y tortura de una falsa humildad, que todo *lo turba, lo alborota y revuelve*, muy distinta de la pena que no *aprieta* ni encoge al alma, sino que la *dilata y hace hábil* para más servir a Dios; y síntoma muy especial es, igualmente, de ese estado *patológico espiritual*, que con facilidad pudiera degenerar en *mental*, es que el alma escrupulosa, por lo mismo que pone su santificación en examinarse y dudar, llegue a dejar la oración y comuniones, y que, si se acerca al Sacramento, pase el tiempo *en examinarse si está, o no, bien aparejada, en vez de estar recibiendo mercedes*.

Para tan raros enfermos, que así sienten el decaimiento de fuerzas espirituales porque los escrúpulos y fantásticas dudas no los permiten respirar el ambiente

puro y oxigenado de la Eucaristía, ni nutrirse del Pan divino que reconstituye y fortalece la vida recibida por el Bautismo, no hay otro tratamiento que el obedecer ciegamente al director, pues en esto *está la mayor perfección*, y en examinarse la conciencia *nada más* que en el tiempo y de las materias que le señale el confesor; convencida el alma de que el pecado se consuma en la voluntad que con plena deliberación quiere lo que es materia de pecado, y que no está la falta moral en los sentidos corporales ni en la imaginación; y por tanto, que al examinarse no lo haga de lo que imaginó o sintió, sino de lo que libre y advertidamente quiso imaginarse y sentir, pues en confundir el sentir con el consentir, que no es lo mismo, está, en la mayor parte de los casos, la raiz y origen de las desesperantes torturas del pobre escrupuloso.

Y por último, que después que el alma ha puesto los medios que la prudencia aconseja para ponerse a bien con Dios, confíe y tenga seguridad de que va bien por el camino de la salvación, y que cuando comulgue lo pase en adorar a Dios, hablar con El y ofrecerse, tal cual es y se considera, al que lleno de amor y misericordia tiene en su corazón, como veremos lo hacía la Santa de los seráficos amores eucarísticos.

«(1) Llegada un alma aquí, no es solo deseos los que tiene por Dios; Su Majestad la dá fuerzas para ponerlos por obra. No se le pone cosa delante en que piense le sirve a que no se abalance, y no hace nada, porque, como digo, ve claro que no es todo nada, si no contentar a Dios. El trabajo es que no hay que se

(1) Obras. T. I. Pg. 199.

ofrezca a las que son de tan poco provecho como yo. Sed Vos, Bien mío, servido, venga algún tiempo en que yo pueda pagar algún cornado (moneda del reinado de Sancho IV de Castilla) de lo mucho que os debo; ordenad Vos, Señor, como fuerdes servido, cómo esta vuestra sierva os sirva en algo. Mujeres eran otras y han hecho cosas heróicas por amor de Vos. Yo no soy para más de parlar, y ansí no quereis Vos, Dios mío, ponerme en obras; todo se vá en palabras y deseos cuanto he de servir; y aun para esto no tengo libertad, porque por ventura faltara en todo.

Fortaleced Vos mi alma y disponedla primero, bien de todos los bienes y Jesus mío, y ordenad luego modos como haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada. Cueste lo que costare, Señor, no querais que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conforme a las obras se ha de dar el premio. Aquí está mi vida, aquí está mi honra y mi voluntad; todo os lo he dado; vuestra soy; disponed de mí conforme a la vuestra. Bien veo yo, mi Señor, lo poco que puedo; mas llegada a Vos, subida en esta atalaya, adonde se vén verdades, no os apartando de mí, todo lo podré. ¡Oh, qué es un alma que se vé aquí, haber de tornar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, a gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos y la miseria de la vida...»

¡De esta suerte debemos sentir la presencia y el amor a Dios, cuando comulgamos; de esa calidad ha de ser la humildad de que nos hemos de revestir en su

divina presencia; con la misma generosidad y desprendimiento del amor propio, que vemos en el ofrecimiento de la Santa, hemos de consagrarnos nosotros a Jesus Sacramentado, si queremos que el Señor se recree en nuestras almas, pletóricas de vida eucarística!

Otro de los avisos que oportunamente dá la sabia Doctora, y que se debe tener muy en cuenta para los momentos de recibir la Sagrada Comunión, es que la voluntad sea la que actue, ejercitándose en actos de amor divino, y la que impere al entendimiento para que no la perturbe con pesados discursos que suelen ahogar los afectos del alma, en vez de fomentarlos, valiéndose, para la mayor inteligencia de lo que por experiencia había ella llegado a comprender, de símiles bonitos tomados de lo que su observador y penetrante espíritu había advertido durante el tiempo que se ocupaba en los humildes oficios de la cocina, en la que supo santificarse con tan elevado espíritu y fin recto como cuando se hallaba en el coro o traía entre manos los negocios más importantes de la Orden reformada.» (1) La razón que aquí ha de haber es entender claro que no hay ninguna, para que Dios nos haga tan gran merced, sino sola su bondad; y ver que estamos tan cerca, y pedir a Su Majestad mercedes... no con ruido de palabras, sino con sentimiento de desear que nos oiga. Es oración que comprende mucho, y se alcanza más que por mucho relatar el entendimiento.

Despierte en sí la voluntad algunas razones que de la mesma razón se representarán de verse tan mijora-

(1) Obras. T. I. Pg. 139.

da para avivar este amor, y haga algunos actos amorosos de qué hará por quien tanto debe, sin, como he dicho admitir, ruido del entendimiento, a que busque grandes cosas. Más hacen aquí al caso unas pajitas puestas con humildad (y menos serán que pajas si las ponemos nosotros), y más le ayudan a encender, que no mucha leña junta de razones muy doctas, a nuestro parecer, que en un credo la ahogarán. Esto es bueno para los letrados que me lo mandan escribir, porque por la bondad de Dios, todos llegan aquí, y podrá ser se les vaya el tiempo en aplicar escrituras; y aunque no les dejarán de aprovechar mucho las letras antes y después, aquí en estos ratos de oración, poca necesidad hay de ellas, a mi parecer, si no es para entibiar la voluntad, porque el entendimiento está entonces, de verse tan cerca de la luz con grandísima claridad, que aun yo, con ser la que soy, parezco otra... Ansí que en estos tiempos de quietud, dejar descansar al alma con su descanso; quédense las letras a un cabo; tiempo verná que aprovechen al Señor, y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, solo para servir a Su Majestad, porque ayudan mucho; mas delante de la Sabiduría infinita, creánme que vale más un poco de estudio de humildad y un acto de ella, que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza, y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba, como a la verdad lo es delante de su presencia, pues Su Majestad se humilla tanto, que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos. También se mueve el entendimiento a dar gracias muy compuestas; mas la voluntad, con

sosiego, con un no osar alzar los ojos con el publicano, hace más hacimiento de gracias, que cuanto el entendimiento, con trastornar la retórica, por ventura puede hacer.»

Y en otro sitio de su Vida dice de esta manera muda de entenderse Dios y el alma «(1) me parece es que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el cielo, y paréceme a mí, que ansí como allá sin hablar se entienden, lo que yo nunca supe cierto es ansí, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento, ansí es acá, que se entiende Dios y el alma con solo querer Su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse a entender el amor que se tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con solo mirarse. Esto debe ser aquí, que sin ver nosotros, como de hito en hito se miran estos dos amantes, como lo dice el Esposo a la Esposa de los Cantares, a lo que creo lo he oido que es aquí.

¡Oh benignidad admirable de Dios que ansí os dejáis mirar de unos ojos que tan mal han mirado como los de mi alma! Quedan ya, Señor, de esta vista acostumbrados a no mirar cosas bajas, ni que las contente ninguna fuera de Vos.»

(1) Obras. T. I. Pg. 262.

CAPÍTULO XI

Prosigue el mismo asunto; de el lenguaje que debemos emplear, hablando con Dios de la Eucaristía. Distintas maneras de ver a Dios en esta vida. —De cómo veía Santa Teresa a Jesucristo en la Sagrada Hostia.

Suele oirse con frecuencia de labios de personas piadosas, que ellas no aciertan a hablar con Dios, ni saben hacerlo como El se merece; lo cual arguye ignorancia u olvido de la infinita bondad de Dios, que gusta de conversar con las almas sencillas; y a la manera que los niños encantan a sus padres cuando apenas aciertan a articular palabras así el Señor se recrea oyendo a los humildes, que, balbuciendo y de manera tosca, pero respetuosa y sencillamente, expresan y le manifiestan lo que sienten y pasa en su corazón.

Mucho favorece, en ocasiones, el libro devoto para mejor tener fija la atención en el acto religioso que estamos practicando; mas durante los momentos que debemos estar recogidos y como reconcentrados en nosotros mismos para acompañar al que hemos recibido

sacramentalmente, antes bien estorba el libro para dirigirnos a El directamente, oir su amantísima y paternal voz y leer en ese libro vivo y divino, que se le dió a Santa Teresa, según en otra parte digimos, las pruebas del fino amor que nos profesa.

Veamos lo que de ello nos enseña Santa Teresa de Jesus.

«(1) Mas si habeis de estar, como es razón que se esté, hablando con tan gran Señor, que es bien estéis mirando con quien habláis, y quien soís vos, siquiera para hablar con crianza; porque ¿cómo podéis llamar a el rey alteza, ni saber las ceremonias que se hacen para hablar con un grande, si no entendéis bien qué estado tiene y qué estado teneis vos? Porque, conforme a esto, se ha de hacer el acatamiento y conforme a el uso, porque aun esto es menester también que sepais; si no, enviaros han por simple y no negociareis cosa. A mi me acaeció una vez, no tenía costumbre a hablar con señores, y iba por cierta necesidad a tratar con una que habia de llamar *señoria*; y es ansí que me lo mostraron deleteadro. Yo, como soy torpe y no la habia usado, en llegando allá, no lo acertaba bien; acordé decirle lo que pasaba y echólo en risa, porque tuviese por bueno llamarla *merced*, y ansí lo hice. Pues ¿qué es esto, Señor mio? ¿qué es esto, mi Emperador? ¿Cómo se puede sufrir? Rey sois, Dios mio, sin fin, que no es reino prestado el que teneis. Cuando en el Credo se dice; *vuestro reino no tiene fin*, casi siempre me es particular regalo.

Razón es que, ya que por la humanidad de este

(1) Obras T. II. Pg. 115.

Rey, si como grosera no sé hablar con él, no por eso me deja de oir, ni me deja de llegar a sí, ni me echan fuera sus guardas; porque saben bien los ángeles que están allí, la condición de su Rey, que gusta más de esta grosería de un pastorcito humilde, que ve que si más supiera más dijera, que de los muy sabios y letrados, por elegantes razonamientos que hagan, si no van con humildad.

Ansí que, no porque El sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos... Sí, llegaos a pensar y entender en llegando, con quien vais a hablar u con quién estais hablando. En mil vidas de las nuestras no acabaremos de entender cómo merece ser tratado este Señor, que los Angeles tiemblan delante de él; todo lo manda, todo lo puede; su querer es obra. Pues razón será, hijas, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener...»

Cuantos hayan leído algo de teología mística saben muy bien, que las almas favorecidas por Dios con gracias y dones celestiales pueden experimentar en su vida espiritual tres clases de visiones sobrenaturales: corporal, imaginaria e intelectual. La primera tiene lugar cuando se ven las cosas que Dios quiere manifestar al hombre, mediante los sentidos corporales.

Dios y los espíritus que no tienen cuerpo, no pueden naturalmente verse con esa clase de visión, ni el Cuerpo de Jesucristo que, en estado sacramental y a manera de sustancia, está presente en la Eucaristía; mas Dios puede hacer que aparezcan en formas sensibles que impresionen a los sentidos, como según se

lee en las Sagradas Escrituras, se apareció el Espíritu Santo en forma de paloma y los ángeles en figura humana. Esta visión, dice Santa Teresa es la más imperfecta y en la que más fácilmente cabe engaño del alma por parte del demonio.

La imaginaria consiste en que se vean las cosas mediante una representación de la misma en la fantasía o imaginación, y que por ser grabada sobrenaturalmente no puede el alma, por más que se empeñe, como dice la Santa, añadir o quitar algo de lo representado, según puede hacerlo en las imágenes por ella formadas.

La tercera y más perfecta es cuando se perciben inmediatamente en el entendimiento. De esta última dice Fr. Luís de León en una nota que puso en las obras de la Santa, y refiriéndose a una visión que tuvo Santa Teresa de la Santísima Trinidad lo siguiente: «(1) Aunque el hombre en esta vida, perdiendo el uso de los sentidos, y elevado por Dios, puede ver de paso su esencia, como probablemente se dice de San Pablo y de Moisén y de otros algunos, mas no habla aquí la Madre desta manera de visión, que aunque es de paso, es clara y intuitiva, sino habla de un conocimiento deste misterio que da Dios a algunas almas, por medio de una luz grandísima que les infunde; y no sin alguna especie criada. Mas porque esta especie no es corporal, ni que se figura en la imaginación, por eso la Madre dice que esta visión es intelectual y no imaginaria.»

(1) Obras. Morada séptima. C. I.

Veamos, ahora, cómo explica la insigne Doctora estas visiones sobrenaturales.

«(1) Un día de San Pablo, *estando en misa*, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad... Solo digo que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro, aun acá que se muestra Su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria; ¿qué será adonde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la ví con los ojos corporales, ni ninguna, sino con los ojos del alma. Dicen los que lo saben mijor que yo, que es más perfecta la pasada que ésta y ésta más mucho que las que se ven con los ojos corporales. Esta dicen que es la más baja y adonde más ilusiones puede hacer el demonio... Porque si estuviera muchos años imaginando como figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, por qué excede a todo lo de acá se puede imaginar, aun solo la blancura y resplandor.

No es resplandor que dislumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infunso, que da deleite grandísimo a la vista y no la cansa, ni la claridad que se ve para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan dislustrada la claridad del Sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa a la vista, que no se querrían abrir los ojos despues. Es como

(1) Obras. T. I. Pg. 270.

ver un agua muy clara, que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado y corre por encima de la tierra. No porque se representa sol, ni la luz es como la del sol; parece, en fin, luz natural, y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino que, como siempre es luz no la turba nada. En fin, es de suerte que, por gran entendimiento que una persona tuviese, en todos los dias de su vida podría imaginar como es. Y pónela Dios delante tan presto, que aun no hubiera lugar para abrir los ojos si fuera menester abrirlos... Esto tengo yo bien experimentado, como diré.

Lo que yo ahora querria decir, es el modo como el Señor se muestra por estas visiones... Diré, pues, lo que he visto por experiencia. El como el Señor lo hace, vuesta merced lo dirá mijor y declarará. Bien me parecia en algunas cosas que era imagen lo que via, más por otras muchas no, sino que era el mesmo Cristo, conforme a la claridad con que era servido mostrárseme. Unas veces era tan en confuso, que me parecia imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfectos que sean, que hartos he visto buenos. Es disbarate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni menos que la tiene una persona viva a su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que, en fin, se ve es cosa muerta. Mas dejemos esto, que aquí viene bien y muy al pié de la letra.

No digo que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia que de lo vivo a lo pintado, no más ni menos. Porque si es imagen, es imagen viva; no hombre muerto, sino Cristo

vivo. Y da a entender que es hombre y Dios; no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar sino que es el mesmo Señor, en especial *en acabando de comulgar*, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fé. Represéntase tan señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma, se vé consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mio, quien pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis! Y cuán Señor de todo el mundo y de los cielos, y de otros mil mundos, y sin cuento mundos y cielos que Vos criárades, entiende el alma, sigún con la majestad que os presentáis... aquí veo que quèreis dar a entender a el alma cuán grande es y el poder que tiene esta sacratísima Humanidad junto con la Divinidad. Aquí se representa bien qué será el día de el juicio ver esta majestad de este Rey...»

Respecto a la visión intelectual veamos cómo explica y describe una de las más portentosas que el Señor la otorgó para que viera nada menos que el misterio de la Santísima Trinidad.

«(1) ...el Señor la junta (al alma) consigo; mas es haciéndola ciega y muda, como lo quedó San Pablo en su conversión, y quitándola el sentir cómo u de qué manera es aquella merced que goza; porque el gran delite que entonces siente el alma, es de verse cerca de Dios.

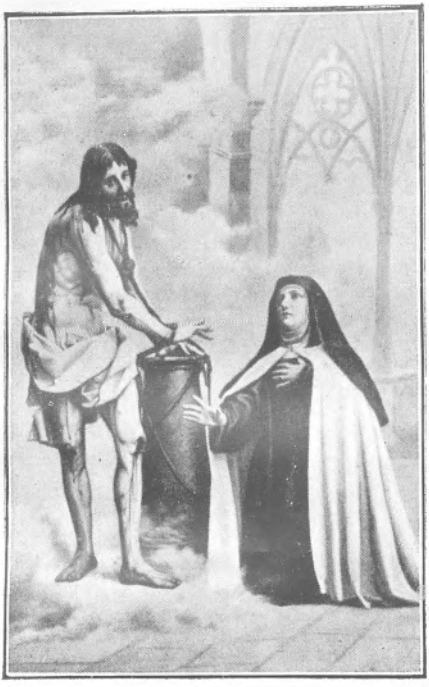
Aquí es de otra manera; quiere ya nuestro buen Dios quitarla las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por

(1) Obras. T. III. Pg. 214.

una manera extraña y metida en aquella Morada por visión intelectual; por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas, con una inflamación que primero viene a su espíritu, a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable, que se dá a el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber y un solo Dios; de manera que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria... ¡Oh, válame Dios! ¡Cuán diferente cosa es oir estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuan verdaderas son!...»

Y si su espíritu fué elevado a las alturas de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, para en ellas ver los arcanos del misterio de la Trinidad Beatísima ¿qué extraño es que el Verbo encarnado y sacramentado en la Eucaristía se manifestase en la Sagrada Hostia, con su sacratísima Humanidad resucitada y gloriosa a la seráfica alma de Teresa, enriquecida a manos llenas por el Señor con los frutos de la redención, hasta merecer ser desposada con Jesus y recibir en prenda uno de los clavos, que fijaron a su sagrado cuerpo en la Cruz?

Muchas veces se le aparecía en el Santísimo Sacramento Jesus con el cuerpo glorioso como en el día de la resurrección, y algunas para infundirla alientos y fortaleza en las penas y consolarla en las tribulaciones se le mostraba dolorido y con las llagas abiertas; pues en los misterios de la pasión se muestra Jesucristo co-



Amarrado a la columna.

Casi siempre se me representaba el Señor ansi resucitado y en la Hostia *lo mesmo, si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas...*

mo vivo ejemplar del que padece en esta vida; y no hay dolores ni tribulación, por los que pueda pasar el hombre, hasta los sufridos en los momentos de subir las escaleras de un cadalso, que, mirando a Cristo camino del calvario o pendiente en la cruz, no queden mitigados y el paciente se sienta con fuerzas y consuelos extraordinarios.

«(1) Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado y en la *Hostia* lo mesmo, si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz, y en el huerto; y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz también algunas veces, para, como digo necesidades mias y de otras personas, mas siempre la carne glorificada... «Y para probar que estas visiones eran obra de Dios y no de la imaginación, dice en la misma página antes citada» ¿cómo podríamos representar con estudio la Humanidad de Cristo, y ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo si en algo se habia de parecer a ella. Bien la puede representar delante de su imaginación y estarla mirando algún espacio, y las figuras que tiene, y la blancura, y poco a poco irla más perfeccionando y encomendando a la memoria aquella imagen. Esto ¿quién se lo quita? pues con el entendimiento la pudo fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay de esto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor lo quiere representar, y como quiere, y lo que quiere. Y no hay quitar y poner, ni modo para ello

(1) Obras. T. I. Pg. 283.

aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver.

Dos años y medio me duró que muy ordinario me hacia Dios esta merced. Habrá más de tres que tan contino me la quitó de este modo con otra cosa mas subida, como quizá diré después, y con ver que me estaba hablando y yo mirando aquella gran hermosura, y la suavidad con que habla aquellas palabras por aquella hermosísima y divina boca, y otras veces con rigor, y desear yo en extremo entender el color de sus ojos, u del tamaño que era, para que lo supiese decir, jamás lo he merecido ver, ni me basta procurarlo, antes se me pierde la visión de el todo... Ansí que aquí no hay que querer y no querer. Claro se ve quiere el Señor que no haya sino humildad y confusión y tomar lo que nos dieren, y alabar a quien lo dá. Quiere el Señor que veamos muy claro no es esta obra nuestra, sino de Su Majestad; porque muy menos podemos tener soberbia, antes nos hace estar humildes y temerosos, viendo que como el Señor nos quita el poder para ver lo que queremos, nos puede quitar estas mercedes y la gracia, y quedar perdidos.»

CAPÍTULO XII

Después de comulgar veía Santa Teresa a Jesucristo en su alma como en un clarísimo espejo.—En la Hostia vió a Cristo que la habló para darla algunos avisos de gran provecho para el P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus.—De ver al Señor la quedó su divina imagen tan grabada en el alma, que perdió la afición y gusto hacia todo lo de aquí abajo.

La perfección y santidad del cristiano giran sobre estas dos verdades, que les sirven de punto de apoyo: el conocimiento de Dios y el conocimiento de si mismo. Por alcanzar esos dos conocimientos de tanta utilidad y provecho repetía con frecuencia San Agustín, cuando hablaba con el Señor en la oración, estas fervorosas súplicas: *¡noverim me, noverim te!* ¡Señor, haz que yo te conozca, y me conozca a mí!

Cuanto más se conoce a Dios en sus atributos y perfecciones, más digno de ser amado le presenta el entendimiento a la voluntad, para que, sin reserva y sobre todas las cosas, le ame cual El se merece; y cuanto mayor sea el conocimiento que el hombre al-

cance de sí, entenderá mejor lo que realmente es y lo que debe ser con relación a su último fin, que es Dios.

Por esa razón, los ejercicios cotidianos que se practican en la vida espiritual, y se consideran en ella fundamentales y necesarios, son la meditación y el examen; mediante la primera, y los auxilios de la gracia, el hombre se entra con su entendimiento en el mundo de lo sobrenatural, para conocerle en sus elevados y consoladores misterios y mejor poder amar y servir al Señor de todo lo criado; con el segundo profundiza cada día en el propio conocimiento y se consolida y afianza en su espíritu la virtud de la humildad, que ahuyenta el peligro de venirse abajo el edificio de la santidad.

Difícil es el conocer a Dios, que necesariamente ha de ser un misterio o conjunto de misterios para el pobre y limitado entendimiento humano; y solo con las luces de la fe y las que al alma llegan del cielo al recibir la Eucaristía, es como el hombre puede vislumbrar algo de las grandezas y excelencias divinas.

Para el propio conocimiento, también se ofrecen obstáculos y dificultades, con los que ha de luchar el hombre toda la vida; principalmente con el amor propio, que si cuando está rectamente ordenado es una gran virtud, por la caridad que, en ese caso, consigo demuestra tener, cuando se desordena en sus fines y operaciones, se llama egoismo, y puede llegar hasta la egolatría. Y como ese amor de sí mismo radica en la misma naturaleza del individuo, suele entrometerse el egoismo tan sutilmente y con disimulados disfraces en las operaciones internas y externas del mismo, que, en ocasiones, muchos de los actos de humildad y de

religión que se practican, son, en verdad, de refinado amor propio, con lo que resulta el primer engañado el propio agente, que pretende humillarse y aparecer devoto ante los demás.

Aplicando el entendimiento, en la meditación y en el examen, a conocernos con entera imparcialidad y desasimiento del yo, mucho podremos aprovechar en la ciencia de conocernos; pero efecto de pasar la luz del entendimiento por el corazón, que cual la lente biconvexa tiene la propiedad de invertir los objetos, presentándolos al revés, y de dirigir y acumular los rayos hacia un punto céntrico que, precisamente, es el yo de la persona, con dificultad llegamos a conocernos tal cual somos, hasta humillarnos con la humildad no aparente ni fingida, sino de la verdad, según vimos que definía aquella importante virtud Santa Teresa de Jesus.

El mejor y más eficaz medio de alcanzar esos dos conocimientos, el de Dios y el de nosotros mismos, es el de comulgar con frecuencia, recibiendo al que es la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, pero de modo especial ilumina al alma del que le recibe en la Eucaristía como de sí habla la Santa de los seráficos amores eucarísticos.

«(1) Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma y parecióme ser como un espejo claro todo, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo Nuestro Señor como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le

(1) Obras. T. I. Pg. 443.

vía claro como en un espejo, y también este espejo, yo no sé decir cómo, se esculpía todo en el mesmo Señor por una comunicación, que yo no sabré decir, muy amorosa. Sé que me fué esta visión de gran provecho, cada vez que se me acuerda, *en especial cuando acabo de comulgar.*»

Si con la claridad que despide un limpio espejo, iluminado a todo sol de pleno medio día, veia Santa Teresa a Cristo dentro de sí y a su alma bañada con los resplandores que sobre su espíritu proyectaba Jesus, singularmente después de comulgar; y el amor de su voluntad guardó por otra parte relación con el conocimiento adquirido por el entendimiento divinamente encendido e iluminado en la comunión, bien puede tenérsela y ser llamada Angel desterrado de la gloria, por sus visiones intelectuales, y Serafín encarnado, por el amor a Dios, que plugo hacer de su alma un cielo.

Todavía alcanzaba más la vista de Teresa iluminada por los resplandores eucarísticos; porque se la revelaron futuros contingentes y llegó su mirada a penetrar en el santuario de la conciencia humana; cosas ambas reservadas únicamente a Dios, pues ni siquiera los ángeles pueden leer en el libro de los futuros libros ni entrar en el tabernáculo de la conciencia de los hombres. Veamos lo que nos refiere ella del P. Baltasar Alvarez, de la Compañia de Jesus.

«(1) Del Rector de la Compañia de Jesus, que algunas veces he hecho dél mención, he visto algunas cosas de grandes mercedes que el Señor le hacia, que

(1) Obras. T. I. Pg. 413.

por no alargar no las pongo aquí. Acaecióle una vez un gran trabajo, en que fué muy perseguido y se vió muy afligido. Estando yo un día oyendo misa, vi a Cristo en la cruz cuando alzaban la *Hostia;* díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras previniéndole de lo que estaba por venir y puniéndole delante lo que había padecido, por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho consuelo y ánimo, y todo ha pasado despues como el Señor me lo dijo. De los de la Orden de este Padre, que es la Compañia de Jesus, toda la Orden junta, he visto grandes cosas: Vilos en el cielo con banderas blancas en las manos algunas veces; y, como digo, otras cosas he visto de ellos de mucha admiración, y ansí tengo esta Orden en gran veneración, porque los he tratado mucho y veo conforma su vida con lo que el Señor me ha dado de ellos a entender.»

Vamos ya viendo con cuánta frecuencia y con cuánta familiaridad se manifiesta Jesus a Teresa en la Sagrada Eucaristía; puede decirse que su vivir, su conversación y su trato está con Cristo en el Sacramento del Altar, y por verle y oirle tan contínuamente se grabó de manera indeleble la imagen divina en su alma, siendo su regalo el contemplarla, y perdiendo el gusto y la afición a lo de la tierra.

«(1) De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día; porque para esto bastaba solo una vez, cuanti más tantas como el Señor me hace esta merced... (2) Quedóme una verdad

(1) Obras. T. I. Pg. 398.
(2) Obras. Pg. 441.

de esta divina Verdad que se me representó, sin saber cómo ni qué, esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su majestad y poder de una manera, que no se puede decir: sé entender que es una gran cosa. Quedóme muy gran gana de no hablar sino cosas muy verdaderas, que vayan adelante de lo que acá se trata en el mundo, y así comencé a tener pena de vivir en él. Dejóme con gran ternura, y regalo y humildad.

Paréceme que, sin entender como, me dió el Señor aquí mucho; no me quedó ninguna sospecha de que era ilusión. No oí nada, mas entendí en gran bien que hay en no hacer caso de cosa, que no sea para llegarnos más a Dios, y ansí entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la mesma Verdad».

CAPÍTULO XIII

Siempre fué Santa Teresa devota de la Sagrada Humanidad de Cristo, y de traer presente su bendita imagen, principalmente cuando comulgaba. – Que es conveniente pensar en la Humanidad de Cristo al comulgar, a fin de mejor sentir y conservar la devoción al Santísimo Sacramento. – Al comulgar u oyendo misa era cuando solía ver subir al cielo a las almas del Purgatorio, que ella encomendaba a Dios.

Una gran traición pareció a la Santa que había hecho a Jesus durante el corto tiempo que se entregó a meditar, prescindiendo de todo lo corporal, incluso de la Humanidad Sacratísima que el Verbo tomó en la Encarnación; por seguir la doctrina de algunos místicos de su época, que sostenian era un estorbo para elevarse el alma a las altas regiones de la mística contemplación; y lo llama traición, porque lo creyó, después, un desaire o desprecio hacia Nuestro Redentor Jesus, Dios y hombre verdadero, siquiera hiciéralo por la ignorancia o error que a su alma habían llevado varios libros piadosos que así lo enseñaban en aquella

época. ¡Ni al comulgar permitían el que se pensase en la Sagrada Humanidad de Jesucristo!

Todo el capítulo XXII de la Vida, le dedica la ilustre escritora a ponderar las excelencias de la Humanidad de Cristo, de la que fué siempre muy devota, y a encarecer la necesidad y conveniencia de tener muy presente en el alma a su imagen divina durante la oración y en los momentos de comulgar; pues, de lo contrario, hasta corre peligro el alma embebida en la consideración de cosas abstractas, de que pierda la verdadera y sólida devoción al Sacramento.

Y tan claramente dilucidó la cuestión, entonces debatida, la Mística Doctora, que después de sus días todos los teólogos místicos la han seguido dando completo asentimiento a su admirable y clarísima doctrina.

«(1) Y avisan mucho que aparten de sí toda imaginación corpórea, y que se lleguen a contemplar en la Divinidad, porque dicen que, aunque sea la Humanidad de Cristo, a los que llegan ya tan adelante, que embaraza u impide a la más perfecta contemplación. Train lo que dijo el Señor a los Apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo, digo cuando subió a los cielos, para este propósito. Paréceme a mí que si tuvieran la fe como la tuvieron después que vino el Espíritu Santo, de que era Dios y hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto a la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece, que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la puede estorbar u impedir; y que considerarse en cuadrada manera y que está Dios en todas partes,

(1) Obras T. I. Pg. 205.

y verse engolfado en El, es lo que han de procurar. Esto bien me parece a mí algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo con nuestras miserias ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir:

Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco a poco yo pensaba entender algo, y después entendí, que si el Señor no me mostrara yo pudiera poco con los libros deprender, porque no era nada, lo que entendía hasta que Su Majestad por experiencia me lo daba a entender... ¡Oh Señor de mi alma y Bien mío Jesucristo crucificado! No me acuerdo vez de esta opinión que tuve que no me da pena; y me parece que hice una gran traición, aunque con inorancia.

Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo, porque esto era ya a la postre, digo a la postre, de antes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrobamientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinión, y ansí siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor; *en especial cuando comulgaba*, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato y imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera.»

Y en otra parte escribe sobre la misma materia. «(1) Hay unos principios y aun medios, que tienen algunas almas, que como comienzan a llegar a oración de quietud, y a gustar de los regalos y gustos que da el Señor, paréceles que es muy gran cosa estarse allí siempre gustando; pues créanme y no se embeban tanto y hemos menester mirar a nuestro dechado Cris-

(1) Obras. T. III. Pg. 178.

to. Es muy buena compañía el buen Jesus para no nos apartar de ella y su Sacratísima Madre, y gusta mucho de que nos dolamos de sus penas, aunque dejemos nuestro contento y gusto algunas veces... y ansí lo tened y procurad salir de ese engaño, y desembeberos con todas vuestras fuerzas. Creo queda dado a entender lo que conviene, por espirituales que sean, no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aun hace daño la Humanidad sacratísima. Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir a *hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento*.»

Jesucristo está en la Eucaristía con su cuerpo, alma y divinidad; y ya que con los ojos no podamos verle, por la manera singular y admirable de estar sacramentalmente debajo de las especies o accidentes de pan y de vino, es muy conveniente el que con la imaginación nos le representemos sensiblemente en las visitas eucarísticas y comuniones; pues es la manera de que la inquieta imaginación, que con sus infinitas creaciones recuerda la omnipotencia creadora de Dios, ayude al entendimiento y a la voluntad a engolfarse en Jesus, suma Verdad y sumo Bien; mientras que, estando ella ocupada de esa suerte, no perturba al alma con extrañas e impertinentes imágenes, como a ello contínuamente propende por su condición de *loca de la casa*.

La sobrina de la Santa (Teresita, hija de D. Lorenzo) declaró en el proceso de Avila, para la beatificación de su tía, lo siguiente: «Con las ánimas del purgatorio tenía particular caridad y ofrecíalas muchas oraciones y obras pías. Decía que poco iba en que ella estuviese en el purgatorio, a trueque de ayudar algo

dende esta vida a alguna alma de las que padecían en él. Casi todas sus obras y oraciones ofrecía por el bien común de dichas almas.»

Y el Señor la otorgó la gracia, en distintas ocasiones, de que viera ir a esas almas, que en la santa misa y en la comunión encomendaba, en dirección a la gloria; segun acaeció a la muerte de su cristiano padre y de su hermana María. Citaremos alguno de los casos por ella mencionados.

«(1) Ya que he comenzado a decir de visiones de difuntos, quiero decir algunas cosas que el Señor ha sido servido en este caso que vea de algunas almas. Diré pocas por abreviar, y por no ser necesario, digo para ningún aprovechamiento. Dijéronme era muerto un nuestro provincial, que habia sido, y cuando murió lo era de otra Provincia, a quien yo habia tratado y debido algunas buenas obras. Era persona de muchas virtudes. Como lo supe que era muerto, dióme mucha turbación, porque temí su salvación, que habia sido veinte años perlado, cosa que yo temo mucho, cierto, por parecerme cosa de mucho peligro tener cargo de almas, y con mucha fatiga me fuí a un oratorio. Dile todo el bien que había hecho en mi vida, que seria bien poco, y ansí lo dije al Señor que supliesen los méritos suyos lo que habia menester aquel alma para salir del purgatorio.

Estando pidiendo esto al Señor, lo mijor que yo podía, parecióme salía del profundo de la tierra a mi lado derecho, y víle subir al cielo con grandísima alegría. El era ya viejo, mas víle de edad de treinta años,

(1) Obras. T. I. Pg. 420.

y aun menos me pareció y con resplandor en el rostro...

Estando en un Colegio de la Compañía de Jesus, con los grandes trabajos que he dicho tenía algunas veces, y tengo de alma y de cuerpo, estaba de suerte que aun un buen pensamiento, a mi parecer, no podía admitir. Habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y estando como podía encomendándole a Dios y *oyendo misa* de otro Padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento, y víle subir al cielo con mucha gloria y al Señor con él. Por particular favor entendí era ir Su Majestad con él.

Otro fraile de nuestra Orden, harto buen fraile, estaba muy malo, y estando yo *en misa* me dió un recogimiento, y ví como era muerto y subir a el cielo sin entrar en purgatorio. Murió aquella hora que yo lo ví, sigún supe después. Yo me espanté de que no había entrado en purgatorio. Entendí que por haber sido fraile que había guardado bien su profesión, le habían aprovechado las Bulas de la Orden para no entrar en purgatorio. No entiendo por qué entendí esto; paréceme debe ser porque no está el ser fraile en el hábito, digo en traerle, para gozar de el estado de más perfección, que es ser fraile.

No quiero decir más de estas cosas; porque, como he dicho, no hay para qué, aunque son hartas las que el Señor me ha hecho merced que vea. Mas no he entendido, de todas las que he visto, dejar ningún alma de entrar en purgatorio, si no es la de este Padre y el santo Fray Pedro de Alcántara y el Padre Dominico que queda dicho. De algunos ha sido el Señor servido

vea los grados que tienen de gloria, representándoseme en los lugares que se ponen. Es grande la diferencia que hay de unos a otros.»

Con los casos admirables, anteriormente citados, de visiones de almas salidas del Purgatorio para dirigirse a la gloria, que tuvo la Santa, mediante sus oraciones en la misa y ante el Santísimo Sacramento, quiso el Señor regalarla en aquellos tiempos en que los protestantes negaban la existencia del Purgatorio y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; y, por consiguiente, que aprovechaban a las almas de los difuntos las misas, sagradas comuniones e indulgencias.

¡Bendito sea el Señor, que de tan sobrenatural manera fortalecía el alma de Teresa contra la herejía, entonces reinante, y así la dispuso para emprender el apostolado eucarístico contra los protestantes y fautores del protestantismo!

Nosotros, estimulados por los citados ejemplos de la Santa Madre, no olvidemos a las almas benditas del Purgatorio en las misas, comuniones y visitas al Santísimo que podemos por ellas ofrecer, viviendo la vida espiritual y eucarística a mayor gloria de Dios y de las almas todas.

CAPÍTULO XIV

Jesus promete a Santa Teresa concedería cuanto le pidiere. —La Santa nos enseña el modo de que las misas y las comuniones sean de reparación, si en ellas pedimos por los que no comulgan, por los pecadores y por la Iglesia. —Al comulgar pide una vez para un clérigo, que se lo había encomendado, un Obispado, y el Señor la da una contestación saludable para el interesado. —Orando ante el Santísimo, la concede el Señor la gracia de que sus hijos se vean libres de ciertos parásitos.

Ya dijo Jesucristo, en cierta ocasión, a sus discípulos y en ellos a todos los cristianos, que cuanto le pidiéramos a su Padre en su nombre nos lo concedería. Los momentos de hacer con más eficacia nuestras peticiones al Señor son cuando tenemos a Cristo en el alma por la comunión o se las presentamos en la santa misa, para que en nuestro nombre El las haga presentes, junto con sus méritos infinitos, a su Eterno Padre; pero las más de las veces pedimos a Dios lo que no merecemos o cosas que de ninguna manera nos convienen, y entonces no somos oidos. A Santa

Teresa, que sabía muy bien lo que suplicaba en la oración, la prometió Jesus otorgarla cuanto le pidiera, en esta forma que ella nos dice:

«(1) Estando yo una vez importunando al Señor mucho porque diese vista a una persona que yo tenía obligación, que la habia del todo casi perdido, yo teniale gran lástima. Aparecióme como otras veces, y comenzóme a mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenia metido; parecíame que a vuelta del clavo sacaba la carne. Viase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho, y díjome que quien aquello había pasado por mí, que no dudara sino que mijor haría lo que le pidiese; que El me prometía que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese; que ya sabía El que yo pediría sino conforme a su gloria, y que ansí haría esto que ahora pedia... En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves por suplicárselo yo y otras traídolas a mas perfección, es muchas veces. Y sacar almas de purgatorio y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que sería cansarme y cansar a quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho más en salud de almas que de cuerpos.»

Después de oir de labios de su divino Esposo tan consoladoras promesas, podía siempre acudir la Santa con amigable familiaridad a Jesus en demanda de gracias y favores; y asi lo hacía sobre todo al acabar de comulgar y en presencia del Santísimo Sacramento.

La conducta de los que se olvidan de recibir al Se-

(1) Obras. T. I. Pg. 424.

ñor en la Eucaristía, despreciándole; el miserable estado de los pobres pecadores privados de la gracia santificante, y las tribulaciones que hicieron padecer a la Iglesia la llegaban muy al alma, y con súplicas amorosas a Jesus Sacramentado deseaba poner remedio y reparar tantos males.

A sus amadas hijas las decía, después de haberlas invitado a que se acercasen al Sacramento del Altar para recibirle y estarse en su compañía percibiendo el calor del amor divino, estas palabras alentadoras al desagravio y reparación.

«(1) No dejéis este modo; aquí probará el Señor lo que le queréis. Acordaos que hay pocas almas que le acompañen y le sigan en los trabajos; pasemos por El algo, que Su Magestad os lo pagará; y acordaos también qué de personas habrá que no sólo quieran no estar con El, sino que con descomedimiento le echen de sí; pues algo hemos de pasar para que entienda le tenemos deseo de ver. Y pues todo lo sufre y sufrirá por hallar sola *un alma que le reciba y tenga en si con amor*, sea esta la vuestra; porque a no haber ninguna con razón no le consintiera quedar el Padre Eterno con nosotros; sino que es tan amigo de amigos, y tan señor de sus siervos, que como ve la voluntad de su buen Hijo, no le quiere estorbar obra tan excelente, y adonde tan cumplidamente muestra el amor que tiene a su Padre.

Pues, Padre Santo, que estás en los cielos; ya que lo queréis y lo aceptais, y claro está no habíades de negar cosa que tan bien nos está a nosotros, alguien

(1) Obras. T. II. Pg. 183.

ha de haber, como dije al principio, que hable por vuestro Hijo, pues El nunca tornó de Sí. Seamos nosotras, hijas, aunque es atrevimiento, siendo las que somos; mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas a esta obediencia en nombre del buen Jesus supliquemos a Su Magestad, que pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, que quiera su piedad y se sirva de poner remedio para que no sea tan maltratado.

¡Oh mi Dios, quién pudiera importunaros mucho, y haberos servido mucho para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejais ninguno sin paga! Pues ¿qué he de hacer, Criador mio, sino presentaros este *Pan Sacratísimo*, y aunque nos le distes, tornárosle a dar, y suplicaros por los méritos de vuestro Hijo me hagais esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya, Señor, ya, haced que se sosiegue este mar, no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y sálvanos, Señor mio, que perecemos... ¡Oh cristianos! Tiempo es de defender a vuestro Rey, y de acompañarle en tan gran soledad; que son muy pocos los vasallos que le han quedado, y mucha la multitud que acompaña a Lucifer; y lo que peor es, que se muestran amigos en lo público y véndenle en lo secreto; casi no halla de quien se fiar. ¡Oh amigo verdadero, qué mal os paga el que os es traidor! ¡Oh cristianos verdaderos! Ayudad a llorar a vuestro Dios, que no es por solo Lázaro aquellas piadosas lágrimas, sino por los que no habían de querer resucitar, aunque Su Magestad los diese voces.

Resucitad a estos muertos; sean vuestras voces,

Señor, tan poderosas, que, aunque no os pidan la vida, se la deis, para que después, Dios mio, salgan de la profundidad de sus deleites.

No os pidió Lázaro que le resucitásedes. Por una mujer pecadora lo hicistes; veisla aquí, Dios mio, y muy mayor, resplandezca vuestra misericordia. Yo, aunque miserable, lo pido por los que no os lo quieren pedir. Ya sabéis, Rey mio, lo que me atormenta verlos tan olvidados de los grandes tormentos que han de padecer hasta sin fin, si no se tornan a Vos...»

Al tenor de las anteriores peticiones eran las que dirigía a Jesus cuando comulgaba, despues de echarse a sus plantas para suplicarle la perdonase sus pecados; sobre todo, tenía muy presente la gloria de Dios, el bien de la Iglesia y el provecho espíritual de las almas; y tan determinada estaba a no salirse de esos moldes formados por el más puro amor a Dios y al prójimo, que en uno de sus arranques decía al Señor, que cuando otra cosa o con otros fines le pidiesen ella y sus hijas otra cosa, que no las oyese.

En cierta ocasión hubo de pedir un obispado para el inquisidor Soto, o que si le podria admitir, según éste se lo había encomendado, y ya veremos lo que la contestó el Señor.

«(1) Rogóme una persona una vez que suplicase a Dios le diese a entender si sería servicio suyo tomar un obispado. Díjome el Señor, *acabando de comulgar:* Cuando entendiere con toda verdad y claridad que el verdadero señorío es no poseer nada, entonces le podrá tomar; dando a entender que ha de estar muy

(1) Obras. T. I. Pg. 448.

fuera de desearlo ni quererlo quien hubiere de tener perlacías, u al menos de procurarlas.»

Después de algunos años ocupó la silla episcopal de Salamanca el mencionado Sr. Soto.

Y para que se vea hásta donde llegaba la confianza de la Santa en lo de hacer peticiones a Jesucristo Sacramentado, citaremos un pasaje curioso que revela, por otra parte, la candorosa sencillez de su alma, que con la inocencia y simplicidad de un niño angelical ponía todas sus cosas en manos de Dios, por minuciosas y repugnantes que parèciesen, aunque en todas ellas la guiaba siempre un fin espiritual, elevado y santo.

Era en los primeros años de hecha en Avila la fundación de San José, cuyo convento es generalmente conocido con el nombre de Las Madres.

La Santa fundadora y las hijas que seguían su espíritu de pobreza y mortificación, para más de lleno entregarse a Dios, inspiradas en el ejemplo de San Pedro de Alcántara, decidieron usar de jerga grosera y áspera para la ropa interior y de cama.

Una dificultad adivinaron que pudiera venir en ello; y era, que semejante ropa de lana es propensa a hospedar entre los pliegues y costuras a ciertos insectos parásitos, sucios e impertinentes que les molestarían durante la oración.

En semejante aprieto, aquellas almas, que solo a Dios amaban y a El acudían en todos los apuros, acordaron pedir al Señor el que las librase de aquellos dañinos huéspedes, en la forma que nos lo dice una de aquellas Madres, llamada Isabel de Santo Domingo: «pero cuando las estaban cosiendo (las túnicas) revol-

vió en algunas un poco de temor de si sería ocasión de criar estas sabandijas de manera *que inquietasen en la oración.*

Comunicóse con nuestra Santa Madre, que todo se hacía con su licencia y con un gusto tal que nos causaba singular recreo. Propúsose de hacer una procesión, como se hizo, en que fuimos todas juntas desde el dormitorio al coro, después de Maitines, con nuestras túnicas puestas sin otra cosa, cantando un salmo y pidiendo a Nuestro Señor nos librase de aquella mala gente, a quien temíamos. Y en esta forma *nos presentamos delante del Santísimo Sacramento, adonde estaba Nuestra Santa Madre en oración;* y después de haber acabado la nuestra y tomado su bendición, nos volvimos al dormitorio.

A nuestra Madre la cayó muy en gracia la procesión y nos la ayudó a celebrar con unas coplitas que nos hizo para ayudarnos a padecer. Y siempre entendimos *que ella había pedido a Nuestro Señor no criásemos estas sabandijas;* y así lo ha parecido, pues gracias a Su Divina Magestad se ha experimentado y conservado de manera que algunas que toman el hábito y trayéndolos del siglo, no los crían; y en otros conventos de la Orden he visto yo lo mismo...»

Las coplitas que para la procesión graciosamente compuso la Santa y cantaban a coro, son como sigue:

Hijas, pues tomais la cruz,
tened valor.
y a Jesus que es vuestra Luz,
pedid favor.
El os dará defensor
en trance tal.

CORO

Pues nos dais vestido nuevo,
Rey celestial,
librad de la mala gente
este sayal.

Lo admirablemente prodigioso es, que *de gente tan incivil* se ven libres los carmelitas, hijos de Santa Teresa, cualquiera que sea el clima en que vivan; según todos ellos lo afirman y testifican, agradecidos a su Santa Madre, por tan singular privilegio que les alcanzó de Jesus Sacramentado.

CAPÍTULO XV

De otras extraordinarias mercedes que el Señor otorgó a Santa Teresa al comulgar o adorando al Santísimo.—En la comunión era cuando generalmente sufría los arrobamientos.—Jesus en la Eucaristía era el que la inspiraba al escribir.—Fué también su verdadero maestro que la enseñaba hasta la manera de tratar a las diversas personas con quienes se relacionaba.

San Pablo, en la carta que dirigió a los de Efeso, dice que a cada uno de nosotros ha sido dada la gracia según la medida de la donación de Cristo.

Esa medida con que Dios distribuye sus dones, se halla en su voluntad soberana que reparte las mercedes como le place; y nosotros podemos limitar de alguna manera la medida, cuando abusando de la hermosa y distintiva facultad que nos dió de hacer libre y meritoriamente el bien, no correspondemos a los deseos del Salvador y nos obstinamos en cerrarle las puertas del corazón.

La medida con la cual derramó el Señor sus dones sobre el alma de su Seráfica Esposa, no tuvo límite

en la voluntad divina, ni en la falta de correspondencia por parte de la de Teresa, y solo le encontró en el que a toda criatura le es propio y esencial; por lo que sorprende y llena de santo estupor el contemplar a Dios, regalando al alma de Teresa con mercedes tan extraordinarias, como ella misma asegura que recibió, al comulgar o en presencia de Jesus Sacramentado.

Los éxtasis y arrobamientos que experimentaba a la vista de la Sagrada Hostia, eran casi contínuos, al decir de sus directores y biógrafos, principalmente a los principios cuando su espíritu carecía de costumbre de ver tantos misterios y maravillas.

«(1) Porque si queremos hablar y atestiguar de su oración, yo como testigo de vista sé decir que tuvo las cosas tan sobrenaturales como las han tenido los santos muy regalados de Dios, porque yo la daba muy de ordinario el Santísimo Sacramento cada día, y por la mayor parte se quedaba arrobada y enajenada de los sentidos corporales, en el cual tiempo la estaba Dios haciendo tantas y tan señaladas mercedes que, aunque ella dejó mucho dicho, fué lo menos lo que dijo en comparación de lo que Dios la daba a entender de cosas sobrenaturales y modos y sentimientos diferentes de Dios...

Item, digo que esto de hallarla arrobada cuando yo la iba a dar el Santísimo Sacramento, era muy muchas veces, principalmente en el principio de las fundaciones, porque ya a los cabos y postreros años de su vida ya no se arrobaba, como diré luego y aunque

(1) Declaración del Maestro Julián de Avila en el Proceso para la beatificación de la Santa.

COMUNIÓN

Item, *digo que esto de hallarla arrobada cuando yo la iba a dar el Santísimo Sacramento, era muy muchas veces...*

(M. I. de Avila.)

estaba, como digo, arrobada y ajenada de los sentidos, para poder recibir el Santísimo Sacramento no la hacía impedimento ninguno, sino que, como cuando uno despierta de un sueño, ansí despertaba en llegando a ella con el Santísimo Sacramento y lo recibía sin peligro alguno, y se volvía a recoger como antes para mejor gozar a su Dios sin que la impidiesen los sentidos exteriores, porque por entonces estaba enajenada dellos.»

«(1) Aquellos años que estuvo en San José de Avila, antes de fundar en Medina, los más dias que recibía a nuestro Señor, se quedaba elevada; que no se podía a veces quitar de la ventanica por donde le recibia, si no la quitaban. Y en Toledo la aconteció a la sacristana, no entendiendo lo que hacía, ponerse con todas sus fuerzas para asentarla a la Madre, que estaba en pié arrimada a la pared y fuera de sí, y tomarla por las manos, y era como si fuera de piedra, y no había menearla hasta que volvía en sí. En Avila un día de San José, estando en el coro, despues de comulgar la vieron levantarse en el aire dos o tres palmos del suelo.»

Junto al comulgatorio del convento de la Encarnación, hay un cuadro de la época en que fué beatificada la Santa, en el que representa escribiendo sobre una mesa y con la vista fija en una custodia que tiene delante; significando que la Eucaristía la inspiraba cuando se disponia a escribir sus admirables y gloriosas obras.

«(2) *Item*, sé que todo lo más que dejó escrito de

(1) V. P. Rivera. Pg. 399.

(2) Maestro Julián de Avila. Proceso de Beatificación.

su mano lo escribía acabando de comulgar, después que se había estado recogida con Nuestro Señor. *Item*, que me acuerdo muy bien que me dijo un día; *Calla, que vos veréis el provecho que ha de hacer esto que yo escribo, después que yo me muera...*

Esta respuesta hubo de dársela Santa Teresa, por la pertinacia con que se oponía su Capellán a que escribiese; pues no le parecía bien el que una mujer se ocupase en enseñar teologías.

Hasta para escribir cartas de alguna importancia, acudía a pedir luces al Santísimo, como lo hizo antes de contestar a la Princesa de Eboli, mujer de Ruiz Gómez de Silva, empeñada en fundar un monasterio en Pastrana, cuando acababa de erigir, con grandes trabajos, el de Toledo, donde a la sazón se hallaba la Santa.

«(1) Las monjas para estar en el monasterio acababan de venir; en ninguna manera via como se poder dejar tan presto. Fuíme delante del *Santísimo Sacramento* para pedir al Señor escribiese de suerte que no se enojase (la Princesa), porque nos estaba muy mal, a causa de comenzar entonces los frailes, y para todo era bueno tener a Ruiz Gómez, que tanta cabida tenía con el Rey y con todos; aunque desto no me acuerdo si seme acordaba, mas bien sé que no la queria desgustar. Estando en esto, fuéme dicho de parte de Nuestro Señor: *Que no dejase de ir, que a más iba que a aquella fundación, y que llevase la Regla y Constituciones.*»

Es indudable, que Jesus era el que la dirigió en to-

(1) Obras. T. IV. Pg. 136.

dos los negocios que emprendía y traía entre manos, y bien puede decirse, igualmente, que El fué su verdadero maestro, que desde la Eucaristía la enseñó la sublime ciencia que supo encerrar en sus inapreciables escritos para el bien de las almas y admiración eterna de los sabios de todos los siglos.

«(1) Hartos años estuve yo que leía muchas cosas y no entendía nada de ellas; y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabía decir para darlo a entender, que no me ha costado esto poco trabajo. Cuando Su Majestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querían darme a entender lo que el Señor me daba para que se lo supiese decir y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba, u quería el Señor como Su Majestad fué siempre mi maestro (sea por todo bendito, que harta confusión es para mi poder decir esto con verdad), que no tuviese a nadie que agradecer; y sin querer, ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades), dármelo Dios en un punto a entender con toda claridad y para saberlo decir, de manera que se espantaban, y yo más que mis confesores, porque entendía mijor mi torpeza. Esto ha poco, y ansí lo que el Señor no me ha enseñado no lo procuro, sino lo que toca a mi conciencia.»

Y algo más adelante continúa diciendo «(2) Que muchas cosas de las que aquí escribo no son de mi

(1) Obras. T. I. Pg. 112.
(2) Obras. T. I. Pg. 429.

cabeza, sino que me las decia este mi Maestro celestial; y porque en las cosas que yo señalamente digo: *esto entendí*, u *me dijo el Señor*, se me hace escrúpulo grande poner o quitar una sola sílaba que sea. Ansí cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mi, o porque algunas cosas también lo serán. No llamo mío lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mi, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo *dicho de mi*, no ser dado a entender en revelación... (1) Consolóme mucho esto... Siempre en todas las cosas me aconsejaba este Señor, hasta decirme cómo me habia de haber con los flacos y con algunas personas, Jamás se descuida de mi.»

Cuando Dios creó al hombre en el Paraiso dijo: hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra. En la formación espiritual, realizada a fuego eucarístico, de la gran Teresa, parece repetir las mismas frases aplicadas a ella; hasta en los más minuciosos pormenores la quiere perfecta, y por eso vemos al Señor *que no la descuida*, y que atiende a que en todos los órdenes ofrezca los bellos encantos de excepcionales cualidades, para poderse recrear, orgulloso de su obra, en la que eligió por amadísima y mística Esposa.

Una de las cosas que más atormentaba a su alma era que la tuvieran por santa las gentes; por su gran modestia y profunda humildad, no sufría el que así la considerasen al verla tan regalada del cielo, y con ese fin, alcanzó del Señor el que no la hiciera mercedes que al exterior se notasen, estando delante de otras personas que lo advirtiesen.

(1) Obras. T. I. Pg. 449.

«Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro, y *yendo a comulgar*, estando de rodillas, dábame grandísima pena; porque me parecía cosa muy extraordinaria; y que había de haber luego mucha nota; y ansí mandé a las monjas, porque es ahora después que tengo oficio de Priora, no lo dijesen... Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced podía Su Magestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora lo he tenido; verdad es que ha poco.»

CAPÍTULO XVI

De los confesores de la Santa y cooperadores con ella a sus grandes obras.—Jesucristo en la Eucaristía era el que la dirigía inmediatamente, aunque sin prescindir del medio ordinario establecido en la Iglesia.—Los confesores que la dirigieron hicieron en su favor cuanto ellos pudieron y de todos habla la Santa muy agradecida.—En el P. García de Toledo, tenemos el ejemplo de como Dios proveía a la dirección de la Santa y de la manera que ella sabía pagar a sus confesores cuanto por la misma trabajaron.

Cuando, en ocasiones, hemos leído varios trabajos literarios de ilustres escritores, dirigidos a vindicar la legítima gloria que les cabía, porque algunos de sus predecesores contribuyeron a la formación del espíritu de la Santa o a que saliera adelante la Reforma que ella emprendió, los vimos con entrañable simpatía y los leímos con verdadero entusiasmo; ante todas cosas, cuando estaban inspirados por el amor a la Virgen Avilesa; y por el anhelo, muy justificado, de rendir un tributo de respeto y acendrado afecto hacia la familia, instituto u orden a que, por dicha suya, como ellos pertenecieron; pues son afectos y sentimientos

que elevan y ennoblecen al que en su corazón los atesora, y son, por lo mismo, dignos de loa y suprema alabanza. Y si, por otra parte, se observaba que dichos escritos caían dentro de los elementales preceptos de la caridad cristiana, y se mantenían en un ambiente de mútuo respeto y amor fraternal, los acogía el alma con regocijante admiración *¡porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros!;* según, en sus tiempos, decía Santa Teresa.

Mucho más se precisa en los nuestros, el que los cristianos, sacerdotes y religiosos *nos hagamos espaldas* unos a otros; en lugar de entablar polémicas, con motivo o so pretesto de poner en claro puntos históricos de dudoso interés, que vengan, a la postre, a degenerar en violentas y desedificantes pedreas contra la casa del hermano o de la madre, y, para mayor dolor, las más de las veces con piedras cogidas del arroyo o arrancadas del extenso y dilatado campo de las conjeturas y suposiciones más o menos fundadas.

Nosotros creemos, que Santa Teresa de Jesus, como Santa, es obra de solo Dios; hechura de Jesucristo, y riquísimo y delicado fruto de la Iglesia Católica.

Nosotros juzgamos, que cuantos la dirigieron y trataron, fueran religiosos de cualquiera Orden o seglares, superiores o súbditos, la alentaran o la contradijesen, todos, de una manera o de otra, la sirvieron a las mil maravillas para santificarse, y de todos habló siempre con suma gratitud y muchísima consideración.

No era ella como la mayor parte de los mortales, que son hijos y juguetes de las circunstancias que les empujan y mueven, y su suerte suele decidirse, de or-

dinario, por el ambiente en que viven, las personas con quienes alternan, los negocios que emprenden y los amigos que les rodean. No; Santa Teresa dominaba amorosa y espiritualmente y se enseñoreaba de las circunstancias, de las personas con quienes trataba y hasta de los directores que la confesaban.

Tenía puesto su amor en Jesus y ¿quién sería capaz de separarla de la caridad de Cristo? Cristo había puesto en ella sus divinos ojos, y Él mismo, desde la Eucaristía, era el que la aconsejaba y dirigía, aunque sin prescindir de los sacerdotes puestos en la Iglesia para, de modo ordinario, conducir a las almas por el camino de la virtud y de la perfección evangélica.

Jamás quiso la Santa, ni tampoco lo quería Jesucristo, prescindir del confesor en los asuntos del espíritu. Todo lo contrario; tuvo la Mística Doctora por más recto y seguro el hacer lo que la mandase el confesor, aunque estuviese en abierta oposición con lo que la había ordenado el Señor. Lo que ocurría era que Dios, después de probarla bien en la obediencia y en la humildad, mudaba el parecer del confesor conforme a lo que tenía dispuesto y encargado a la bendita Santa.

Cuando trató de la fundación de Pastrana, acudió, como de costumbre, a pedir luces y resoluciones ante el Señor, y dice a este propósito: «(1) Fuíme delante del *Santísimo Sacramento*, para pedir al Señor escribiese de suerte que no se enojase... Estando en esto fuéme dicho de parte de Nuestro Señor que no dejase de ir...

Yo, como esto entendí, aunque vía grandes razo-

(1) Obras T. IV. Pg. 136.

nes para no ir, no osé sino hacer lo que solía en semejantes cosas, que era regirme por el consejo del confesor; y ansí le envíe a llamar, sin decirle lo que había entendido en la oración; porque con esto quedo más satisfecha siempre, sino suplicando al Señor les dé luz, conforme a lo que naturalmente pueden conocer, y Su Majestad cuando quiere se haga una cosa, se la pone en corazón. Esto me ha acaecido muchas veces. Ansí fué en esto, que mirándolo todo, le pareció fuese, y con eso me determine a ir.» En otro lugar dice: (1) «Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oración, si el confesor me decía otra, me tornaba el mesmo Señor a decir que le obedeciese; después Su Majestad le volvía para que me lo tornase a mandar.»

Y cuando varios confesores, juzgando que era el demonio trasfigurado en angel de luz el que se le aparecía, la mandaron que le hiciera *higas* o burlas despreciativas, y la señal de la Cruz, persignándose amenudo, para que se ausentase; a pesar de tener seguridad de que quien la hablaba y se le aparecía era Jesus al que tanto amaba, los obedecía con la repugnancia en hacerlo, que es de presumir, y sufriendo un duro martirio. Mas, al cabo, el Señor hizo con sus luces, que ellos entendiesen la verdad, así como la encargó, que les dijese de su parte que no fuesen con ella tan tiranos.

(2) Dábame este dar higas grandísima pena cuando

---

(1) Obras T. I. Pg. 254.
(2) Obras. T. I. Pg. 286.

vía esta visión del Señor. Porque cuando yo le vía presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo creer que era demonio, y ansí era un género de penitencia grande para mí; y por no andar tanto santiguándome, tomaba una cruz en la mano. Esto hacía casi siempre; las higas no tan contínuo, porque sentía mucho. Acordábame de las injurias que le habían hecho los judíos, y suplicábale me perdonase; pues yo lo hacía por obedecer a el que tenía en su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros que El tenía puestos en su Iglesia. Decíame que no se me diese nada, que bien hacía en obedecer; mas que él haría que se entendiese la verdad. Cuando me quitaban la oración, me pareció se había enojado. Díjome que les dijese que ya aquello era tiranía. Dábame causas para que entendiese que no era demonio; alguna diré después.»

Por donde se vé claramente lo que antes anunciamos, a saber: que Jesus era el que dirigía a la Santa y a sus confesores, conduciéndoles a todos por las misteriosas vías que había El de antemano señalado, para bien de sus almas y gloria de Dios Nuestro Señor.

Todos los estados sociales tienen buena y escogida representación, entre los que dirigieron y trataron a la Santa, o fueron con ella cooperadores a la intrépida obra de la Reforma: D. Alvaro Mendoza, Obispo a la sazón de Avila; de entre los carmelitas están, en primer lugar, el P. Jerónimo Gracián, el que por secundar con tenacidad heróica los planes de la hidalga castellana, hubo de sufrir todo un calvario de padecimientos morales, siendo, digámoslo así, muerto y sepultado a fuerza de infames calumnias, aunque, después, salió su nombre, triunfante y glorioso sobre sus ene-

migos, (1) y con el P. Gracián el que puede juzgarse como las primicias de la Reforma Carmelitana, el místico de los cánticos divinos que solo para los habitadores del cielo parecen estar escritos, San Juan de la Cruz, capaz por sí de acreditar, ante el mundo, que la obra de Teresa fué obra de Dios, que llevó a término a fuerza de prodigios sobrenaturales y divinos; los hijos del Serafín de Asís tienen a un San Pedro Alcántara, a quien la Virgen Avilesa ya veneraba en esta vida como a un santo por sus extremadas penitencias; jesuítas son los PP. Baltasar Alvarez, Prádanos, Ripalda, Salazar y Gil González Dávila; dominicos fueron, los no menos ilustres y esclarecidos Padres García de Toledo, Bañez, Ibañez y Barrón; del clero secular tenemos al Maestro Daza, de la Catedral, y al Maestro Julián Dávila, su primer capellán de San José de Avila, su director y confesor por mucho tiempo y acompañante contínuo durante las largas y frecuentes excursiones que hicieron por España; y de entre los seglares se pueden citar a doña Guiomar, a su hermana doña Juana de Ahumada con el esposo de ésta D. Juan de Ovalle, y a D. Francisco Salcedo, llamado por la Mística Doctora el Caballero Santo.

Todos hemos de creer que hicieron cuanto pudieron en favor de la que tanto querían y respetaban, pues para todos tuvo la Santa sinceras palabras de elogio y de gratitud, aunque, en ocasiones, alguno no

(1) Véase, sobre el particular, el brillante y erudito discurso que en la Real Academia de la Historia leyó el Excmo. Sr. Marqués de Piedras Albas, en su recepción pública.

obrase o la aconsejase con el debido acierto, por no gozar de la infalibilidad en los juicios.

Y así, los primeros que dijeron a la Santa que, según su opinión, las visiones que tenía su espíritu eran cosa del demonio, fueron el Maestro Daza y el *Caballero Santo;* sin embargo, nadie se atreverá a increparles, ni a sus sucesores en la familia o corporación a que pertenecieron, por la equivocación que padecieron, guiados del mejor deseo de hacer bien a aquella atribulada y santa alma.

Y cuando la laboriosa y tumultuosa fundación de San José de Avila, en que sus superiores la ataron las manos con los fuertes lazos de la santa obediencia, para que no pudiera moverse en el negocio emprendido, el P. Baltasar Alvarez creyó que por ser el camino de la obediencia el más seguro, *que desistiera, una vez que el Padre Provincial había mudado de parecer, y en cinco o seis meses no entendió en el negocio ni el Señor se lo mandaba.* Mas (1) el Señor, que nunca me faltó, que en todos estos trabajos que he contado hartas veces me consolaba y esforzaba, que no hay para qué lo decir aquí, me dijo entonces que no me fatigase; que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar a ello.»

En esto, acude con su íntima amiga, Doña Guiomar, a un gran letrado y siervo de Dios de la Orden de Santo Domingo, el P. Pedro Ibañez, que confirmó la seguridad de no ir contra obediencia; pero tuvo el feliz pensamiento, propio de su alto ingenio, de que se

(1) Obras. T. I. Pg. 341.

podía acudir a Roma en nombre de Doña Guiomar, y de allí vendría la autorización, sin que la Santa faltase en nada a la santa obediencia y era muy conforme a lo que la había dicho el Señor, *oyendo misa* en el convento de dominicos de Santo Tomás de Avila (1) «sino que enviase a Roma por cierta vía, que también me dijo; que El haría viniese recaudo por allí; y ansí fué, que se envió por donde el Señor me dijo, que nunca acabábamos de negociarlo, y vino muy bien.»

De esa suerte Dios guiaba y dirigía a unos y a otros.

Esto no es decir que cada una de las personas que contribuyeron, de alguna manera, a la formación del espíritu y a la realización de las obras de Santa Teresa, no lo hiciese conforme a los distintos grados de talento y diversidad de medios con que contase por la divina misericordia, sino que el mérito de unos no destruye el de los otros, que el Señor lo disponía todo según sus planes, sacando provecho espiritual la Santa de todos los acontecimientos, y que a unos y otros dedicó sentidas frases de gratitud y reconocimiento, extensivas a las distintas Ordenes a que pertenecían.

De la esclarecida Orden de Santo Domingo dejó escrito, entre otras cosas, lo siguiente: «(2) Estando una vez rezando cerca del *Santísimo Sacramento*, aparecióme un santo. (Santo Domingo, según anotó el P. Gracián), cuya orden ha estado algo caída. Tenía en las manos un libro grande, abrióle y díjome que

(1) Obras. T. I. Pg. 351.
(2) Obras. T. I. Pg. 447.

leyese unas letras, que eran grandes y muy legibles, y dicen ansí: En los tiempos advenideros florecerá esta Orden; habrá muchos mártires.

Otra vez estando en maitines en el coro, se me representaron y pusieron delante seis u siete, me parece serían de esta mesma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se da en esto a entender han de defender la fe. Porque otra vez, estando en oración, se arrebató mi espíritu, parecióme estar en un gran campo adonde se combatían muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran hervor. Tenían los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban. Parecíame esta batalla contra los herejes.

A este glorioso santo he visto algunas veces, y me ha dicho algunas cosas, y agradeciéndome la oración que hago por su orden y prometido de encomendarme a el Señor. No señalo las Ordenes; si el Señor es servido se sepa, las declarará, porque no se agravien otras; mas cada Orden había de procurar, u cada uno de ellos por sí, que por sus medios hiciese el Señor tan dichosa su Orden, que en tan gran necesidad como ahora tiene la Iglesia, le sirviesen.

¡Dichosas vidas que en esto se acabaren!»

De los ínclitos y batalladores hijos de San Ignacio de Loyola escribe también lo que sigue: «que este divino Señor en cuanto fallece alguno de los hijos de Ignacio viene al encuentro de su alma para llevarle a las regiones de la luz, de la dicha y del amor.»

«Mas como Su Majestad quería ya darme luz para que no le ofendiese ya y conociese lo mucho que le había, creció de suerte este miedo, que me hizo bus-

car con diligencia personas espirituales con quien tratar, que ya tenía noticias de algunos, porque habían venido aquí los de la Compañía de Jesus, (fundaron en Avila el colegio de San Gil en el año 1554) a quien yo, sin conocer a ninguno era muy aficionada de solo saber el modo que llevaban de vida y oración; mas no me hallaba digna de hablarlos, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos y ser la que era, haciáseme cosa recia. (1)»

«(2) Y veo fué todo para mayor bien mío; porqué yo conociese y tratase gente tan santa como la de la Compañía de Jesus.»

«(3) También me daba pena que me viesen en casa tratar con gente tan santa como los de la Compañía de Jesus.»

Dió el Señor un corazón tan amplio y dilatado a Teresa de Jesus, que bien cabían, para ser amados y hacer por que fueran al cielo, todos los hombres, pero con cierta justificada predilección los amados hijos de los dos ilustres Patriarcas españoles Santo Domingo y San Ignacio, por los grandes favores que por ellos, y por disposición divina, a su privilegiada alma vinieron.

A buen seguro que ahora desde el cielo, esa gloriosa trinidad, formada por Santa Teresa, San Ignacio y Santo Domingo y que constituye altísima honra para la católica nación española, se gozará, viendo a sus respectivos hijos unidos con los estrechos vínculos

(1) Obras. T. I. Pg. 219.
(2) Obras. T. II. Pg. 223.
(3) Obras. T. I. Pg. 228.

del amor cristiano y fraternal, dar esplendor con sus apostólicos trabajos a la Iglesia de Cristo, única verdadera existente para el mundo entero; y que allí, en la gloria, estarán también contemplando a la *Santaza* de los seráficos amores eucarísticos cuantos en esta vida la dirigieron y aconsejaron, admirados de ver claramente que ellos fueron los gananciosos por los favores y gracias espirituales, que, con su trato y roce en esta vida, tan profusamente recibieron.

Ejemplo claro y fehaciente de esto le tenemos en el Rvdo. Padre García de Toledo, según cuenta la Mística Doctora Avilesa: (1) «Estando allí (en Toledo) acertó a venir un religioso, persona muy principal y con quien yo muchos años había tratado algunas veces (2). Y *estando en misa* en un monasterio de su Orden, que estaba cerca de donde yo estaba, dióme deseo de saber en qué disposición estaba aquella alma, que deseaba yo fuese muy siervo de Dios, y levantéme para irle a hablar. Como yo estaba recogida ya en oración, parecióme después era perder tiempo... en fin pudo más el angel bueno que el malo, y fuí a llamar, y vino a hablarme a un confisionario... El caso es, que ni fué

(1) Era este Rvdo. P. Dominico hijo de los ilustres Condes de Oropesa, y natural de la Villa de Oropesa perteneciente a la Diócesis de Avila, cuya parroquia tuvimos el honor de regentar por algún tiempo, conservando gratos recuerdos de la que fué, también, patria del consejero de Felipe II, el Beato Orozco, y albergue, en el histórico palacio de los Condes, del penitente y amigo de nuestra Santa, San Pedro de Alcántara. Muy niño pasó a las Indias con el Virrey de Méjico, en cuya Capital tomó el hábito de Santo Domingo. Murió muy santamente en el Convento de San Ginés de Talavera hacia el 1590.

(2) Obras. T. I. Pg. 356.

en su mano dejarme de importunar, ni en la mía me parece dejárselo de decir (lo referente a las revelaciones y visiones que tenía); porque con toda la pesadumbre y vergüenza que solía tener cuando trataba estas cosas, con él y con el Rector que he dicho (el P. Salazar, de la Compañía) no tuve ninguna pena, antes me consolé mucho. Díjeselo debajo de confesión. Parecióme más avisado que nunca, aunque siempre le tenía por de gran entendimiento. Miré los grandes talentos y partes que tenía para aprovechar mucho, si de el todo se diese a Dios; porque esto tengo yo de unos años acá, que no veo persona que mucho me contente, que luego querría verla del todo dar a Dios, con unas ansias que algunas veces no me puedo valer. Y aunque deseo que todos le sirvan, estas personas que me contentan, es con muy gran ímpetu, y ansí importuno mucho al Señor por ellas. Con el religioso que digo, me acaeció ansí.

Rogóme le encomendase mucho a Dios, y no había menester decírmelo, que ya yo estaba de suerte, que no pudiera hacer otra cosa, y voyme adonde solía a solas tener oración, y comienzo a tratar con el Señor, estando muy recogida, con un estilo abobado que muchas veces, sin saber lo que digo, trato; que el amor es el que habla, y está el alma tan enajenada, que no miro la diferencia que haya de ella a Dios. Por que el amor que conoce que la tiene Su Majestad, la olvida de sí, y le parece está en El, y como una cosa propia sin división, habla desatinos.

Acuérdome que le dije esto, después de pedirle con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras; que aunque yo le tenía por bueno, no

me contentaba, que le quería muy bueno, y ansí le dije: Señor, no me habéis de negar esta merced; mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo.

¡Oh bondad y humanidad grande de Dios, como no mira las palabras, sino los deseos y voluntad con que se dicen! ¡Cómo sufre que una como yo hable a Su Majestad tan atrevidamente! Sea bendito por siempre jamás!

Quedé confiada que había de hacer el Señor lo que le suplicaba de esta persona. Díjome que le dijese unas palabras. Esto sentí yo mucho, porque no sabía cómo las decir, que esto de dar recaudo a tercera persona, como he dicho, es lo que mas siento, siempre, en especial a quien no sabía cómo lo tomaría, u si burlaría de mi. Púsome en mucha congoja. En fin, fuí tan persuadida, que, a mi parecer, prometí a Dios no dejárselas de decir, y por la gran vergüenza que habia, las escribí y se las di.

Bien pareció ser cosa de Dios en la operación que le hicieron... El Señor, como le quería para Si, por mi medio le enviaba a decir unas verdades, que, sin entenderlo yo, iban tan apropósito, que él se espantaba; yo, aunque miserable, era mucho lo que suplicaba a el Señor muy del todo le tornase a Sí y le hiciese aborrecer los contentos y cosas de la vida. Y ansí, sea alabado por siempre, lo hizo tan de hecho, que cada vez que me habla me tiene como embobada... Pues a este Padre que digo, como en muchas cosas se la ha dado el Señor, ha procurado estudiar todo lo que por estudio ha podido en este caso, que es buen letrado, y con ésto ayudale el Señor con dalle mucha fe, y ansí ha aprovechado mucho a sí y a algunas ánimas, y la mia es

una de ellas. Que como el Señor sabía en los trabajos que me había de ver, parece proveyó Su Majestad.

Creo todo el bien le viene de las mercedes que el Señor le ha hecho en la oración. Espero en la grandeza de el Señor ha de venir mucho bien a algunos de su Orden por él y a ella mesma. Ya se comienza esto a entender. He visto grandes visiones, y díchome el Señor algunas cosas de él y de el Rector de la Compañía de Jesús, (del P. Salazar) de grande admiración... Hacíame tanto provecho estar con él, que parece dejaba en mi ánima puesto nuevo fuego para desear servir al Señor de principio. ¡Oh Jesus mio, qué hace un alma abrasada en vuestro amor! Quien tiene el mesmo amor, tras estas almas se había de andar si pudiese.

Gran cosa es un enfermo hallar otro herido de aquel mal; mucho se consuela de ver que no es solo... Pues, tornando a lo que decía, estando yo en grandísimo gozo mirando aquel alma, que me parece quería el Señor viese claro los tesoros que había puesto en ella, y viendo *la merced que me había hecho en que fuese por medio mío*, hallándome indigna de ella, en mucho más tenía yo las mercedes que el Señor le había hecho, y más a mi cuenta las tomaba, que si fuera a mí, y alababa mucho al Señor de ver que Su Magestad iba cumpliendo mis deseos y había oido mi oración, que era despertase el Señor personas semejantes...»

Aun a trueque de habernos extendido demasiado en el presente capítulo, hemos querido copiar lo más importante del precioso relato, que nos hace la Santa, de cuanto hizo por su confesor, el P. García de Tole-

do, y de lo mucho que aprovechó a éste el trato y la dirección de su espíritu, por ser prueba concluyente de que con creces pagaba Santa Teresa a sus confesores los favores que de ellos recibía, y que Jesucristo era el verdadero y principal Director y Maestro. Y lo que en este caso del P. García de Toledo se advierte sucedió con los demás confesores de la Santa; porque, como dejó escrito uno de sus biógrafos, quizás de los más bien documentados, «una de las particularidades más maravillosas que se vieron en Santa Teresa fué la eficacia de sus palabras en las personas que la trataban y conversaban, y muy especialmente en sus confesores. Parece que debía ser lo contrario, es a saber, que éstos influyesen en ella y la mejorasen y santificasen con sus buenos avisos, y sucedía al revés, esto es, que los confesores con quienes se confesaba eran los mejorados y santificados por su penitente.»

CAPÍTULO XVII

Oyendo misa la Santa, la ponen la Virgen y San José una vestidura blanca y la colocan al cuello un rico collar con brillantísima cruz.—Comulgando, la muestra Cristo sus sacratísimas llagas, llevándola las manos hacia su divino costado.—Acabando de comulgar, se la aparece el Señor como resucitado, y la encomienda sus cosas como El cuidaría de las suyas, al igual que lo hacen los unidos por el matrimonio, que es más que estar desposados.—Favor extraordinario, recibido al comulgar un día de Ramos, de sentir que se la inundaba la boca de sangre divina.

Vamos a terminar esta segunda parte de nuestro humilde trabajo eucarístico-teresiano, con la inserción, en el presente capítulo, de las mercedes y regalos más salientes y extraordinarios que Santa Teresa recibió de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar.

Ofreceremos al piadoso lector las narraciones hechas por la propia Santa que gustó de tan celestiales favores, seguros de que con su lectura las almas fervorosas del Santísimo y amantes de Teresa de Jesus, encontrarán en su lectura especial dulzura y consuelo,

sintiéndose su espíritu, al contacto con el espíritu abrasador del Serafín del Carmelo, que es al que se le oye hablar en sus inflamados escritos, caldearse con el fuego eucarístico que supo encerrar en ellos, sin que se extinga ni apague con el tiempo.

«(1) Estando en estos mesmos días, el de nuestra Señora de la Asunción, en un monasterio de la orden del glorioso Santo Domingo, (en el de Santo Tomás) vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude ver *alzar ni oir misa*, que después quedé con escrúpulo de esto.

Parecióme estando ansí, que me vía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quién me la vestía. Después ví a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre San Joséf a el izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados.

Acabada de vestir, y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso San Josef, que creyese que lo que pretendía de el monasterio se haría, y en él se serviría mucho al Señor y ellos dos... y que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado a el cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo

(1) Obras. T. I. Pg. 349.

que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni como imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne a manera de decir.

Era grandisima la hermosura que ví en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor, no que dislumbra, sino suave. A el glorioso San Joséf, no ví tan claro, aunque bien ví que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven.

Parecíame Nuestra Señora muy niña. Estando ansí conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento, más a mi parecer que nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme de él, parecióme que los via subir a el cielo con mucha multitud de ángeles... Quedé con un impetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar, aunque mucho lo procurase, no ser cosa de Dios.»

«(1) Un día, *después de comulgar*, me parece clarísimamente se sentó cabe mi Nuestro Señor y comenzóme a consolar con grandes regalos, y dijome, entre otras cosas: Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos, y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: Mira mis llagas; no estás sin mi; pasa la brevedad de la vida. En algunas cosas que me dijo, entendí que después que subió a los cielos, nunca bajó a la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, a

(1) Obras. T. V. Pg. 83.

comunicarse con nadie (1). Dijome que, en resucitando, había visto a Nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí entendí esotro mi traspasamiento, bien diferente. Mas ¡cuál debía ser el de la Virgen! y que había estado mucho con ella; porque había sido menester hasta consolarla.»

«(2) Pues vengamos ahora a tratar del divino y espiritual matrimonio, aunque esta gran merced no debe cumplirse con perfección mientras vivimos. La primera vez que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse a el alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. A otras personas será por otra forma; a esta de quien hablamos (habla de sí misma) se le representó el Señor *acabando de comulgar*, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que era ya tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tornía cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir... fué tan diferente (esta visión de las anteriores) que la dejó bien desatinada y espantada; lo uno, porque fué con gran fuerza esta visión, lo otro porque las palabras que le dijo, y también porque en el inte-

(1) Por esta doctrina o revelación fué por lo que la delataron a la Inquisición, y este competente y recto Tribunal comisionó al dominico fray Diego Alvarez, con otros teólogos, para que informasen, resultando del informe ser doctrina probable, aunque la contraria es la que sigue Santo Tomás.

(2) Obras. T. III. Pg. 218.

rior de su alma, adonde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras. Porque, entended que hay grandísima diferencia de todas las pasadas a la de esta Morada, y tan grande del desposorio espiritual al matrimonio espiritual, como le hay entre dos desposados, a los que ya no se puede apartar.

Ya he dicho que aunque se ponen estas comparaciones, porque no hay otras más a proposito, que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo más que si el alma no estuviese en él, sino solo espiritual; y en el matrimonio espiritual, muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mesmo Dios... Aparécese el Señor en este centro del alma sin visión imaginaria, sino intelectual, aunque más delicada que las dichas, como se apareció a los Apóstoles, sin entrar por la puerta, cuando les dijo *Pax bovis*. Es un secreto tan grande, y una merced tan subida lo que comunica Dios allí a el alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a que lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu, de esta alma, hecho una cosa con Dios, que como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar a entender a algunas personas hasta donde llega, para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que ansí como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar El de ellas.

El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan; y la unión también lo es; porque aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin, se pueden apartar y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente que pasa de esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía, digo de manera que lo entienda. En estotra merced del Señor, no; porque siempre queda el alma con su Dios en aquel centro. Digamos que sea la unión, como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una, u que el pábilo, y la luz y la cera es todo uno; mas después bien se puede apartar la una vela de la otra, y quedan en dos velas, u el pábilo de la cera.

Acá es como si cayendo agua del cielo en un río u fuente, adonde queda hecho todo agua, que no podrán ya dividir ni apartar cuál es el agua del río, u lo que cayó del cielo; o como si un arroico pequeño entra en la mar, no habrá remedio de apartarse; u como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz; aunque entra dividida, se hace todo una luz.

Quizá es esto lo que dice San Pablo *El que se arrima y allega a Dios, hácese un espíritu con El;* tocando este soberano matrimonio, que presupone haberse llegado Su Magestad a el alma por unión.

Y también dice: *Mihi vivere Christus est, mori lucrum;* ansí me parece puede decir aquí el alma, por que es adonde la mariposilla que hemos dicho, muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo.»

«(1) El día de Ramos, *acabando de comulgar,*

(1) Obras. T. V. Pg. 87.

quedé con gran suspensión, de manera que aun no podía pasar la forma, y teniéndomela en la boca, verdaderamente me pareció, cuando torné un poco en mí, que toda la boca se me había henchido de sangre; y parecíame estar también el rostro y toda yo cubierta de ella, como que entonces acabara de derramarla el Señor. Me parece estaba caliente, y era escesiva la suavidad que entonces sentía, y díjome el Señor: *Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo lo derramé con muchos dolores, y gózaslo tu con tan gran deleite como ves; bien te pago el convite que me hacías este día.*

Esto dijo, porque ha más de treinta años que *yo comulgaba este día*, si podía, y procuraba aparejar mi alma para hospedar a el Señor; porque me parecia mucha crueldad que hicieron los judios, despues de tan gran recibimiento, dejarle ir a comer tan lejos, y hacía yo cuenta de que se quedase conmigo, y harto en mala posada, sigun ahora veo. Y ansí, hacía unas consideraciones bobas, y debialas admitir el Señor; porque ésta es de las visiones que yo tengo por muy ciertas, y ansí, *para la comunión*, me ha quedado aprovechamiento.»

De este prodigioso hecho hace también mención Maria Pinel en su Historia manuscrita del convento de la Encarnación, con las siguientes palabras: «En el coro bajo, el Domingo de Ramos, se halló toda bañada en sangre de Jesus y llena la boca de aquel néctar soberano, pagándole Nuestro Señor el hospedaje que le hacía; porque además de comulgar no comia hasta las tres de la tarde, y se estaba acompañando a Su

Majestad, y dando la comida a un pobre. Y a su imitación, se hace así en esta casa, no comiendo aunque vayan a refectorio para cumplir con aquel acto.»

Y para perpetuar tan singular merced, sobre el comulgatorio y por la parte del coro, colocaron un magnífico cuadro, que representa el momento de comulgar allí Santa Teresa y sentir en la boca tan exquisito y extraordinario regalo con que la obsequió un dia de Ramos su divino y castísimo Esposo.

Muchos, gratísimos y conmovedores recuerdos encierra Avila de su excelsa y querida Santa, principalmente dentro de los muros de las distintas casas donde nació a las vidas temporal, religiosa y de la Reforma; o sea, según aquí se les llama a esos edificios teresianos: la Santa, la Encarnación y las Madres; pero tenemos por uno de los más ricos y dignos de mayor estima al comulgatorio del convento de la Encarnación, que tantos recuerdos delicados y tiernos evoca al alma que le contempla y considera a través de la historia eucarística-teresiana. El fué, durante largos años, el mudo testigo de los amorosos coloquios espirituales, que allí mantuvieron Jesus y Teresa; aquella puertecita que solo se abre para que por ella entre el Pan Divino que engendra Vírgenes fué para el alma del Serafín del Carmelo puerta del Cielo por donde, al comulgar, se trasportaba su espíritu en alas de su divino amor y reclinada sobre el Amado, a las regiones sobrenaturales, en que Jesus la reveló tantos misterios y la dió a gustar delicias celestiales sin cuento; aquellas gradas por donde se acercan las religiosas a comulgar, fueron para la ilustre carmelita que inmortalizó aquellos santos lugares un tabor, en el que se

trasfiguraba al recibir con angelical fervor al Santísimo Sacramento del Altar según lo declara uno de los testigos de suma autoridad y biógrafo de la Santa, el P. Yepes:

«(1) Entonces (cuando comulgaba) no parecía le quedaba de muger sino sola la figura de haberlo sido, porque el alma, las potencias, los deseos y afectos, y todo lo que en ella había, parece se le arrancaban para unirse y trasformarse en Dios, con que quedaba toda enagenada y absorta. Este era el tiempo cuando el cuerpo también en compañía del alma se levantaba de la tierra, y parece quería él también salir de este mundo. Lo que yo experimenté fué que con llegar a comulgar con un color de tierra en el rostro, como quien estaba tan enferma, y era tan penitente, luego que recibía el *Santísimo Sacramento*, como si la investieran con algún rayo grande de fuego y de luz, y ella fuera de cristal, se le ponía el rostro hermosísimo, de color rosado, que parecía trasparente, y quedaba con una gravedad y majestad tan grande, que mostraba bien el huésped que tenía consigo.»

¡Oh lector amable, devoto del Santísimo y amante de Teresa!

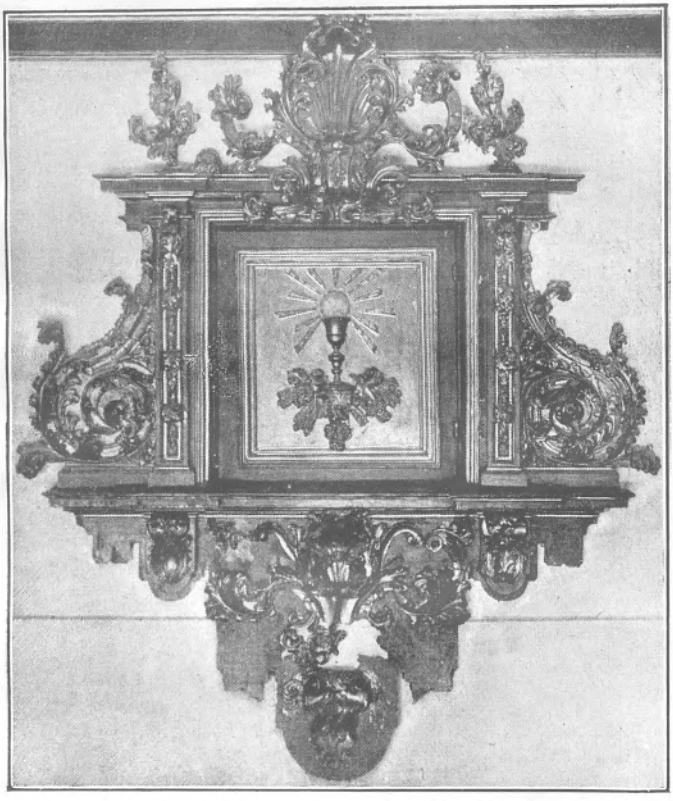
Si aquellos sagrados muros y aquella alegre y risueña ventana del comulgatorio pudieran hablarnos ¡cuántas cosas divinas nos dirían al corazón!

Cuando alguna vez hemos visto a eminentes escritores místicos, y a entusiastas teresianos que en edificantes y fervorosas peregrinaciones vinieron a estas tierras, de Valencia, Sevilla y otros puntos, besar,

(1) P. Yepes. T. II. Pg. 183.

llorando, las benditas paredes, donde resonará siempre la voz, que se oyó cierto día exclamar *¡detente que la tierra que pisas es santa!* bien nos explicábamos aquellas lágrimas, que nos enternecieron hondamente.

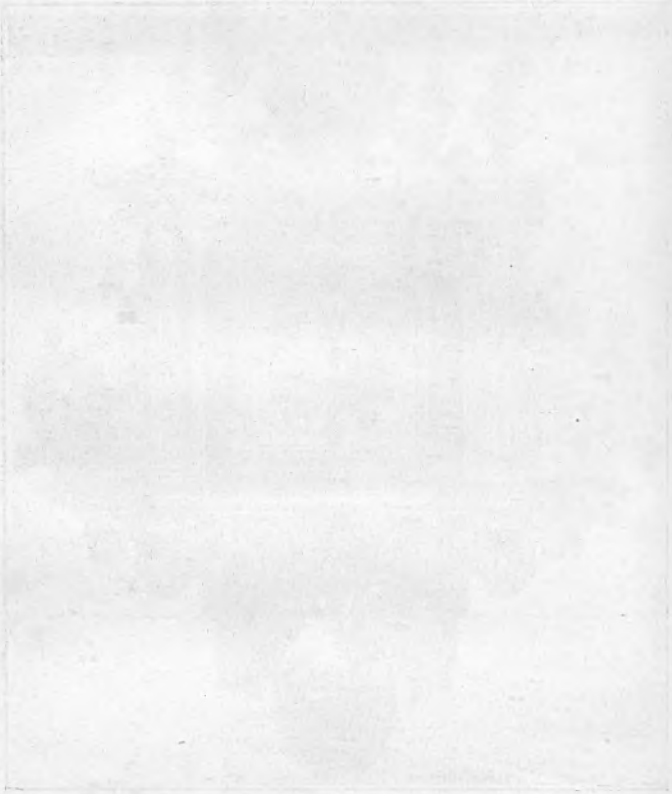
Persuadidos de la veneración que a todos los cristianos, amantes de Teresa y admiradores de su asombrosa vida eucarística, infunde el comulgatorio de la Encarnación, hemos querido que figure entre los fotograbados del presente libro, a fin de que puedan, de alguna manera, contemplarle los que no puedan visitar al real y auténtico de Avila, que, para la Santa de los seráficos amores eucarísticos, fué en esta vida un pedazo de cielo divino.



Comulgatorio de la Encarnación.

Comulgando en este sitio Ntra. Sta. Madre, domingo de Ramos, se la llenó la boca y cubrió el rostro de sangre y la dijo el Señor: Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche y no hayas miedo que te falte mi misericordia.

(Inscripción que se lée en un cuadro que representando el prodigio, está en la parte interior, sobre el comulgatorio del coro.)



TERCERA PARTE

Emprende Santa Teresa, con la Reforma de la Orden, su apostolado eucarístico por toda España, haciendo de los conventos que funda centros de adoración contínua al Santísimo Sacramento y de comuniones frecuentes, que en todos los tiempos sostienen y fomentan sus observantes hijos de la Descalcez; y muere, al fin, después de recibir al Señor por Viático, en un impetuoso acceso de amor eucarístico.

CAPÍTULO I

Qué es apostolado y condiciones que se exigen en el apostol.—Distintas acepciones en que se usa ordinariamente la palabra apostol.—Santa Teresa se sentía apostol de Jesus.

Apostol significa elegido y enviado de Dios con la misión de Cristo de santificar y salvar las almas.

Es de esencia, por tanto, del apostolado cooperar, de alguna manera y conforme al plan divino, con Cristo a la redención.

Es también esencial a todo apostolado, el entre-

garse a las obras apostólicas que le son propias con verdadero celo, que consistiendo éste en un encendido y sobrenatural afecto, que al que le siente le abrasa en aras de la gloria de Dios; o en un deseo vehemente y constante de poner, con reguladora prudencia, en práctica cuantos medios se ofrecen y presentan en orden a la santificación de las almas, se confunde e identifica con el espíritu de Cristo, que El comunica a cuantos elige y destina para tan alta y excelente dignidad.

Después de los santos que pertenecen al orden llamado hipostático por relacionarse inmediatamente con Jesucristo, en el que se unen hipostáticamente la naturaleza divina y humana, con sola una persona, la cual es divina, el Apostol ocupa el primer grado de la jerarquía entre los bienaventurados del Cielo, y constituye la más alta y sublime dignidad, dentro de la Iglesia Católica.

Propiamente, tan solo gozan de las prerrogativas y excelencias vinculadas en el Apostol, aquellos venturosos varones que Jesucristo eligió para que fuesen columnas y fundamento de su Iglesia, bajo la Cabeza y Primado de honor y de jurisdicción de San Pedro, a quienes envió, con la misma potestad que El había recibido del Padre Eterno y la facultad de atar y desatar, a predicar por el mundo entero a todas las gentes con la promesa de que todo el que les creyese y fuese bautizado se salvaría, dándoles para ello las llaves del reino de los Cielos.

Pero de un modo extensivo, son igualmente llamados a participar de los honores del apostol, cuantos cooperan a realizar y perpetuar, a través de los siglos, la misión que Jesucristo encomendó a sus apóstoles y

sucesores, de santificar y salvar almas, haciendo que los frutos de la redención divina lleguen hasta ellas por los sacramentos y demás medios, que Cristo dejó establecidos de manera ordinaria y permanente en su Santa Iglesia.

A la salvación de las almas se coopera, administrando los Santos Sacramentos, y es propio de la misión apostólica y pastoral del sacerdote; y se concurre, también, a ella, con la predicación, por medio de la prensa, ejerciendo la caridad y amparando al obrero etc., etc.; y de ahí nace la diversidad de apóstoles: de la palabra, de la pluma, de la caridad, del obrero etc., etc., según que se dediquen a las distintas obras que tienen por objeto hacer el bien y redimir a las almas.

Dios ha dado a cada uno de los hombres inclinación, facultades y condiciones para algún cargo o profesión; y del oficio honroso que algún día por vocación abrazó, debe ser, por lo menos, propagador y apostol; pues *malhaya el que a su oficio no alaba*.

Y tan lejos están de impedirle al hombre ser buen cristiano y atender a su salvación las obligaciones del propio estado, que antes le ayudan poderosamente a ese fin, si, después de cumplirlas con rectísima intención, está en cualquier momento a las órdenes de Jesucristo, para defender su Santa Iglesia y pelear por el bien de su semejantes, según corresponde al hombre de Cristo, que es lo mismo que apostol de Cristo.

«(1) Ansí que el Señor, como conoce a todos para lo que son, da a cada uno su oficio, el que más ve

(1) Obras. T. I. Pg. 91.

conviene a su alma, y al mesmo Señor y al bien de los prójimos; y como no quede por no os haber dispuesto, no hayais miedo se pierda vuestro trabajo.

Mirad que digo que todas lo procuremos, pues no estamos aquí a otra cosa, y no un año ni dos solos, ni aun diez, porque no parezca lo dejamos de cobardes, y es bien que el Señor entienda no queda por nosotros. Como los soldados que, aunque mucho hayan servido, siempre han de estar a punto para que el capitán los mande en cualquier oficio que quiera ponerlos, pues les ha de dar su sueldo. ¡Y cuanto mijor pagado lo paga nuestro Rey que los de la tierra!»

A los cristianos nos corresponde el glorioso oficio de estar al servicio de Dios, nuestro Rey y Redentor, a quien debemos sumisión y culto y como apóstoles nos envía a trabajar por su santa causa. ¡Malhaya de aquel, que de su religión no se convierte en constante pregonero y apostol!

Teresa de Jesus, de corazón recio y abrasado como el de un serafín, pensando en las ofensas que Jesus recibe de los hombres de manera tan ingrata y desconsiderada, se sentía apostol, con valor para hablar a todas las gentes y capaz, para ello, de desafiar los mayores tormentos, emprender las más gigantescas obras y abarcar todas las latitudes y todos los tiempos.

«(1) Porque, a no le haber de perderle y ofenderle, descanso sería, que no se acabase la vida hasta la fin del mundo, por trabajar por tan gran Dios y Señor y Esposo. Plega a Su Majestad merezcamos hacerle al-

(1) Obras T. III. Pg. 119.

gun servicio, sin tantas faltas como siempre tenemos, aún en las obras buenas.»

Y cuando en la morada séptima describe lo que el alma siente, después de morir la mariposica y vivir en ella Cristo, dice:

«(1) Lo que más me espanta de todo, es que ya habéis visto los trabajos y afliciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no solo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese cosa muy poca. Y si supiesen cierto, que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los santos; no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar en algo al Crucificado, en especial cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás.»

(1) Obras. T. III. Pg. 227.

CAPÍTULO II

Ansias que sentía Santa Teresa por cooperar con Jesucristo a la salvación de las almas.—Estas ánsias crecian en ella cuando veía que la predicación de la divina palabra no era lo apostólica que debiera y ella deseaba. Santa envidia que experimentaba al considerar que, por su condición de mujer, no podía entregarse a los ministerios apostólicos sacerdotales de salvar almas.

Jesucristo redimió a la humanidad entera, muriendo por ella en la Cruz; pero para que los hombres se salven, se precisa, según el admirable plan divino, el que el fruto del sacrificio de su preciosa vida, que es de valor infinito, llegue a cada una de las almas por medio de los sacramentos, que comunican la gracia santificante.

El administrar éstos y disponer a las almas para recibirlos con provecho y abundancia de gracias actuales, fué lo que encomendó Jesucristo a los Apóstoles, y a los obispos y sacerdotes de todos los tiempos; a cuya sobrenatural y misteriosa obra de santificación y de salvación, pueden, de alguna manera, contribuir, también todos los cristianos.

Santa Teresa sentía devoradoras ansias de cooperar con Jesucristo a la gloria que Dios recibe en la redención de las almas, viéndolas en la Bienaventuranza Eterna selladas con la sangre de su Unigénito Hijo.

«(1) Por un punto de aumento en la fe y de haber dado luz en algo a los herejes, perdería mil reinos, y con razón. Otro ganar es un reino que no se acaba, que con sola una gota que gusta un alma de esta agua de él, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo ¿qué será?

¡Oh Señor! Si me diérades estado para decir a voces esto, no me creyeran, como hacen a muchos que lo saben decir de otra suerte que yo; mas al menos satisficiérame yo. Paréceme que tuviera en poco la vida por dar a entender una sola verdad de estas; no sé después lo que hiciera, que no hay que fiar de mí; con ser la que soy, me dan grandes ímpetus por decir esto a los que mandan, que me deshacen. De que no puedo más, tórnome a Vos, Señor mío, a pediros remedio para todo; y bien sabeis Vos que muy de buena gana me desposeería yo de las mercedes que me habeis hecho, con quedar en estado que no os ofendiese y las daría a los reyes; porque sé que sería imposible consentir cosas que ahora se consienten, ni dejar de haber grandísimos bienes.»

La parecia a la Santa que si los reyes, que tienen en sus manos las riendas del poder para dirigir a los pueblos, entendiesen y cumplieran sus obligaciones de cristianos, no podían consentir los desmanes y atropellos que contra los derechos de Dios y de su Reli-

(1) Obras. T. I. Pg. 197.

gión se cometían en sus días; y por eso deseaba que los gobernantes conocieran lo que a ella se la había dado a entender y gustar, para que jamás en los súbditos tamaños desacatos consintieran, con mengua de la gloria que a Dios todos le debemos.

En poco tenía la vida Teresa de Jesus, si con perderla lograba el dar a conocer la religión de Cristo, que, bien niña, ya demostró sentir verdaderas ansias por ir a confesarla a tierras de moros, aunque la descabezasen, sufriendo martirio; y si, ahora, otro estado tuviera (al eclesiástico se refería) la enseñaría predicándola, con el ardor de apostol, por todas partes; que si otra cosa no alcanzaba, al menos, apagaría las ansias que la devoraban de gastar toda la vida en dar a conocer al Amado de su alma, para que todo el mundo le adorase.

Estas ansias se le acrecentaban cuando ella, que tanto gustaba de oir los sermones, era testigo de que la predicación divina distaba de ser lo apostólica que debiera y su espíritu deseaba.

«(1)...Porque no se usa ya este lenguaje; hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar (2). Buena intención ternán, y la obra lo será, mas ansí se enmiendan pocos. ¿Mas cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predican. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apósto-

(1) Obras. T. I. Pg. 151.

(2) Al margen del original añadió aquí el Padre Bañez: Legant prædicatores.

les, y ansí calienta poco esta llama; no digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuestra merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida, y en poca estima la honra; que no se les daba más, a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios, perderlo todo que ganarlo todo; que a quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser.

¡Oh gran libertad! Tener por cativerio haber de vivir y tratar conforme a las leyes de el mundo, que como ésta se alcance de el Señor, no hay esclavo que no lo arrisque todo por rescatarse y tornar a su tierra. Y pues este es el verdadero camino, no hay que parar en él, que nunca acabaremos de ganar tan gran tesoro, hasta que se nos acabe la vida. El Señor nos dé para esto su favor. Rompa vuestra merced esto que he dicho, si le pareciere, y tómelo por carta para sí, y perdóneme que he estado muy atrevida.

Y hablando, en otro lugar, de que el amor divino, que radica en el corazón, debe ser el que impulse a ejecutar los actos externos de virtud, y el motivo de la predicación en el sacerdote, sin mezcla de otros fines mundanos y bastardos, dice la valerosa e intrépida propugnadora de la verdad en toda su pureza e integridad.

«(1) Quiérome declarar más, porque lo entendais. Predica uno un sermón con intento de aprovechar las almas, mas no está tan desasido de provechos humanos, que no lleva alguna pretensión de contentar, u

(1) Obras. T. III. Pg. 308.

por ganar honra u crédito, u que si está puesto a llevar alguna calonjía por predicar bien. Ansí son otras cosas que hacen en provecho de los prójimos, muchas, y con buena intención; mas con mucho aviso de no perder por ellas ni descontentar. Teme persecución; quieren tener gratos los reyes y señores y el pueblo; van con la discreción que el mundo tanto honra; *esta es la amparadora de hartas imperfeciones*, porque le ponen nombre de discreción, y plega al Señor que lo sea.

Estos servirán a Su Majestad, y aprovechan mucho; mas no son ansí las obras que pide la Esposa, a mi parecer, y las flores, sino un mirar a sola honra y gloria de Dios en todo. Que verdaderamente a las almas que el Señor llega aquí, sigun he entendido de algunas, creo no se acuerdan más de sí que si no fuesen para ver si perderán o ganarán; sólo miran al servir y contentar al Señor. Y porque saben el amor que tiene a sus criados, gustan de dejar su sabor y bien por contentarle en servirlas y decirles las verdades, para que se aprovechen sus almas, por el mijor término que pueden, ni se acuerdan, como digo, si perderán ellos; la ganancia de sus prójimos tienen presente, no mas. Por contentar mas a Dios, se olvidan a si por ellos, y pierden la vida en la demanda, como hicieron muchos mártires, y envueltas sus palabras en este tan subido amor de Dios, emborrachadas de aquel vino celestial, no se acuerdan; y si se acuerdan, no se les dá nada descontentar a los hombres: estos tales aprovechan mucho.»

Con celo apostólico y unción evangélica, que brotan espontáneamente del corazón enamorado de Dios,

quería la Santa que los encargados de enseñar la doctrina de Cristo, la predicasen a todas las gentes. Es la divina palabra semilla que da el ciento por uno; pero es cuando cae en terreno abonado o alma bien dispuesta, y cuando es, en verdad, palabra de Dios.

Teniendo mucha cuenta en eso la Santa Madre enseñaba a sus hijas a oir siempre los sermones y pláticas, prescindiendo o no parando mientes en lo accidental de las formas o puramente humano, para que les fuese de provecho la predicación; así como vemos que se lamentaba de los que profanan la altísima dignidad de hablar en nombre de Dios, predicándose a sí mismo, o haciéndolo principalmente por fines materiales y vanos, frustrando de esa manera los designios de Dios, de propagar y sostener la fé entre los hombres por la divina predicación.

Y de ahí la nacía también la inclinación, que no podía resistir, a salvar las almas que se ponían al alcance de su palabra o de su apostólica acción.

«(1) Y muchas veces me parecía, como quien tiene un gran tesoro guardado y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para distribuirle; ansí me parecía estaba atada mi alma. Servía al Señor con mis pobres oraciones; siempre procuraba con las hermanas hiciesen lo mesmo, y se aficionasen al bien de las almas, y al aumento de su Iglesia y a quien trataba con ellas, siempre se edificaban, y en esto embebía mis grandes deseos.

A los cuatro años, me parece era algo más, acertó a venirme a ver un fraile franciscano, llamado Fray

(1) Obras T. IV. Pg. 20.

Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mesmos deseos de el bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Este venía de las Indias poco había. Comenzóme a contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, y hízonos un sermón y plática animando a la penitencia y fuése.

Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí; fuíme a una ermita con hartas lágrimas; clamaba a Nuestro Señor, suplicándole diese medio cómo yo pudiese algo para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que yo no era para más.

Había gran envidia a los que podían por amor de Nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes. Y ansí me acaece, que cuando en las vidas de los santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hace y más ternura y más envidia que todos los martirios que padecen, por ser ésta la inclinación que Nuestro Señor me ha dado, pareciéndome que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer.

Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche, estando en oración, representóseme Nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, a manera de quererme consolar, me dijo: *Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.*»

Con estas amorosas palabras, quiso el Señor darla a entender, que la encomendaría no tardando mucho un apostolado de oración eucarística, que emprende-

ría con la Reforma de la Orden; ya que tanto anhelaba poder hacer algo por atraer a los herejes hacia la Iglesia Católica y convertir los pecadores a Dios.

El Señor la había dado a conocer el lastimoso estado en que se halla el alma en poder del demonio, después de cometer un pecado mortal, y la producía el recuerdo tal sentimiento y pena, que fué durante su vida, un poderoso motivo para no cesar en su eficaz apostolado de la oración.

Oigamos lo que nos refiere en las Moradas.

«(1) Antes que pase adelante, os quiero decir que considereis, qué será ver este Castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mesmas aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cay en un pecado mortal. No hay tinieblas más tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más. No querais más saber de que con estarse el mesmo Sol, que le daba tanto resplandor y hermosura, todavía en el centro de su alma, es como si allí no estuviese para participar de El, con ser tan capaz para gozar de Su Magestad, como el cristal para resplandecer en él el sol. Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas las obras buenas que hiciere, estando ansí en pecado mortal, son de ningún fruto o merecimiento para alcanzar gloria; porque no procediendo de aquel principio, que es Dios, de donde nuestra virtud es virtud, y apartándonos de El, no puede ser agradable a sus ojos.

Yo sé de una persona a quien quiso Nuestro Se-

(1) Obras. T. III. Pg. 26.

ñor mostrar como quedaba un alma cuando pecaba mortalmente... Y ansí le dió mucha gana que todos lo entendieran; y ansí os la dé a vosotras, hijas, de rogar mucho a Dios por los que están en este estado, todos hechos una escuridad, y ansí son sus obras... Decía aquella persona que había sacado dos cosas de la merced que Dios la hizo; la una un temor grandísimo de ofenderle, y ansí siempre le andaba suplicando no la dejase caer, viendo tan terribles daños; la segunda, un espejo para la humildad, mirando como cosa buena que hagamos no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente adonde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este sol, que dá calor a nuestras obras.

No sería tiempo perdido, hermanas, el que gastásedes en leer esto, ni yo en escribirlo, si quedásemos con estas dos cosas, que los letrados y entendidos muy bien las saben, mas nuestra torpeza de las mujeres todo lo ha menester; y ansí, por ventura quiere el Señor que vengan a nuestra noticia semejantes comparaciones. Plega a su bondad nos dé gracias para ello.»

Por nuestra parte, a la apostólica Santa fervorosamente pedimos, que tampoco sea tiempo perdido el empleado en transcribir los anteriores párrafos de sus soberanos escritos, que sabrán utilizar para el propio aprovechamiento espiritual las almas piadosas que acertaren a leerlos. Amen.

CAPITULO III

Los estragos que causaba en las almas el protestantismo, enemigo de la Eucaristía, obligan al apostólico espíritu de Santa Teresa a ponerle un dique de contención. — Al mismo tiempo que San Ignacio funda su Compañía de Jesus contra los protestantes, forma la Santa, con la Reforma de su Orden, su Apostolado de Oración Eucarística. — San Ignacio de Loyola la alienta a proseguir en su eucarística empresa.

Era el siglo XVI, cuando la reforma luterana traía perturbada a la Iglesia Universal y arrastraba camino del infierno a innumerables almas que apostataban de la fé. Nuestra católica nación se vió libre de los estragos de la herejía, merced a la fe y tenacidad de un Rey Prudente, alentado por la doctrina de los teólogos y la virtud de los santos españoles; pero constantemente llegaban a la península noticias alarmantes del aprieto en que los protestantes ponían de contínuo a la Iglesia, y el peligro que corría la patria de ser inundada por la monstruosa y corrompida ola del error.

«(1) En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuanto iba en crecimiento esta desventurada secta. Dióme gran fatiga, y como si yo pudiera algo u fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que allí se perdían. Y como me ví mujer y ruín, y imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, y toda mi ansia era y aun es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo. Y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas, y podría yo contentar en algo al Señor, y que todas ocupadas en oración por los que son defendedores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío, que tan apretado le train, a los que ha hecho tanto bien, que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no tuviese a donde reclinar la cabeza.»

De entre las noticias que hasta la Santa llegaban, dos eran las que principalmente atormentaban a su espíritu, a saber: el que eran muchas las almas que se condenaban y que por los paises en que imperaban las doctrinas protestantes se profanaba el Santísimo Sacramento. Y así dice a cerca de estos dos puntos:

(1) Obras. T. II. Pg. 15.

«(1) De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan, de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia, y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece, cierto, a mí que por librar a una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana.» (2) Pues, Criador mío, ¡cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo y por más contentaros a Vos, que mandaste nos amase, sea tenido en tan poco como hoy día tienen esos herejes el Santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas deshaciendo las iglesias! ¡Si le faltara algo por hacer para contentaros! más todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre eterno, que no tuvo adonde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en tantos trabajos, sino que ahora las que tiene para convidar sus amigos, por vernos flacos y saber que es menester que los que han de trabajar, se sustenten de tal manjar se las quiten?»

¡Hermosas palabras! ¡expresiones sublimes, que manifestando generosos y nobles sentimienos para con Dios y los prójimos, son reveladoras de un apostol de la Iglesia Católica, con un alma devorada por el abrasador celo de la salvación de las almas y por el amor ardiente a la Sagrada Eucaristía!

Su corazón seráfico, volcán de amor divino, no sufría el oir las tristes noticias venidas de los paises protestantes, sin poner algún remedio a las almas que

(1) Obras. T. I. Pg. 328.
(2) Obras. T. II. Pg. 27.

perdían la fe, o sin parapetar un muro de contención al protestantismo, que amenazaba ahogar a los pueblos y a las naciones en una ola de corrompido y asfixiante cieno con sus insanas y disolventes doctrinas de perdición.

Y ese poderoso dique, con que le salió al encuentro a la herejía de su siglo y a cuantas de ella descendiesen, hasta el fin del mundo, no fué otro que el del Apostolado de la oración eucarística.

Siempre hubo Apostolado de la oración en la Iglesia católica.

Dios quiere seria y formalmente la salvación de todos los hombres, por todos murió Jesucristo y nos dió en la Iglesia medios poderosos y eficaces de santificación; pero el hombre que ha de cooperar con su libre voluntad a esos deseos y medios, puede resistirlos. En este caso, demasiado frecuente por desgracia, cabe el que las almas buenas, que, como dice Santo Tomás, han de hacer objeto de sus oraciones el objeto de sus deseos y que, como los de Jesucristo, han de estenderse a que todos se salven, eleven sus súplicas a Dios y de El alcancen las gracias actuales que muevan y dispongan a los pecadores a recibir la gracia santificante.

Así vemos que en todo tiempo se ejercitó por los cristianos el Apostolado de la Oración, junto con los demás apostolados..

Este es el apostolado que la Virgen Santísima practicó en su vida, y Jesucristo es el primer Apostol de la Oración en el Santísimo Sacramento, donde siempre está intercediendo por nosotros.

Pero una asociación, una institución, un organismo canónicamente estatuido dentro de la misma Igle-

sia, dedicado y consagrado, como veremos, a ejercer el apostolado por medio de la oración eucarística o mediante el culto al Santísimo Sacramento, ignoramos existiera otro, hasta que Santa Teresa fundó su primer convento en la misma época y con idéntico motivo circunstancial en que San Ignacio reclutaba un puñado de valientes soldados de Cristo para formar la invicta Compañía de heróicos apóstoles de Jesus.

Honra de España y gloria de la Iglesia serán eternamente estos dos preclaros fundadores, ambos de corazón troquelado según el modelo del Corazón de Cristo, que late solo a la mayor gloria de su Eterno Padre y anhela la salvación de todos los hombres. Teresa e Ignacio, que tienen por rico y espacioso marco de sus agitadísimas y heróicas vidas el siglo XVI, dentro del cual se encierra la España grande y gloriosa en todos los órdenes, y se escribieron las páginas más brillantes de nuestra historia, son los dos genios típicos de la noble, hidalga, caballeresca, emprendedora, tenaz y guerrera raza española, en lucha constante por la gloria y esplendor de la religión y de la patria; y a vista del aterrador cuadro que ofrecía en sus días Europa, desolada por el grito de rebelión lanzado por los protestantes y que resonó en la Iglesia como se oyó en el cielo el *non serviam* de Luzbel, San Ignacio establece su Compañía de Jesus y Santa Teresa, aunque *mujer ruín y flaca*, estaba animada del mismo espíritu apostólico, y forma el Apostolado de Oración eucarística, para hacer cara al protestantismo, como San Miguel desenvainó la flamígera espada contra Satán a la voz de ¿quién como Dios?

El apostolado de los hijos de San Ignacio y el de

los de la gran Teresa se completan poderosa y eficazmente, y darán al traste con todas las herejías de cualquier tiempo, porque mientras los unos ejercen su apostolado activo en concilios, en la cátedra, en los libros en los talleres, en los púlpitos y confesonarios, gozando del privilegio que conquistaron los antiguos caballeros de Avila para sus temidas lanzas, de que fueran ellas las primeras en entrar a pelear en todas las batallas, pues van siempre a la vanguardia y ocupan los puestos más avanzados y de mayor peligro; los hijos de la Virgen Avilesa, rodeando al Sagrario y unidos a Jesucristo, que en la Eucaristía es el primer Apostol de la oración, logran del cielo el triunfo y la victoria.

Son los conventos que fundó la Santa, como esas estaciones radiográficas en cuyos edificios se elevan esbeltos y gallardos pararrayos que reciben las descargas eléctricas del cielo, y desde dentro, por las invisibles ondas hertzianas se establecen constantes comunicaciones con los habitantes de cualquier punto de la tierra y hasta se influye en la marcha y dirección de las embarcaciones que surcan los mares.

Las almas que forman y constituyen dichos centros de oraciones eucarísticas, elevándose por esa misma oración hasta las nubes del trono divino, desarman el brazo de la divina justicia y hacen que Dios desde la Central Eucarística hable y dirija a cuantos navegan por el mar de este mundo hasta conducirles al puerto feliz *de la vida de allá arriba que es la vida verdadera.*

¡Oh! ¡Y qué consolador es para el cristiano el saber que desde estos centros se trabaja por su bien y felicidad eterna!

¡Y cuán grato y alentador es, también, para el sacerdote, el poder contar, en sus penosos ministerios de cultivar las delicadas plantas de las conciencias humanas, con la savia y el rocío que del Cielo desciende por virtud de esa asociación espiritual eucarística, excelente, grandiosa, teresiana y divina!

Cuando emprendió Santa Teresa su obra eucarística ya había volado al cielo el alma de su compatriota San Ignacio, después de ver extendida su amada Compañía por el mundo entero; y a más de que por donde iba la Santa era amparada y la ayudaban en su eucarística empresa los ilustres ignacianos, quiso el mismo Santo Patriarca infundir ánimos y alentar en dicho apostolado, a la Santa de los seráficos amores eucarísticos.

En cierta ocasión que se hallaba la Santa haciendo oración, se le apareció San Ignacio, teniendo en la mano una rica custodia en la que se veía el Santísimo Sacramento del altar. De este prodigioso acontecimiento hace mención el R. P. Joaquín Montoya S. J. en su obra manuscrita en castellano, titulada «El amor mutuo y perpétuo entre Santa Teresa y la Compañía de Jesus», y que publicó en italiano, durante el destierro que sufrió en tiempos de Carlos III.

Y el P. Luís Carnioli, en la *Vida de San Ignacio de Loyola*, Cap. 21, refiere la tradición general en España y que a él se la comunicó el Eminentísimo Cardenal de Lugo de que «un día del *Corpus Christi* vió Santa Teresa, arrobada en éxtasis, una celestial procesión, en la cual iban delante todos los coros de los Angeles, seguían las clases de todos los santos y al fin, debajo de un riquísimo pálio iba un venerable per-

sonage vestido con vestiduras sacerdotales y capa pluvial, el cual llevaba en sus manos el Santísimo Sacramento, y al lado le acompañaba la Santísima Virgen María. Estaba Santa Teresa maravillada y deseosa de saber quién fuese aquel afortunado personage, y un angel la dijo que era San Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus, a quien Dios hacía aquel gran honor por haber introducido en toda la cristiandad el uso frecuente de la divina Eucaristía.»

Este mismo hecho le trae el P. Natali en su libro «*De cælesti conversatione*», parte II, cap. 14.

Visiones tan celestiales debieron seguramente de confirmar a la Santa en sus apostólicas resoluciones de extender, con la Reforma de la Orden, el culto al Santísimo Sacramento del Altar; y todo ello prueba lo que antes afirmamos, a saber: que se completaban y perfeccionaban los apostolados emprendidos por ambos fundadores españoles de aquella época del protestantismo. El apostolado activo de San Ignacio y el de la oración de Santa Teresa son uno mismo por Jesucristo en la Eucaristía, donde Jesus está como Cabeza, Padre y Maestro de cuantos trabajan por la salvación de las almas y a mayor gloria de Dios Nuestro Señor.

CAPÍTULO IV

Habiendo un día comulgado Santa Teresa, la manda Jesucristo hacer el primer convento de Carmelitas Descalzas. —Se pone el Santísimo en el monasterio de San José de Avila.—La Santa Madre encarga a todas sus hijas carmelitas el que cumplan con el fin para el cual las llama Dios a la Orden, de ejercer continuamente el apostolado de la oración eucarística.

Para que cualquiera pueda arrogarse la facultad de ejercer un apostolado en nombre de Dios, se precisa que el Señor sea el que le elija y le envie; como ocurrió con los doce apóstoles, a quienes pudo decir Jesucristo con toda verdad; no me habeis elegido vosotros a mi, sino que yo os he elegido a vosotros, para que vayais por el mundo a dar testimonio de mi doctrina, enseñando cuanto os mandé, y déis en él frutos abundantes de vida eterna.

Jesucristo desde la Eucaristía, que era quien en persona, según ya vimos, dirigía a Santa Teresa en todos los negocios de la vida, y muy principalmente en los

relacionados con su espíritu y misión apostólica que la encomendaron, fué el que la ordenó hacer la reforma de su Orden y dar comienzo al apostolado eucarístico, al mandarla que hiciese el primer convento de carmelitas descalzas, que serviría de plantel y semillero donde se formasen las religiosas, conforme al espíritu propio de la Santa, para, después, salir de allí a propagarle por toda España.

«(1) *Habiendo un día comulgado*, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría El y Nuestra Señora a la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor; y que, aunque las Religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que qué sería de el mundo si no fuese por los religiosos; que dijese a mi confesor esto, que me mandaba, y que le rogaba El que no fuese contra ello ni me lo estorbase.»

Este mismo mandamiento fué confirmado por la Santísima Virgen cuando en compañía de San José la hicieron la singular merced, de que ya hicimos mención, de colocarla una capa blanca y precioso collar, estando oyendo misa en Santo Tomás de Avila. «Acabada de vestir y yo con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Díjome que la daba mucho contento en servir al glorioso San Joséf, que creyese que lo que pretendía

(1) Obras. T. I. Pg. 232.

de el monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos...»

Allá, en la Antigua Ley, Dios mandó a Moisés que le edificara un templo con su tabernáculo; le dió el diseño para que, según aquel ejemplar, le erigiera; y hasta le nombró los maestros y artífices que ejecutasen las obras debajo de su dirección. El cual, terminado con riqueza suma y gran esplendor, pudo ser llamado casa de Dios y puerta del cielo.

También este monasterio, con su templo y tabernáculo, de San José de Avila, fué levantado por mandato terminante de Dios y llevóse al cabo dirigiéndole El misteriosamente. Con una diferencia: que si el de la Antigua Ley lo fué en riqueza suma, y en obediencia perfecta a Moisés de todos los hijos del pueblo de Israel, éste lo fué en pobreza y contradicción inconcebible, pero a prueba del gran amor de Teresa y de las misteriosas trazas de la gracia divina en constante lucha con la libertad humana.

No hace a nuestro propósito el narrar el proceso íntegro, con todas las vicisitudes que precedieron a la erección de este primer convento de la descalcez carmelitana; quédese ello para los críticos historiadores teresianos, si es que aun no está suficientemente esclarecido ese punto tan importante de la Vida de Teresa en armonía con su Reforma.

A nosotros nos bastará, después de lo dicho, el demostrar que Santa Teresa fundó sus monasterios para que en ellos se diera culto especial al Santísimo Sacramento, y para que sus hijas se dedicaran en ellos a la oración por la Iglesia, por los herejes y pecadores: con lo que quedaría probado que la Santa, con la Re-

forma de la Orden, se entregó de lleno a practicar un eficacísimo Apostolado de la Oración Eucarística.

«(1) Pues todo concertado, fué el Señor servido que día de San Bartolomé, tomaron hábito algunas, y se puso el Santísimo Sacramento y con toda autoridad y fuerza quedó hecho nuestro monasterio de el gloriosísimo Padre nuestro San Josef, año de mil y quinientos y sesenta y dos... pues fué para mí como estar en una gloria ver poner el Santísimo Sacramento... y también me dió gran consuelo de haber hecho lo que tanto el Señor me había mandado, y otra Iglesia más en este lugar, de mi Padre glorioso San Josef, que no la había. No porque a mi me pareciese había hecho en ella nada, que nunca me lo parecia ni parece; siempre entiendo lo hacía el Señor; más érame gran regalo ver que hubiese Su Majestad tomádome por instrumento siendo tan ruín para tan gran obra, ansí que estuve con tan gran contento, que estaba como fuera de mí con grande oración.»

Como estar en una gloria, dice la Santa de los seráficos amores eucarísticos, fué aquel momento tan ansiado por ella de ver colocar el Santísimo Sacramento en un templo más, en el que constantemente recibiría culto de sus hijas las carmelitas.

Lo mismo la ocurrirá en las demás fundaciones; porque ella si funda y levanta iglesias es para Jesucristo presente en la Eucaristía, y creía que no estaba hecha la fundación hasta que no veía puesto el Santísimo; y el acto jurídico de toma de posesión de la casa y el templo le ponía en la colocación del Santísimo en el

(1) Obras. T. I. Pg. 378.

sagrario, por ser el Amo por quien trabajaba y había emprendido el apostolado eucarístico.

Mas las cosas de Dios suelen llevar, casi siempre, el sello de las contradicciones humanas, y Santa Teresa vencía todas las dificultades, acudiendo a su Amo y Director, oculto en el tabernáculo del altar.

«(1) ¡Oh, válame Dios, qué vida ésta tan miserable! No hay contento siguro ni cosa sin mudanza. Había tan poquito que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la mesma causa de él me atormentaba ahora de tal suerte, que no sabía qué hacer de mí... es cierto que me parece fué uno de los recios ratos que he pasado en mi vida. Mas no dejó el Señor padecer mucho a su pobre sierva; porque nunca en las tribulaciones me dejó de socorrer... De que me ví ansí, fuíme a ver el Santísimo Sacramento...»

Refiérese aquí a la tribulación que la trajo el demonio a su alma, diciéndola que aquello era un *disbarate que quién la metía en aquello, teniendo ya su monasterio donde había profesado, etc., etc.*

Con todo, ella había procedido con rectísima intención, hasta el punto de que «*por muy poca imperfección que me dijeran era, mil monasterios me parece dejara, cuanti más uno...* con estas y otras consideraciones, haciéndome gran fuerza, prometí delante del Santísimo Sacramento de hacer todo lo que pudiese para tener licencia de venirme a esta casa, y en pudiéndolo hacer con buena conciencia, prometer clausura.»

Otra tormenta más borrascosa la preparó el demo-

(1) Obras. T. I. Pg. 382.

nio para el día solemne y de grato consuelo para ella, de llevar a cabo lo que el Señor la tenía ordenado. «(1) No recuerdo que jamás hiciera al Señor algún servicio que no me lo pagara con algún trabajo... pues pasado esto, queriendo después de comer descansar un poco, porque en toda la noche no había casi sosegado, ni en otras algunas dejado de tener trabajo y cuidado, y todos los días bien cansada, como se había sabido en mi monasterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto por las causas que ya he dicho, que parecía llevaban algun color. Luego la perlada me envió a mandar que a la hora me fuese allá. Yo en viendo su mandamiento dejo mis monjas harto penadas y voyme luego. Bien ví que se me habían de ofrecer hartos trabajos; mas como ya quedaba hecho, muy poco se me daba. Hice oración suplicando al Señor me favoreciese, y a mi padre San Joséf que me trajese a su casa y ofrecíle lo que había de pasar... me fuí, con tener creido luego me habían de echar en la carcel.»

El M. Julián de Avila cuenta el hecho con estas palabras:

«(2) Antes de salir la Santa del nuevo convento hizo oración al Santísimo Sacramento y encomendándole aquellas nuevas plantas y encargándolo y poniéndolo en las manos de Dios y del Señor San Joséf... Con estas prevenciones y presupuestos, salió del monasterio nuevo de San Joséf para ir al de la Encarnación, yendo yo por escudero y como su capellán.»

(1) Obras T. I Pg. 384.
(2) Vida de Santa Teresa. P. II. C. VII.

Por lo mismo que esta oposición veníala de sus hermanas en religión, con quienes había convivido largos años, era más penosa y sensible a su delicado corazón; mas la Santa todos los conflictos que se la venían encima los daba a resolver, aunque por su parte hiciera cuanto estaba en sus manos, a Jesucristo, presente en el Santísimo Sacramento. Fundándose en las palabras de la Santa Madre y en una tradición que se conserva en el monasterio de la Encarnación, algunos creen que en aquel día estuvo encerrada en la celda-carcel de castigo; pero no parece que fuese así, por cuanto la sobrina de la Santa Reformadora, María Bautista, que a la sazón era religiosa en aquel convento, dice, con referencia al suceso de que venimos hablando «(1) que su tia dió tan buen discuento de sus cosas y con tanta gracia y elocuencia, que la Priora quedó muy conforme con lo hecho y la envió muy bien de cenar.»

En medio de la presente tribulación, que cual losa de plomo pesaba de continuo sobre su ánimo, recordando la soledad en que habían quedado sus hijas del nuevo monasterio reformado, la consolaba el pensamiento de que la fundación quedó firme y canónicamente hecha con la exposición del Santísimo Sacramento, en el que descansaba su alma hablándole de la siguiente manera. «(2) Yo me fuí a Dios y díjele: Señor, esta casa no es mía, por Vos se ha hecho; ahora que no hay nadie que negocie, hágalo Vuestra Magestad. Quedaba tan descansada y tan sin pena, como si

(1) Cfr. Memorias historiales, letra R. u. 101.
(2) Obras. T. I. Pg. 388.

tuviera a todo el mundo que negociara por mí, y luego tenía por siguro el negocio.»

¡Oración expresiva y fervorosa! por la que mereció que el Señor, para tranquilizarla, la dijera: «*¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes?* y me asiguró que no se desharía.»

Los que se oponían en la Ciudad a que fuese adelante esta primera fundación de la Santa creían, también, que con la colocación del Santísimo habían tomado jurídicamente posesión de la casa y el templo; por lo que se les veía el empeño de que se retirase al Señor del Sagrario.

«(1) Desde a dos u tres días, juntáronse algunos regidores y corregidor, y de el cabildo, y todos juntos dijeron que en ninguna manera se había de consentir, que venía conocido daño a la república, y que habían de quitar el Santísimo Sacramento, y que en ninguna manera sufrirían pasase adelante.»

Y así fué, en efecto; en virtud de los acuerdos tomados en una de esas juntas, el Muy Magnífico Señor Garci-Suarez de Carvajal, corregidor de la Ciudad, se presentó en el nuevo Monasterio, montado en cólera y descompuesto, pretendiendo, nada menos, que se quitase el Santísimo y se deshiciese la fundación.

De esto da fe el M. Julián de Avila con estas palabras: «(2) porque como yo ví por vista de ojos que el día de San Bartolomé por la mañana del año de 1562, que salió hecho el Monasterio y puesto el Santísimo Sacramento, todos clamaban y alababan a Dios, pa-

(1) Obras. T. I. Pg. 386.
(2) Declaración del Proceso de Avila.

reciéndoles cosa del cielo. Y esto no duró más de hasta el medio día adelante, como entre la gente principal del pueblo se empezó a vituperar del Monasterio y de quien en él había andado... Y con esta voz de todos, dieron los regidores del pueblo y el corregidor y toda la comunidad en que luego se deshiciese el Monasterio... y con esta determinación fué el corregidor al nuevo Monasterio a requerir a las monjas que saliesen luego; que si no, que las quebrarían las puertas; y entonces ya no estaba allí la Madre porque sus Prelados la habían mandado tornar a la Encarnación; pero las novicias respondieron que ellas no saldrían sino por la mano de quien allí las había metido; que si quisiese quebrar las puertas, que las quebrase; que él miraría lo que hacía. Pero como estaba puesto el Santísimo Sacramento por mandado del Obispo Don Alvaro de Mendoza, que era entonces Obispo de Avila y hombre de gran valor y amicísimo de la gente virtuosa, y ansí favorecía las partes del Monasterio, por tanto no osó pasar adelante el corregidor.»

Por todo lo anteriormente expuesto, se ve que en esta primera fundación de la Santa, lo que sobre todo resalta, como principal objeto al que tendía la Madre fundadora, era el Santísimo Sacramento que con toda solemnidad hubo de ponerle para que fuese de sus hijas y de los fieles adorado; lo cual quedará confirmado con lo que veremos que hacía en las demás fundaciones; y por tanto, que con la Reforma de la Orden emprendió Santa Teresa por toda España un Apostolado eucarístico.

Veamos, ahora, el fin para qué aislaba del mundo a sus hijas y las quería ante el Santísimo Sacramen-

to. En el capítulo III del *Camino de Perfección*, que encabeza diciendo: «y persuade a las Hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia» escribe. «(1) Tornando a lo principal para lo que el Señor nos juntó en esta casa, y por lo que yo mucho deseo seamos algo para que contentemos a Su Majestad, digo que viendo tan grandes males, que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego de estos herejes que van tan adelante, (los protestantes) hame parecido es menester, como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra, y viéndose el Señor de ella apretado se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer, y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios, y ser tales los que están en la ciudad, como es gente escogida, que pueden más ellos a solas que con muchos soldados, si eran cobardes, pudieron; y muchas veces se gana de esta manera victoria... Mas ¿para qué he dicho esto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios es que en este castillo que hay ya de buenos cristianos no se nos vaya ya ninguno con los contrarios, y a los capitanes de este castillo u ciudad los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos; y pues los más están en las Religiones, que vayan muy adelante en su perfección y llamamiento, que es muy necesario; que ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico, y no el seglar; y pues para lo uno ni lo otro no valemos nada para ayudar a nuestro Rey, procuremos ser tales que valgan

(1) Obras. T. II. Pg. 23.

nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios, que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajado para ayudar ahora a el Señor.

Podrá ser digáis que para qué encarezco tanto esto y digo hemos de ayudar a los que son mijores que nosotras. Yo os lo diré, porque aun no creo entendéis bien lo mucho que debéis al Señor en traeros adonde tan quitadas estáis de negocios y ocasiones y tratos. Es grandísima merced ésta, lo que no están lo que digo ni es bien que estén, en estos tiempos menos que en otros; porque han de ser los que esfuercen la gente flaca y pongan ánimo a los pequeños ¡Buenos quedarían los soldados sin capitanes! Han de vivir entre los hombres y tratar con los hombres y estar en los palacios, y aun hacerse algunas veces con ellos en lo exterior: ¿pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo y vivir en el mundo, y tratar negocios del mundo, y hacerse, como he dicho, a la conversación del mundo, y ser en lo interior extraños del mundo, y enemigos del mundo y estar como quien está en destierro, y, en fin, no ser hombre sino angeles? Porque, a no ser esto ansí, ni merecen nombre de capitanes, ni primita el Señor salgan de sus celdas, que más daño harán que provecho; porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar.

Y si en lo interior no están fortalecidos en entender lo mucho que va en tenerlo todo debajo de los pies y estar desasidos de las cosas que se acaban y asidos a las eternas, por mucho que lo quieran encubrir han de dar señal... Ansí que no penséis es menester poco fa-

vor de Dios para esta gran batalla adonde se meten, sino grandísimo.

Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios. La una, que haya muchos de los muy pocos letrados y religiosos que hay que tengan las partes que son menester para esto, como he dicho; y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que más hará uno perfecto que muchos que no lo estén. La otra; que después de puestos en esta pelea, que como digo no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oidos en este peligroso mar del canto de las sirenas. Y si en esto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él, y daré yo por muy bien empleados los trabajos que he pasado por hacer este rincon, a donde también pretendí se guardase esta Regla de Nuestra Señora y Emperadora con la perfección que se comenzó.

No os parezca inutil ser continua esta petición, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma; ¿y que mijor oración que ésta? Si tenéis pena porque no os descontará la pena del purgatorio, también se os quitará por esta oración y lo que más faltare falte. ¿Qué va en que esté yo hasta el día del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salvase sola un alma? Cuanto más el provecho de muchas y la honra del Señor. De penas que se acaben no hagais caso de ellas cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros. Ansí que os pido, por amor del Señor, pidáis a Su Majestad nos oiga en esto; yo, aunque miserable, lo pido a Su Ma-

jestad, pues es para gloria suya y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos... Pues no sois Vos, Criador mio, desagradecido para que piense yo dejaréis de hacer lo que os suplican, ni aborreciste, Señor, cuando andábades en el mundo las mujeres, antes las favorecistes siempre con mucha piedad.

Cuando os pidiéremos honras no nos oigais, u rentas, u dineros u cosa que sepa a mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habéis de oir, Padre eterno, a quien perdería mil honras y mil vidas por Vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos.»

Por dos cosas, hemos visto, quería la Santa que pidieran contínuamente sus hijas al Señor presente en la Eucaristía: para que fuesen muchos los predicadores y operarios en la Iglesia de Dios y éstos poseyeran las condiciones de virtud y perfección que se precisan para, estando en el mundo, no ser del mundo y salvar muchas almas con su labor evangélica; y por tanto la misión que cumplió en sus fundaciones fué de verdadero apostolado eucarístico.

CAPÍTULO V

Al ser erigido el monasterio de San José de Avila, quedó constituida Santa Teresa en Reformadora de la Orden del Carmen y en Madre de los Institutos eucarísticos.—También puede considerársela como Patrona de las asociaciones conocidas por «Las Marías y Juanes del Sagrario».—Las famosas chifladuras del apostol de la Eucaristía en nuestros tiempos, el célebre Arcipreste de Huelva y hoy dignísimo Obispo-Administrador Apostólico de Málaga, en conformidad con las locuras de Santa Teresa.

Con la toma de hábito de las cuatro novicias en el día de San Bartolomé, mediante el Breve que, secretamente, habían negociado en Roma, quedó canónicamente reformada la Orden Carmelitana, correspondiendo la gloria de haber realizado tamaña empresa, a fuerza de pruebas y contradicciones sin cuento, a Santa Teresa de Jesus.

Por lo que pudo verse en el anterior capítulo, la Santa ideó la Reforma, buscando mayor perfección para las almas que en ella profesasen, y de esa suerte

pudieran ejercer con más eficacia el apostolado de la oración eucarística.

Mirando así las cosas como hace a nuestro intento, bien podemos afirmar que Santa Teresa es Madre de los Institutos eucarísticos que, de entonces acá, han nacido en el seno purísimo y santo de la Iglesia Católica.

Nosotros creemos que todas las Ordenes Monásticas, igual que los Institutos Religiosos, son obra de la mano de Dios que los suscitó en el transcurso de los tiempos, acomodándose a las circunstancias de la época; y que Jesucristo valióse de los santos fundadores de cada una de esas escogidas y distinguidas familias, para que en los jardines místicos de la Iglesia pudieran en todo tiempo trasplantarse del mundo almas privilegiadas, en las que pudiera El recrearse y tener sus más puras complacencias; y por tanto, que todas son igualmente dignas de nuestro grandísimo respeto y cariño. Y al decir que consideramos a Santa Teresa como Madre de los Institutos eucarísticos, es sin intención de empequeñecer ni aminorar en lo más mínimo la admirable y providencial obra que realizaron en sus días, por ejemplo, una Condesa de Jorbalán o Venerable Madre Sacramento, al fundar su benemérito Instituto eucarístico de Adoratrices, o la que llevó a cabo la Madre María de Jesus (Emilia de Oultremont en el siglo) fundando el apostólico y también eucarístico Instituto de María Reparadora.

Es Santa Teresa una *santaza* tan apostólica, tan eucarística, tan esclava del amor que a Dios profesaba, y tan universal en abarcar todos los órdenes a que puede entregarse la piedad y el celo, que parece verse

en ella la encarnación del espíritu que animó a todos los celebérrimos santos fundadores; por lo que convencidos estamos de que las mismas inspiradas fundadoras, antes mencionadas, con las respectivas hijas de tan excelentes Institutos, a los que profesamos especial amor y devoción, serán las primeras, en sus afectos y devociones, en considerar a la Santa de los seráficos amores eucarísticos como una adoratriz o una reparadora, de cuyo apostólico y eucarístico espíritu pueden aprender y esperar mucho para sus almas y sus muy amados Institutos Religiosos.

Mas el sentido en que decimos ser Santa Teresa Madre de los Institutos Eucarísticos, es por razón de que fué la primera que dió a su fundación ese carácter y la que realizó un apostolado eucarístico por el mundo entero.

Veamos, pues, lo que sobre el particular nos dice la historia de la devoción al Santísimo Sacramento.

La historia eclesiástica, maestra de la vida religiosa, nos enseña que en los tiempos de mayor fe los sacerdotes y fieles, en general, vivían una vida espiritual completamente eucarística, alimentándola y sosteniéndola con la frecuente recepción de tan sabroso y nutritivo Manjar y haciendo espléndida manifestación de ella a la faz del mundo o ante la sociedad.

En los tiempos apostólicos, en que aun parecían oirse los majestuosos pasos del que pasó por esta vida haciendo bien y sanando a todos; cuando todavía parecía resonar en los montes y en las colinas de Palestina el eco de los golpes del martillo, que fijaron a Cristo en la Cruz; en aquellos días en que más fuertemente se dejaban sentir y repercutían en el corazón

del género humano los latidos del Corazón Divino, recien traspasados con una lanza, del que brotaron los sacramentos que lavan y santifican; en aquellos tiempos, decimos, de fe robusta y pujante, los cristianos eran sagrarios ambulantes, porque dentro del seno devotamente ocultaban al Señor para de contínuo consigo llevarle, y cada día se alimentaban con el Pan de los Fuertes que les infundía el valor para confesar a Jesucristo y dar por El la vida, sufriendo penoso martirio.

Todavia en los de San Jerónimo y San Agustín vemos que en Roma y en España, es decir, en la cabeza y en la que pudiéramos llamar corazón de la Iglesia, se conservaba la cristiana costumbre de comulgar diariamente; como puede verse en una carta que Januario o Jenaro escribió al solitario de Belen y en otra que Lucinio Bético dirigió al Obispo de Hipona.

Después, váse observando que al paso que por las herejías se disminuía la fe, crecía progresivamente el apartamiento de los fieles de la fuente de vida eterna que es la Eucarístia.

Y en tiempos de nuestra intrépida Santa, los herejes luteranos, de manera ridícula e inconsecuente y con una discrepancia, entre sí, casi infinita, negaron la verdad de la real presencia de Jesucristo en el Sacramento del Altar, tan claramente expresada en su divina institución y en las páginas de las Sagradas Escrituras, declarando guerra a muerte a los adoradores del Santísimo.

Lo que entonces ocurría en los paises protestantes puede muy bien colegirse por estas lamentaciones y súplicas que Santa Teresa dirigía al Padre Eterno:

«Y que pues su santo Hijo puso tan buen medio para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don para que no vaya adelante tan grandísimo mal y desacato como se hacen en los lugares adonde estaba este Santísimo Sacramento entre estos luteranos, desechas las Iglesias, perdidos tantos sacerdotes, quitados los Sacramentos.

Pues ¡qué es esto mi Señor y mi Dios! U dad fin al mundo, u poned remedio en tan gravísimos males; que no hay corazón que lo sufra, aún de los que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufrais ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si queréis podéis. Mirad que aun está en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento cesen cosas tan feas, y abominables y sucias; por su hermosura y limpieza no merece estar en casa adonde hay cosas semejantes. No lo hagais por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo. Pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir, ¿qué sería de nosotros? Que si algo os aplaca es tener acá tal prenda. Pues algún medio ha de haber, Señor mio, póngale Vuestra Majestad.»

Y por lo que toca a los pueblos, como los de nuestra España, que se vieron libres de aquella pestilencial herejía, ya hicimos constar, en otro lugar, que tenían en un olvido habitual al Santísimo Sacramento, hasta el punto de que los más piadosos sólo le recibían cada mes y esto lo tenían por comunión frecuente.

Pues bien; Santa Teresa fué la primera fundadora que con su Orden Carmelitana Reformada se propuso el que sus hijas dieran culto contínuo al Santísimo; y fundando conventos, emprendió un apostolado euca-

rístico por el mundo, puesto que España entones se estendía por todo él, haciendo que las almas despertaran del letargo que padecian y volvieran a la frecuencia de los santos sacramentos y a tener verdadera vida espiritual eucarística.

Por esto y en este sentido afirmábamos, que Santa Teresa es la Madre de los Institutos Eucarísticos.

Y que sus preclaros hijos, los carmelitas descalzos, heredaron ese mismo amor al Santísimo de su Santa Madre Fundadora, lo prueban las cofradías eucarísticas de «La Vela y Alumbrado» y «La Adoración Nocturna al Santísimo» que ilustres carmelitas teresianos fundaron; mas los cultos y comuniones frecuentes con que diariamente al Señor Sacramentado se honra en los conventos todos de la Orden.

El ejemplar sacerdote, en toda España conocido por «El Arcipreste de Huelva», hoy dignísimo Obispo-Administrador Apostólico de Málaga, movido de su ardiente celo de la devoción y culto al Santísimo Sacramento, emprendió desde su parroquia un apostolado eucarístico que muy luego dejó sentir su eficacia y se extendió su obra por todas las diócesis.

Buscando algún medio para llegar almas a las gradas de los Tabernáculos solitarios, su claro ingenio iluminado, sin duda, por la divina gracia, le sugirió la feliz idea de fundar las cofradías eucarísticas que muy acertadamente denominó «Marías y Juanes de los Sagrarios Calvarios.»

Ciertamente, que la soledad que Jesucristo sufre en la mayoría de los Sagrarios de nuestras olvidadas iglesias se asemeja, no poco, a la que experimentó el mismo Jesus en el Calvario, donde tan solo a su lado

estuvieron su Santísima Madre, San Juan Evangelista y algunas piadosas mujeres; y a que no falten en los Tabernáculos almas que representando a las piadosas del Calvario, acompañen a Jesus en las soledades del Sagrario, se enderezan tan hermosas y devotas cofradias.

¡Inspirado estuvo el Apóstol moderno de la Eucaristía al comparar a los Sagrarios abandonados al Calvario, con el fin de que las almas buenas, compasivas y amantes de Cristo, se sintieran heridas en su amor y acudieran presurosas a visitarle!

¡Y qué menos podemos desear que en cada Sagrario haya un sacerdote, haciendo las veces del Discípulo Amado, y alguna devota alma que consientan en acompañar, siquiera espiritualmente, al que día y noche se pasa aguardando a los hombres!

Para alentar a las fervorosas Marías y piadosos Juanes con el ejemplo y las encendidas palabras de la Santa de los seráficos amores eucarísticos, con gusto les ofrecemos unas cuantas líneas de la inspirada escritora, que parecen estar escritas para las almas que se precian de amigos del Señor prisionero y solo en el Altar, donde diariamente se sacrifica por los hombres.

«(1) Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mijor, a mi parecer, de las partes a donde le vía más solo. Parecíame a mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. De estas simpli-

(1) Obras. T. I. Pg. 84.

cidades tenía muchas... (1) ¿Y quién será el soberbio y miserable, como yo, que cuando hubiere trabajado toda su vida con cuantas penitencias y oraciones y persecuciones se pudieren imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado, cuando le consienta el Señor estar a el pie de la Cruz con San Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sino en el mío, que de todas maneras fué perdido en lo que había de ganar.

Pues si todas veces la condición u enfermedad, por ser penoso pensar en la Pasión, no se sufrê ¿quien nos quita estar con El después de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, adonde ya está glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creido de los Apóstoles?

Porque, cierto, no todas veces hay quien sufra pensar en tantos trabajos como pasó. Héle aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fué en su mano apartarse un momento de nosotros.»

Como perfecta María del Sagrario se revela Santa Teresa en las anteriores líneas copiadas.

Gustaba a ella acompañar a Jesucristo donde más solo le veía, e iba a visitarle al Sagrario, delante del cual se consideraba como en compañia del Discípulo Amado junto a la Cruz, o allí se le representaba al Señor resucitado y glorioso.

---

(1) Obras T. I. Pg. 208.

Esto es lo que incumbe a las «Marías y Juanes», cuando toman a su cargo el velar, y cuidar de la limpieza y ornato de los Sagrarios solitarios y abandonados; por lo que podemos considerar a la Seráfica Santa como Patrona de dichas cofradías eucarísticas, y Maestra de la que pueden aprender a desempeñar su cometido cerca del Santísimo, cuantos se honran militando debajo de las blancas y áureas banderas eucarísticas, que tremolan los apóstoles modernos del Santísimo Sacramento.

¿Que estos son muy otros tiempos de los de Santa Teresa? Ya en los suyos se conoce que objetaban de igual manera; por lo que ella escribe con motivo de la muerte de San Pedro Alcántara «(1) ¡Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito Fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas, y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era; estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies.»

Y esto último es lo necesario en todos los tiempos para santificarse y llegar hasta la santidad extraordinaria, aunque después el mundo tenga por locos a los que no siguen sus máximas y costumbres; pero como dice el apostólico «*Arcipreste de Huelva*» «¡Hay que *chiflarse!* (2) Si, hermanos m os en la cura de almas, vosotros los que sentis mucha pena porque veis vuestros Sagrarios desiertos y que estais tan sólos que quizás seáis la única persona que en el pueblo no

(1) Obras T. I. Pg. 265.
(2) «Lo que puede un cura hoy» Pg. 109

tenga amigo, *chiflaos* y haced *chiflados* por el Corazón de Jesus; hermanos míos, los católicos todos, que os interesáis un poco por la salud de las almas y os sacrificais por ellas, *chiflaos* por el Corazón de Jesus y haced *chifladuras* para la gloria de Dios».

Lo cual está muy conforme con el espiritu de Santa Teresa que quería ver a todos *locos* de amor divino. «(1) Muchas veces estaba ansí como desatinada y embriagada en este amor... ¡Oh, válame Dios! ¡Cuál está un alma cuando está ansí! Dice mil desatinos santos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí. Yo sé persona, (de ella habla) que con no ser poeta, que la acaecia hacer de presto coplas muy sentidas... Bendito seais por siempre, Señor; alábenos todas las cosas por siempre. Quered ahora, Rey mio, suplicooslo yo, que pues, cuando esto escribo, no estoy fuera de esta *santa locura* celestial por Vuestra bondad y misericordia, que tan sin méritos míos me haceis esta merced, que u estén todos los que yo tratare locos de vuestro amor, u primitais que no trate yo con nadie, u ordenad, Señor, cómo no tenga ya cuenta en cosa del mundo, u me saca de él. No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos le vienen... ni creo soy yo la que hablo desde esta mañana *que comulgué;* parece que sueño lo que veo y no querria ver sino enfermos de este mal que estoy yo ahora. Suplico a vuestra merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros se lo llamaron... (2) ¡Oh, que rico se hallará el que todas las riquezas dejó

(1) Obras. T. I. Pg. 447 y siguientes.
(2) Obras. T. I. Pg. 264.

por Cristo! ¡que honrado el que no quiso honra por El sino que gustaba de verse muy abatido! ¡que sabio el que se holgó de que le tuviesen por loco, pues lo llamaron a la mesma Sabiduría! ¡que pocos hay por nuestros pecados! Ya, parece se acabaron los que las gentes tenian por locos, de verlos hacer obras heroicas de verdaderos amadores de Cristo. ¡Oh, mundo, mundo, como vas ganando honra en haber pocos que te conozcan!»

Pues si locuras llama la Santa al mal de amores divinos, que hondamente sufría y del que quisiera ella estuvieran enfermos sus amigos y devotos; y *como chiflados* considera el mundo a los que se entregan de lleno y con todo fervor a dar a conocer y a amar a Jesucristo presente en el Sacramento, ¡lector piadoso! permíteme que te diga con el Apostol de la Eucaristía: ¡hay que *chiflarse!*

Con tal de que los *tornillos cerebrales* no se rompan o aflojen, la *chifladura* por una idea grande, por un amor sublime y santo como el que inspira y comunica Jesus en el Tabernáculo, es de lo que más eleva y dignifica al hombre, y cien veces preferible esa envidiable enfermedad, a la *idiotez espiritual* que padecen las almas de muchos cristianos.

¡Sí, seamos locos por Cristo y con las locuras que tanto distinguieron a la Santa de los seráficos amores eucarísticos!

¡Jamás obraremos más cuerdamente, como cuando lleguemos a sentirnos perdidamente enamorados, hasta la *chifladura*, por Jesus, Amigo y Hermano nuestro en el Santísimo Sacramento!

CAPITULO VI

Desde los días de Santa Teresa hasta ahora, mucho se ha trabajado porque los cristianos vivan la vida eucarística; pero falta mucho hasta ver realizados los deseos de Jesucristo. – Causas que al presente contribuyen al retraimiento de los fieles a recibir la Eucaristía. – Se requiere no cejar en la cruzada eucarística emprendida, imitando a Santa Teresa en su apostolado. – Sale la Santa a fundar a Medina.

Hay que reconocer que, desde los tiempos de Santa Teresa al presente, se viene trabajando constantemente por que reviva en las almas la fe y el amor a la Eucaristía; y que a ese fin han dirigido las obras de su ardiente celo los Romanos Pontífices, Vicarios de Cristo en la tierra; los apostólicos Obispos y párrocos, beneméritos misioneros, religiosos pertenecientes a todas las Ordenes y en especial cuantos profesaron en Institutos eucarísticos, e innumerables sacerdotes y fieles alistados en las cofradías y hermandades que tienen por objeto el culto al Santísimo Sacramento y

al Sagrado Corazón de Jesus; pero desgraciadamente, tenemos también que confesar, con pena, que aun falta mucho para ver realizados los deseos y fines de Jesucristo en la Eucaristía.

Porque con ser del Señor la tierra y cuantas riquezas atesora, *Domini est terra et plenitudo ejus*, ¡cuán pobres y desamparados se vén la mayor parte de los Sagrarios! Y habiéndose quedado Jesus en la Eucaristía para hacernos compañía durante el destierro de esta vida y ser el alimento espiritual de las almas ¡son tantos los cristianos que ni para visitarle ni para recibirle se acercan al Tabernáculo!

¿Y cuáles podrán ser las causas de tan increible y desconsolador retraimiento por parte de los cristianos?

Es indudable, que la falta de fe en unos y en otros la poca conformidad entre lo que creen y lo que practican, han provocado este estado social-religioso en el que los hombres se mueven febrilmente tras los placeres, riquezas y honores de la tierra, totalmente olvidados de la inmortalidad de su alma; de la vida futura que les aguarda; de la existencia de un Dios creador de cuanto existe; de la encarnación de ese único Dios para poder redimir a la humanidad prevaricadora, en la persona de Jesucristo, Dios y hombre, que fundó la Iglesia en medio de la cual está viviendo vida sacramental en la Eucaristía; y el olvido o ignorancia de estas trascendentales verdades que constituyen el fundamento de la religión verdadera y de la verdadera moralidad, civilización y cultura, hace que los pueblos corran hacia el paganismo más repugnante y grosero, sin otra preocupación y finalidad en la vida que las que les inspira o impone el único principio religioso y mo-

ral que profesan y practican: *comamos y bebamos que mañana moriremos.*

A ese estado de depravación han llegado muchos en virtud de las funestas doctrinas protestantes, que denodadamente combatió Santa Teresa por ser opuestas a la doctrina de Cristo, y que al trasmitirse y extenderse por las sociedades en forma de racionalismo filosófico y liberalismo político, han ido destruyendo en las inteligencias, cual poderoso e infernal corrosivo, las verdaderas nociones de Dios, de religión, de moralidad, de autoridad, de derechos y de deberes; por lo que vánse convirtiendo los hombres, libres de los dulces y suaves vínculos religiosos, en fieras de peores instintos que las que viven en los más apartados bosques.

Estas almas, más que perversas son desgraciadas; porque o perdieron la fe o hasta ellas no ha llegado; y sin fe ¿puede esperarse que se acerquen al altar para adorar a Dios Sacramentado?

¡Mas si los que conservamos, por divina misericordia, la fe y creencias que nos legaron nuestros padres, viviéramos en público y en privado conforme a ellas!

Tan universal es el espíritu de apatía e incredulidad que se respira en la sociedad presente, y tan sutil para entrarse en el santuario del templo y en el interior de la conciencia cristiana, que todos, cuál más cuál menos, sentimos, quizás sin darnos cuenta, sus narcóticos efectos; y si en las almas de muchos fieles no ha atacado todavia a la raiz de la justificación que es la fe, la frialdad religiosa imperante hiela y marchita con frecuencia, como prematura y destructora escarcha

caida sobre las plantas y árboles primaverales, muchas flores y frutos llamados a madurar y sazonarse convertidos en obras de vida eterna.

Si muy detenida e imparcialmente examináramos lo que pasa en nuestra alma, puede que no tardásemos en observar nosotros mismos que si es cierto que prestamos asentimiento y creemos la doctrina de Jesucristo y de su Iglesia, no sentimos que esa fe mueve los resortes del espíritu para hacerle obrar conforme a sus creencias religiosas; y de ahí la inactividad que les sobreviene a no pocos hasta convertirlos en tullidos o paralíticos en la vida espiritual y eucarística.

Otra de las causas que pueden influir en el olvido y retraimiento de los cristianos de la Eucaristía, es el jansenismo que mató la vida eucarística entre los fieles, y del que a pesar del tiempo transcurrido, se perciben restos y resabios en el modo de ser y en las costumbres de ciertas parroquias.

Los misioneros y los venerables párrocos, que por su ministerio pastoral y trabajos apostólicos pueden fácilmente observar costumbres, preocupaciones y maneras de ser de pueblos y de ciudades, y que por necesidad han de palpar las dificultades que surgen e impiden el que ciertas almas se acerquen a la Eucaristía, se habrán encontrado, más veces que su celo lo deseara, con parroquias donde el comulgar entre año se considera como algo anómalo y excéntrico que causa asombro y espanto entre los feligreses de las mismas; así como les habrá sorprendido la conducta de los cristianos que para comulgar juzgaban necesitarse disposiciones extraordinarias, a veces ridículas o supersticiosas, o que creían que para llegarse a la

Sagrada Mesa hacía falta revolver el arca de la ropa para presentarse en la iglesia con la de los días de fiesta. Tampoco es raro hallar personas que juzgan necesario el vacar en el día que se comulga, como si hubiera incompatibilidad entre el piadoso acontecimiento de recibir al Señor y los oficios del mostrador, oficina, taller o del campo; y hasta en alguna ocasión hemos oido sostener, aunque de buenísima fe, que el abrir el sagrario más de una vez al día para dar comunión, era irrespetuoso al Señor, con lo que se ofrecía un obstáculo grande para la frecuente comunión entre las almas piadosas.

Basta con lo indicado para que el menos avisado pueda cerciorarse de que, efectivamente, aun perduran por algunas partes restos del malhadado Jansenismo.

Para combatir las anteriores causas señaladas, es menester no cejar en la cruzada eucarística emprendida por los Institutos, asociaciones, sacerdotes y fieles amantes y devotos del Santísimo Sacramento, ya que la Iglesia, por su parte, facilita con sus nuevas leyes y disposiciones el que las almas puedan acercarse a visitar y a recibir diariamente al Señor presente en la Eucaristía.

Contra la ignorancia y falta de fe, hay que enseñar de palabra y por escrito la doctrina católica relativa a ese Divino Misterio, sin olvidar que el ejemplo atrae y mueve extraordinariamente.

Nada es más apropósito para que las almas se enfervoricen y emprendan un apostolado eucarístico, como el poner ante su vista el que con tanto heroismo realizó Santa Teresa, recorriendo la península para le-

vantar por doquier nuevos templos donde de continuo se adorase al Santísimo Sacramento.

Los párrocos, los religiosos, la *Marías* y los *Juanes* aprenderán de la *Monja andariega* a disponerse, primero, a tan grandiosa y apostólica obra, y a llevarla a la práctica después con generosidad, con desprendimiento y con constancia.

Jesucristo, con ser Dios, antes de empezar su vida pública, permaneció retirado y oculto en continua comunicación con su Eterno Padre y creciendo en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres; Santa Teresa, a ejemplo de Jesus y porque sabía que «se engañan muchas almas que quieren volar antes de que Dios les dé alas» permaneció treinta años apartada del mundo, dedicada a la oración y vida espiritual eucarística; y únicamente después de recibir el mandato de fundar, fué cuando se dispuso a emprender sus célebres y penosos viajes de infatigable apostol de la Eucaristía.

El primero que hizo fué a Medina del Campo, importantísima población en aquellos tiempos por ser centro mercantil a cuyos célebres mercados acudían comerciantes no solo de España sino de Europa y de otras partes del mundo; ciudad entonces de quince mil habitantes, con quince parroquias, y muchos conventos de todas las Ordenes Religiosas.

Con las autorizaciones precisas de sus superiores, y después de haber mandado al M. Julián de Avila a que se hiciese con casa *mejor y muy principal* en alquiler y recabar la licencia del Abad de la Colegiata, pues gozaba Medina de la autonomía singular que reza la leyenda que adornaba su heráldico escudo «*Ni el*

Rey oficio ni el Papa beneficio,» salió Santa Teresa con seis monjas en tres carros cargados de ropa, acompañándolas algunos mozos de a pie, que guiaban los vehículos, y el capellán Julián de Avila, de a caballo.

Cuanto hubieron de sufrir, hasta ver colocado el Santísimo en el nuevo convento de carmelitas descalzas, ante el cual desfiló todo Medina para adorarle, y cerciorarse de la verdad de la observante y santa fundación, con detalles y pormenores y de manera sencilla y encantadora nos lo dirán la Santa y su Capellán.

«(1) Pues ya que tenía la licencia, no tenía casa ni blanca para comprarla... Proveyó el Señor que una doncella muy virtuosa, para quien no había habido lugar en San Joséf que entrase, sabiendo se hacía otra casa, me vino a rogar la tomase en ella. Esta tenía unas blanquillas, harto poco, que no era para comprar casa sino para alquilarla; y ansí procuramos una de alquiler y para ayuda al camino. Sin más arrimo que éste, salimos de Avila (el trece de agosto de 1567.)

Cuando en la ciudad se supo, hubo mucha murmuración: unos decían que yo estaba loca; otros esperaban el fin de aquel desatino... Pues, llegando la primera jornada, noche, y cansadas por el mal aparejo que llevábamos, yendo a entrar por Arévalo, salió un clérigo nuestro amigo, que nos tenía una posada en casa de unas devotas mujeres, y díjome en secreto cómo no teníamos casa, porque estaba cerca de un monasterio de Agustinos, y que ellos resistían... ¡Oh válame Dios! ¡Cuando Vos, Señor, queréis dar ánimo, que poco hacen todas las contradiciones! Antes parece

(1) Obras. T. IV. Pg. 29.

me animo, pareciendome, pues ya se comenzaba alborotar el demonio, que se había de servir el Señor de aquel monasterio.»

Cuando yo tal oí, dice el P. Julián de Avila, (1) y vi el ruido que habíamos hecho en la salida de Avila, y que si nos volvíamos había de ser la risa y mofa que habían de hacer muchos, principalmente los que no habían aprobado la salida, dióme harta turbación... llegados a Arévalo en la noche antes de la víspera de Nuestra Señora de agosto, y como la Madre llevaba disinio de que en día tan principal se fundase aquella casa... acordóse que no dejásemos en ninguna manera de pasar a Medina, pero que no fuese con tanto ruido de gente como llevábamos. Y ansí se despidió aquella noche parte de la gente porque se volviesen a Avila, y de las monjas que se fuesen la mitad a un lugar que estaba cerca de allí (Villanueva del Aceral a donde era cura Vicente de Ahumada, hermano de una de las monjas, sobrinos carnales de la Santa); y que yo me fuese con nuestra Santa Madre y otras dos monjas a Medina, y ansí se hizo a la mañana.

Y fuimos por Olmedo, a donde estaba el Ilustrísimo de Avila... y dió a nuestra Madre un coche en que la Madre fuese y un capellán muy virtuoso que nos acompañase... Yo me adelanté para llegar primero a prevenir a los Padres Carmelitas, y a la media noche estaba yo dando grandes golpes a la puerta, que al fin despertaron y me abrieron... Como llegó la nuestra Madre y en estas cosas era tan determinada, tomamos aderezos de altar y ornamentos para decir Misa, y,

(1) Vida de Santa Teresa. Pg. 252.

sin más pararnos, vamos a pie las monjas y los clérigos, y el Prior y otros dos o tres frailes: y fuímonos por de fuera del lugar, porque era aquella hora el encerrar de los toros, que a la mañana se habían de correr; y todos íbamos cargados, que parescíamos gitanos, que habíamos robado alguna iglesia. Llegamos, Dios y en hora buena, a la casa a donde estaba el dicho mayordomo, y dímosle tan mala noche en la priesa de llamar y en las ganas que teníamos de entrar antes de que nos viniese algún infortunio, que al fin despertó y nos abrió.

¡Ah Señor! como ya nos vimos dentro, y que faltaba poco para venir el día, viérades a la Madre y a las hermanas, y a todos los que allí estábamos, unos a barrer, otros a colgar paños, otros a aderezar el altar, otros a poner la campana... ya que amaneció, a el mesmo día de Nuestra Señora de agosto, se tañó a la primera Misa, que los que vían tañer la campanilla, y entraban a ver lo que estaba hecho, quedaban medio espantados, ni sabían qué decir: mirábanse unos a otros: cada cual debía de llamar a sus vecinos y conocidos, de suerte que se llegó tanta gente, que no cabían. Fué menester, al decirse la primera Misa y ponerse el Santísimo Sacramento, que se retirasen las monjas.»

Santa Teresa narra la historia de la fundación de Medina en estos términos. «(1) Llegamos a Medina del Campo, víspera de Nuestra Señora de agosto, a las doce de la noche; apeámonos en el monasterio de Santa Ana, por no hacer ruido, y a pie nos fuimos a

(1) Obras. T. IV. Pg. 32.

la casa. Fué harta misericordia del Señor, que a aquella hora encerraban toros para correr otro día, no nos topar alguno.

Llegadas a la casa, entramos en un patio; las paredes harto caidas me parecieron, mas no tanto como cuando fué de día se pareció. Parece que el Señor había querido se cegase aquel bendito Padre, para ver que no convenía poner allí Santísimo Sacramento.

Visto el portal, había bien que quitar tierra de él, a teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta. Yo no sabía qué hacer, porque ví no convenía poner allí altar. Plugo al Señor, que quería luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenía muchos tapices de ella en casa, y una cama de damasco azul... Yo cuando ví tan buen aparejo, alabé al Señor, y ansí harían las demás, aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos, comenzáronse a buscar de las paredes; en fin, con trabajo, se halló recaudo. Unos a entapizar, nosotras a limpiar el suelo, nos dimos tan buena priesa, que cuando amanecía estaba puesto el altar, y la campanilla en un corredor, y luego se dijo la misa. Esto bastaba para tomar posesión. No se cayó en ello, sino que pusimos el Santísimo Sacramento; y desde unos resquicios de una puerta, que estaba frontero, veíamos misa, que no había otra parte.

Yo estaba hasta esto muy contenta; *porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más a donde haya Santísimo Sacramento;* mas poco me duró; porque, como se acabó misa, llegué por un poquito de una ventana a mirar al patio, y ví todas las paredes por algunas partes en el suelo. ¡Oh, válame

Santa Teresa velando al Santísimo.

Dibujo hecho al esmalte en una patena que se conserva en el convento de Madres Carmelitas de Medina del Campo.

«*Yo pasaba harto penosas noches y días; porque aunque siempre dejaba hombres que velasen al Santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormían; y así me levantaba a mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna, y podíalo bien ver...*

Dios! cuando yo ví a Su Majestad puesto en la calle, en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fué la congoja que vino a mi corazón.

Comencé a tratar de que se nos buscase casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos a ella, y comencéme a consolar de ver la mucha gente que venía, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el Santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi bobería, y el poco advertir de todos en no consumirle; sino que me parecía, si esto se hiciera, era todo deshecho.

Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar; que yo pasaba harto penosas noches y días; porque, aunque siempre dejaba hombres que velasen el Santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormían; y ansí me levantaba a mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna, y podíalo bien ver. Todos estos días era mucha la gente que venía, y no solo les parecía mal, sino poníales devoción de ver a Nuestro Señor otra vez en el portal; y Su Majestad, como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros, no parece quería salir de allí.»

¡Excelente manera de predicar a Jesucristo Sacramentado y hacer que los hombres distraidos con los afanes terrenos se acercaran a adorarle, movidos por el ejemplo!

De los apóstoles se dice que hicieron resonar su voz hasta los confines de la tierra: *In omnem terram exivit sonus eorum et in fines orbis terræ verba eorum.*

Santa Teresa hará como ellos, que la noticia y eficacia de su apostolado eucarístico llegue a todas partes, para que, en todas ellas y por su medio, sea bendito y adorado el Santísimo Sacramento.

Por algo elige a Medina por punto de su primera excursión apostólica, y señala el día de la Virgen, de extraordinaria concurrencia de forasteros, como lo da a entender la corrida de toros que preparaban, para la misión eucarística que resultaría con la exposición solemne del Santísimo y la vela constante que de día y de noche montó en la improvisada capilla, por temor a los herejes. Los mercaderes nacionales y extranjeros se harían lenguas al volver a sus tierras de la obra de la Santa y darían a conocer por todas partes cuanto habían visto y oído, durante los días que presenciaron el desfile de la ciudad de Medina ante el trono de Jesus Sacramentado, para con devoción y respeto profundamente adorarle.

CAPÍTULO VII

Santa Teresa va a fundar a Malagón, a Valladolid, a Toledo, a Salamanca, Alba y Segovia; y todas las fundaciones las inaugura con la exposición y solemnes cultos al Santísimo Sacramento.

No pretendemos en estos capítulos hacer la historia de las fundaciones de la Santa; en todas, ella y sus monjas se revelan como heroinas varoniles, dispuestas siempre a desafiar a los mil trabajos y penalidades que se presentan andando por caminos, ventas y posadas, sin miedo a convivir y rozarse, como azucenas entre espinas, con arrieros y gente de tralla; pero sí que recopilaremos cuanto se refiere a la vida eucarística manifestada por la fundadora en el apostolado que con la Reforma emprendió, por dar a conocer y a adorar al Santísimo Sacramento del Altar.

«No querría yo, hijas mías, dice a sus monjas, fuésedes mujeres en nada, ni lo pareciésedes, sino varones fuertes; que si hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres; ¡y qué facil es a Su Magestad que nos hizo de nada (1).»

(1) Camino de Perfección. C. XI.

Animada con el valor que refleja su espíritu en las anteriores palabras, encanta y edifica, subyuga y embelesa el verla caminar entre gallos y medias noches y pasarse éstas de claro en claro, trabajando sin descansar, por contar con una iglesia más donde se adore y dé culto al Santísimo Sacramento.

Después de fundar en Medina y dejar allí echados los cimientos de la Reforma de los carmelitas, fué requerida con instancia por su amiga Doña Luisa de la Cerda, hermana del Duque de Medinaceli, en cuyo señorial palacio de Toledo había pasado bastantes días, para que se determinase a fundar en Malagón, villa de la cual era ella señora, al morir su esposo Arias Pardo.

«(1) Hechas todas las escrituras, envié por algunas hermanas para fundarle, y fuimos con aquella señora a Malagón, adonde no estaba aun la casa acomodada para entrar en ella; y así nos detuvimos más de ocho días en un aposento de la fortaleza.

Día de Ramos; año de mil quinientos y sesenta y ocho, yendo la procesión del lugar por nosotras, con los velos delante del rostro y capas blancas, fuimos a la iglesia del lugar, adonde se predicó, y desde allí se llevó el *Santísimo Sacramento* a nuestro monasterio. Hizo mucha devoción a todos; allí me detuve algunos días. Estando uno, después de haber comulgado, en oración, entendí de nuestro Señor que se había de servir en aquella casa mucho.»

«(2) El mismo día 11 de abril, Domingo de Ramos, cuando vinieron con la procesión a colocar el Santísi-

(1) Obras. T. IV. Pg. 82.
(2) Año Teresiano, T. IV. p. 162.

simo, trajo la Santa desde la fortaleza a una niña de la mano, hija del Corregidor de la Villa, y pasándole la mano por el rostro, le dijo: Mira que has de ser aquí monja.» Como sucedió, y llamóse en religión Brianda de San José.

El P. Rivera refiere esta fundación y el traslado de las religiosas al nuevo monasterio con estas palabras, que demuestran la devoción y el entusiasmo que despertaba la Santa con sus fundaciones para con el Santísimo, pues no solo el pueblo donde hacía la fundación sino los limítrofes y convecinos acudían presurosos a las fiestas sacramentales que disponía y celebraba con extraordinaria solemnidad.

«(1) Vino todo el lugar en procesión a la fortaleza por ellas... y fueron con el Santísimo Sacramento a su Monasterio y con la misma procesión, y púsose allí con mucha solemnidad y devoción de todo el pueblo, que se la había causado grande ver venir las monjas de aquella manera... En fin, se hizo como ella lo dijo, y el día de la Concepción se pasaron a la casa con solemnidad de toda la villa, y de las aldeas, y con una gran procesión en que iban las monjas, con el Santísimo Sacramento. En todos estos días que duró la obra, andaba la Santa desde que amanecía con los oficiales dándoles priesa, y diciéndoles lo que habían de hacer, y ella era la primera que tomaba la espuerta y la escoba, y a las once de la noche venía a rezar lo que la faltaba.»

«(2) En este Convento la vieron arrobada muchas

(1) Rivera. Pg. 168.
(2) Año Teresiano. T. IV. p. 173.

veces; y en una ocasión que no alcanzaba el sacerdote a darla la forma por lo sublime del arrobamiento, se le fué de las manos para entrar en la boca de la Santa. La venerable virgen Ana de San Agustín la vió en diferentes ocasiones después de comulgar llena de resplandores.»

Otro de los favores que recibió al comulgar una vez en este monasterio, fué el que ella nos refiere en la Relación V.

«(1) Acabando de comulgar, segundo día de Cuaresma, en San Joséf de Malagón, se me representó Nuestro Señor Jesucristo en visión imaginaria, como suele, y estando yo mirándole, ví que en la cabeza, en lugar de corona de espinas, en toda ella, que debía ser adonde hicieron llaga, tenía una corona de gran resplandor. Como yo soy devota de este paso consoléme mucho, y comencé a pensar qué gran tormento debía ser. Díjome el Señor, que no le hubiese lástima por aquellas heridas, sino por las muchas que ahora le daban. Y yo le dije qué podría hacer para remedio de esto, que determinada estaba a todo. Díjome que no era ahora tiempo de descansar, sino que me diese priesa a hacer estas casas, que con las almas de ellas tenía él descanso, que tomase cuantas me diesen...»

Poco más de un mes permaneció Santa Teresa con sus monjas en el nuevo monasterio de Malagón y antes de partir supo por divinas revelaciones que aquel convento sería de los más observantes de la Orden.

A su salida para Toledo la acompañaba el párroco del pueblo y la M. Antonia del Espíritu Santo, y aun-

(1) Obras. T. V. Pg. 78.

que deseaba llegar a Avila para principiar muy luego la fundación de Valladolid, a instancias de la Marquesa de Villena, hija de D. Fernando Alvarez de Toledo, cuarto conde de Oropesa, y a ruegos del Padre Fray García, confesor de la Santa y pariente muy cercano de la Marquesa, alargó algún tanto el viaje de regreso pasando por Oropesa, en cuyo palacio-fortaleza permaneció más del medio día que había pensado, por complacer a su noble amiga y a su predilecto confesor.

LA FUNDACIÓN DE VALLADOLID

estaba ya acordada, y pudiéramos decir que comprometida, toda vez que D. Bernardino de Mendoza, hermano del Obispo de Avila que lleva el mismo apellido, habíala hecho mandas con ese intento y el Señor, por otra parte, la había hecho saber que el alma del piadoso donante se hallaba en el Purgatorio hasta que se dijera la primera Misa.

A las tres semanas de tomar algún descanso en San José de Avila para reponerse de los quebrantos pasados y enfermedades sufridas, emprendió la Santa la cuarta fundación, saliendo para Valladolid por Duruelo, para ver la casa que la ofreció D. Rafael Mejía con destino a primer convento de carmelitas descalzos.

Toda una noche pasaron en la destartalada iglesia de este lugar sin poder descansar y al amanecer del día siguiente partió ella para Medina con el fin de visitar, de paso, aquel convento, mientras despachó al M. Julián de Avila para que fuese a negociar la fundación de Valladolid en su nombre.

El diez de agosto, día de San Lorenzo, llegaron a Valladolid y al ver la finca o huerta de Río del Olmo

que les había donado D. Bernardino «dióme, dice, harta congoja; porque entendí era desatino estar allí monjas... con ir cansada hube de ir a Misa a un monasterio de nuestra Orden que estaba a la entrada del lugar... Yo estaba bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquel alma (de D. Bernardino); porque aunque se me dijo a la primera Misa, pensé que había de ser a la que se pusiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote a donde habíamos de comulgar con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote (era éste el M. Julián de Avila) se me representó el caballero que he dicho con rostro resplandeciente y alegre, puestas las manos, y me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del Purgatorio y fuese al Cielo. (1)

A los dos días de este admirable suceso eucarístico, obtuvo la Santa la licencia para fundar, y tomóse posesión del monasterio con la exposición del Santísimo Sacramento el día de la Asunción de la Santísima Virgen.

Poco tiempo pudieron permanecer allí las religiosas, porque, según lo había previsto la santa fundadora, el sitio era insano, y habiendo enfermado las monjas ofreciólas Doña María de Mendoza, hermana de D. Bernardino y del Obispo de Avila, hacerles otro monasterio, al que se trasladaron el 3 de febrero de 1569 con solemnísima procesión sacramental según describe el Cronista del Carmen. «Fué la procesión solemnísima, porque además de la grande opinión que

(1) Obras. T. IV. Pg. 86.

las religiosas habían cobrado, la estima que todo el pueblo, grande y pequeño, seglar y eclesiástico, tenían de aquella señora era tan grande, que por darle gusto y servirla a cualquier cosa saliera.

Acompañó la procesión el señor Obispo de Avila, que había venido de su diócesis y que se quiso hallar presente con toda la clerecia y religiones. Los caballeros, los títulos, los grandes que allí tenían casas asistieron. El aparato y adorno de las calles, las luces, los perfumes de la procesión, fueron cosa muy superior. Y todo lo colmaba la presencia de nuestra Santa Madre, a quien ya todos miraban como a moradora y grande del Cielo.»

LA FUNDACIÓN DE TOLEDO

Al P. Pablo Hernández, de la Compañía de Jesus, confesor suyo y entusiasta protector de la Reforma, que acompañó a la Santa cuando la de Malagón y al que por el respeto que infundía por su estatura y seriedad natural con gracejo y donaire llamaba ella *El Padre Eterno*, se le considera como autor o inspirador de la fundación en la Imperial Ciudad; porque él fué el que se lo propuso a Santa Teresa, estando ésta en Valladolid, y la ofreció, para indicado fin, bienes de un toledano llamado Martín Ramírez, que al morir se lo encomendó a un hermano suyo por nombre Alonso Alvarez Ramírez.

Mientras duraron las últimas negociaciones de la fundación, hubieron de hospedarse las religiosas carmelitas con su Santa Madre en casa de su amiga doña Luisa de la Cerda.

Uno de esos días, ocurrióla, al ir a comulgar, un lance curioso, que celebraba contándolo en las recreaciones, y del cual hace mención Sor Isabel de Santo Domingo en la siguiente forma.

«(1) Estando la Santa Madre en la Iglesia de San Clemente de la ciudad de Toledo con esta declarante y con otras compañeras que había llevado para la fundación que hizo en aquella ciudad, de que a la sazón trataba, y queriéndose llegar a recibir el Santísimo Sacramento, dejó a sus compañeras debajo del coro y ella, cubierta con su manto, en compañía de una señora principal de la dicha ciudad, se llegó al altar mayor a comulgar; y apenas había acabado, cuando una mujer ordinaria que andaba a buscar un chapín que se la había perdido, imaginó que la dicha Santa se lo había tomado, por verla no con tan buen manto como las demás; y con esta imaginación, alborotando la mujer, dió a la Santa con su chapín algunos chapinazos, lo cual vió aquesta declarante; y la dicha Madre llevó y sufrió con gran regocijo...» Grandes dificultades sobrevinieron a esta fundación, y no debió de ser la más pequeña la que ponía la autoridad eclesiástica, según carta que la había escrito el D. Alfonso Alvarez; al cual, para animarle, le decía «Cuando nos apedreen a vmd. y al señor su yerno y a todos los que tratamos en ello, como hicieron en Avila casi, cuando se hizo San Josef, entonces irá bueno el negocio, y creeré yo que no perderá nada el Monasterio ni los que pasáremos el trabajo, sino que se ganará mucho...»

Vencidos todos los obstáculos y hallada una casa

(1) En el Proceso de Avila para la beatificación.

en venta, entráronse en ella con harta pobreza y gran contento de sus almas.

«(1) Pues como nos contentó la casa luego dí orden para que se tomase la posesión antes que en ella si hiciese ninguna cosa, porque no hubiese algún estorbo;... Buscamos prestado aderezo para decir misa y con un oficial nos fuimos, a boca de noche, con una campanilla para tomar la posesión, de las que se tañen para alzar, que no teniamos otra; y con harto miedo mio anduvimos toda la noche aliñándolo, y no hubo adonde hacer la iglesia, sino en una pieza, que la entrada era por otra casilla...

«Limpia y aderezada la pieza, puesta la campanita en una ventana para llamar a Misa, fué celebrada ésta por el Prior del Carmen, P. Juan de la Magdalena, oficiándola la Madre y sus dos compañeras. Y puesto el Santísimo Sacramento, se tomó la posesión de la casa con fe y auto de escribano a 14 de mayo de 1569, día de San Bonifacio martir.

Al poco de terminada la fiesta, penetró en la improvisada iglesia del nuevo monasterio un rapazuelo, que al verla tan limpia y bien adornada exclamó poseido de infantil alegría «Bendito sea Dios y qué lindo es esto»; y al oirlo la Santa, repuso llena de gozo. «Por solo este acto de gloria de Dios que ha hecho este angelito, doy por bien empleados los trabajos de esta fundación.»

A esta sucedió la de

(1) Obras. T. IV. Pg. 124.

SALAMANCA

por iniciativa del P. Martín Gutiérrez, rector del colegio que tenía la Compañía en aquella ciudad llamada *pequeña Roma*, emporio, por aquel entonces, de las ciencias eclesiásticas y profanas, donde acudían de todas las partes del mundo a aprenderlas los jóvenes estudiosos que después trasportaban al regresar a sus respectivas naciones, llevando para la patria, con la cultura que prestan las ciencias, el bienestar que causa a los pueblos la verdadera religión del Crucificado.

Hacer dos viajes a la ciudad del Tormes costó a la Santa esta fundación; los dos a cual más penosos, por no haber otro medio para llevarle a cabo que iendo en caballerias; tales estaban los caminos que a ella conducían, que ninguna clase de vehículo o carruaje podían por ellos transitar; así es que fueron muy muchos los trabajos y padecimientos que tan molestos viajes la ocasionaron.

«No pongo en estas fundaciones los grandes trabajos de los caminos, con frios, con soles, con nieves, que venía vez no cesarnos en todo el día de nevar, otras perder el camino, otras con hartos males y calenturas... A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé fundación por miedo al trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradición; mas en comenzándolos a andar, me parecia poco, viendo en servicio de quien se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber *Santísimo Sacramento*. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más cuando me acuerdo de la muchas que quitan los luteranos.

No sé que trabajos, por grandes que fuesen, se habían de temer, a trueco de tan gran bien para la Cristiandad; que aunque muchos no lo advertimos estar Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, como está, en el *Santísimo Sacramento* en muchas partes, gran consuelo nos había de ser.»

Una víspera de Todos Santos llegó la Madre Teresa a la famosa Atenas española, molida y quebrantada por el largo viaje efectuado en briosa mula; aunque» (1) cuando caminaba en mula, se sabía tan bien tener en ella y iba tan segura como si fuera en coche. Acaeció una vez disparar a correr la mula en que iba, alborotándose, y ella sin dar voces ni hacer extremos de mujer, la refrenó. Finalmente, parece que para todo la daba Dios gracia.»

Después de mil peripecias y contradicciones de las que la ayudó a salir victoriosa y triunfante un tal Nicolás Gutierrez, harto siervo de Dios, que tenía seis hijas religiosas en la Encarnación de Avila y, fuera de una, todas se pasaron a la Reforma, en cierta casa alquilada, y provisionalmente por las malas condiciones que reunía, quedó hecha la fundación de Salamanca el primero de noviembre de mil quinientos setenta.

También la ayudó muy principalmente a buscar y aderezar la casa el promotor de la fundación, el Padre Martín Gutiérrez; pues Sor María de San Francisco habla, en las informaciones de Alba, «de unos manojos de sarmientos y unas pajas y mantas que en la Compañía les prestaron con que se abrigaron las

(1) Adiciones mss. a la Vida del P. Rivera.

monjas.» El P. Martín, dice el P. Rivera, (1) prestó alguna ropa y mesas y frontal, y lo demás que fué menester para esto... y así a la mañana, muy de mañana, dijo *la Misa;* y se tomó posesión de este Monasterio, que también se llama de San José.»

«(2) Fué la primera que fundé sin poner el *Santísimo Sacramento*, porque yo no pensaba era tomar la posesión si no se ponía; y había ya sabido que no importaba, que fué harto consuelo para mí, según había mal aparejo de los estudiantes... Estuvo el monasterio en esta casa cerca de tres años... Sentí harto ver lo que estas hermanas padecieron aquí... porque era húmeda y fría y lo peor, que no tenían *Santísimo Sacramento*, que con tanto encerramiento es harto desconsuelo. Este no tuvieron ellas, sino lo llevaban con un contento que era para alabar al Señor; y me decían algunas, que les parecía imperfección desear casa, que ellas estaban allí muy contentas, como tuvieran *Santísimo Sacramento*.

Pues visto el perlado su perfección, y el trabajo que pasaban, movido de lástima me mandó venir de la Encarnación... Pasámonos (a la nueva casa) víspera de San Miguel, un poco antes que amaneciese; ya estaba publicado que había de ser el día de San Miguel el que se pusiese el *Santísimo Sacramento*, y el sermón que había de haber...

Hubo mucha gente y música, y púsose el *Santísimo Sacramento*, con gran solemnidad; y como esta casa está en buen puesto, comenzaron a conocerla y

(1) Memorias hist. R. Núm. 105.
(2) Obras. T. IV. Pg. 155.

tener devoción; en especial nos favorecía mucho la condesa de Monterrey, Doña María Pimentel y una señora, cuyo marido era el corregidor de allí, llamada Doña Mariana. Luego otro día, porque se nos templase el contento de tener el Santísimo Sacramento, viene el caballero cuya era la casa tan bravo que yo no sabía qué hacer con él...

LA DE ALBA

«(1) No había dos meses que se había tomado la posesión, el día de Todos los Santos, en la casa de Salamanca, cuando de parte de el contador del Duque de Alba y de su mujer, fuí importunada que en aquella villa hiciese una fundación y monesterio.»

Aunque este convento fué patronato de D. Francisco Velázquez y de su mujer Doña Teresa Saiz, desde sus principios le protegieron y ampararon los Duques de Alba, que le consideraron siempre como principal gloria de su señorío, y a su poderosa influencia se debe el que, más tarde, fuesen a él a parar el santo cuerpo de la inmortal avilesa.

Como en todas ellas, tuvo la Santa que luchar en esta fundación con inesperados entorpecimientos y duras exigencias, pero «en fin... púsose el *Santísimo Sacramento*, y hízose la fundación día de la Conversión de San Pablo, año de MDLXXI, para gloria y honra de Dios, adonde, a mi parecer, es Su Magestad muy servido. Plega El lo lleve siempre adelante.»

«(2) Estando allí (en Salamanca) un día en ora-

(1) Obras. T. IV. Pg. 163.
(2) Obras. T. IV. Pg. 172.

ción, me fué dicho de Nuestro Señor que fuese a fundar

A SEGOVIA

A mí me pareció cosa imposible, porque yo no había de ir sin que me lo mandasen...

Estaba allí una señora, mujer que había sido de un mayorazgo, llamada Doña Ana de Jimena, era muy sierva de Dios, y siempre su llamamiento había sido para monja... Esta bendita señora tomó la casa, y de todo lo que vió habíamos menester, ansí para la Iglesia como para nosotras, lo proveyó...

El día de San Joséf, que pusimos el *Santísimo Sacramento*, que aunque había del Obispo licencia y de la ciudad, no quise sino entrar la víspera secretamente de noche.»

El M. Julián de Avila hace la historia de esta fundación de la siguiente manera: «(1) Yendo ya, pues, a Segovia, como la nuestra Madre tenía entendido tenía licencia del Ordinario (y sí tenía, sino que era de solo palabra)... A el fin a la Madre la pareció que sin decir nada a el Provisor se tomase posesión día de San Joséf; e yo dije la primera Misa e puse el *Santísimo Sacramento*. ¡Oh, Señor! Como a la mañana fueron a descir a el Provisor lo que pasaba, vino él más furioso que nunca se vió: ¿cómo no le habíamos dado parte? Cuando entró en la iglesia acertó a estar diciendo Misa un canónigo de Segovia, que, pasando por allí a su iglesia, como vió aquello tan bien puesto e tan aseado, dióle devoción de decir allí Misa; y están-

(1) Vida de Santa Teresa. Pg. 173.

dola diciendo, entra el señor Provisor, e como le vió en el altar, le dijo con mucho disgusto: esto estuviera mejor por decir. Anduvo luego a buscar por allí quién había compuesto aquello, e puesto el *Santísimo Sacramento*. Como las monjas ya estaban encerradas, e yo, como sentí la furia con que venía, amparéme de una escalera que había quedado en el portal; y topóse con Fr. Juan de la Cruz y díjole: ¿Quién ha puesto esto aquí, Padre? Quitarlo luego todo; cierto que estoy por enviaros a la carcel. En fin yo no huí de la carcel, pero escondíme por no entrar en ella. Envió un alguacil para que no dejase a nadie decir Misa, y envió de su mano a quien la dijese para consumir el *Santísimo Sacramento*. Yo, después que me escapé, voy a la Compañía a contar lo que pasaba...» El P. Rector del Colegio fué el que pudo aplacar al Provisor y el que consiguió del mismo el que no se deshiciese el monasterio que fué fundado el 19 de marzo de 1574.

Por estas breves reseñas que venimos haciendo de las fundaciones, puede el piadoso y benévolo lector ir entendiendo lo que antes le anunciamos; esto es: que de ellas se valió la Santa para dar a conocer a Jesucristo presente en la Eucaristía y, por lo tanto, que su apostolado fué primordialmente eucarístico.

En ello se confirmará, si sigue leyendo la historia de las restantes fundaciones que expondremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII

Prosigue Santa Teresa sus fundaciones con la de Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria, Granada y Burgos, para honra y gloria de Jesus Sacramentado.

Dice el M. Julián de Avila en la vida que escribió de la Santa Madre, al hablar de la fundación de Veas, lo siguiente: «Hasta aquí habíase nuestra Madre andado a los barrios de su casa primera, que fué la de Avila, que, a lo más largo, la costaria veinte o treinta leguas de una vez; pero, cuando los años se cargaban y las enfermedades se añadian, entónces se empezaban los caminos mas largos de a cincuenta y a cien leguas; porque de esta vez no paramos hasta llegar a Sevilla».

Y ciertamente, hasta ahora no había salido la infatigable Reformadora, la misionera eucarística y la activa «María del Sagrario» de los alrededores o inmediaciones de su primitiva casa, erigida en su amada Ciudad de Avila; mas al presente se dispone a emprender tan largos y penosos viajes, que en todo tiempo serán tenidos por empresas y proezas gigantescas, que sólo

las personas de vida espiritual y eucarística, bien sana y robusta, aunque en lo físico sean de edad y achacosas son capaces de acometer y llegar hasta el fin.

Espanta y suma admiración produce el ver a la singular monja andariega encerrada con unas cuantas religiosas en destartaladas y lentas calesas, caminando tortuosamente por entre continuos y peligrosos vericuetos hasta el límite de la península, donde se encuentra situada la esbelta, cual su giralda, la gentil y perfumada Sevilla, contemplándose alegre y coquetona en el claro y limpio espejo de las aguas del Guadalquivir.

Parece que viaje tan largo e incómodo había de ocasionar disipación de espíritu a aquellas almas habituadas a la soledad y al silencio del claustro, o producir en el delicado ánimo de las recatadas vírgenes, junto con el cansancio, el fastidio y aburrimiento; pero la Santa, ya experimentada con el tráfago de las anteriores fundaciones, disponía las cosas y recreaba a sus hijas, a fin de que éstas ni hacia uno ni hacia otro extremo se inclinaran.

«El hablarle Dios y decirla muchas cosas tocantes a sus fundaciones, era con más familiaridad que se lee de muchos Santos, y esto tenía por la mayor parte *acabando de comulgar*»; dice el M. Avila, que en calidad de capellán y confesor las acompañaba. Y siendo así que el Señor la dirigía y hablaba, nada de extraño tiene el que aquellos famosísimos carromatos los convirtiera la experta directora de la peregrinación en monasterios ambulantes, dentro de los cuales tenían su meditación, rezaban las horas canónicas y se entregaban a las recreaciones, en las que siempre era

parte muy principal la Santa con sus características gracias e inimitables donaires.

Hasta coplas muy sentidas y apropiadas componía para estos casos, que todas cantaban con sencillez y candor, haciendo participantes de sus recreaciones a los ángeles del cielo, que absortos desde sus tronos las contemplaban; como aquellos célebres versos que cada uno comprende todo un tratado de espiritual y mística meditación.

Vuestra soy, para vos nací.
¿Qué mandais hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criásteis,
Vuestra, pues me redimísteis,
Vuestra, pues me sufrísteis,
Vuestra, pues que me llamásteis,
Vuestra, pues me conservásteis,
Vuestra, pues no me perdí.
¿Qué queréis hacer de mí?

Aprendan las Marías y Juanes de los Sagrarios, en las pintorescas y minuciosas descripciones que de estos viajes hace la incomparable escritora, a llevar a debido término sus piadosas excursiones y caminatas para visitar los Sagrarios abandonados, evitando las disipaciones que desedifican, y atrayendo, con discreta y santa alegría y verdadera devoción, almas a los pies de Jesucristo Sacramentado.

LA VILLA DE VEAS

pertenece a la provincia de Jaén, y hasta allí había ya llegado la noticia de la Reformada Orden Carmelita-

na, por cuanto que «(1) En el tiempo que tengo dicho, que me mandaron ir a Salamanca desde la Encarnación, estando allí vino un mensajero de la villa de Beas con cartas para mí de una señora de aquel lugar, y del beneficiado de él y de otras personas pidiéndome fuese a fundar un monasterio, porque ya tenían casa para él, que no faltaba sino irle a fundar... Al venir a fundar el monasterio, se pareció bien que lo tenía negociado con Dios en quererlo aceptar los perlados, siendo tan lejos, y la renta muy poca. Lo que Su Magestad quiere no se puede dejar de hacer. Ansí vinieron las monjas a principio de cuaresma, año de MDLXXV. Recibiólas el pueblo con gran solemnidad y alegría y procesión. En lo general fué grande el contento; hasta los niños mostraban ser obra de que se servía Nuestro Señor. Fundóse el monasterio llamado San Joséf del Salvador esta mesma Cuaresma, día de San Matía.»

En esta villa y con tan grato motivo se encontraron y conocieron la Santa fundadora y el célebre Padre Gracián, ilustre y observante carmelita que tanto favoreció a la Santa en sus empresas y con quien mantuvo hasta que murió constante y espiritual correspondencia; y en este mismo convento ocurrió cierto día lo siguiente: «(2) Estando en Veas, quise experimentar su espíritu en la Comunión, y ordené que una monja se dispusiese para recibir al Santísimo Sacramento; y al tiempo que ella llegaba a la ventanilla a

(1) Obras. T. IV. Pg. 178.

(2) Nota del P. Gracián al C. XII del Lib. IV de la V. del Padre Rivera.

comulgar, como solía, hícela apartar de allí y comulgué a la otra; ella se recogió en un rincón, y estuvo mucho tiempo en oración; y preguntándola qué había sentido cuando no la quise comulgar, respondió que la había Nuestro Señor hecho aquella hora grandísimas mercedes, considerando cuan indigna era de recibir tan alto Señor.»

En los planes de la Santa entraba el estar solo algunos días en Veas; de donde había de partir en dirección a Caravaca, para fundar allí, según se lo suplicaban; pero el no estar ultimadas las negociaciones y haberla insinuado el P. Gracián que, mientras tanto, podía dirigirse con el mismo propósito

A SEVILLA

hizo que allá se dirigiera con las monjas que tenía destinadas para la fundación de Caravaca.

No son para dichos los trabajos que padecieron por aquellos caminos de Andalucía, bajo un sol abrasador que las recordaba el fuego del Purgatorio.

Renunciamos a contar los lances nada agradables que presenciaron en la Venta de «Albino»; los aprietos y aflicciones en que se hallaron al pasar un puente, a la entrada de Córdoba, para poder oir Misa y comulgar en una ermita de las afueras de la ciudad y que por llenarse de curiosos no lo hicieron sin gran rubor y bochorno; y los apuros pasados al atravesar el Guadalquivir en una barcaza que la corriente llevaba derecha al precipicio.

«Llegadas a Sevilla, refiere la Santa, a una casa que nos tenía alquilada el P. Fr. Mariano, que estaba avisado de ello, yo pensé que estaba todo hecho; por-

que, como digo, era mucho lo que favorecía el Arzobispo a los Descalzos y habíame escrito algunas veces a mí mostrándome mucho amor.»

María de San José escribe sobre este particular lo siguiente:

«Entramos en Sevilla otro día de jueves a veinte y seis de mayo, habiendo gastado en el camino nueve días. Teníanos el P. Mariano alquilada una casa bien pequeña y húmeda en la calle de las Armas...» Por lo que minuciosamente sigue narrando, fué extremado el despego y desvío que sintieron de parte de la mayoría de los habitantes de aquella hermosa y rica ciudad, «por no ser allí conocida nuestra Madre, como lo era en las provincias de Castilla»; y la pobreza en que se vieron a los comienzos superó a la experimentada cuando la fundación de Toledo, aunque las privaciones las llevasen con la santa alegría que jamás dejaron de sentir desde el instante que principiaban una fundación para mejor servir a Dios, y darle a conocer presente en la Sagrada Eucaristía.

No fué menor la contradicción que hubieron de sufrir con la actitud del Sr. Arzobispo, D. Cristobal Rojas y Sandoval, varón preclaro por su ciencia y excelente espíritu, al recibirlas de buen grado, pero, más que para fundar un nuevo convento, para que repartiéndose por los ya allí existentes los reformasen conforme el buen espíritu con que justamente las consideraba.

Por último; «con mucha importunidad, continúa diciendo la Santa, debía de ser del Padre dicho, nos dejó (el Arzobispo) decir misa el día de la Santísima Trinidad, que fué la primera; y envió a decir que ni se

tañese la campana, ni se pusiese, decía, sino que estaba ya puesta.» «Obtúvose, afirma María de San José, la licencia del Arzobispo, al cabo de unos veinte días poco más o menos; y con esto se acabó el convento, aunque por no parecer la iglesia tan decente no se puso el *Santísimo Sacramento;* y estuvimos aquel año sin él. No fué poco desconsuelo.»

De la aflición que embargaba el ánimo de la varonil Teresa en aquellos críticos momentos, nos dará alguna idea el siguiente relato de la misma santa fundadora:

«No sé si la misma clima de la tierra, que he oido siempre decir los demonios tienen más mano allí para tentar, que se la debe dar Dios; y en ésta me apretaron a mí, que nunca me ví más pusilánime y cobarde en mi vida que allí me hallé. Yo, cierto, a mi mesma no me conocía. Bien que la confianza que suelo tener en Nuestro Señor no se me quitaba; mas el natural estaba tan diferente del que yo suelo tener después que ando en estas cosas, que entendia apartaba en parte el Señor su mano, para que él quedase en su ser y viese yo que, si había tenido ánimo, no era mio.»

Mas Dios, que nunca la abandonaba, la consoló diciéndola en cierta ocasión que le suplicaba, les diese casa «Ya os he dicho: déjame a Mí.»

Y su divina mano se vió al poco; porque en ocasión de hallarse en tratos con nueva y apropiada casa, llegó del Perú, donde había estado durante veinte años desempeñando cargos importantes, su hermano don Lorenzo con sus cuatro hijos, entre los que estaba la niña Teresita, nacida en Quito, que al seguir las huellas de su amada tia en la Reforma donde profesó, fué

la primera religiosa americana de la nueva Orden.

Gracias a la valiosa y decidida protección y a la munificencia del afortunado indiano, pudieron salir de apuros, y muy luego se vieron en casa propia, de la que tomaron posesión con la solemnidad desplegada en las demás fundaciones.

«(1) Este mes trabajó mi hermano harto en hacer la iglesia de algunas piezas, y en acomodarlo todo, que no teníamos nosotros que hacer. Después de acabado, yo quisiera no hacer ruido en poner el *Santísimo Sacramento*, porque soy enemiga de dar pesadumbre en lo que se puede excusar, (se refiere a las personas que se habían opuesto a la fundación) y ansí lo dije a el Padre Garciálvarez, y él lo trató con el Padre Prior de las Cuevas; y parecióles, que para que fuese conocido el monasterio en Sevilla, no se sufría sino ponerse con solemnidad, y fuéronse a el Arzopispo. Entre todos concertaron que se trajese de una parroquia el *Santísimo Sacramento* con mucha solemnidad, y mandó el Arzobispo se juntasen los clérigos y algunas cofradías, y se aderezasen las calles.

El buen Garciálvarez aderezó nuestra claustra, que, como he dicho, servía entonces de calle, y la iglesia extremadísimamente, y con muy buenos altares y invenciones. Entre ellas tenía una fuente, que el agua era de azahar, sin procurarlo nosotras ni aun quererlo, aunque después mucha devoción nos hizo. Y nos consolamos ordenase nuestra fiesta con tanta solemnidad, y las calles tan aderezadas y con tanta música y menestriles, que me dijo el santo Prior de las Cue-

(1) Obras. T. IV. Pg. 216.

vas que nunca tal había visto en Sevilla, que conocidamente se vió ser obra de Dios. Fué él en la procesión, que no lo acostumbraba; el Arzobispo puso el *Santísimo Sacramento*. Veis aquí, hijas, las pobres Descalzas honradas de todos, que no parecía aquel tiempo antes que había de haber agua para ellas, aunque hay harto en aquel río. La gente que vino fué cosa excesiva.»

Terminada la procesión ocurrió un caso notable que por demás enaltece la figura del Arzobispo hispalense, y fué que sin despojarse de los ornamentos pontificales arrodillóse ante la Santa pidiéndola su bendición. «De esto quedó ella tan confusa, añade Ana de Jesus, (1) que me acuerdo me escribió: Mire qué sentiría cuando viese un tan gran prelado arrodillado delante de esta pobre mujercilla sin quererse levantar hasta que le echase la bendición, en presencia de todas las religiones y cofradías de Sevilla.»

Desde Veas había mandado la Santa Madre a Julián de Avila y a Antonio Gaitán a negociar la fundación de

CARAVACA

del Obispado de Cartagena, y estando ultimando la de Sevilla determinó con el P. Gracián el que fuesen las religiosas que para el caso había traido desde Avila.

«Como ir yo era imposible, ansí por estar lejos como por no estar acabada aquella fundación de Sevilla, acordó el P. M. Fr. Jerónimo Gracián, que fuesen las monjas que allí habían de fundar, aunque no

(1) Declaración en las informaciones de Madrid.

fuese yo... Llegadas allí, fueron recibidas con gran contento del pueblo. Fundaron el monasterio, poniendo el *Santísimo Sacramento* día del nombre de Jesus, año de 1576.»

La historia de la fundación de

VILLANUEVA DE LA JARA,

en la provincia de Cuenca, y que toca a la parte eucarística, dice así: «(1) Llegamos el domingo primero de Cuaresma, que era víspera de la Cátedra de San Pedro, año de 1580, a Villanueva de la Jara. Este mesmo día se puso el *Santísimo Sacramento* en la iglesia de la gloriosa Santa Ana a la hora de la Misa Mayor.

Saliéronnos a recibir todo el Ayuntamiento y otros algunos con el Dr. Ervias, y fuímonos a apear a la misma iglesia del pueblo, que estaba bien lejos de la de Santa Ana.

Era tanta la alegría de todo el pueblo, que me hizo harta consolación ver el contento con que recibían la orden de la Sacratísima Virgen Señora Nuestra. Entradas en la iglesia, comenzaron el *Te Deum*, un verso la capilla del canto de órgano y otro el órgano.

Acabado, tenían puesto el *Santísimo Sacramento* en unas andas y Nuestra Señora en otras con cruces y pendones. Iba la procesión con harta autoridad; nosotras, con nuestras capas blancas y velos delante del rostro, íbamos en mitad cabe el Santísimo Sacramento, y junto a nosotras nuestros frailes descalzos, que fueron hartos del Monasterio, y los franciscos y un

(1) Obras. T. IV. Pg. 260.

fraile dominico, que se halló en el lugar, que, aunque era solo, me dió contento ver allí aquel hábito.

Como era lejos, había muchos altares, deteníanse algunas veces, diciendo letras de nuestra Orden, que nos hacía harta devoción, y ver que todas iban alabando al gran Dios que llevábamos presente y que por El se hacía tanto caso de siete pobrecitas descalzas que íbamos allí...

El 6 de julio de 1580 salió precipitadamente la Santa Madre, acompañada de la Beata Ana de San Bartolomé y el P. Gracián, de Segovia para Avila, donde reclamaban su presencia asuntos de alguna importancia originados por la muerte de su hermano D. Lorenzo.

Despachados los más urgentes, partió de nuevo para Valladolid. «Habiendo venido de la fundación de Villanueva de la Jara, cuenta la Santa, mandóme el Perlado ir a Valladolid, a petición del Obispo de Palencia, que es D. Alvaro de Mendoza... que como había dejado el Obispado de Avila y pasádose a Palencia, púsole Nuestro Señor en voluntad que allí hiciese otro de esta sagrada Orden.»

Entre manos traía ya la fundación de Burgos y «estando yo, continúa diciendo, un día acabando de comulgar, puesta en dudas y no determinada a hacer en un principio fundación alguna... díjome Nuestro Señor ¿qué temes? ¿cuándo te he faltado yo? no dejes de hacer estas dos fundaciones.»

Alentada con estas palabras de su divino Esposo, dispuso las cosas para marchar luego con algunas monjas a

PALENCIA

«(1) Yo no querría dejar de decir muchos loores de la caridad que hallé en Palencia, en particular y en general. Es verdad que me parecía cosa de la primitiva iglesia, al menos no muy usada ahora en el mundo, ver que no llevábamos renta y que nos habían de dar de comer, y no solo no defenderlo, sino decir que les hacía Dios merced grandísima.

Y si se mirase con luz, decían verdad, porque aunque no sea sino haber otra iglesia adonde está el *Santísimo Sacramento* mas, es mucho...

Pues acabando de aderezar la casa, para el tiempo de pasar allí las monjas, quiso el Obispo fuese con toda solemnidad y ansí fué un día de la octava del *Santísimo Sacramento*, que él mesmo vino de Valladolid y se juntó con el Cabildo, con las Ordenes y con casi todo el lugar y mucha música.

Fuimos desde la casa adonde estábamos todas, en procesión con nuestras capas blancas y velos delante del rostro, a una parroquia que estaba cerca de la casa de Nuestra Señora, que la mesma imagen vino por nosotras, y de allí tomamos el *Santísimo Sacramento* y se puso en la iglesia con mucha solemnidad y concierto. Hizo harta devoción. Iban unas monjas que habían ido allí para la fundación de Soria y con candelas en las manos. Yo creo que fué el Señor harto alabado aquel día en aquel lugar. Plega El para siempre lo sea de todas las criaturas. Amén.»

Estando en Palencia recibió una carta del Sr. Obispo de Osma, el Doctor Velázquez, quien siendo canó-

(1) Obras. T. IV. Pg. 279.

nigo y catedrático en Toledo, conoció a la Santa y la confesó, con gran provecho de su alma, durante el tiempo que estuvo allí.

En ella la decía, cómo una señora, que ahora él confesaba, llamada Doña Beatriz de Beamonte, deseaba hacer un monasterio y que, aprovechando tan propicia ocasión, fuese a fundar

A SORIA

La Santa Madre, que jamás olvidaba los favores espirituales recibidos de sus directores, tuvo muy presentes los que hasta su alma habían llegado por medio del Doctor Velázquez y se determinó a hacer la fundación. Hechos los preparativos, salió con sus monjas para dicha ciudad.

«Llegamos al Burgo, dice, antes del día octavo del Santísimo Sacramento. Comulgamos allí el jueves, que era la octava otro día como llegamos, y comimos allí, porque no se podía llegar a Soria otro día. Aquella noche fuimos en una iglesia que no hubo otra posada, y no se nos hizo mal. Otro día oimos allí misa, y llegamos a Soria como a las cinco de la tarde. Estaba el Obispo a una ventana de su casa, que pasamos por allí; de donde nos echó la bendición, que no me consoló poco, porque de Perlado y santo tiénese en mucho.»

Fueron a hospedarse en casa de Doña Beatriz, donde permanecieron recogidas mientras se hicieron las escrituras y obras necesarias para entrar en su propia casa; lo que tuvo lugar el día de la Transfiguración del Señor, cantándose la Misa con solemnidad y poniéndose el *Santísimo Sacramento;* según lo mani-

fiesta el P. Rivera, que acertó a estar allí de regreso de Roma.

Corría el año de 1582; último de la preciosa y apostólica vida de nuestra querida Santa, toda ella consagrada a amar y dar a conocer a Jesucristo presente en la Eucaristía para que los hombres le adorasen, y en proyecto traía las fundaciones de Burgos y de

GRANADA

Moraba entonces en esta histórica ciudad, el Padre Fr. Juan de la Cruz y desempeñaba el cargo de Prior en el convento de los Mártires. Este bendito y espiritual Padre, el P. Vicario Provincial y la M. Ana de Jesus pensaron que un monasterio de religiosas carmelitas haría mucho bien a las almas de los granadinos, y Ana de Jesus se encargó de escribir a la Santa Fundadora para que en persona fuera a fundarle.

La Madre que tenía puestos los ojos en la de Burgos, y además sentía que las fuerzas físicas se la iban agotando, contestó «que no podía ir a la fundación de Granada, porque nuestro gran Dios mandaba otra cosa; que ella quedaba muy cierta se había de hacer todo muy bien en Granada, y que entendía quería Dios la hiciese ella»; y envióla del convento de San José de Avila a Antonia del Espíritu Santo y a la M. María de Cristo para que la auxiliasen en la empresa.

Llegaron las religiosas con San Juan de la Cruz, a Granada el día de San Sebastián del año de 1582.

No estaba muy bien dispuesto el ánimo del Sr. Arzobispo para recibirlas, mas un rayo, que en noche tormentosa e imponente cayó sobre el palacio arzobis-

pal, le trocó de tal suerte que mandó a su Provisor, ya que no podía ir él, a que las dijese Misa y pusiese el *Santísimo Sacramento*.

«Y ansí llegando el provisor, dice Ana de Jesus, le pedí dijese misa, y nos comulgase a todas, dejándonos puesto de su mano el Santísimo Sacramento: él lo hizo luego con mucha solemnidad. Estaban estos señores oidores en nuestra iglesia, y tanta gente, que era admiración haberlo sabido tan presto, porque a las ocho del mesmo día que llegamos ya estaba puesto el Santísimo Sacramento, y diciéndose más misas. Venía toda Granada, como si vinieran a ganar jubileo, y a una voz decían que éramos santas, y que había Dios visitado esta tierra con nosotras.»

Había seis años que algunos Padres graves, de espíritu y letras, de la Compañía de Jesus venían persuadiendo a la Santa para que fundase en

BURGOS

Ya hemos visto que, estando la Madre en Valladolid, el Señor la mandó un día, después de comulgar, que lo hiciese; y cuando la fundación de Palencia conoció a una señora de Burgos, llamada Doña Catalina de Tolosa, a quien encomendó alquilase en aquella ciudad una casa y comprase rejas y torno.

También aquí hubo de luchar por mucho tiempo con la tenaz oposición del Sr. Arzobispo que se obstinaba en negar el permiso, a pesar de mediar el ruego del Sr. Obispo de Palencia; hasta que, por fin, «(1) Dió licencia a el Doctor Manso para que dijese otro

(1) Obras. T. IV. Pg. 320.

día la misa y pusiese el *Santísimo Sacramento*. Dijo la primera, y el Padre Prior de San Pablo, que es de los Dominicos, a quien siempre esta Orden he debido mucho, y a los de la Compañía también. El dijo la misa mayor, el Padre Prior, con mucha solemnidad de ministriles que sin llamarlos se vinieron. Estaban todos los amigos muy contentos; y casi se le dió a toda la ciudad, que nos habían mucha lástima de vernos andar ansí; y parecíales tan mal lo que hacía el Arzobispo, que algunas veces sentía yo más lo que oía de él, que no lo que pasaba.» Se puso el Santísimo el nueve de abril de 1582. El día de la Ascensión de este año, fué tanta la crecida que experimentó el río, dice Yepes, que entró por la ciudad, causando destrozos en los edificios, hasta el punto de abandonar muchos religiosos sus conventos. La Santa Madre hizo que se colocase el Santísimo en la pieza más alta de la casa, y en ella se recogieron las monjas para rezar las Letanías. Decía el Arzobispo que por estar allí Santa Teresa había dejado Dios de hundir aquel lugar que estaba en más peligro que ninguno otro.»

Después de leer la anterior breve historia que hemos querido hacer de las fundaciones de la Santa Reformadora ¿podrá negar alguien que con ellas llevó a cabo un activo apostolado eucarístico, al levantar tronos de adoración al Señor Sacramentado y colocando Sagrarios donde se reservase el Pan vivo, bajado del Cielo, para ser constante alimento espiritual de las almas?

Indudable es que a su Reforma la dió el caracter eucarístico que en las fundaciones hemos podido observar y, por lo tanto que puede tenérsela a la Santa

de los seráficos amores eucarísticos como la Madre de los Institutos y asociaciones que tienen por principal fin el dar a conocer y honrar a Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento del Altar.

CAPÍTULO IX

Santa Teresa, presintiendo su muerte, anhela ir a morir a Avila.—Dios me libre de estos señores que todo lo pueden.—La obediencia la ordena ir desde Medina a Alba.—Cae en cama con la enfermedad de la muerte y recibe con singular devoción la Sagrada Eucaristía por Viático.—Muere, y Avila y Alba se disputan el tesoro de su santo cuerpo.

No estaba lejos el momento de que al golpe de la muerte quedaran rotos los *duros hierros* con que aprisionado y encarcelado se sentía el seráfico espíritu de Santa Teresa en su ya enfermizo y debilitado cuerpo.

A feliz término había llevado, en la hidalga ciudad de Burgos, la última de sus admirables fundaciones, y el 15 de septiembre de 1582 salía de Valladolid para Medina, acompañada de su sobrina Teresita, a la que pensaba dar la profesión en llegando a Avila, donde se dirigían, y de su inseparable lega entonces, Ana de San Bartolomé, también de la diócesis de Avila y poco ha beatificada por la Iglesia.

En aquellos días había notificado por carta a la

Santa el P. Gracián, que partía para Andalucía, al que contestó diciéndole:

«Vaya con Dios y El me libre de estos señores que todo lo pueden y tienen extraños reveses.»

¡Parece que la Santa Madre preveía la contrariedad y los *reveses* que la esperaban en el camino emprendido y que bien a pesar suyo la impedirían llegar a *su Avila* como se proponía y deseaba!

Porque estando unos días descansando entre sus hijas del convento de Medina, y hallándose ya bastante enferma, aunque buena traza se daba para disimular sus padecimientos, por espíritu de penitencia y por no apenar a sus queridas monjas, el P. Fr. Antonio de Jesus, que en ausencia del P. Gracián hacía de Provincial, en virtud de su oficio, la intimó a que fuera directamente a Alba, en vez de ir a Avila, como pretendía.

¡Cuan bien dijo la Santa Madre, Dios me libre de esos señores que todo lo pueden!

Pues quien se interpuso en el camino para *su Avila;* quien realmente la hizo dirigir sus pasos hacia la villa ducal del Tormes, fué nada menos que aquel gran Duque de Alba, que por entonces *todo lo podía*, debido a la influencia de que gozaba por los relevantes servicios prestados a la Iglesia y a la Patria.

La Duquesa habia de pasar por un siempre peligroso trance, y el Duque, en su amor y veneración a la Santa, juzgó que con sólo la presencia de ésta saldría de él con toda felicidad.

¡Mas a costa de cuantos *extraños reveses!* Porque contrariedad y revés muy grande fué para la Virgen Avilesa emprender, en el estado de flaqueza y debilidad que como precursoras de una muerte próxima

sentia, otro viaje que no fuese hacia *su Avila*, donde deseaba morir y ser enterrada y en cuyo convento de San José era a la sazón Priora, en virtud de reciente elección que donosamente ella llamaba la *elección del hambre*.

Pero siempre fué hija de santa obediencia, y así dispuso, sacrificando los anhelos y deseos de su corazón puestos en su convento y en su Avila, salir a la madrugada siguiente en un carromato. Iba tan mala que tuvieron que hacer el camino en dos jornadas, y tan angustiosa y contrariada que la Beata Ana de San Bartolomé la oyó decir «que en su vida había sentido otra obediencia como aquella» y al partir el carromato la dijo igualmente: «En mi vida no he sentido la tristeza que llevo en hacer este camino; así como también la suplicó» que no la dejase allí (en Alba) que, aunque estuviese mala, la hiciese llevar a Avila, que debia de morir en su *primera casa*.

La víspera de San Mateo llegaron con grandísimos trabajos y privaciones a Alba, cuando ya para el fin que la habían impuesto tamaño *revés* y sacrificio no era precisa.

A los pocos días y cinco antes de morir declara su sobrina Teresa de Jesus, testigo presencial, que dijo a la Beata Ana de San Bartolomé: «Hágame placer hija que al punto que me viere algo aliviada, me busque alguna carroza de las comunes y me levante y *vamos a Avila*.

Con todo añadió, para evitar toda imperfección en sus manifestaciones y naturales deseos de morir en Avila, que «adoquier le bastaba que la diesen un poco de tierra.»

La Madre María de San Francisco, también testigo presencial, cuenta en sus declaraciones lo sucedido después hasta su dichosa muerte, de la siguiente manera: «Yo me hallé a su muerte, y a lo demás que en ella sucedió... a las cinco de la tarde, víspera de San Francisco, pidió el Santísimo Sacramento, y estaba ya tan mala que no se podía revolver en la cama, sino que dos religiosas la volviesen; y mientras que no venía el Viático, comenzó a decir a todas las religiosas, puestas las manos y con lágrimas en los ojos:

«Hijas mias y señoras mias; por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de las reglas y constituciones, que, si las guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas; ni mirar el mal ejemplo que esta mala monja las dió y ha dado, y perdónenme.» Y en este punto acertó a llegar el Santísimo Sacramento. Y poniéndosele el rostro con grande hermosura y resplandor, e inflamada en el divino amor, dijo al Señor cosas tan altas y divinas que a todos ponía gran devoción. Entre otras la oí decir: Señor y Esposo mio, ya es llegada la hora deseada, ya es tiempo de caminar, vamos muy enhorabuena, ya es llegada la hora en que salga de este destierro y mi alma goce en Vos de lo que tanto ha deseado.» Y si el Perlado no la estorbara, mandando en obediencia que callara, porque no la hiciera más mal, no cesara de aquellos coloquios.

Después de haber recibido a Nuestro Señor, le daba muchas gracias porque la había hecho hija de la Iglesia y porque moria en ella... «(1) El cuchillo, dice

(1) Vida T. I. Pg. 475

Santa Teresa recibiendo por Viático la Sagrada Eucaristía.

Yepes, que le dió la muerte, fué un tan grande ímpetu de amor de Dios tan poderoso y tan fuerte, que le arrancó y dividió el alma del cuerpo, y de tal manera se fué encendiendo y abrasando en amor con las cosas que veia que murió en aquel dichoso fuego en que siempre había vivido.»

Así pasó nuestra Santa de esta *vida de abajo* a la de *arriba* que es la *vida verdadera*, el jueves 15 de octubre de mil quinientos ochenta y dos, quedando su santo cuerpo en los brazos de la Beata Ana de San Bartolomé, hija suya y heredera de su espíritu abrasador y eucarístico.

En octubre de 1585, reunidos los Padres Descalzos en capítulo, en Pastrana, acordaron, en vista de los deseos manifestados por la Santa Madre y teniendo en cuenta que su convento, donde era Priora, era el de San José de Avila, el trasladar secretamente a esta Ciudad el incorrupto cuerpo de la Seráfica Virgen Avilesa; como asi lo hicieron. Mas llegado a noticia del Duque de Alba, consiguió éste de los PP. Carmelitas el que restituyeran aquel tesoro donde primeramente estuvo, y en el pleito canónico que entablaron, después, se sentenció el que permaneciera en Alba.

¡Dios nos libre de estos señores que todo lo pueden y tienen estraños reveses!; podemos también decir nosotros, los avileses, con relación al mismo Duque de Alba, por quien no poseemos el santo cuerpo de nuestra amada y esclarecida paisana.

Revés grande será siempre para nosotros el no poseerle; pero si allí tienen el cuerpo muerto de la Santa, en Avila vive y permanece su espíritu que se percibe y siente en la casa en que nació, en el conven-

to de la Encarnación donde fué tan regalada de Dios, en el primero de su admirable Reforma, en las iglesias y en las calles, en los caminos y en las plazas, en todo el recinto amurallado y en sus contornos; pues cada edificio, cada piedra y cada sitio evocan algún recuerdo de la noble e hidalga castellana, de la Santa de los seráficos amores eucarísticos de la gloriosa Virgen Avilesa, que ya está eternamente gozando de su Amado en el cielo, pero vive y vivirá siempre en el alma de sus queridos paisanos y devotos, y en el seno de la Iglesia católica, de la cual es preclara y esclarecida hija muy amada.

CAPITULO X

La Eucaristía y el Sagrado Corazón de Jesus. —Entre los precursores y protectores especiales de la devoción al Sagrado Corazón de Jesus, está la Santa del corazón transverberado por un Serafín.—Antigua oración dedicada al Sagrado Corazón y a Santa Teresa.—Las protomártires del Corazón de Jesus, muertas en el cadalso revolucionario de Francia, fueron carmelitas, hijas de la gran Teresa.—Súplica de despedida a la Santa de los seráficos amores eucarísticos.

En la Sagrada Eucaristía está realmente presente Jesucristo, con su cuerpo, alma y divinidad, y por consiguiente allí está el divino y entrañable Corazón de Cristo, vivo según se halla en el cielo, aunque aquí se encuentre glorioso y en el Misterio del Altar esté de modo eucarístico o sacramental, como todo su sacratísimo y ya impasible cuerpo; y cuando Jesus quiso manifestar su Sagrado Corazón a la Beata Margarita María de Alacoque y al P. Bernardo de Hoyos, lo hizo en la Eucaristía; por lo que van siempre unidas las dos devociones, desde que la Iglesia autorizó y fomentó el

culto al Sagrado Corazón de Jesus, de tal manera que el amante de la Eucaristía lo es del Corazón eucarístico y el devoto del Corazón de Jesus le adora y recibe en la Eucaristía.

Por los días en que vivió en este mundo nuestra Santa no era conocido, o al menos no habia sido aun autorizado por la Iglesia, el culto al Sagrado Corazón de Jesus, el cual le tenía Dios reservado para estos últimos tiempos; y bien que lo indican los escritos de la ilustre Doctora, pues a pesar de estar inspirados por el extraordinario amor a Jesucristo, y a su santísima Humanidad, de la que fué siempre muy devota, y emplear un lenguaje de almas enamoradas que dirigen todos sus afectos y sus palabras a herir el corazón de la persona amada, ni una vez siquiera mienta al corazón del divino Esposo con quien se desposó mística y solemnemente.

Y era que, aunque sentía los impulsos del propio corazón en sus ansias para unirse con el corazón del Amado, el respeto y completa sumisión a la Iglesia la hacían reprimirlos para en todo mostrarse hija sumisa de la Iglesia Católica, en lo que ponía todo su empeño y cifraba su perfección.

«(1) Unicamente hemos hallado en sus escritos la siguiente consideración espiritual, en que al hablar de la llaga del costado del Salvador nombra al divino Corazón de Cristo» «(2) Pondrá delante de los ojos del entendimiento, o corporales a Jesucristo crucificado

(1) Escritos de Santa Teresa añadidos e ilustrados por D. Vicente de la Fuente. T. II. Pg. 286.

(2) Carta 332 dirigida a un señor Obispo.

al cual, con reposo y afecto del alma, remire y considere parte por parte... Mirarle aquel costado abierto, *descubriendo su corazón* y entrañable amor con que nos amó, cuando quiso fuese nuestro nido y refugio... y le descubramos nuestro corazón y le manifestemos nuestras necesidades...»

Mas cuando vinieron los tiempos prefijados por Dios, quiso Jesucristo en la Sagrada Eucaristía revelar a los hombres su amantísimo Corazón y dió a algunas almas privilegiadas el encargo de extender y propagar su culto, y al P. Bernardo de Hoyos le prometió que reinaría en España con más veneración que otras partes; y en vista de esta íntima relación que hay entre la Eucarístia y el Corazón de Cristo, en ella realmente existente, hemos querido, antes de poner término a este pobre trabajo que por vía de ensayo acometimos, dedicar el presente y último artículo a exponer la intervención que tuvo en la propagación del culto al Sagrado Corazón la Santa de los seráficos amores eucarísticos.

Y en primer lugar; bien puede contarse a Santa Teresa entre los santos precursores de tan hermosa y tierna devoción; pues nadie mejor que ella preparó y dispuso los caminos para que las almas piadosas la abrazasen apenas iniciada o nacida, con el apostolado eucarístico, que hemos visto que desplegó en sus fundaciones.

Pero a más de precursora es insigne protectora de la misma, desde sus prodigiosos y admirables comienzos.

En el colegio de PP. Jesuitas de Valladolid vivía por el año de 1733 un joven Hermano estudiante, lla-

mado Bernardo de Hoyos, a quien escogió el Señor por instrumento mediato para promover el culto del divino Corazón de Jesus por la península española, donde era poco menos que desconocido.

Parecióle al favorecido y espiritual Hermano que para mejor y más eficazmente lograr sus anhelos y cumplir los deseos del Señor, sería muy conveniente algún libro que diese noticia y explicase la esencia y fundamento sólido de tan piadosa como tierna devoción y del culto al amantísimo Corazón, ya extendido por otras naciones; y encargó dicho trabajo al R. Padre Juan de Loyola, Rector, a la sazón, del Colegio de Segovia, el cual le escribió en 1734 con el título de «*Tesoro escondido en el Sacratísimo Corazón de Jesus, descubierto a nuestra España en la breve noticia de su dulcísimo Culto, propagado ya en varias provincias del Cristianismo.*

Este pequeño pero precioso libro es tenido por el primero que se escribió del Sagrado Corazón de Jesus en nuestra rica y hermosa lengua castellana y la gloria singular de haberle escrito cabe, por disposición divina y encargo del Apostol del Corazón de Jesus, a un ilustre hijo de Avila; pues el P. Juan de Loyola nació en Valdeverdeja, de la diócesis de San Segundo y de Santa Teresa.

Recibió el P. Bernardo el «Tesoro escondido» como descendido del cielo y varias veces al comulgar hubo de ofrecérsele a Jesucristo, según dejó escrito el P. Bernardo y cuyas palabras copió el P. Loyola en el Tesoro,y son como siguen:

«Quiso el buen Jesus que repitiese la oferta con mayor solemnidad, (habíale ofrecido antes al Señor);

porque, al tiempo de comulgar, se me manifestó Jesus por una maravillosa visión con su Corazón sacrosanto abierto, y convertido todo en un soberano incendio. Acompañábanle su Santísima Madre, los tres Santos amantes discípulos del Corazón Sagrado, y no faltó nuestro glorioso Padre San Ignacio, con el V. P. La Colombiére. Por otro lado estaban la V. Madre Margarita y Santa Gertrudis, tan interesadas en el sagrado culto, con *Santa Teresa* y Santa María Magdalena de Pazzis, a *las cuales* había hecho yo una novena, *encomendándolas* el asunto del Corazón Sagrado. Aquí, delante de tantos cortesanos del cielo y amigos nuestros, hizo segunda vez mi alma la oferta del librito, al cual miró el dulcísimo Jesus con mucho agrado.»

El mismo Apostol del Corazón de Jesus da fe de haber visto a Santa Teresa en el cielo, entre los santos protectores e interesados por el sagrado culto del Corazón divino, y a ella encomendó, haciendo fervorosas novenas, el buen éxito de sus trabajos apostólicos.

Entre las razones que desarrolla el P. Loyola, en el mismo librito, para probar el culto y veneración que se deben al amante y divino Corazón, está la de haber otorgado la Iglesia culto al Corazón transverberado de la Seráfica Doctora Mística, para deducir que con mayor motivo se le debe dar al de Jesucristo.

«Al considerar, dice, qué siente la piedad cristiana, a qué afectos de veneración tan especiales no se mueve para con los corazones de algunos Santos que adora en sus iglesias como reliquias las más insignes; y (para hacer más patente esta verdad con el ejemplo

que tiene a los ojos nuestra España), al considerar que el corazón seráfico de Santa Teresa, por haber sido esfera de aquel incendio de amor, a quien el dardo de un serafín amante dió respiración en una herida (cuyas cicatrices conserva hasta hoy incorrupto); al considerar, digo, que este abrasado corazón es imán de los afectos, objeto de las veneraciones y delicias de la devoción más tierna de los pechos españoles, (cuya piedad se gloría de verse confirmada con la aprobación de la misma Santa Iglesia en la fiesta de la *Transverberación* de este corazón seráfico, instituída por la santidad de Benedicto XIII; al considerar todo esto, confieso ciertamente temiera agraviar a la razón y a la piedad de los fieles, si juzgase necesario valerme de palabras y razones para persuadirles el amor, el culto, la veneración que se debe a este amante y divino Corazón de Jesus, nuestro esposo, nuestro rey, nuestro Salvador: porque ¡oh Dios! ¿cuánto va de Corazón a corazones?... Imagine o haga cuenta que en una iglesia de la Cristiandad se guardase entre sus más preciosas reliquias el Corazón divinísimo de Jesus. ¡Oh Dios, cuánto se apreciaría este celestial tesoro!... Pues ¿qué culto, qué amor, qué veneración no se deberá a ese mismo Corazón, vivo, animado, unido con todo el cuerpo sacrosanto, ardiendo en vivas llamas de amor, y respirando en cada palpitación un incendio de tan sagrado fuego; presente, en fin, no solo en una iglesia, sino en tantas cuantas son en las que venera a su Dios Sacramentado el Cristianismo...?»

Todo lo cual está diciéndonos que el culto que, con la aprobación de la Iglesia, recibió el corazón

transverberado de la endiosada Teresa fué como el precursor que dispuso los caminos para dar más tarde paso al del Sagrado Corazón de Jesus en la Eucaristía, donde está como de verdadero Dios y de verdadero Hombre.

Hemos visto en la primera y segunda parte de este libro cómo se amaban Jesus y Teresa, hasta el extremo de llegar a celebrarse entre ambos, por divina dignación, solemnes desposorios místicos al tiempo de comulgar la Santa, y en esos momentos de la comunión era cuando se fundían en uno solo el Corazón eucarístico de Jesus y el transverberado de Teresa, aunque entre uno y otro mediara siempre la distancia infinita que separa a la criatura del Criador.

Y el divino Esposo, que determinó revelar a los hombres su Corazón, despidiendo llamas de amor para atraerlos, quiso que le precediera el señalado por la Iglesia al corazón de su amada esposa Teresa.

Tres corazones reciben culto y se proponen por la Iglesia a la veneración de los fieles: el Sagrado Corazón de Jesus, el Purísimo Corazón de María y el corazón transverberado de Teresa; el primero por ser el Corazón de Dios y para que en El vean los hombres lo que les ama; el segundo por que es el Corazón de la Madre de Dios y madre nuestra, coronado con las fragantes rosas de todas las virtudes; y el tercero por ser el de la Esposa mística de Jesucristo, hecho un volcán de amor entrañable hacia el Esposo de su alma.

Tres corazones heridos a causa del amor que les consumia y devoraba.

Por la herida del Corazón de Cristo salió la divina sangre que nos redimió y lava los pecados en los sa-

cramentos; por las que causaron los siete cuchillos en el de la Virgen Santísima es corredentora con Jesus y reparadora de los hombres; y por la que el Serafín abrió en el de Teresa salió a torrentes la lava de aquel volcán para extenderse por el mundo y abrasar a las almas en el amor divino eucarístico y en el de su Santa Madre la Virgen del Carmen.

¡Glorioso y bendito corazón de Teresa, que tan regalado fué en vida por el Corazón de Cristo y tan distinguido y venerado por la Iglesia después de muerto!

¿Qué extraño es que desde los principios de la devoción al Corazón de Jesus, vaya ésta unida a la de Teresa?

El P. Juan de Loyola dice en su «Tesoro Escondido» que entonces era casi por completo desconocida la devoción al C. de J. en España, y así lo creemos; pero queremos consignar un dato curioso e interesante en la materia de más de un siglo anterior a la fecha en que escribía el P. Loyola y que demuestra la unión que existió desde sus principios entre las dos devociones.

Sabido es que Santa Teresa fué beatificada y principió a recibir los honores del culto católico el año 1614; pues bien, en el 1615 se editaron en Zaragoza las obras de la mística escritora, en las que al final del último tomo y después de unas antífonas y versículos para Laudes y Vísperas, y oración, todo en latín, pone la siguiente (1)

«Ave. Per cor dulcissimum Jesu, o Beata Virgo Te-

(1) Uno de los pocos ejemplares que quedan de esa edición, hemos visto en la ya citada Biblioteca Teresiana del Excelentísimo Señor Marqués de Piedras Albas.

resa, gaudeo de tua gloria, gratias ago Domino pro omnibus bonis tibi collatis, laudo et glorifico illum, et tibi in augmentum gandii, et gloriæ offero idem cor Jesu. Eia B. Virgo, ora pro me misero peccatore.» Que traducida al castellano es como sigue.

«Dios te salve. Por el Corazón dulcísimo de Jesus, o Bienaventurada Virgen Teresa, me alegro de tu gloria, doy gracias al Señor por todos los bienes que has recibido; le alabo y glorifico y a tí en aumento de alegria y gloria te ofrezco el mismo Corazón de Jesus. Ea bienaventurada Virgen, ruega por mí miserable pecador.»

Por último; a Santa Teresa de Jesus, que cuando niña deseaba que la descabezasen los moros por Cristo, la cabe la gloria de que hijas suyas fueron las primeras que murieron mártires por confesar la fé católica y su devoción al Sagrado Corazón de Jesus.

El Comité revolucionario de Compiegne (Francia) dió en junio de 1794 un decreto para que las «hasta ahora llamadas Carmelitas fuesen prendidas sin pérdida tiempo» y, en virtud de ese decreto, 17 hijas de Teresa de aquel convento son brutalmente transportadas desde las tranquilas celdas, en las que pasaban la vida alabando a Dios y rogando por las almas, a las inmundas prisiones destinadas para los más feroces criminales.

Ante el tribunal revolucionario son acusadas de haberlas encontrado estampas y escapularios del Corazón de Jesus y de que los cánticos que entonaban al mismo Corazón Divino eran antipatrióticos y antirrevolucionarios, por lo que fueron condenadas a pena capital; y confesando y adorando al Sagrado Corazón

del Esposo a quien se habían consagrado por los votos fueron guillotinadas, mostrándose hasta el fin dignas hijas de la varonil Teresa; por lo que son tenidas como las protomártires del Sagrado Corazón de Jesus y gozan, por esa causa, los honores de la beatificación.

¡Teresa de Jesus! ¡Santa de los seráficos amores eucarísticos¡ Por la sangre de vuestras heróicas hijas de Compiegne, muertas por confesar al Corazón eucarístico de Jesus; y por la delicada y sublime santidad de todas las carmelitas; por el intenso y abrasado amor que siempre sentiste hacia tu Jesus Sacramentado te pido que sea ahora y siempre y contínuamente por las almas buenas alabado y glorificado el Santísimo Sacramento del Altar; que los cristianos le conozcan y vuelvan a buscar en ese Misterio de Amor el alimento espiritual, comulgando frecuente y hasta diariamente. Haced, Santa querida, que Jesucristo desde la Eucarístia reine en las almas, en las familias y en las sociedades; inflamad, con el fuego de vuestro celo apostólico eucarístico, los corazones de los que por nuestro sublime ministerio sacerdotal estamos consagrados a dar a conocer y amar al Señor presente en el Sagrario; vela por la católica España, de la que eres tan querida y venerada; colma, de manera singular, de gracias celestiales a tu Avila, a tu querida Avila, y haz que cada pecho de los leales y nobles avileses, que con delirio te aman, sea un santuario donde a diario reciban y adoren a tu Jesus Sacramentado; y en este día de Pentecostés, en el que escribo estas postreras líneas de mi pobre trabajo eucarístico-teresiano, y en la hora presente en que estará consagrándose Obispo el Ilmo. señor Dr. Enrique Pla y Deniel, preconizado

para esta tu amada diócesis, bendícele desde el cielo como a tu Obispo y Prelado muy amado a fin de que su pontificado sea próspero en obras apostólicas y eucarísticas para gloria del Señor y bien espiritual de sus diocesanos; por último: concedednos a tu hijos, a tus paisanos y a tus devotos, el que fortalecidos durante la vida y en la hora de la muerte con el Cuerpo y Sangre de Cristo, como hijos sumisos de la Iglesia, podamos verte en el Cielo, alabando y bendiciendo a Dios, Trio y Uno, autor de tantas grandezas, bondades y maravillas. Amén.

A. M. D. G.

ET

HONOREM BEATÆ TERESIÆ

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Págs.

CAPÍTULO I.—Real presencia de Jesucristo en la Eucaristía.—Tan admirable Sacramento es obra de la omnipotencia y sabiduría infinita.—Fué su institución una exigencia del corazón paternal de Jesus. - Constituye el legado de su testamento.—Sus delicias amorosas y comentarios de Santa Teresa..... 1

CAPÍTULO II.—La Eucaristía es «Ministerio de fe».—La Santa Madre se sentia con más seguridad creyendo que viendo.—Estimaba más que hubiese en sus monasterios virtudes que revelaciones.—Lo que sentia y dejó escrito acerca de la fe..... 7

CAPÍTULO III.—La ciudad de Avila.—En ella nació Santa Teresa a la vida temporal.—Recibió la vida de la gracia por el Bautismo.—La comunicaron la vida eucarística... 15

CAPÍTULO IV.—Los primeros años de Santa Teresa en casa de sus cristianos padres.—Buenas costumbres y altísimas virtudes que aprendió de ellos.—Durante esa primera época de su vida, ni la «Santa» ni sus biógrafos dicen si comulgaba.—Entra en «Gracia» en cuyo convento creemos la inculcaron la comunión frecuente, y con ella recibió el germen de la Vida Eucarística..... 27

CAPÍTULO V.—Ocasión y oportunidad con que llevaron a Teresa de Cepeda al convento de Gracia.—Lo que vale

Págs.

tener padres vigilantes y previsores.—Transformación que sufrió su alma bajo la dirección de su ilustre maestra y fervorosa devota del Santísimo Sacramento..... 43

CAPÍTUTO VI.—Enferma la joven Teresa en el convento y sale a curarse en casa de su padre.—Repuesta de la dolencia sufrida, va a Castellanos de la Cañada, pasando por Hortigosa.—Las devociones y deseos adquiridos en el monasterio de Religiosas Agustinas se arraigan cada día más; y, por fin, entra monja en la Encarnación 57

CAPÍTULO VII.—Pasa Santa Teresa el año del noviciado muy alegre y consolada, y profesa con gran júbilo de su alma.—Vuelve a enfermar y determinan llevarla a Becedas para ser curada, y en el camino se detiene, otra vez, en Hortigosa y Castellanos.—La regala su tío, D. Pedro, un libro de Oración que la sirve de director y maestro, e influye poderosamente en su espíritu.—En la soledad de Castellanos se la vé hacer grandes progresos en la vida espiritual y eucarística..... 63

CAPÍTULO VIII.—Prosigue Santa Teresa su viaje hasta Becedas, donde sufre horribles curas, sin mejorar de la enfermedad.—Durante los días de su permanencia en Becedas inaugura su apostolado por la conversión de las almas consagrando sus primicias al sacerdocio.—Profundo respeto que sintió siempre hacia los sacerdotes por ser ministros de la Eucaristía.—Ingeniosidades espirituales que emplea para atraer a buen camino al sacerdote que la confesaba en Becedas..... 77

CAPÍTULO IX.—Prosigue la misma materia, sobre el interés que demostró Santa Teresa por los Sacerdotes como ministros que son de la Eucaristía.—Siempre hizo mucho bien espiritual a sus confesores y a cuantos trataba.—El estado que nos describe de un alma en pecado mortal repugna y está en marcada oposición con la misión del Sacerdote.—Hace la historia de la conversión de otro Sacerdote, por su poderosa intervención, a la gracia y amistad con el Divino Maestro..... 85

CAPÍTULO X.—El Sacerdote, a imitación de Santa Teresa

Págs

debe santificarse y realizar su misión divina y social en unión y compañía del Prisionero del Sagrario.—Sociedad eucarística en comandita.—El Sacerdote es depositario y custodio, no carcelero, de Jesucristo Sacramentado.... 101

CAPÍTULO XI.—La principal causa de la falta de fe, del olvido y desamor a la Eucaristía, en muchos fieles, es la ignorancia que, a imitación de Santa Teresa, el Sacerdote debe combatir enseñando.—Esmero de la Santa porque sus monasterios se distinguiesen en el culto, principalmente en cuanto se refería o se relacionaba con el Santísimo Sacramento.—Respetuosa y edificante contestación que tuvo para unos reparos, que su confesor, el Padre Yepes, la hizo sobre los perfumes que procuraba despidieran los ornamentos sagrados..... 111

CAPÍTULO XII.—La profanación de la Sagrada Eucaristía es un execrable pecado de sacrilegio.—Al recibir un día la «Santa» la comunión de manos de un Sacerdote en pecado mortal, hizo Dios que viera el estado horrible en que se encontraba aquella alma sacrílega.—Curiosa amonestación que el P. Julián Dávila, confesor de Santa Teresa hizo a un Sacerdote que precipitadamente celebraba la Santa Misa..... 121

CAPÍTULO XIII.—Regresa Santa Teresa de Becedas a Avila.—Se agrava en la enfermedad, estando en casa de su padre para curarse, y pide los Sacramentos.—Su cristiano padre se opone a que la confiesen; y al hacer de ello mención la Santa dice cosas harto buenas para los que siguen ese proceder con sus parientes enfermos.—A los mismos condena con los cuidados y celo que desplegó porque su hermana María se dispusiera a morir, recibiendo los Santos Sacramentos.—Idéntica solicitud para con su padre enfermo.—El Señor la promete después de pedírselo en el Santísimo Sacramento, que estaría a la muerte de sus hijas para acompañarlas y darlas después el premio..... 127

CAPÍTULO XIV.—Sin recobrar la salud, hizo que la llevasen desde la casa de su padre a su convento de la Encarnación, donde siguió sufriendo la enfermedad con la santa

Págs.

resignación que adquiría en los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.—Mandando decir Misas y encomendándose a su especial protector San José, sana de la enfermedad..... 139

CAPÍTULO XV.—Otra época de la vida rodeada de peligros, de la que también salió victoriosa Santa Teresa, mediante la Sagrada Eucaristía.—El demonio refuerza sus maniobras para perderla con disipaciones y afición al trato y conversión con seglares.—Deja la oración, y al manifestar el estado en que quedó su alma dice cosas harto buenas para personas religiosas y de virtud.—Sale de tan peligroso estado de espíritu, para entregarse por entero a Dios, como lo pide la Religión, mediante la comunión frecuente..... 147

CAPÍTULO XVI.—Transformación que en el alma de Santa Teresa obró la comunión frecuente.—Resolución enérgica tomada para vivir solo para Dios.—Cómo propuso vivir en comunidad para edificación y provecho espiritual de sus hermanas en religión..... 163

CAPÍTULO XVII.—De la unión del alma con Dios por medio de la oración.—Distintos grados de la oración por los que suele pasar el alma en su ascensión mística.—Santa Teresa sube por esos grados entregada de lleno a la vida eucarística que recibe a los pies del sagrario y en la Comunión..... 175

CAPÍTULO XVIII.—Colocada Santa Teresa en la cúspide de la contemplación promete a Dios hacer siempre lo que juzgare ser más perfecto.—En qué consisten los desposorios místicos entre Dios y el alma.—Al comulgar la hace el Señor la merced de celebrar sus desposorios entregándola en señal un clavo de su pasión.—Hecha esposa de Jesus es presentada a la Trinidad Beatísima.—En adelante su trato y comunicación con Jesus es de verdadera esposa..... 193

SEGUNDA PARTE

Págs.

CAPÍTULO I.—Santa Teresa, misticamente desposada con Jesus, al igual que el Discípulo Amado, testimonia y publica el misterio de la real presencia de Jesucristo en el Sacramento.—El amor es esencialmente activo y comunicándose se aumenta y aquilata.—Jesucristo se vé olvidado e ignorado en la Eucaristía en los tiempos presentes, y espera de sus fervorosos devotos el que le dén a conocer, para ser de todos los fieles amado y recibido.—Nada para este fin como dar a leer los trozos literarios eucarísticos de las obras de la Santa.. 205

CAPÍTULO II.—Jamás temió Santa Teresa al tribunal de la Inquisición; porque su fe, como la que tenía en la Eucaristía, era bien fundada y viva.—Penetración que Dios la daba de los misterios, y ansias que sentía por darlos a conocer.—Hermosas palabras de la «Santa», comentando los deseos que algunos manifiestan de ver a Jesucristo con los ojos corporales, teniéndole presente en el Santísimo Sacramento..... 213

CAPÍTULO III.—Según era de viva y práctica la fe de Teresa en el Sacramento, así sentía los ímpetus de recibirle.—Abrasado el corazón con el fuego del dardo del Serafín, corre, cual cierva herida a apagar la sed del amor. «Ni lanzas que la pusieran a los pechos, eran bastantes para detenerla» cuando sentía las ansias de comulgar... 219

CAPÍTULO IV.—No obstante las ansias que sentía de comulgar, cuando por obediencia o enfermedad dejaba de recibir al Señor, su espíritu no se inquietaba.—La recta intención debe alejar toda vanidad y vanagloria por comulgar.—Que importa mucho tener un solo confesor a quien someterse respecto a comuniones, sin dejarnos llevar de nuestro gusto y voluntad..... 227

CAPÍTULO V.—Sigue Santa Teresa citando otros dos casos de comuniones frecuentes en almas de virtud aparente.—La comunión espiritual puede suplir a la sacramental.—Recomienda Santa Teresa la comunión espiritual a

Págs.

sus hijas..... 237
CAPÍTULO VI.—Comentando el Padre Nuestro, dice la Santa que para mejor poder cumplir la voluntad de Dios, acá en la tierra, nos dió Dios el remedio de la Eucaristía. —La petición *«el pan nuestro de cada día dánosle hoy»* la pone en labios de Jesus que pide licencia al Eterno Padre para descender diariamente del cielo al Sacramento, donde permanece como alimento espiritual de las almas. —Sentidas exclamaciones que el amor sugiere a Santa Teresa, al considerar los ultrajes a que se expone Jesus por descender cada día a la Sagrada Eucaristía..... 245
CAPÍTULO VII.—En la petición «el pan nuestro de cada día, dánosle hoy» suplicamos a Dios, principalmente, que nos conceda el pan del Santísimo Cuerpo de Jesucristo para recibirle todos los días en nuestras almas. La Eucaristía es el alimento del alma, como el maná la fué de los Israelitas, y el que come de ese pan vivirá eternamente. —Distinta manera de preocuparnos por que no nos falte el alimento cotidiano del alma y del cuerpo..... 253
CAPÍTULO VIII.—La Eucaristía es también medicina para los males del cuerpo, como en sí misma lo experimentó Santa Teresa de Jesus.—Razones que alega la Santa para demostrar la conveniencia de que Jesucristo se quedara oculto bajo de los accidentes eucarísticos.—Modo práctico, que nos enseña la Santa, de aprovechar los momentos de la Comunión, sin volver la espalda al divino Huésped. 261
CAPÍTULO IX.—Con la Comunión sentía Santa Teresa que se apaciguaban las borrascas del espíritu.—Al comulgar se arrojaba, cual la Magdalena, a los pies del Señor para suplicarle la perdonase sus faltas.—Después de conversar con Jesus en la Comunión, querría dar voces como la Samaritana para que todos los hombres conociesen y amasen a Dios.—Tan vehementes deseos e ímpetus amorosos eran señales de su vocación al apostolado eucarístico, que emprenderá más tarde..... 269
CAPÍTULO X.—A la Eucaristía nos debemos acercar con humildad, pero sin escrúpulos, para ofrecernos y consa-

Págs.

grarnos cual somos al Señor.—Original y donoso ofrecimiento, que de sí hizo la Santa a Dios.—Lenguaje que debemos usar para hablar con Dios, cuando le recibimos en la comunión.—Que también debemos emplear el lenguaje mudo de los bienaventurados del cielo..... 277

CAPÍTULO XI.—Prosigue el mismo asunto; de el lenguaje que debemos emplear, hablando con Dios de la Eucaristía.—Distintas maneras de ver a Dios en esta vida.—De cómo veía Santa Teresa a Jesucristo en la Sagrada Hostia. 287

CAPÍTULO XII.—Después de comulgar veía Santa Teresa a Jesucristo en su alma como en un clarísimo espejo.—En la Hostia vió a Cristo que la habló para darla algunos avisos de gran provecho para el P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus.—De ver al Señor la quedó su divina imagen tan grabada en el alma, que perdió la afición y gusto hacia todo lo de aquí abajo..... 297

CAPÍTULO XIII.—Siempre fué Santa Teresa devota de la Sagrada Humanidad de Cristo, y de traer presente su bendita imagen, principalmente cuando comulgaba.—Que es conveniente pensar en la Humanidad de Cristo al comulgar, a fin de mejor sentir y conservar la devoción al Santísimo Sacramento.—Al comulgar u oyendo misa era cuando solía ver subir al cielo a las almas del Purgatorio, que ella encomendaba a Dios..... 303

CAPÍTULO XIV.—Jesus promete a Santa Teresa concederla cuanto le pidiere.—La Santa nos enseña el modo de que las misas y las comuniones sean de reparación, si en ellas pedimos por los que no comulgan, por los pecadores y por la Iglesia.—Al comulgar pide una vez para un clérigo, que se lo había encomendado, un Obispado, y el Señor la da una contestación saludable para el interesado.—Orando ante el Santísimo, la concede el Señor la gracia de que sus hijos se vean libres de ciertos parásitos..... 311

CAPÍTULO XV.—De otras extraordinarias mercedes que el Señor otorgó a Santa Teresa al comulgar o adorando al Santísimo.—En la comunión era cuando generalmente su-

Págs.

fría los arrobamientos. —Jesus en la Eucaristía era el que la inspiraba al escribir.—Fué también su verdadero maestro que la enseñaba hasta la manera de tratar a las diversas personas con quienes se relacionaba..... 319

CAPÍTULO XVI.—De los confesores de la Santa y cooperadores con ella a sus grandes obras.—Jesucristo en la Eucaristía era el que la dirigía inmediatamente, aunque sin prescindir del medio ordinario establecido en la Iglesia.—Los confesores que la dirigieron hicieron en su favor cuanto ellos pudieron y de todos habla la Santa muy agradecida.—En el P. García de Toledo, tenemos el ejemplo de cómo Dios proveía a la dirección de la Santa y de la manera que ella sabía pagar a sus confesores cuanto por la misma trabajaron..... 327

CAPÍTULO XVII.—Oyendo misa la Santa, la ponen la Virgen y San José una vestidura blanca y la colocan al cuello un rico collar con brillantísima cruz. —Comulgando, la muestra Cristo sus sacratísimas llagas, llevándola las manos hacia su divino costado. —Acabando de comulgar, se la aparece el Señor como resucitado, y la encomienda sus cosas como El cuidaría de las suyas, al igual que lo hacen los unidos por el matrimonio, que es más que estar desposados. —Favor extraordinario, recibido al comulgar un día de Ramos, de sentir que se la inundaba la boca de sangre divina..... 343

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I.—Qué es apostolado y condiciones que se exigen en el apostol.—Distintas acepciones en que se usa ordinariamente la palabra apostol. —Santa Teresa se sentía apostol de Jesus..... 353

CAPÍTULO II.—Ansias que sentía Santa Teresa por cooperar con Jesucristo a la salvación de las alma.—Estas ánsias crecian en ella cuando veía que la predicación de la divina palabra no era lo apostólica que debiera y ella

Págs.

deseaba.—Santa envidia que experimentaba al considerar que, por su condición de mujer, no podía entregarse a los ministerios apostólicos sacerdotales de salvar almas.... 359
CAPÍTULO III.—Los estragos que causaba en las almas el protestantismo, enemigo de la Eucaristía, obligan al apostólico espíritu de Santa Teresa a ponerle un dique de contención.—Al mismo tiempo que San Ignacio funda su Compañía de Jesus contra los protestantes, forma la Santa, con la Reforma de su Orden, su Apostolado de Oración Eucarística.—San Ignacio de Loyola la alienta a proseguir en su eucarística empresa..... 369
CAPÍTULO IV.—Habiendo un día comulgado Santa Teresa, la manda Jesucristo hacer el primer convento de Carmelitas Descalzas.—Se pone el Santísimo en el monasterio de San José de Avila.—La Santa Madre encarga a todas sus hijas carmelitas el que cumplan con el fin para el cual las llama Dios a la Orden, de ejercer continuamente el apostolado de la oración eucarística..... 377
CAPÍTULO V.—Al ser erigido el monasterio de San José de Avila, quedó constituída Santa Teresa en Reformadora de la Orden del Carmen y en Madre de los Institutos eucarísticos.—También puede considerársela como Patrona de las asociaciones conocidas por «Las Marías y Juanes del Sagrario».—Las famosas *chifladuras* del apostol de la Eucaristía en nuestros tiempos, el célebre Arcipreste de Huelva y hoy dignísimo Obispo-Administrador Apostólico de Málaga, en conformidad con las *locuras* de Santa Teresa..... 391
CAPÍTULO VI.—Desde los días de Santa Teresa hasta ahora, mucho se ha trabajado porque los cristianos vivan la vida eucarística; pero falta mucho hasta ver realizados los deseos de Jesucristo.—Causas que al presente contribuyen al retraimiento de los fieles a recibir la Eucaristía.—Se requiere no cejar en la cruzada eucarística emprendida, imitando a Santa Teresa en su apostolado.—Sale la Santa a fundar a Medina..... 403
CAPÍTULO VII.—Santa Teresa va a fundar a Malagón, a

Págs.

Valladolid, a Toledo, a Salamanca, Alba y Segovia; y todas las fundaciones las inaugura con la exposición y solemnes cultos al Santísimo Sacramento..... 415

CAPÍTULO VIII.—Prosigue Santa Teresa sus fundaciones con la de Veas, Sevilla, Caravaca, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria, Granada y Burgos, para honra y gloria de Jesus Sacramentado..... 431

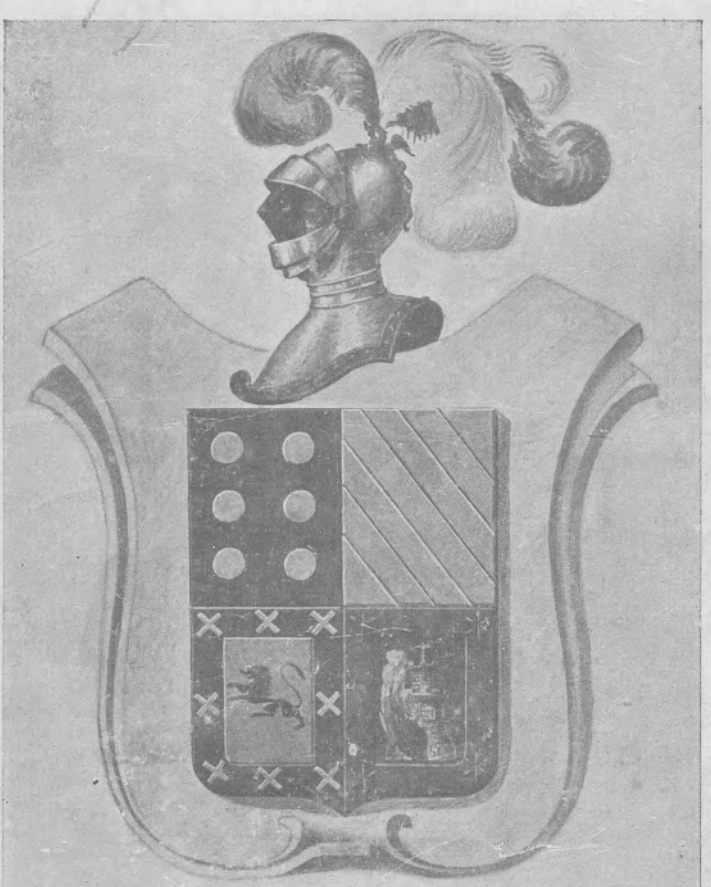
CAPÍTULO IX.—Santa Teresa, presintiendo su muerte, anhela ir a morir a Avila.—Dios me libre de estos señores que todo lo pueden.—La obediencia la ordena ir desde Medina a Alba.—Cae en cama con la enfermedad de la muerte y recibe con singular devoción la Sagrada Eucaristía por Viático.—Muere, y Avila y Alba se disputan el tesoro de su santo cuerpo..... 449

CAPÍTULO X. La Eucaristía y el Sagrado Corazón de Jesus.—Entre los precursores y protectores especiales de la devoción al Sagrado Corazón de Jesus, está la Santa del corazón transverberado por un Serafín.—Antigua oración dedicada al Sagrado Corazón de Jesus y a Santa Teresa.—Las protomártires del Corazón de Jesus, muertas en el cadalso revolucionario de Francia, fueron carmelitas, hijas de la gran Teresa.—Súplica de despedida a la Santa de los seráficos amores eucarísticos..... 455

FE DE ERRATAS

Pág.	Linea	Dice.	Debe decir.
7	14	simpar	sin par
24	14	eucaristía	eucarística
37	3	cuando	cuanto
149	4	no es lo menos	no lo es menos
162	22	pequeños	pequeñas
165	20	y apartamiento	y al apartamiento
186	13	sín	mi
220	7	sentia	se sentia
287	2	de la Eucaristía	en la Eucaristía
288	4	digimos	dijimos
300	24	libros	libres
394	2	traspasados	traspasado

FE DE ERRATAS



ARMAS DE Sta. TERESA DE JESUS.

G 20652